Aiban Wagua
Recopila, sintetiza y traduce

En defensa de la vida y su armonía

Elementos de la espiritualidad guna. Textos del babigala.

PROHIBIDA SU VENTA

El Proyecto de Implementación de la Educación Bilingüe Intercultural en los Territorios Gunas de Panamá es ejecutado con el financiamiento de:

MEDUCA
FONDO MIXTO HISPANO - PANAMEÑO DE COOPERACIÓN

© 2011, Aiban Wagua
ISBN 978-9962-05-041-4
Cultura guna – Literatura indígena
Primera edición: 2000
Emisky / Pastoral Social–Caritas Panamá

Segunda edición, ampliada: 2011
Proyecto EBI Guna / Fondo Mixto Hispano Panameño

EN DEFENSA DE LA VIDA Y SU ARMONÍA

Elementos de la espiritualidad guna. Textos del babigala.

2ª edición – ampliada

Ologwagdi

Ilustraciones

Aiban Wagua

En defensa de la vida y su armonía

2ª edición - ampliada

Sagladummagan fuentes del libro

Igwanabiginya
(Horacio Méndez) Usdub, 1897 – 1989

Manidiniwiebinabbi
(Manuel Smith), Usdub, 1907 – 1993

Inakeliginya
(Carlos López) Dubbir 1913 – 2000

Dedicamos esta obra a todos los gunas que sienten la necesidad de beber el agua del pozo de los abuelos para seguir avanzando; a los hermanos que acogen y viven la interculturalidad como valor que debe ser defendido a cualquier precio; a los que buscan una vida más integrada, humana y comunitaria.

Este es nuestro libro[1]

Es necesario poner algunas palabras en la puerta del camino vivo y sagrado que es el conjunto de relatos del *babigala* que contiene este libro.

Hace ya varios años que sentimos el debilitamiento de muchos de nuestros valores. Los jóvenes, que de suyo son los que van a dar continuidad a esta historia, marginan hoy fácilmente esos valores del pueblo y corren detrás de cosas fáciles que ofrece el mundo de los *wagas*. Los factores de este decaimiento son tan complicados e imprevisibles que muchas veces nos sentimos casi imposibilitados de reaccionar.

Hacia el año de 1981, un grupo conformado por algunos *argargan*, dirigentes y *saglagan* de la comarca, empezamos a pensar muy en serio en las posibles formas de inyectar nuevo impulso a los valores que se estaban debilitando y ofrecer con mayor agresividad el plato de la cultura a nuestros hijos más jóvenes. Entonces nos preguntábamos: ¿Cómo daremos el colorido original a nuestra cultura? ¿Cuál va a ser el camino? ¿Acaso nuestros hijos no merecen algo tan hermoso y tan valiente como la cultura que recibimos de los abuelos? Y estos hijos nuestros, ¿ya no podrán tener a mano las luces que ofrecen esos grandes valores? ¿Acaso no somos los responsables de ofrecerles el alimento de la cultura? ¿Cómo haremos entonces para rescatar los huesos de nuestra mamá, esparcidos y debilitados por diversas islas, cerros y llanuras?

[1] El documento ha sido transmitido oralmente y grabado el día 3 de marzo de 1998 en la ciudad de Panamá. Traducido luego por A.W.

En esta búsqueda de caminos y de apoyo para una empresa tan grande como es la de recuperar y revivir nuestros valores culturales, notamos que la iglesia católica en Gunayala estaba preocupada también en este sentido. Y ella estaba dando ya algunos pasos hacia la valorización de la cultura guna con una metodología de diálogo. Entonces, fuimos invitados por sus dirigentes y entramos en conversación. Nuestro principio fue siempre el de no dejarnos sustituir por nadie, porque nosotros somos los verdaderos sujetos, y tenemos que estar siempre convencidos de eso. Queríamos que la iglesia nos facilitara algunos medios para hacer nosotros el trabajo. Además, ¿quiénes conformaban la iglesia católica en Gunayala? ¿No eran, acaso, nuestros hijos e hijas? Y todos ellos, con todo derecho, también se constituían en sujetos del mismo proyecto. Y en eso, vimos a la iglesia como una aliada. Entonces aún vivían nuestros grandes dirigentes y saglagan maestros. Vivía y nos guiaba el sagla Igwanabiginya, y su segundo era el sagla Manidiniwiebinabbi, e Inakeliginya nos intrepretaba los cantos de los saglagan. Ellos se pusieron a la cabeza de los Encuentros Generales que teníamos dos veces al año. Recorrimos muchos años juntos. La iglesia ponía su transporte y nos traía a los gunas de varios pueblos deseosos de recibir las enseñanzas de los grandes saglagan. Juntos seleccionábamos temas a tratarse. Y todos esos temas han sido ordenados, debatidos y luego traducidos para este libro. Nosotros mismos interpretamos y actualizamos los relatos cantados por los saglagan.

Nuestros maestros van muriendo, y a los jóvenes gunas se les hace difícil sentarse a aprender los tratados; por eso nos urgía ofrecerles esos relatos centrales y sus significados respectivos.

Creemos haber hecho un buen trabajo. Nuestros hijos también tomaron en serio el proyecto. Ordenamos los textos y repetimos, hasta varias veces, las narraciones más difíciles, para poder llegar a comprender mejor. Y aún seguimos en esa tarea.

Como toda empresa grande, este proyecto fue muy criticado y no todos los dirigentes gunas se constituyeron en sus mejores defensores. Muchos de nuestros saglagan vieron esa manera de trabajar como una forma de regalar nuestra historia a la iglesia, y tuvieron desconfianza; otros se retiraron poco a poco. Pero estas reacciones las acogimos positivamente, porque nos marcaban el paso para no precipitarnos, y nos hacían medir mejor nuestra capacidad ante algo tan grande como sagrado, por lo tanto, teníamos que armarnos de mucha prudencia y de paciencia para evitar riesgos del pasado.

Los años corrieron, los temas se sucedieron uno tras otro. El babigala no es un tratado pequeño que pueda ser abarcado tan fácilmente; el babigala es un sistema muy complejo, que aún tenemos que recorrer muchos años para entenderlo a fondo. Pero ya dimos un buen paso. Vendrán otros a dar otros pasos más y poco a poco lograremos tener algo más consistente y completo para las nuevas generaciones. Somos conscientes de que, sin la base del babigala, nuestros niños no serán gunas, aunque parezcan gunas. Por eso, este nuestro esfuerzo lo dirigimos, en primera instancia, a nuestros hijos e hijas; luego a los hermanos indígenas de Abiayala y a los hermanos wagas que son capaces de solidarizarse con los empobrecidos, a pesar de tener un montón de problemas propios.

Nuestra historia no puede morir, porque sería nuestra muerte como pueblo, y este libro constituye el esfuerzo conjunto para defender su vitalidad. Sabemos que no podemos contar con todo el apoyo de nuestros dirigentes, de nuestros saglagan, aunque quisiéramos, porque estas cosas son muy lentas y exigen mucha claridad frente a la sociedad que hoy nos quiere cortar a todos por igual. Poco a poco irán saliendo más libros. Así como los wagas tienen su Biblia, nosotros también tenemos una propia, y creemos que poco a poco la iremos ilustrando mejor.

Cuando nosotros, junto con nuestros más cualificados saglagan de la comarca y el apoyo de la iglesia católica, debatíamos los temas que aparecen en este libro, estábamos seguros de estar haciendo algo muy grande y concreto por Gunayala. El Congreso General de la Cultura Guna lo experimentaba también así. Por lo tanto, nosotros no trabajamos a escondidas, sino a plena luz, con la aprobación y el seguimiento del Congreso General de la Cultura Guna. El fruto de esos encuentros lo pusimos en las manos del mismo Congreso. Los textos que aparecen en este libro forman parte del patrimonio del pueblo guna, son sus pensamientos, son sus maneras de valorar el mundo, su horizonte, su proyecto de vida.

Hoy, con mucho orgullo, ofrecemos a nuestros hijos el fruto de nuestros sudores, el fruto de nuestras largas horas de sol y de mar. Este fruto de muchas horas en *onmaggednega* lo ofrecemos a nuestros hijos, y, a través de ellos, queremos llegar a nuestros nietos y a los nietos de nuestros nietos…

Este libro, por lo tanto, es nuestro libro, y ha nacido a la luz de nuestros saglagan, de nuestros guías más ilustres de Gunayala y bajo la guía de nuestro Congreso General de la Cultura Guna.

Con este libro decimos al mundo que tenemos una religión fuerte; que tenemos pensamientos tan profundos como cualquier otro pueblo del mundo; que si alguien nos quiere dar la mano debe escuchar muy bien nuestros pensamientos y respetarlos muy honestamente.

Es una manera de exigir a todos el respeto de igual a igual y que no nos llenen de compasión, como si fuéramos niños necesitados de ser enseñados y alimentados, sino que se relacionen con nosotros buscando un enriquecimiento mutuo.

Olonagdiginya (Gilberto Arias).
Sagladummad de la Comarca Gunayala, 2000.

Aclaración previa

Babigala o *anmar daniggid igala* es un sistema complejo y amplio de tratados gunas, que se expresa mediante un lenguaje y una lógica muy propios. Los saglagan son las autoridades que recuerdan, enseñan y cantan los textos constitutivos del babigala. Su forma lingüística original está impregnada de figuras y simbolismos que dan al mensaje una corteza casi impenetrable, usual en el tratamiento de documentos vitales y sagrados. Los gunas nos vemos precisados de un argar para que nos interprete, y nos permita apropiarnos del mensaje del sagla. En consecuencia, lo que aquí ofrecemos, a pesar de estar en una lengua comprensible para los de habla española, no será fácil de entender sin una explicación amplia de símbolos y metáforas utilizados.

El paso de un texto guna al español resulta, obviamente, aproximación, analogía o interpretación, más que traducción. Aunque el libro va dirigido a los gunas, como su primera mira, se utiliza la lengua española para que sea más ampliamente accesible. Queda para más adelante su trascripción original.

Los textos seleccionados en este libro han sido temas de seminarios y de encuentros entre los saglagan, argargan, dirigentes religiosos católicos y no católicos, a lo largo de once años. Los textos han sido interpretados y analizados por los mismos saglagan y argargan de diversas comunidades gunas, especialmente por el sagladummad Inakeliginya. Adaptaciones, actualizaciones y análisis hechos por esas autoridades a los textos recogidos aquí, van a ser publicados más adelante.

Hay varios textos y relatos, en este libro, que aún deben ser completados y ampliados, como los de Ibeler y Biler, de Ibeorgun, de Gubiler –que será publicado en un estudio más extenso–, y otros muchos más que no han sido ni siquiera tocados como Balibbiler, Olonigdidili, Buna Nele y otros. Se dejan para las próximas profundizaciones.

Aquí se recogen los mensajes de vida cantados casi exclusivamente por dos saglagan muy notables de la Comarca Gunayala, ya muertos hace algunos años, sagla Igwanabiginya, sagla Manidiniwiebinabbi y la interpertación del argar Inakeliginya. La lengua guna es predominantemente oral, en consecuencia, un texto cantado por un sagla puede llevar variaciones de forma, más que de fondo, si se compara con el cantado, sobre el mismo tema, por otro sagla. Eso es normal en las historias vitales, no escritas, porque no es la exactitud de los hechos lo que interesa a la autoridad que las recuerda, sino su efecto y vivencia integrada en la armonía cósmica.

Las posibles repeticiones que se pueden observar en este libro obedecen precisamente al mismo estilo literario de los gunas.

Para este texto, hemos tenido que hacer una síntesis del documento original, eso obedeció a que tratamos de hacer llegar a los estudiantes gunas que no están habituados a escuchar los simbolismos de los saglagan.

A.W.

Ologwadule

Bela weligwale neg iddolenai guali.
Babdummad Nandummadbo duddu nuegan
dulonagude. Bela duddu dulalede.
Anmar burbagan ba selealidba,
anmar burbagan ba daniggidba, wegi soglege.

Todo fue una gran fiesta. Baba y Nana dieron
vida a las flores y ellas se movieron vivas.
Cuando decimos esto, significa que eran nuestras propias
imágenes; ellas encarnaban nuestras vida.

Al inicio todo era oscuro. Una oscuridad tan densa, como si le apretaran a uno los ojos con dos manos. No había sol, no había luna, no habían nacido las estrellas. Entonces Babdummad se dispuso a crear la tierra, Nandummad se dispuso a crear la tierra.

Cuando Baba formó a Nabgwana, encendió también el sol, la luna y las estrellas. Baba irradió la tierra, Baba alumbró el rostro de la madre. La tierra fue imagen y rastro que habló de la presencia de Baba, de la presencia de Nana. La madre tierra tomó los siguientes nombres: Ologwadule, Oloiiddirdili, Nabgwana, Olobibbirgunyai, Olowainasob...

La madre tierra, nana Ologwadule, surgió vigorosa y tierna a la vez. Baba la hizo descansar sobre fundamentos de oro, le dio un armazón de oro. Nana la posó sobre fundamentos de plata, le dio un armazón de plata.

Baba la constituyó así, Nana la constituyó así:

Babdummad extendió la masa de oro en la raíz de Ologwadule y le fijó columnas y troncos de oro amarrados vigorosamente con bejucos de oro macizo. Baba sabía que ella llevaría sobre sí una pesada carga y le proporcionó una base sólida. Baba y Nana trabajaron juntos. Cuando hubo extendido la capa de oro,

Babdummad sembró sobre ella todo tipo de flores; sembró un sinnúmero de especies de albahaca, roja, azul, amarilla; y a todas les hizo abrir sus hojillas, y era *oloduddagibi*. Todo era de oro, todo era de plata; y se alegraban. Todo fue una gran fiesta. Baba y Nana dieron vida a las flores y ellas se movieron vivas. Cuando decimos esto, significa que eran nuestras propias imágenes; ellas encarnaban nuestras vidas. A medida que nana Ologwadule, madre tierra, se iba completando, nuestros espíritus también iban tomando su forma, definiéndose al ritmo de ella. Porque gracias a ella seríamos hombres; desde ella nos definimos.

Luego Baba extendió otra capa de oro. Baba y Nana trabajaban unidos. Esta vez Baba utilizó el oro azul. Nana utilizó la plata azul. Ellos envolvieron de nuevo el rostro de nana Ologwadule.

Baba volvió a atar las columnas y los arcos de oro azul con bejucos de oro macizo azul. Baba esparció las semillas e hizo florecer la gama de flores y de hierbabuena. Las flores se alegraban; fue entonces una gran fiesta. Y nana Ologwadule fue tomando, poco a poco, su forma definitiva. Babdummad trabajaba y formaba los contornos de la madre tierra, la iba inundando de alegría, cubriéndola de oro. Nandummad trabajaba con Babdummad y juntos cubrían a Ologwadule de oro fino, de plata fina.

Pasó la segunda capa. Baba procedió a cubrir a Ologwadule con la tercera capa de oro. Tomó el oro amarillo para esta capa. Hizo el mismo proceso de las anteriores; y Ologwadule fue endurecida así de oro amarillo, de plata amarilla.

Para la cuarta capa Baba utilizó el oro rojo. Ologwadule fue arropada con oro rojo. En toda su amplitud danzaron las flores, danzaron las albahacas de oro rojo. Baba robusteció así a la gran nana Ologwadule. Le amarró las columnas de oro. Entonces nació el río. Y Ologwadule llegó lentamente a su plenitud. Ya no era informe, sino sólida y compacta: Abiayala, Oloburganyala. El río se

llamó Olodulasgundiwala, Oloburgandiwala. Y ahí la madre tierra retuvo su nombre definitivo, nana Ologwadule. Sobre ella Baba derramó la corriente de las aguas. Nana derramó la corriente de las aguas. La corriente del río emitió su quejido en las entrañas de la madre, y en su corteza brotaron las semillas, las cepas… Surgió el verdor, y el cuerpo de la madre se llenó de hermosos y robustos árboles con su variado colorido. Y es por eso que la llamamos madre.

A la madre tierra, a nana Olobibbirgunyai, Baba la constituyó protectora y defensora de todo aquello que se mece, se mueve, vive y reposa sobre ella. El mismo sol está bajo su cuidado, la luna, las estrellas, los vientos, la lluvia, los abismos, los grandes y pequeños animales. Baba y Nana le dejaron, desde su inicio, semillas de flores de todas las especies, pero sólo llegado el momento oportuno, y en la medida de su desarrollo, brotaron ellas, vigorizaron y sonrojaron las mejillas de nana Ologwadule. Nana Ologwadule les extendió cuidadosamente las hojas, y se mecieron sus pétalos. Tanto los animales alados como aquellos que se arrastran, los que usan la cabeza para apoyarse, todos ellos, y nosotros, estamos tirando de las tetas de la gran mamá Ologwadule. Sorbemos diariamente los ocho tipos de leche espesa de la gran nana Ologwadule.

Tengamos presente otro detalle. Cuando esta madre tierra que pisamos y que nos nutre, estaba ya en su plenitud y sobre ella habían pasado ya varias generaciones, esta madre se manifestó en la historia. El proceso que anotamos anteriormente se realizó de nuevo en ella:

Entonces, apareció Mago. Y éste encontró un día a una mujer en medio de una gran choza. Ella no tenía ninguna malicia; era íntegra. La mujer permanecía sentada en medio de la hamaca y al anochecer dormía apartada de Mago. Pero éste comenzó a mover

su hamaca hacia ella, lentamente. Pasaron varias lunas hasta que Mago pudo tocarla, bajo el designio de Baba. De esta unión nacieron dos niños: Nana Gabayai y Massi Olonidalibibbiler. Nana Ologwadule murió y, en su muerte, todo lo creado se estremeció de dolor.

Nana Ologwadule también bajó hacia las capas inferiores y tomó otros nombres.

Wago

Bela duddumar an gwenadgana. Bad nan Ologwadule e galimbaba gudiibinne an iddoali. Bunmar abargi gudii an addaggali.

Hermano soy de las flores. Me desperté transitando sobre esta madre tierra. Me desperté cuando paseaba entre mis hermanas.

Sobre esta madre Olobibbirgunyai, Baba hizo germinar hermosos árboles, rectos y altos. Entonces la madre tierra era muy joven. Nana hizo todos los árboles, las plantas, los arbustos muy bellos; sus hojas, sin agujeros, sin gusanos. Olobibbirgunyai estaba vestida de verde con collares de *musgwa*, de *diammagwagwa*.

Baba decidió enviar un mensajero a la madre tierra. Este no era hombre como nosotros, era el padre de los árboles, de las plantas, de los arbustos. Y tenía vida. Baba mandó entonces a Wago. Baba envió a Wago, Nana envió a Wago para que éste contemplara sus obras, sus vestigios, sus pisadas sobre Olobibbirgunyai.

Entonces Wago cantó así:

— Hermano soy de las flores. Me desperté transitando sobre esta madre tierra. Me desperté cuando paseaba entre mis hermanas. Todas son mis hermanas. La hierbabuena es mi hermana, es mi madre. Ella me recibió con simpatía, me ofreció sus brazos perfumados. Tengo otras hermanas, y una de ellas me susurró: '¡Hermano querido, yo te cuido las cosas! Te estoy cuidando Oloburgandiwar, te estoy cuidando platanales, y árboles frutales'.

»Me he movido protegido por todas mis hermanas, entre ellas y debajo de ellas. Un día quise tomar los frutos de una de ellas y no conseguía llegar a su rama y vino corriendo, entonces, mi otra hermana que me aferró por la cintura y me alzó suavemente.

Wago cantaba todo en figuras. Y proseguía:

— Mi gran mamá me dijo: 'Te estoy guardando la comida'.

»Todas mis hermanas me recibieron con mucho regocijo. Me llevaban a tomar baños en las aguas claras de Oloburgandiwar. Y una de mis hermanas se me acercó, trayendo entre sus manos un gran abanico. Vino hacia mí agitando calmosamente el aventador y caminando despacio.

»A veces siento ganas de ocultarme de mis muchas hermanas. Todas me siguen, conversan conmigo, me sirven, me observan.

»Mi hermana que trae el gran abanico me provee de una brisa leve, y siento su frescor rozándome la cara. Es mi hermana brisa. No podemos escondernos de esa hermana: a falta de ella podemos morir.

»'¡No pasarás miedo alguno entre nosotras!', me indicaron mis hermanas. 'Tú eres nuestro hermano', me dijeron todas.

Wago cantaba así de las estrellas, de las flores, de los vientos, de los arbustos, de las aguas, de los árboles frutales, de los guijarros.

Entonces los nelegan comentaban a los abuelos: "¿Quién de nosotros vino solo? ¿Quién de nosotros vino sin el sol, sin los árboles, sin el viento o sin la luna?".

Biler y Bursob

Binabinagwa, nan Ologwadule, selellegumagude.
Yaladummagan yaiganasebaggar sergumagude,
sabbisaglagan sunna aggwedigi nagudsunna.

La tierra madre empezó a endurecerse poco a poco,
muy lentamente. Los cerros altos y bajos se
robustecieron, se volvieron capaces de
dar raíces recias a los árboles.

Baba y Nana crearon todo. Baba asentó las montañas e hizo correr los ríos de oro; Nana plantó los cerros e hizo correr los ríos de plata. Babdummad exclamó a la madre tierra, "¡Oloiiddirdili!". Nandummad exclamó a la madre tierra, "¡Maniiddirdili!". Se levantaron las olas del mar; las grandes aguas dividieron la tierra. Nacieron grandes islas, se alzaron cerros altos, cumbres enormes y montículos. Las grandes aguas sacudían furibundas el espacio, y donde se calmaban, surgían los llanos; donde las olas se estrellaban con ímpetu, aparecían las crestas altas de las montañas. Toda la madre tierra fue una masa acuosa, fangosa, lodosa. Era muy niña todavía.

La madre tierra empezó a endurecerse poco a poco, muy lentamente. Los cerros altos y bajos se robustecieron, se volvieron

capaces de dar raíces recias a los árboles. Entonces la madre tierra se llamó nana Ologwadule. Luego se llamó Nabgwana.

Todavía no había árboles, no había plantas. Baba puso entonces un gran río de oro y Nana movió las aguas del río de plata. El río se llamó Dulasgundiwar. Luego Baba y Nana le cambiaron el nombre al río y se llamó Oloburgandiwar, Maniburgandiwar. Baba creó así esta tierra. Baba creó así Abiayala, Burganyala. Nació el *burgan* (bulagan = hierbas), y entonces floreció madre Ologwadule. La tierra abrió sus flores. Baba creó todo. Nana creó todo. Germinaron muchos tipos de maíz, de plátano, de yuca, de otoe, de camote. Vino todo. Tanto los árboles frutales como los que sirven para la construcción de las chozas o para curar. Todo llegó. El verdor envolvió el semblante de la madre tierra. El viento sopló muy dócil y se movieron las nubes. El mar agitó las aletas de los peces entre las rocas. El sol, la luna, las estrellas poblaron el cielo. Todo fue claro y luminoso. Por eso nuestros abuelos nos dicen que nada llegó en la oscuridad. Los astros, los hombres, todo llegó con la luz de Baba, con la luz de Nana. Ologwadule estaba ya madura, llena de hijos: los árboles, las plantas, los ríos, las piedras.

Ologwadule estaba preparada, vestida, enjoyada. Entonces Baba vio que faltaba alguien para defenderla, para cuidarla, para protegerla, para hacerla más productiva. Baba comenzó a buscarlo. Mientras Baba y Nana buscaban al defensor de Ologwadule, los truenos hacían vibrar el silencio apaciblemente, y desataban las corrientes de las aguas por las altas cordilleras. Todo era tranquilo. Los ríos rebasaban muy levemente sus caminos, sus aguas sólo cubrían las piedras y la arena de las orillas. Las aguas del río acarreaban las semillas; las aguas distribuían semillas de otoe, semillas de aguacate, de limón. El macho de monte, el saíno, el pavón correteaban sin miedo. La madre tierra estaba viva. De vez en cuando ella se estremecía suavemente; y el temblor de tierra también realizaba su trabajo. Sin causar daño y sin hacerse sentir,

el temblor disminuía y aumentaba la masa de los valles, de los montículos, de las cimas de los cerros. El temblor nivelaba y acariciaba así a Ologwadule. Toda criatura conservaba y defendía su terreno y no se metía en el de otros. La madre tierra estaba equilibrada, porque sus hijos la hacían así.

Para cuidar a Ologwadule, Baba y Nana tenían que buscar a alguien que tuviera los sentimientos suyos, el espíritu de ellos. Baba buscó la mejor arcilla, el corazón de la arcilla, la arcilla roja, la arcilla blanca, la arcilla parda. Ocho tipos de arcilla. El varón debía tener el espíritu de Baba, el espíritu de Nana. La mujer debía tener el espíritu de Nana, el espíritu de Baba.

Vino Olonaiggabaler, y vino también Olonailasob. Baba y Nana ubicaron a los dos en un lugar tranquilo. Olonaiggabaler y Olonailasob tenían que trabajar, tenían que cuidar y proteger a Nabgwana. Eran los guardianes de la madre tierra y eran partes de ella misma. Baba y Nana les procuraron su espíritu. Fueron hechos de arcilla roja, de arcilla blanca, de arcilla parda. La arcilla une las comisuras, las separaciones, los tendones de la madre tierra; y así eran los dos. Así debía ser Olonaiggabaler, así debía ser Olonailasob. Todo lo que Baba y Nana habían dejado bajo su cuidado y protección, debían pasarlo, a su vez, a sus hijos y a los hijos de sus hijos; y así, hasta nosotros.

Olonaiggabaler y Olonailasob disfrutaban de toda la creación. Tanto los vientos como las aguas, las nubes, los animales les ayudaban a cuidar de la madre tierra.

Poco a poco, Olonailasob y Olonaiggabaler se olvidaron de Baba y Nana. El primer varón y la primera mujer enseñaron a sus hijos a hacer lo mismo. Olonaiggabaler y Olonailasob encubrieron así a Baba y a Nana y los ocultaron de sus hijos. Ellos no cumplieron con lo que Baba y Nana les habían encargado. Habían llegado para

cuidar de los animales, de los árboles, del mar, de las estrellas… y no lo hicieron así. Entonces, toda la naturaleza se rebeló sobre nana Olobibbirgunyai. Los árboles, antes rectos y que daban sombra a los ríos, se retorcieron y sus hojas se secaron. Las hormigas, las arrieras, las tarántulas que trabajaban silenciosas abonando a la madre tierra, comenzaron a roer las hojas de las plantas, a picar y emponzoñar. Las aguas, que acarreaban semillas a mejores tierras o repartían el humus a lo largo de los ríos, se rompieron contra las peñas y arrancaron de cuajo los plátanos, los otoes, las yucas. Los vientos que empujaban muy dulcemente las crestas de las olas, se volvieron huracanes y borrascas que desolaron a Ologwadule, madre tierra.

Entonces Olonaiggabaler tomó otro nombre; se llamó Olobilibeler. Olonailasob también cambió de nombre, y se llamó Olobursob. Los dos atrajeron desastres, aunque no habían venido para eso. Habían venido a defender, a cuidar, a proteger, a hacer productiva a la madre tierra. Olobilibeler es el mismo Biler; y Olobursob es la misma Bursob.

Biler y Bursob tuvieron hijos. Llegaron entonces Gaana, Gussugga, Dobbegga, Inue, Ologunaliler. Grandes nelegan, hombres esclarecidos, pero que nacieron en la oscuridad, en el mal. Los hijos de Biler y Bursob empeoraron la situación de la madre tierra. Uno de ellos se dedicó a provocar a los monstruos marinos, atrajo a grandes animales y los hizo acercarse a las costas. Baba había dedicado las costas para los peces que alimentarían a los hombres; y a los monstruos los había puesto alejados de las costas, para que sirvieran de límite, de muro, de arrecife para que nada peligroso atemorizara a los varones y a las mujeres.

Otro de los hijos de Biler se dedicó a curar enfermos; y con él nació el engaño, el recoger de cualquier manera las medicinas, el modo

de quitar mujeres a otros, el transformarse en otros seres utilizando gajos de árboles o distintos animales.

Otro de los cinco hijos de Biler desató los temblores de tierra, los truenos, los terremotos. Los temblores ya no movieron apaciblemente ni igualaron con ternura a Nabgwana. Cayeron fuertes aguaceros, irrumpieron huracanes, terremotos de muerte, desbordamiento de ríos que mataban a mucha gente.

Biler se había hecho Baba, y enseñaba así a sus hijos. Nabgwana quedó desolada y desamparada, sola. Biler y Bursob sembraron el caos, vertieron sangre en la cara de Ologwadule. Biler y Bursob enseñaron a sus hijos a hacer lo mismo. Los hijos de Biler continuaron la obra de sus padres. Olobibbirgunyai, madre tierra, sufría.

Los hijos de Biler alteraron a las avispas, a las aves. Provocaron fríos intensos. Baba y Nana habían envuelto a Olobibbirgunyai con el calor como de una recién nacida en brazos de su mamá. Pero Ologunaliler, hijo de Biler, atrajo el frío y congeló a la madre tierra. Morían muchos animales; gemía Nabgwana.

"Yo soy Baba", decía Biler a sus hijos. "Yo soy Nana", decía Bursob a sus hijos. Cerraron así a sus hijos el camino para conocer al verdadero Baba, a la verdadera Nana.

El verdor que ceñía el rostro de Ologwadule se resecó.

Baba y Nana no podían tolerar por mucho tiempo el azote de Biler y Bursob a la madre tierra.

Gussugga, hijo de Biler, continuando los pasos de su padre y de sus hermanos, acrecentó el dolor de Nabgwana. Biler enseñaba a sus hijos la mentira; y decía: "Todo lo que ven ustedes, hijos míos, es

mío. Todo me lo regalaron. A nadie debo, sino a mí mismo". La tierra, el mar, los árboles, todo lo que vemos pasó a manos de Biler. Biler lo robó de las manos de Baba y de Nana. Ni Bursob ni Biler habían nacido para eso. Ellos tenían que defender y proteger la tierra. Tenían que cuidar y hacer producir a esta madre tierra. Tenían que contribuir a establecer la armonía entre todo lo creado por Baba y por Nana. Que ninguno robara el terreno de otro; que ninguno fuera más que otro, o menos que otro. Pero Biler y Bursob hicieron todo al revés. Todo fue caos. Las criaturas se volvieron contra los varones y las mujeres.

Los varones y las mujeres se multiplicaron. Nacieron bajo la ley de Biler y de Bursob. Gussugga, hijo de Biler, se burlaba de los ancianos. Gussugga había aprendido de su padre, Biler, y de su madre, Bursob, toda la maldad, el engaño, la burla, el odio. Gussugga cavaba la tierra, hacía grandes pozos y cubría los huecos con hojas secas, para que los ancianos, las mujeres y los niños se hundieran. Así moría mucha gente.

Otras veces tendía largos hilos atravesando el camino y ataba los pies de sus víctimas para burlarse de ellas, y reírse de su agonía. A la familia Biler le divertía el hambre de los demás y decían que ellos eran Baba y que no había más que ellos. Biler sabía que Baba y Nana les habían puesto sobre esta madre tierra con encargos muy precisos de protección, de trabajo, de armonía. Pero todo lo pisoteó. Bursob ya no se acordó de sus compromisos con Baba y Nana. "Baba me dio todo poder y toda autoridad sobre Nabgwana. Nana me lo regaló todo, y puedo hacer con eso lo que me dé la gana. Y yo se lo entrego para que se diviertan como quieran", decía Biler a sus hijos, decía Bursob a sus hijos. "¿Quién nos va a reclamar? ¿Quién nos va a quitar esta madre tierra? Podemos hasta hacer otra mejor".

Todos los rincones de Nabgwana sufrían la muerte. Biler y sus hijos sacudían a la madre tierra. Ellos hacían romper el llanto en los ojos de los ancianos, de los niños, de las mujeres. Nana Nabgwana, aún muy jovencita, gimoteaba en los rincones la muerte de sus hijos. Los machos de monte, los pájaros, el *siggwi barube*, el *siggwi gogi*, los conejos pintados, los ríos, las aguas sufrían la muerte. Donde rozaba la mano de Biler y de sus hijos nacían la muerte, la burla, la desesperación, la angustia. Ellos se habían adueñado de todo.

La naturaleza apelaba la tranquilidad de Baba y de Nana. Los truenos salían de sus guaridas. Cundía la oscuridad. Las nubes descargaban con rabia sus aguas. Biler y Bursob, su mujer, reforzados por sus hijos, buscaban cosas nuevas para dominar, someter y matar.

Tanto Inue como Ologunaliler y Dobbegga sacaban monstruos de sus confines y los ponían cerca de las costas, para que atacaran a los buenos hijos de nana Ologwadule.

Otras veces, levantaban grandes árboles *(gwibasaglagan)*, tan enormes que metían terror a las ancianas, a los ancianos, a los niños. Gussugga bajaba a los niveles inferiores y profundos de la tierra, abría el seno de la tierra y trazaba caminos para estudiar otras maneras de matar, de meter miedo y de aterrorizar sobre la madre tierra. Hizo correr un gran río desde las profundidades de las capas inferiores de la tierra; y quería que por ese río salieran nuevos aliados suyos, que jugaran con ellos la muerte de la madre tierra, de Ologwadule. Era el río rojo de sangre, semejante al achiote diluido en agua. Río de sangre, río de muerte.

La alegría que Baba quería sobre la madre tierra se convirtió en miedo, en terror, en zozobra. Animales pequeños, que se despertaban piando en los brazos de Nabgwana, ahora se

despertaban sobresaltados de pánico, de muerte. Una densa oscuridad cubría los montes, los valles y las llanuras. Los animales corrían llenos de miedo, y no se acercaban a las chozas.

Esta tierra que vemos ahora, Abiayala, fue campo de muerte. Biler, su mujer y sus hijos festejaban la muerte y el pánico de las criaturas de Baba y Nana. Los ancianos, las ancianas y los niños se sentían impotentes ante Biler y sus hijos. Los aguantaban, les tenían pavor. Gimoteaban; y no podían levantarse.

Las huellas de Baba, las huellas de Nana se llenaron de lodo, se llenaron de fango, se llenaron de alacranes; y nadie podía limpiarlas. Biler y sus hijos lo ensuciaban todo. Escupían sobre las cosas bellas que habían salido de las manos de Baba, de las manos de Nana. Los turbiones se desataban. Los tifones destrozaban a los hijos de la madre tierra. El ciclón negro y el ciclón amarillo devastaban los sembrados, destruían las cosechas, arrancaban de cuajo fuertes y hermosos árboles.

Biler, sus hijos y Bursob ganaban más aliados. Se aliaron con monstruos marinos, se aliaron con cocodrilos, se aliaron con ballenas, se aliaron con avispas atroces, con serpientes venenosas. Se aliaron, con un mismo odio a toda armonía y equilibrio.

Cuantos más años pasaban, más sangre corría. Biler, sus hijos, su mujer y sus aliados revelaban más azotes contra la madre tierra; descubrían nuevas maneras de meter miedo, de burlarse, de eliminar a los hijos buenos de la tierra.

La madre tierra lloraba, y la madre tierra era Nabgwana. Biler se sentía y se hacía Baba; y Bursob también seguía a su marido. Los hijos buenos de Ologwadule, cuando veían la muerte de sus hermanos, querían alzarse. Biler, sus hijos, Bursob y sus aliados se precipitaban sobre ellos con mayores tácticas de muerte, tácticas de engaño, tácticas de burla, de caos, de mentira.

Baba lo veía todo; Nana lo veía todo. Baba tomó entonces entre sus manos el látigo de oro; Nana tomó entre sus dedos el látigo de plata. Cuando Baba creó, formó y templó a la madre tierra, también la rodeó de protectores, la circundó de aliados. Baba y Nana lo habían previsto todo. Cuando Nabgwana lloraba, Baba ya había encontrado respuesta a sus lágrimas; ya Nana había encontrado respuesta a sus lágrimas.

Así como Biler y sus hijos bajaban a las capas inferiores de la tierra para aliarse con otras fuerzas contra los buenos hijos de Olobibbirgunyai, así también, junto a ellos, puso Baba su contra. Los *gaubisaglagan*, los *uggurwarsaglagan* tenían también su morada ahí. Pero alguien debía venir a despertarlos. Alguien debía decir a los hijos de Nabgwana que la familia Biler y sus aliados tenían muchas debilidades y podían ser vencidos.

Pasaron muchos años, pasaron muchos siglos, pasaron muchas muertes. La madre tierra pasó largos años de dolor, de lágrimas por sus hijos que caían bajo la furia y la diversión de Biler y sus aliados.

Entonces Baba y Nana hicieron surgir un grupo de hombres, hijos de la misma madre tierra; hijos de las lágrimas de Nabgwana, de Olobibbirgunyai.

Eran ocho hermanos. Los ocho hermanos nacieron muy pobres, nacieron muy abandonados. Nacieron sin mamá; porque la mamá había sido tragada por los aliados de Biler. Los ocho hermanos eran: Olowaibibbiler (Ibeler), Oller, Olowigabibbiler, Olosunnibeler, Uudur (Buudur), Ologailibibbiler (Ologwadgwaddule), Bugasui (Igwaoginyabbiler), Olowagli (Olodagigiyai).

Los ocho hermanos crecieron resistiendo con la madre tierra. Crecieron bajo el dolor que causaban Biler, Bursob, su mujer, sus hijos y aliados. Los ocho hermanos supieron leer las pisadas de Baba, las pisadas de Nana. Las huellas que había enlodado la familia de Biler. Los ocho hermanos supieron distinguir lo que Baba había querido que fueran los hombres. Los ocho hermanos recogieron las lágrimas de la madre tierra. Los ocho hermanos se levantaron para devolver la alegría a todo lo creado. Eran hermanos muy unidos, y por eso pudieron defender la tierra. Ellos crecieron muy pobres, suspirando bajo el terror de la familia de Biler. Las abuelas sapos fueron sus tutoras. Y las ancianas sapos los engañaron cuando eran niños, haciéndoles creer que eran sus mamás. Pero ellos mismos lucharon contra la mentira. Los hermanos, los ocho hermanos decían: "Baba ha creado hermosa a Nabgwana; nos ha dado miles de hermanos: toda la naturaleza es nuestra hermana. Nana hizo correr por el cuerpo de la madre tierra las aguas de plata de Burgandiwar. Baba hizo viva a Ologwadule; Nana la hizo ufana, con miles de pájaros que aleteaban por las mañanas, saludándola con sus cantos y silbos".

Nuestros saglagan cantan que los ocho hermanos encontraron a Nabgwana llorando por los rincones, llorando a sus hijos muertos. Y a los ocho hermanos les dolió fuerte ese dolor de su madre. Y ése dolor les llegó hasta las fibras más hondas de sus corazones. La mujer, la única mujer entre los ocho, alentó a sus hermanos; y ella también luchó para liberar a la madre tierra, para devolver las riquezas a Ologwadule. Y hubo una lucha muy grande. Y vencieron los ocho hermanos. Así nos lo han contado y así lo decimos.

Mago y Ologwadule

"¡Babdummad adsagannir nega magoediba an noniggi. Nega sidsiddigi an nonisuli. Baba Nanbo adsagannir dummadi anga ogasa, aa magoediba an noniggi, gwenadganga nega magoega an nonisunna...!"

¡Llegué hasta aquí con la fuerte luz de Baba. No surgí de la oscuridad. Baba y Nana me dieron su luz y con ella estoy, y vine a ofrecer esa claridad a todos…!

Baba y Nana nunca abandonaron a Nabgwana, han ido enviándole protectores y defensores desde que ella nació. Muchos abuelos y abuelas prepararon la llegada de los defensores de Olo-bibbirgunyai; dada Uaggwa, Dolanergwa, Dummagimaggegwa, Wanabisgwa son algunos de ellos. Baba y Nana han enviado a hombres y mujeres defensores de la tierra madre; para cuidar de ella, para defenderla, y no para ensuciarla.

En Abiayala corrieron muchos ríos, Nigdewala, Ogiggidiwala… Baba y Nana hicieron correr uno más grande y más caudaloso, el Abiayalagundiwala, Oloabiagundiwala. Este río era para que los hombres y las mujeres tomaran de sus aguas junto con los animales, las plantas, las piedras… lo custodiaran, lo cuidaran. El gran río tuvo varios nombres, lo llamaron Olodulasgundiwala,

Manidulasgandiwala, Oloburgandiwala, Maniburgandiwala, Oloodiggigundiwala, Maniodiggigundiwala, Sugnadiwala, y por último, también, lo conocieron como Amuggadiwala.

Estamos en Nabgwana y formamos parte de ella; ella es la mamá que ofrece los ocho tipos de leche a cada uno de nosotros, tanto a hombres como a animales, vientos, piedras, gusanos…

Cuando Baba y Nana hicieron correr el gran río sobre la madre tierra, también enviaron a los defensores y protectores de todo lo que ellos habían creado. Llegaron grandes hombres que experimentaron la alegría de ser parte de Nabgwana; pero, después, se corrompieron, transgredieron las normas de quienes les habían enviado; se casaban con varias mujeres, maltrataban a los más pequeños y débiles con malos ejemplos. Desconocieron a Baba y Nana, y cerraron sus corazones a la rectitud; llegaron a utilizar hierbas para emborracharse. Utilizaban el *mummuddurba*, *badsarsagla*, *naasagla*, *abyor*, *inanusu*, *uglasagla* (plantas alucinógenas). Cerraron sus corazones y fueron incapaces de ver el valor de las criaturas de Baba y Nana. Atrajeron tiempos de oscuridad, tiempos de ceguera, tiempos de dolor y de mala muerte. Esos primeros defensores de la tierra madre no siguieron los planes de Baba y de Nana, se desviaron de sus caminos.

Baba y Nana consideraron que nana Olobibbirgunasob no podía, por mucho tiempo, seguir atropellada y maltratada por sus propios guardianes; todo lo que ellos habían creado con ternura y cariño se había languidecido. Entonces, Baba y Nana volvieron a enviar otros hombres y mujeres. Bajaron nuevos custodios de la madre tierra; y mediante unos ancianos y ancianas, Baba y Nana les prepararon las comunidades donde debían trabajar. Esos ancianos fueron quienes acogieron a los guardianes de Nabgwana. Así llegó dad Uaggwa, conocido como Olosarwiwiginya; llegó Dolanergwa, Dummaggimaggegwa, Wanabisgwa.

Pasado el periodo de preparación de la comunidad, Baba y Nana hicieron surgir a los defensores nuevos de Nabgwana, de Olobibbirdili. Llegó Mago (*nega magoedi*, dador de luz, de claridad), y éste fue acogido por dad Uaggwa.

Mago llegó para limpiar la cara de la madre tierra, para hacerla resplandeciente y luminosa, porque la habían dejado sucia. Luego, vino otro de los protectores de Olobibbirgunyai, apareció Deggandeba o Deggindeba. Llegó como Mago, irradiando luz, y no en la oscuridad.

Bajó, después, Oloburggaliler. Dada Olosarwiwiginya albergaba en su casa a los defensores de la madre tierra. Más tarde, vino Nusggesusa. Todos bajaban a Nabgwana, inundados de luz, llenos de espíritu de Baba y de Nana. Ellos tenían que testificar la ternura y el cariño que Baba y Nana tenían para con sus criaturas.

A lo largo de toda nuestra historia, Baba y Nana han puesto, siempre y en cada comunidad, personas de gran corazón, llenas de amor y con capacidad de acoger a sus hermanos. Esta vez, era Olosarwiwiginya, dad Uaggwa.

Después, fueron llegando más protectores y custodios de la madre tierra. Ellos bajaron de *sabbibenega*. Así llegó Sue, luego Gugna, y más tarde Duni. Dad Uaggwa los acogía. Vino Duna, y al final, vino el Igwabamanue. Todos ellos hablaban de Baba y de Nana; distribuían la luz de Baba y de Nana; pasaban meses y años enteros recorriendo diversas aldeas, enseñando las normas Baba y Nana a los hombres–animales. Ellos sabían que, quien distinguía las huellas de Baba y de Nana, podía amar también a la tierra, a Nabgwana. Cada defensor de la madre tierra, enseñaba de acuerdo a lo que sabía de los rasgos de Baba y Nana, de sus huellas sobre Olobibbirgunyai.

Así, Igwabamanwe vino para enseñar a las comunidades sobre las maneras de amparar y de educar a los niños, de proteger a los más

pequeños y vulnerables. Enseñó a la gente de los poblados en los modos de prepararse para recibir a los bebés, *siggwi olomaggu*, *siggwi barube*, *siggwi gogi*, *siggwi dagir*.

Volvemos a Mago.

Mago fue guiado por dad Uaggwa. Baba y Nana le dieron a Mago una enorme casa *(giabaabag)*. Mago vivía solo, barría su casa, y hacía su comida; no se olvidaba de Baba. Mago se perdía por largos días y meses enseñando el babigala a la gente de comunidades vecinas y lejanas. Iba al poblado de gallinas silvestres, cuyo jefe era Ologubyaggiler. Persuadía a hombres–animales a que tomaran la senda correcta. Llegaba a la aldea de los *samudulegan* y cantaba a su gente el babigala.

Mago dijo entonces:

"¡Llegué hasta aquí con la fuerte luz de Baba. No surgí de la oscuridad. Baba y Nana me dieron su luz y con ella estoy, y vine a ofrecer esa claridad a todos…!"

Baba y Nana midieron la rectitud de Mago, miraron sus sentimientos; lo vieron muy solo y se apiadaron de él.

Como de costumbre, él recorría aldeas y poblados, y cantaba los caminos de Nana y de Baba, y cuando regresó a su enorme choza, encontró con una sorpresa que Baba y Nana le habían preparado.

Mago encontró a una mujer sentada en la hamaca de algodón. Mago saludó a la mujer; y la mujer no le contestó. Mago la saludaba todas las mañanas, y ella no respondía su saludo.

— ¿Buna, be nuedgi oibosa? –le decía Mago. Pero ella no respondía. Ella no hablaba.

Mago la acompañaba al río, la bañaba como a una niña. La mujer no decía nada. Aunque no profería una sola palabra, la mujer sabía preparar la comida, sabía barrer, sabía hacer muchas cosas.

Pasaron muchas lunas, los ríos corrieron muchas aguas, los árboles cambiaron también sus hojas.

Poco a poco, Mago empezó a arrimar su hamaca a la de la mujer que no hablaba. Muy lentamente, Mago se le fue acercando. La hamaca de Mago se arrimaba paulatinamente a la hamaca de la mujer. Pasaron seis lunas largas, hasta que la hamaca de Mago llegó donde estaba la de la mujer. Y ella seguía sin hablar, y no reía tampoco.

Una noche, Mago soñó. Mago recibió una señal de Baba y de Nana; vio a cuatro espíritus guías, que le dijeron:

— "Tú estás muy preocupado por tu hermana, que no habla. Tienes muchas ganas de conversar con ella, pero ella no te responde. Ahora, Baba y Nana te dicen que la debes acariciar la espalda, pero, primero la debes llevar a bañarse en el río".

Mago así lo hizo. Después de un largo baño en la corriente del río, trajo a la mujer, y la posó de nuevo en su hamaca. Mago empezó a hablarle, y luego le acarició la espalda. La mujer levantó la cabeza, miró fijamente a Mago. Y le preguntó:

— ¿Hermano de dónde llegas?

— ¡Hermana, me di cuenta cuando ya estaba aquí!, –respondió Mago a la mujer.

Y conversaron un poco.

Mago preguntó a la mujer:

— ¿Y tú, hermana, de dónde vienes?

—¡Hermano, cuando me di cuenta, estaba ya sentada en esta hamaca!, –indicó la mujer.

La mujer era conocedora de quehaceres del hogar; su nombre era Olodilillisob. Baba y Nana la bajaron a la tierra para Mago. Ella tuvo otros nombres, se llamó Ologwadiryai, y al final, nana Ologwadule. Mago la cuidaba y la protegía.

Ologwadule trabajó la arcilla. Ella amasaba la arcilla, y de sus manos brotaron bellos tinajones, y a cada uno lo fue identificando. Salió el dulinamedde, y decía que su nombre completo era olonabsaliguanadulinamedde. Fueron naciendo de su destreza, una diversidad impresionante de tinajones, olomarsosodulinamedde, olowigunadulinabomedde, ursiggadulinamedde, ologuanadulinabomedde, ibealinadulinaboomedde, dinangidulinaboomedde, ologanadulinaboomedde, dulinaboomedde, oloigwabadulinaboomedde. Olo gwadule trabajaba, y pensaba en todos nosotros. Quería dejar, sobre Nabgwana, las huellas de sus pies, pero, que no se borraran aunque corrieran sobre ellas muchas lunas y muchos años.

Ologwadule pasó, luego, a trabajar con los tejidos. Ella era versada en la diversidad de algodones. Empezó a despepitar el algodón. Para el diseño y los colores de su arte, ella se inspiraba del mismo rostro de Olobibbirgunyai. La rueca (birbirgala) empezaba a chirriar muy de madrugada, las fibras blancas de algodón se acumulaban en los rincones de la choza grande. Ologwadule trabajaba fuerte e intentaba enseñar a las mujeres–animales que la rodeaban.

Ologwadule utilizó el *mageb* para teñir los tejidos. Los copos de algodón tomaban, entonces, tonalidades de colores que le ofrecían las piedras de los ríos, las hojas molidas de los arbustos, las raíces de las plantas, las semillas machacadas, los tallos de los manglares. Con el mageb, la blancura de los lienzos de algodón, se volvía rojiza, y decía que era *magebamola*. Agarraba el achiote, y los

tejidos tomaban el color rojo más pronunciado. Ologwadule llamaba a los tejidos de esa tonalidad, *nisalimola*. Consiguió el *abgi*, e indicó que los tejidos eran *abgimola*. Ella se acercó a la corteza de los árboles, entonces, surgió *sabbimola*. Utilizó el *asgoga*, y las telas fueron llamadas *asgogamola*. Nana Ologwadule se vistió *disggelamola*. Buscó ella las fibras de maguey *(oa)*, fibras de tallos de diversos plátanos… Los tallos se convertían en fibras y las fibras en tejidos y los tejidos eran pasados por diversas tinturas.

Luego, Ologwadule enrolló fibras un poco más gruesas de algodón y comenzó a tejer hamacas. Ella dio nombres a cada una de las hamacas que nacía de sus manos; clasificó las hamacas de acuerdo a los diseños, a la procedencia de las fibras utilizadas, o a personas que descansarían en ellas. Surgieron así *oloyarduagassi*, *ologoo-googassi*, *olonaruagassi*, *olowelagigassi*, *olodurwanagassi*…

Entretanto Mago pasaba muchas lunas enseñando a la gente de diversos poblados. Le cantaba el babigala, le instruía en los mejores caminos de la vida, y oraba.

Pasados algunos años, Baba y Nana, se apiadaron de Mago. Baba y Nana regalaron a Ologwadule y a Mago, un niño y una niña. Ologwadule murió al nacer sus hijos. Toda la naturaleza sintió su muerte de Ologwadule. La luz de la tierra sintió la muerte de la madre Ologwadule, y languideció.

Quedaron dos niños: Olonidalibibbiler y Olomagiryai. Mago los tomó en brazos, los cuidó como pudo, y les lloraba; gemía por sus dos criaturas que quedaban sin mamá.

Pasaron algunos años, y Mago volvió a recibir el mensaje de Baba y Nana.

—¡Deja a tus dos hijos en las manos del anciano Uaggwa, Olosarwiwiginya! Baba y Nana te están llamando. Hasta aquí vas a cuidar de tus hijos, –dijeron los baliwiddurgan a Mago.

Mago lloró, y no quería abandonar a sus pequeños.

Mago se doblegó ante el mensaje de Baba y Nana. Se encaminó hacia la casa de dad Uaggwa y llegó al río más cercano de la casa de Olosarwiwiginya, y allí dejó a sus pequeños.

Dad Uaggwa protegía a muchos niños, los alimentaba, los cuidaba, los tenía en su casa. Y cuando vio venir hacia él a los dos niños de Mago, exclamó:

—¡Por favor, salgan a buscar a esos dos nuevos nietos míos!

Los dos niños llegaron hasta dad Uaggwa. Dad Uaggwa era un hombre de gran corazón; desde que vio a los niños, los amó y les ofreció ternura. Olonidabibbi y Olomagiryai vivieron así bajo la protección de Olosarwiwiginya.

Dad Uaggwa dijo así a su esposa:

—¡Cuida muy bien de estos niños. Debes quererlos más que los tuyos; Baba y Nana nos han traído estos niños para que los cuidemos. Y tú, no los castigues nunca!

Pasaron muchas lunas y los ríos cambiaron muchas aguas. Poco a poco, Uaggwa empezó a observar las particularidades del comportamiento de los dos hermanos.

Olonidalibibbiler se dedicaba a cortar leña. Amontonaba leñas en los rincones de la choza de dad Uaggwa; y Olomagiryai se comportaba igual que su hermano.

—Mujer, no impidas a que estos nietos míos recojan la leña. Nos están diciendo que, más tarde, serían dueños del fuego y de la luz para Nabgwana, –alentaba Olosarwiwiginya a su esposa.

Olonidalibibbiler buscaba y almacenaba la cera, la cera de las abejas (*adsa).* Iba y venía buscando la cera que la utilizaba como

quinqué. Olonidalibibbiler recogía mucha cera, e iluminaba con ella, todas las noches, la casa de dad Uaggwa.

Lentamente, la casa de Olosarwiwiginya se fue haciendo pequeña para los dos hermanos. Empezó a llegar mucha gente a visitar a los hermanos, a aprender nuevas cosas de ellos, y a trabajar para ellos.

Con Olonidalibibbiler y Olomagiryai entró la preparación extensa de terrenos para la siembra. Por ocho largos días se preparaba la tierra, y surgió, entonces, *suiroba* (tipo de maíz). Los hermanos sembraron una diversidad amplia de maíz, *obaineba*, *obanagsibu*, *burwaoba*, *suiroba*... Igual pasó con el plátano, con el otoe, la yuca, la caña de azúcar. La extensión de tierra que cultivaban, y la fecundidad de los terrenos, abrieron camino a mucha gente que venía a trabajar con los hijos de Mago y Ologwadule. La casa de Olosarwiwiginya no pudo contener a tanta gente.

Antes de Olonidalibibbiler y Olomagiryai la gente trabajaba, pero, sólo para no morir de hambre. Los dos hermanos, desde muy pequeños, abrieron grandes extensiones de tierra, e hicieron surgir nuevos productos. La gente de las aldeas vecinas, hombres–animales, llegaban a trabajar, a aprender las diversas maneras de cultivar la tierra. Los hombres–animales fueron llegando con sus parejas y familias.

Entonces Olonidalibibbiler entró en *surbanega*, y allí, el *darba*, le dio otro nombre, lo llamó Olodualigibbiler. *"Olodualigibbiler yalegerba, yalegerba, iwardule, iwardule"*, dijo el darba. Pasó lo mismo con su hermana, Olomagiryai. Desde surbanega recibió el nombre de Ologabayai u Ologabaryai. *"Ologabayai yalegerba, yalegerba, iwardule, iwardule"*, le cantó el darba.

El anciano Olosarwiwiginya dijo, entonces, a los dos hermanos:

—Sus padres vivieron al otro lado del río. Tuvieron una amplia choza y campos muy fértiles. ¿Por qué no van allá, a la casa de

sus padres? Allí pueden atender cómodamente a todos sus trabajadores".

Olodualigibbiler y Ologabaryai se prepararon para volver a su casa paterna, a su hogar materno. Así, los dos hermanos se encaminaron a la tierra de sus progenitores.

Los dos hermanos encontraron las huellas, aún muy frescas, de su mamá Ologwadule y de su papá Mago. Allí empezaron a acoger a la gente que venía a trabajar en sus campos. Eran diversas comunidades de hombres–animales que venían a la casa de los dos hermanos. Llegaron los Oloaliginya, hombres–tapires. Se acercaron hombres jabalís, los Olowelibler. Se arrimaron muchos otros hombres–animales, que llegaban en parejas. Los Olomoiggaliler y los Olomurggibbiler (saínos); los Olosegginyaler y los Oloseibbiler (ciervos); vinieron los Olobeaggiler (venados); llegaron los Olodurgubibbiler y los Oloburwaggiler (conejos pintados); los Ologurggibbiler y los Olowirggiginya (ñeques); los Manibalibeler (pericos); los Olosigsiggaliler y los Olosiggaliler (zorros); los Olodibibi-ginya (mapaches); los Oloduggurginyaliler, los Olosuaginya, los Inaugungualiler y los Olobaiggaler (diversos tipos de monos); los Ologisbbaggwaler (iguanas); los Oloegibbiler (borrigueros); los Olobalieginyabbiler (cigüeñas); los Olobuligdiginya (cormoranes); los Olonigdiliginya (pájaros carpin-teros); los Igwadigdiliginya y los Olobudiginya (colibríes). Todos eran hombres. Eran hombres y mujeres atractivos que poblaban las aldeas vecinas y lejanas; eran hombres–animales.

La hermana Ologabayai tuvo también sus colaboradores cercanos, los Ologiggaginyaliler (palomas), los Olonadduliler (perdices de arca); los Baramaris (chachalacas); los Ologugniggaliler (pavones); los Olodobinyabbiler (tucanes);… Ellos ayudaban a Ologabayai en los quehaceres de la casa.

Los dos hermanos trabajaron fuerte la tierra. Ologabayai alimentaba a todos los que venían a su casa, y no dejaba, tampoco,

el arte que había dejado su madre Ologwadule. Así pasaron muchas lunas, muchas hojas de los árboles cayeron...

Ibeler y sus hermanos

Masmala e baabaggadi, surba dummadi sobsamarsunna;
ibabaabag inna obannai guarmala; na e nan garburba balamie soggarmarsunna.

Los ocho hermanos construyeron una enorme *surba*.
Los hermanos fumaron durante ocho días. Ellos se propusieron conjurar el espíritu de su mamá,
el espíritu de los huesos de su mamá.

Baba y Nana forjaron a la madre Nabgwana, madre Olobibbir-gunyai, madre Ologwadule… Babdummad y Nandummad la crearon hermosa, vestida de verde claro, verde oscuro, tenue y fuerte. Un gran río distribuyó sus aguas sobre ella. El aliento de los vientos era plácido y movía suavemente las hojas de los árboles. Colinas leves y montañas altas se alzaban pausadamente sobre la gran madre. Todo era bello. Los grandes y los pequeños mares, colmados de peces, subían y bajaban al ritmo tranquilo de los vientos. Los golfos, las bahías, los arrecifes procuraban un sinfín de peces que no se alejaban de las costas. Las riberas de los ríos brindaban extensos cañaverales y platanares; un sinnúmero de otoes, yucas, camotes rompían la arena fresca de los llanos.

Baba acariciaba continuamente a la madre tierra, Nana acariciaba continuamente a nana Ologwadule. Nada faltaba. En el nacimiento de los ríos, como si respetaran el sueño de la madre, los relámpagos culebreaban su luz gradualmente, haciendo borbotar y cambiar las aguas a los ríos. Las corrientes de los ríos traían y llevaban semillas de frutas, cepas de plátano, de otoe, de camote, colocándolas sobre terrenos vírgenes. Oloburgandiwar corría lleno de agua. Los tapires, ñeques, pavones… se arrimaban a la orilla del río y bebían el agua sin miedo. La madre tierra estaba viva y era joven. Sonreía llena de vida al silbido de las aves, *siggwi barube*, *siggwi gogi*, *siggwi dagir*. Todo era hermoso y muy alegre.

Baba y Nana habían adornado así a la gran madre de todos. Las corrientes de aire se levantaban controlando su furia, rompiendo muy finamente las olas del mar; y renovaban las hojas a los árboles. Baba, cuando creó a Nabgwana, a Ologwadule, también creó los temblores, la crecida de los ríos, la exaltación de los vientos, pero todo estaba bajo un control de respeto a la madre. Cada fenómeno cumplía su labor asignada por el gran Baba y por la gran Nana: hacer más hermosa a la madre tierra, vigorizarla.

La madre estaba viva y necesitaba renovarse. Las flores y toda hierbabuena multiplicaban sus sonrisas y aromaban el ambiente. El sol daba su calor según las necesidades de los hijos de la madre tierra; y así la luna y las estrellas. Cuando venía la noche, al abatirse el sol, nadie sentía temor de nada. Así adornaron Baba y Nana a la madre tierra, a Nabgwana, a Olobibbirgunyai... Los grandes peces, los monstruos marinos también existían, pero no llegaban a las costas, ni aterraban a la madre. Baba les había fijado otra casa. Todo estaba controlado, cada uno en su sitio.

El hombre y la mujer vinieron sobre nana Ologwadule, madre tierra. El hombre y la mujer vinieron con ella. El hombre vino henchido del espíritu de Baba y de Nana, la mujer vino colmada del

espíritu de Baba y de Nana. Ellos vinieron para defender a Nabgwana, para cuidar de ella, para sostenerla, para agraciarla, para hacerla productiva. Vino, pues, Olonaiggabaler, con su mujer, Olonailasob. Olonaiggabaler era el primer varón y Olonailasob, la primera mujer. Fueron enviados para cuidar de la madre tierra, para sostenerla. Ellos cuidaron la tierra por largos años.

Olonaiggabaler y Olonailasob se apartaron del camino y quisieron apropiarse del sitio de Baba y de Nana, y enseñaron así a sus hijos. A través de ellos se alzaron los árboles contra el varón y la mujer, palideció el verdor, se retorcieron los troncos, las hojas se agujerearon.

Olonaiggabaler tomó entonces otro nombre, Olobilibeler (Biler); y su mujer, Olobursob (Bursob). Se hicieron enemigos de Baba. Los animales pequeños y grandes se volvieron contra ellos. Biler y Bursob no habían venido para eso. Baba les había enviado para proteger la tierra. Las avispas, las culebras se alzaron contra el varón y contra la mujer. Baba había creado a todos esos animales, y habían llegado con el mismo desarrollo de la madre tierra, pero Biler, en el momento de contradecir las normas de Baba, hizo que los animales fueran sus adversarios. Los alacranes, las arrieras, las hormigas se rebelaron contra el varón y la mujer.

Olobilibeler (Biler) tuvo hijos. Tanto Biler como Bursob agravaron sus obras contra Baba. Vinieron, pues, los hijos de Biler y Bursob: Gaana, Inue, Dobbegga, Gussugga, Ologunaliler.

Gaana, hijo nacido en el odio, empezó a aplicar la medicina contra las normas elementales de curación.

Inue fue un gran nele, pero hizo sufrir a la tierra, a la gente. Buscaba medicamentos para el odio y la muerte. Despertó la hostilidad de las plantas. Y así enseñó a sus hijos también.

Dobbegga, enemigo de Baba, enemigo de la tierra, hizo arrimar a las costas bestias del mar; y estableció el pánico. Y sus hijos también lo siguieron.

La Nabgwana sufría. Los océanos se alzaron contra el varón y contra la mujer.

Ologunaliler, igual que su padre, Biler, se tuvo por Baba y así enseñó a sus hijos. Decía que fuera de él no había otro más grande. Y enseñaba el rencor, la farsa, el engaño; y sembró la muerte sobre Nabgwana, sobre Olobibbirgunyai. Ologunaliler bajaba hasta el séptimo nivel y se hacía Baba. Se esmeraba en provocar fríos agudos contra la naturaleza. Hacía saltar los ríos, arrasando platanales. Abría abismos y *galugan* contra la tierra: *margoo*, *margala*, *aggwalele*, *aggwagwilesaglagan*. Bajaba fríos intensos sobre la madre tierra y ella padecía.

Los hijos de Biler y Bursob pensaban que eran los únicos y renegaban de Baba. Ellos pisotearon las normas de Baba e hicieron llorar a la madre. La lozanía en las mejillas de Olobibbirgunyai, la nublaron, la resecaron. Azotaron a la madre con tifones, con temblores. Y vivieron con varias mujeres.

Llegó luego otro de los hijos de Biler, Gussugga. Biler seguía instruyendo a sus hijos y les decía que todo lo creado era suyo; que él era el dueño de los ríos, de los árboles, de todos los animales. Gussugga empeoró más la situación y se creyó único y amo de todo. Atemorizó a los hijos de la madre tierra. Abría pozos y colocaba, en el fondo, estacas afiladas; tapándolas con hojas secas, hacía caer dentro a los hijos de la tierra. Así morían muchos. Gussugga ponía trampas de bejucos para burlarse y matar a la gente que transitaba por los caminos. Nana Olobibbirgunyai sufría y se afligía por la degeneración de los hijos de Biler. Gussugga

prendía fuego; calcinaba el rostro de la madre. Bajaba hasta el cuarto nivel de profundidad para provocar los males y levantarlos hasta la superficie de la tierra. Hacía crecer ríos teñidos de sangre, con coágulos de sangre.

Así pasaron muchos años, muchas lunas.

Más tarde Baba y Nana enviaron a Mago. Él vivió solo, pero luego Baba le mandó una compañera. Baba le envió a Ologwadule. Mago la encontró, un día, sentada en la gran hamaca.

Cuando caía la noche, Mago dormía apartado de ella. Pasaron varias lunas y, poco a poco, Mago empezó a mover su hamaca hacia Ologwadule. Baba le permitió tocarla y vivieron juntos. De esta unión nacieron dos niños: Gabayai (Gabaryai) y Olonidalibibbiler. Nana Ologwadule murió, y en su muerte, la naturaleza se estremeció.

Gabayai y Olonidalibibbiler quedaron, muy pronto, sin madre. Mago los atendió como pudo. Baba fue llevando a Mago por caminos que él no se imaginaba. Así, antes de morir, tuvo que dejar a sus hijos en las manos de *dada* Olosarwiwiginya (Uaggwa) para que los tutelara y educara. Olonidalibibbiler y Gabayai crecieron en la choza de Olosarwiwiginya, que protegía también a varios niños huérfanos.

En la casa de *dad* Uaggwa, Olonidalibibbiler y Gabayai empezaron a revelar lo que serían más adelante. Olonidalibibbiler cortaba mucha leña y amontonaba la cera de las abejas para iluminar las noches. Gabayai, a su vez, revelaba y preparaba nuevas bebidas, tomaba el huso y tejía.

Por toda la región empezó a correr la voz sobre la sabiduría de los pequeños. Muchos hombres–animales llegaban a la choza de dad

Uaggwa. Algunos querían aprender el arte de los dos hermanos; y otros llegaban buscando trabajo. Tanto nana Gabayai como Olonidalibibbiler cambiaron sus nombres. El *darba* les sopló los nombres, nana Ologabaryai y massi Olodualigibbiler.

El anciano Olosarwiwiginya vio que su choza no podía contener a más gente. Entonces, habló así a los hermanos: "Allá, detrás de esas montañas, sus padres construyeron una gran choza, una grandísima choza. Toda la tierra en torno a esa choza es de ustedes. Vayan a vivir allá, miren y retomen todo lo que han dejado sus padres".

Los hermanos se encaminaron a la choza paterna, a la choza materna. Muchos hombres–animales siguieron a los dos hermanos.

Los hermanos llegaron a la gran morada de sus padres. Entonces, Gabaryai vio entre las tejas el huso que había utilizado su madre, los cestos a medio hacer, las fibras de algodón en copos gruesos en la cestilla, los cuatro troncos de la cocina… Massi Olodualigibbiler observó también los rincones de la gran choza y fijó sus ojos en las flechas puntiagudas colocadas en orden y casi listas para el uso, los arcos, el achiote… Los hermanos vieron a sus padres a través de esas cosas y sintieron que por ahí iba el camino que debían seguir.

Los hermanos organizaron los trabajos. Vinieron muchos animales–hombres a cultivar la tierra de Gabaryai y Olodualigibbiler. Un grupo trabajaba en la siembra y cosecha del maíz, otro en el cultivo de la yuca o del otoe, otro en el del algodón o la caña de azúcar. Todo estaba planeado en los campos de los dos hermanos.

Gabaryai dirigía a los animales. Gabaryai los despertaba al primer canto del gallo y les preparaba las bebidas de la mañana. Olodualigibbiler dirigía los trabajos.

Massi Olodualigibbiler observaba a los animales en cada momento. Conocía sus gestos, sus gustos, sus manías. Y no quería mezclar su sangre con la de ellos. Algunos animales tenían fuerte y desagradable olor de axilas, otros roncaban en exceso, algunos dormitaban en las ramas de los árboles.

Pasaron muchos años. Se talaron muchas veces los árboles; bajaron muchas lluvias. Un día Gabaryai se dio cuenta de que alguien venía por las noches a acostarse con ella. Ella empezó a sospechar de los hombres–animales que trabajaban en sus fincas.

Entonces, Gabaryai invitó al piojo a que la despertara en el momento de llegar algún varón a su hamaca. Y el piojo no pudo despertarla. Gabaryai lo tomó entre los dedos, lo prensó con las uñas y le dio un mordisco y lo escupió.

Gabaryai llamó de nuevo a otro animal para que la despertara. Esta vez fue la arriera. "Tú me pinchas cuando veas que alguien se acuesta junto a mí", le dijo Gabaryai a la arriera. Pasó la noche, y la arriera no la despertó. Gabaryai dormía profundamente después de los pesados trabajos del día. Y la arriera también fue castigada.

Gabaryai volvió a insistir. Esta vez recayó la elección sobre el *wewe.*

Gabaryai secó los ríos. Gabaryai machacó semillas de jagua. Gabaryai puso debajo de su hamaca la vasija de jagua machacada. Gabaryai quería saber quién venía a molestarla de noche. El *wewe* la despertó. Gabaryai, con mucha calma, tomó la jagua y la frotó sobre el rostro del desconocido. Y éste, levantándose en la penumbra, corría buscando agua. Volteaba las vasijas de barro, removía las piedras del río; y no encontró agua para lavarse.

El sol rompió un nuevo día. Nana Gabaryai llamó a los animales. Les mandó bañarse y al trabajo. Todos se despertaron, menos uno. El hermano Olodualigibbiler no bajaba de la hamaca. El hermano Olodualigibbiler permanecía envuelto en la sábana y decía que tenía parálisis en el cuello.

El sol se levantaba más y Gabaryai seguía llamándolo, y él no se alzaba. Y al fin ella jaló con fuerza la sábana y lo descubrió. Su hermano Olodualigibbiler tenía la cara manchada de jagua.

Massi Olodualigibbiler se irritó con su hermana. Massi Olodualigibbiler, tomando sus aperos, se marchó furioso de la casa, se alejó cara al sol. Massi Olodualigibbiler caminó haciendo sonar su flauta de bambú, suave y muy tristemente.

Massi Olodualigibbiler caminaba hacia donde salía el abuelo sol. Detrás de él, llorando de angustia, corría su hermana Gabaryai; y le gritaba: "Hermano mío, espérame, que iré contigo". Pero él no se volvía atrás y seguía su camino, siempre cara al sol.

Pasó un buen rato. Gabaryai se dio cuenta de que algo se le había quedado en casa y volvió a gritar a su hermano: "Detente, hermano, que he dejado el *birbirgala*. Volveré pronto". Su hermano seguía el camino sin volver atrás. Gabaryai emprendió de nuevo el caminillo por donde iba su hermano, pero el sonido de la flautilla se hacía cada vez más lejano e imperceptible. Y, cada vez que se acordaba de alguna cosa, Gabaryai volvía a casa corriendo y retomaba el camino. Poco a poco las pisadas de su hermano y el son de la flautilla se perdieron.

Gabaryai encontró por el camino a muchos animales que trabajaban la tierra, y les fue preguntando muy acongojada: "¿Han visto ustedes, pasar a mi hermano? ¿Pasó por aquí mi hermano con la flautilla?" Los animales le respondían que estarían dispuestos a

indicarle el camino por donde había pasado Olodualigibbiler, si ella les regalaba sus copos de algodón. Gabaryai caminó mucho. Se encontró con dos caminos que se dividían y allí se orientó con el *gwibadurba*; y prosiguió.

Así caminando, Gabaryai llegó al borde de un río. Ya iba oscureciendo y ella levantó los ojos hacia las montañas. Y el hermano Olodualigibbiler subía entre las cimas de los cerros. Entre galu Masaragbangalu, massi Olodualigibbiler se elevaba tenue, hecho una enorme lámpara.

Nana Gabaryai se sentó a llorar a la orilla del río. Gabaryai levantaba sus ojos llenos de lágrimas y contemplaba cómo los niños–animales se tiraban al agua y se zambullían muy contentos.

Luego Gabaryai tomó otro senderillo que bordeaba el río. Ella fue esquivando cuidadosamente las ramas de la ortiga roja, de la ortiga azul, de la ortiga negra. Nana Gabaryai llegó a un caserío. Era el caserío de los sapos, de las ranas. En ese caserío la acogió *muu* Ologweloyai, la gran abuela sapo. Esta abuela tenía hijas. Muu Ologunyai, muu Olobuglili, muu Ologundili, muu Igwasob eran las hijas de Ologweloyai. Y tenía varios hijos. Entre ellos, Inanargigginele, Olodurgubibbinele… y eran peces.

Los hijos de muu Ologweloyai subían del río a la choza exclamando: "¿Qué es lo que huele tan dulce como la piña?" Muu Ologweloyai ocultó a nana Gabaryai de sus hijos, porque ella sabía que se la despedazarían y la comerían. Los hijos de las ranas y los sapos subían del río gritando la misma historia, y las viejas los mandaban de nuevo al río.

Al final la vieja Ologweloyai metió a nana Gabaryai dentro de un tinajón para que sus hijos no la mataran. Cuando los hijos–peces de

las ancianas bajaban al río, entonces las ancianas sacaban a Gabaryai para que se paseara un poco.

Ya el tinajón se hizo muy incómodo para nana Gabaryai, porque ella esperaba un hijo. Entonces las ancianas sapos decidieron sacarla y colocarla en otro sitio más seguro. Dejaron a nana Gabaryai en un altillo un poco separada del fogón.

Volvieron los hijos de Ologweloyai, y en ese momento Gabaryai escupió, y la vieron los hombres–peces. Ellos arrastraron a nana Gabaryai por el río; la descuartizaron para comérsela. Muu Ologweloyai gritaba detrás de sus hijos: "Pueden comérsela toda menos las entrañas. Ésas me las guardan". Y así lo hicieron. Muu Ologweloyai, con sus hijas, levantó el fuego y puso en medio, una gran tinaja. Dentro de la gran tinaja estaban los restos de Gabaryai que habían dejado los hijos–peces de Gweloyai.

El tinajón se estremecía, el tinajón crujía, el tinajón humeaba. El agua del tinajón se ponía como una fina tela de araña, borbotaba suavemente y, poco a poco, fue tomando vigor. El primer tinajón no aguantó el fuego; y así se rompieron muchos tinajones: *olomeddedulinamedde, olomarsosomedde, olowiggunamedde, oloursigga-medde, olodenengwamedde, ganamedde, ibenamedde…*

Y al final el gallo saltó al borde del tinajón de barro: "Goggirigoo, Ibelelee". "Viene el primero, y se llamará Ibelele", afirmó la anciana Ologweloyai al pie del tinajón. Y vino Ibeler.

El agua siguió borbotando; el agua se movía formando grandes y pequeñas espumas dentro del tinajón de barro cocido. El gallo subió de nuevo al tinajón y cantó: "Goggirigoo, Ollelee". "Viene el segundo, y se llamará Oller", musitó la vieja Ologweloyai, sudando junto al fuego.

Así aparecieron, uno detrás de otro, los ocho hermanos. Vino una sola mujer. Olowagli, se llamó la única mujer entre los ocho hermanos. Los ocho hermanos: Ibeler, Oller, Olowigabibbiler, Olosunnibeler, Buudur (Uudur), Ologailibibbiler (Gwadgwaddule), Igwaoginyabbiler (Bugasui), Olowagli.

Las grandes madres sapos acogieron a los ocho hermanos: Muu Ologweloyai, muu Ologunyai, muu Olobuglili, muu Ologundili, muu Igwasob. Los hermanos crecieron protegidos por las ranas. La anciana Ologunyai dio sus pechos a Ibeler y a Oller; muu

Olobuglili se encargó de Wigabibbiler y Olosunnibeler; muu Ologundili ofreció sus tetas a Buudur y a Gwadgwaddule; mientras muu Igwasob se cuidaba de Bugasui y de Olowagli.

Los ocho hermanos lloraban, muy nerviosos y agitados, y no había manera de consolarlos. Las ancianas sapos les hacían sonajeros y amuletillos. Los niños se tranquilizaban sólo por un momento, pero volvían a agitarse.

Los ocho crecieron rápidamente. Nunca estaban quietos; lloraban. La vieja Ologweloyai y sus hijas les fabricaron entonces pequeños braseros de terracota y flautillas, pero se callaban sólo por un rato y volvían a llorar.

Les introdujeron algunos arcos y flechillas entre sus juguetes. Los niños se serenaban y jugaban; pero las flechillas se rompían fácilmente, las puntas se ajaban; y los hermanos gritaban llorando más fuerte. Se desesperaban. No había manera de aquietarlos. Las ancianas danzaban para distraerlos, pero parecía que estaban muy lejos; y lloraban.

Los niños se hicieron grandecitos y ya podían ir a pescar. Los chavales cruzaban ríos, y traían muchos pescados. Los ocho niños, siempre unidos, empezaron así a alejarse por las trochas que conducían a las colinas y montañas vírgenes. En una de esas jornadas por el interior de la selva los hermanos hallaron un mono entre las ramas de un árbol de guaba. El mono comía guabas en la copa del árbol. Los hermanos sintieron hambre e Ibeler pidió guabas al mono: "Danos un poco de lo que estás comiendo". El mono se rió a carcajadas y les empezó a lanzar cáscaras. Entonces Ibeler se sintió humillado y tensó su arco, siguió los movimientos del mono, estiró la mano y la flecha rompió el aire, rozando vigorosamente la frente del animal. El mono chilló "gwero". Bugasui no se hizo esperar. Bugasui tomó su arma de árbol fino,

tensó los codos y lanzó la flecha contra el mono malherido. El mono cayó a tierra. Entonces Ibeler tomó al mono, le quitó la cola, le arrancó la cabeza y le colocó todo al revés. En el sitio de la cola le encajó la cabeza sangrante; donde estaba la cabeza, le metió una estaca; y tomándolo por el talle, lo sacudió entre sus piernas y lo lanzó de nuevo hacia la copa del árbol; y el animal quedó flotando cabeza abajo.

Por este hecho la comunidad criticó duramente a los hermanos. La comunidad criticó severamente el comportamiento de los ocho hermanos. Los ocho hermanos eran muy buenos para la comunidad si traían mucho pescado o pavones para alimentar a las tutoras y a sus hijos, pero si los hermanos se defendían, eran malos.

Pasaron algunas lunas. Los ocho hermanos volvieron a pescar lejos de la aldea. Ellos subieron bordeando el río. La corriente era muy tranquila, la corriente era muy mansa y muy clara. Ibeler tuvo sed y entonces se acercó al agua del río. Inclinó la cabeza y el agua le dibujó la cara. Se miró fijamente en la transparencia del agua.

—¡Hermanos –dijo gritando entonces Ibeler– todos nos parecemos! ¡Somos iguales, nuestros rostros parecen salidos de un mismo tronco!

—¡Sólo nuestra hermana Olowagli es más bonita! –exclamó Ibeler muy entusiasmado.

Ibeler, el mayor de los hermanos, cruzó la ribera del río y observó de hito en hito a sus hermanos.

—¡Sí –volvió a exclamar Ibeler–, todos nos asemejamos!

Y se observaron todos de nuevo. Uno tras otro cruzaron la otra orilla del río para mirarse profundamente entre sí.

—Y nuestras madres ¿por qué son de piel áspera, rechonchas y chatas? –se preguntaron los hermanos en la ribera del río.

Todo esto sucedía en el río donde había muerto nana Gabaryai; en el gran río llamado Igbirdidiwala.

Los hermanos volvieron a casa. Oller, el más osado de todos, no dejó pasar la ocasión y preguntó a la vieja Ologunyai:

—Mamá, los ocho hermanos somos muy atractivos, y tú, en cambio, ¿por qué tienes la piel tan áspera, y eres tan pequeña y tan aplastada?

—¡No hables así, hijo mío! –dijo la anciana Ologunyai, mostrándole sus tetas–. Los alimenté con estos pechos míos y sólo Baba los hizo diversos a mí.

Transcurrieron nuevas lluvias, soplaron nuevos vientos; y los jóvenes volvieron a pescar río arriba. Caminaron bajo el follaje de grandes arbustos. Los ocho hermanos escucharon allí un extraño lamento de ave:

—¡Gwelaa, gwelabdolii!

Ibeler calló ante el animal; y luego dijo a sus hermanos:

—¡Algo valioso nos han quitado, y eso nos dice el ave!

Pasaron algunas lunas más. Los hermanos siguieron internándose por el río. Fueron más lejos aún.

—¡Siadaggaa, siadaggaa, dilindoo, dilindoo saligaggaa, salibdolii! –cantaba el tucán en la rama de un árbol.

Ibeler volvió a interpretar el gorjeo del animal, y decía:

— ¡Hermanos, un tesoro muy grande nos ha sido arrebatado; nos han engullido un tesoro!

Y los hermanos callaban.

Otras lunas llegaron; otras lluvias bañaron a la madre tierra. Los ocho hermanos volvieron al río. Los hermanos penetraron más profundamente aún la selva. Desde la fronda de *igwawala* gemía el pavón silvestre. El pavón se lamentaba cortando el acorde de las hojas:

— Inanargigginele be nana dosa, seggulii, mmm, mmm –roncaba el pavón–. Olodurgubibbinele be nana dosa, seggulii, mmm, mmm –repetía el animal desde la rama de igwawala.

Los jóvenes hermanos volvieron a casa. Los ocho hermanos contaron a las ancianas sapos el canto de las aves.

— Yo ya soy vieja –les decía muu Ologweloyai– y esas aves presagian mi muerte. ¡Mátenlas!

Los hermanos se movieron nuevamente por sus habituales sendas de la selva virgen, y el pavón insistía desesperadamente:

— Yalaseggulii, yalaseggulii… Massi Inanargigginele be nana dosa, seggulii, mmm, mmm –les repetía el pavón.

Entonces Bugasui tomó su arco. Bugasui mató el pavón. Y era un pavón estriado, de cresta azul.

— Hermanos, este animal no es un pavón –sentenció Ibeler–. ¡Éste es un baliwiddur que nos da un precioso mensaje!

Los ocho hermanos construyeron una enorme *surba*. Los hermanos fumaron durante ocho días. Ellos se propusieron conjurar el espíritu de su mamá, el espíritu de los huesos de su mamá.

—¡Esas ancianas no son nuestras madres! –se dijeron los hermanos–. ¡Busquemos el rostro de nuestra mamá! –cantaban ellos en las entrañas de la noche profunda.

Entonces los hermanos se reunieron por ocho días. Olowagli, la única mujer entre los ocho, tuvo la visión, y habló así a sus hermanos:

— Hermanos míos, hemos sido engañados por muchos años. Esas ancianas no son nuestras madres. Nuestra mamá ha muerto engullida por los peces. Y esas ancianas son sapos, son ranas, no son de los nuestros y sus hijos han matado a nuestra mamá.

Los ocho hermanos se decidieron a recoger los huesos de su madre, esparcidos por los vientres de tantos peces. Olowagli tejió una fina hamaca de puro algodón para cobijar los huesos de su mamá. Dad Ibe empezó a reunir todo lo necesario para la gran ceremonia. Él buscó diversas raíces, tallos finos de los arbustos más cercanos a los ríos, a las quebradas, a los manantiales. Ibeler bajaba y subía por todos los niveles profundos de Nabgwana. Él quería conocer el motivo de la misma creación, las fuerzas buenas que podían serle útiles para poder encontrar a su mamá.

Ibeler pasó varias veces por *surbanega* y llegó a todas las capas de Nabgwana. Se encontró con grandes guardianes de muchas moradas.

En una de sus tantas entradas y salidas de los niveles profundos de la madre tierra, Ibeler se encontró en sabbibenega con nana Ologegebyai. Ibeler buscaba todos los medios que le serían

necesarios para acercarse a su madre, los medicamentos necesarios para la ceremonia. Nana Ologegebyai era la guardiana de las plantas medicinales en los niveles superiores de la madre tierra. Nana Ologegebyai saludó a Ibeler y a Bugasui:

— ¿De dónde vienen, hijos míos?

— Venimos de Dulawergunnega –contestaron los hermanos– y queremos recoger medicamentos para nuestra gran ceremonia.

— Hijos míos –les dijo Ologegebyai–, soy la guardiana de este bosque, pero vive aquí un anciano muy difícil, y les va a impedir moverse. Es un viejo insobornable, que no deja pasar a nadie, y lo protegen grandes avispas de todo tipo. Su nombre es Olodillaggiler.

— ¡Aquí hemos traído nuestros arcos y nuestras flechas ya preparadas! ¡Además, tenemos aquí con nosotros a *amma* Gorigori! –respondieron los hermanos.

Amma Gorigori sabía danzar muy bien. Ibeler había instruido a amma Gorigori en el arte de danzar y hacer carcajear a todos sus espectadores. Ella danzaba girando sobre sí misma, corriendo, pataleando y peyendo ruidosamente. Nadie resistía la danza de amma Gorigori sin reírse.

Entonces Ologegebyai invitó a los hermanos a ver la danza de sus nietas. Las nietas de Gegebyai sabían danzar. Las nietas de Gegebyai salieron a danzar. Eran ocho hermosas niñas. Las niñas salieron vestidas de blanco hasta los pies, vestidas de rojo hasta los pies, vestidas de verde hasta los pies. Las niñas se movían con mucha cadencia; las niñas se retorcían. Era la danza del loro, era la danza del perico, de la paloma maicera. Girando cuatro veces sobre sí mismas, gritaban: "¡Gweyaa, gweyaa!". Las danzarinas pasaron a

los movimientos delicados de los canarios. Girando cuatro veces sobre sí mismas, saltando levemente, exclamaban: "¡Subbii, subbii!" Y siguieron así, remedando a varios animales. Al final de la danza, Ologegebyai amonestó así a los hermanos:

— Ahí afuera tengo un platanar. Pónganse en medio, y no en otra parte, pero tengan mucho cuidado.

Y los hermanos siguieron la pista de Gegebyai. Ibeler y Bugasui observaron todos los movimientos. Los hermanos vieron que realmente había allí mucha hierba medicinal, muchas plantas curativas, pero el sitio estaba bien protegido por miles de mortales avispas con sus agudos aguijones a punto de lanzarse contra cualquier sospecha. Entonces Ibeler preparó a amma Gorigori. Le puso un copo de algodón entre las piernas y la animó a danzar con todo su arte. Amma Gorigori salió corriendo, girando sobre sí misma, peyendo fuerte, temblequeándose sobre una pierna, saltando y corriendo pausadamente. Los flecheros se partían a carcajadas. Los flecheros apuntaban sus armas contra amma Gorigori, pero las flechas caían a mitad de camino por el temblor de la risa.

No pasó mucho tiempo y desde el vientre de la cabaña tronó una voz carrasposa:

— ¿Qué hacen ustedes carcajeando tan fuerte? ¿por qué no acaban con esa intrusa? –gritó Olodillaggiler amenazando a sus flecheros.

— ¡Ven, abuelo, y mira algo fuera de lo común! –le invitaron sus flecheros.

Olodillaggiler se asomó a la puerta de su choza. Olodillaggiler se agarró al palo transversal de la choza y miró fijamente a amma

Gorigori. La frente de Olodillaggiler ardía como el sol al despuntar. Entonces Bugasui tensó su arco y apuntó hacia el resplandor. La flecha se clavó en la frente de Olodillaggiler y éste comenzó a arder.

Ardió todo el reino de Olodillaggiler, pero los medicamentos no ardieron. Los hermanos recogieron entre las cenizas las semillas que necesitaban y volvieron a Dulawergunnega.

Los ocho hermanos, ayudados por sus aliados, prepararon la tierra para la semilla. Pasaron algunos días y las semillas brotaron recias. Crecieron las plantas medicinales y luego cayeron sus semillas, que servirían para matar a los peces y recoger así los huesos de nana Gabaryai.

Entonces Ibeler construyó una enorme surba. Dentro de la gran surba colgó la fina hamaca tejida por Olowagli.

— ¡No sabemos a qué nivel encontraremos los huesos de mamá! –decía Ibeler a sus hermanos.

Los hermanos trabajaban en Igbirdidiwala. Ahí los peces habían tragado a nana Ologabaryai. Los hermanos empezaron a llamar a su mamá. Ibeler gritaba sollozando:

— Mamá, mamá, ¿estás aquí?

— ¡Mmm, mmm, mmm! –le respondían muy lejanos los huesos de su madre.

— ¡Sí, aquí hay algunos huesos de mamá! –afirmaba Ibeler a sus hermanos, sonrosados del achiote ritual.

Ibeler subía grandes rocas y volvía a clamar:

— Mamá, ¿estás tú aquí?

— ¡Mmm, mmm, mmm! –volvían a gemir los huesos de nana Ologabaryai ante el clamor de sus hijos.

Los ocho hermanos cruzaron otras corrientes, otros peñones. Ibeler apretaba sus orejas contra las duras piedras del río, gimiendo:

— Mamá, mamá, ¿estás tú aquí?

— ¡Mmm, mmm, mmm! –seguía respondiendo la voz lastimosa de los huesos de nana Gabaryai.

Así varias veces. Y al final Ibeler dijo a sus hermanos:

— Hermanos, los huesos de mamá están dispersos por unos cuatro niveles. Ahora habría que reunirlos y juntarlos en la hamaca sagrada trabajada por Olowagli.

Entonces Ibeler convocó a sus aliados. Ibeler convocó a los cormoranes, a las garzas, a los patos silvestres, borrigueros, cocalecas… Ellos distribuirían el veneno por las profundidades de las aguas, por la superficie del río, por los rincones más oscuros de Igbirdidiwala. Bugasui entonces, puso un gran dique para que la corriente no mermara el rigor del veneno. Y así se hizo todo. Los peces muertos subieron al borde del río. Toda blanca de peces se volvió la orilla del río. Y ahí los hermanos castigaron a la vieja Ologweloyai por haberles mentido y desplazado a nana Gabaryai. Los hermanos le cortaron los dedos de la mano y la convirtieron en un enorme sapo.

Los huesos de Gabaryai llegaron a las manos de sus ocho hijos. Ellos los ordenaron, cobijándolos en la gran hamaca de puro algodón. Los huesos de nana Gabaryai descansaron en Oloyar-

duagassi. Los hermanos rodearon los restos de su madre. Los hermanos fumaron por ocho días; invocaron a Baba y a Nana.

Al octavo día apareció una hermosa mujer; apareció la mamá, sentada en la hamaca. La mamá tenía el cabello tan largo que le llegaba hasta la cintura. La mamá tenía la cara limpia. El rostro de la mamá era igualito al de su hija Olowagli. Y la mamá se peinaba suavemente. Los ocho hermanos lloraron fuera de sí, sobresaltados de gozo al ver a su mamá.

La mamá empezó a hablar lentamente y dijo a sus ocho hijos:

—¡Hijos míos, quisiera comer una paloma blanca!

Los hermanos corrieron a cazar la paloma blanca. Olowagli se quedó sola con su mamá.

Pero en la tierra había mucha envidia, muchos celos. Pasó un ratito y, de pronto, alguien golpeó el recinto sagrado donde estaba la madre Gabaryai. Alguien violentó surbanega donde renacía la mamá a la vida.

— ¡Be! –gimió la mamá, volviendo a convertirse en huesos.

Los hermanos volvieron de nuevo a casa con la paloma blanca para su mamá, pero ella ya no estaba en la hamaca. La hamaca mecía tristemente los huesos de su bella mamá. Los *ilagwadulegan* habían sido los culpables; los ilagwadulegan habían destruido el renacer de la madre a la vida.

Los ocho hermanos, llorando, volvieron a reunirse en surbanega, volvieron a despertar los huesos de su madre. Pasaron otros ocho días. La madre volvió de nuevo. La mamá se puso en la mitad de la hamaca, pero ya no era como antes. La mamá apareció pálida y débil. Y ella reclamó de nuevo:

—¡Hijos míos, deseo comer una paloma blanca!

Los hermanos corrieron a cazar la paloma blanca para su madre. Los ilagwadulegan volvieron de nuevo. La belleza de la mamá volvió a desvanecerse.

Cuatro veces fue maltratada y destruida la madre de los ocho hermanos. Cada vez que se intentaba revivirla iba desapareciendo su belleza original; la mamá iba deformándose. Al final la mamá estaba marchita. Y entonces un dolor intenso floreció en el corazón de los hermanos. Un dolor agudo sacudió las entrañas de la tierra; la madre tierra se enlutó desconsolada; los ocho hermanos lloraron. Ibeler, tomando dulcemente los huesos de su mamá, mojadas las mejillas de indecible dolor, los enterró en una tierra virgen. Erigieron la casa de la tumba, y ahí quedaron reposando los restos de nana Gabaryai.

Los ocho hermanos crecieron más, y empezaron a mirar más allá de sí mismos. Entonces vieron los sufrimientos de la madre tierra. Vieron que había oscuridad, ciclones fuertes, enfermedades supremas, muerte. Y se dieron cuenta de que la muerte de su madre, era parte del dolor de todos. Y vieron que nadie osaba enfrentarse con la maldad que azotaba a la madre tierra. El dolor de sus corazones les hizo ver el llanto de otros hermanos, hijos de la misma madre tierra.

¡Se ceñía un temor mortal sobre la faz de la tierra!

Los ocho hermanos se retiraron de nuevo a surbanega.

—¿Quiénes son los enemigos de esta madre tierra? –preguntaban muy seriamente los hermanos a los mismos acontecimientos.

Los ocho hermanos sufrieron así con la misma madre, junto a ella. Las tinieblas, los incendios, los ciclones que la familia Biler desataba sobre la madre tierra, recaían sobre ellos; y lloraban.

Ibeler y sus hermanos profundizaron su fin para con la madre tierra y se dijeron: "Somos de oro, y desde Baba la madre tierra recibe los filamentos de oro y desde Nana recibe los filamentos de plata; y somos sus hijos (manigalinduba, ologalinduba)". Los hermanos comprendieron que esta tierra estaba viva y no podían dejarla morir. Esta Abiayala, esta Burganyala, Baba y Nana la habían creado hermosa.

Baba y Nana habían creado Oloburgandiwar, Maniburgandiwar lleno de alegría y de tranquilidad. Por la ribera del río, por las llanuras y colinas, un sinnúmero de aves alegraba a la madre; la madre estaba viva. Pero los golpes de la familia de Biler herían gravemente a la madre de todos. Ibeler contemplaba el caos sobre Nabgwana. La gran fiesta se había vuelto llanto. En su rostro ya no había flores. Tanto los árboles como el verdor de las colinas se habían secado.

Ibeler sintió el dolor de la madre tierra, y este dolor se transformó en desafío, en lucha. Los ocho hermanos sintieron el dolor de la madre, las gruesas telarañas en sus ojos, su desnudez, sus llagas; las huellas de Baba marchitas y convertidas en desolación.

Los ocho hermanos se levantaron sabiendo su función para con la madre. Ellos sabían que Baba y Nana les habían dejado grandes llanuras, hermosos y robustos árboles, que Biler había destrozado. Los ocho hermanos, siendo grandes nelegan, podían contrarrestar el atropello. Ellos veían y sufrían la furia de los ciclones que desataban los hijos de Biler haciendo caer los mejores árboles.

Nabgwana sufría. Se había apagado la gran fiesta que celebraban las flores. ¡Habían desnudado a Ologwadule! El desprecio de Biler a la madre tierra, los ocho hermanos lo sentían como contra ellos mismos. La madre tierra había nacido viva y la familia Biler la estaba matando. Los gorjeos de las aves, el chillido de las chicharras habían enmudecido. Por eso se levantó Ibeler con sus hermanos.

Para afrontar las fuerzas del mal, Ibeler tomó el camino de los niveles profundos de la tierra. Quería conocer la fuerza del mal que residía en la familia de Biler. Ibeler sabía que Baba y Nana habían creado también el remedio contra el mal, *gwilobsaglagan*, pero que Biler lo escondía para sí, para destruir la tierra, falseando las normas de Baba y de Nana.

Entonces Ibeler hizo fumar a sus hermanos por ocho días y se adentró así en los niveles profundos del universo. Al inicio Ibeler sólo fue a contemplarlos, y pudo ver las fuerzas que podían ser sus aliadas. Internándose en los niveles superiores, vio a Ologunibibbiler, que custodia las fuerzas por donde nace el sol. Pasó Ibeler a otro nivel y encontró a Oloonibbiler, que se relacionaba con los niveles superiores del universo. Luego se orientó hacia otro nivel y se encontró con Olodiangibbiler, y éste también equilibraba grandes fuerzas. Ibeler iba recogiendo así fuerzas contra los males que imponía la familia de Biler. Bugasui lo acompañaba. Más tarde se encontró con Oloangibibbiler. Ibeler y sus hermanos buscaban así fuerzas amigas para luchar contra Biler.

Ibeler empezó, pues, su lucha. La empezó conociendo por entero los motivos de la creación de la madre tierra y las capas que fueron necesarias para constituirla.

En su visión, Ibeler llegó al reino de nana Ologurgurdili. Ella tenía su dominio en el nacimiento de los ríos; y desde allí controlaba las

aguas de los ríos, impidiendo que las aguas inundaran las plantaciones. Ella equilibraba la fuerza de los *niagana*. Otra guardiana era nana Olonubdigili. En su morada había plantaciones de naasagla (planta venenosa utilizada en la pesca); y, si algún día se desatara su furia, morirían todos los peces de los ríos, y las aguas correrían nauseabundas.

Ibeler lo vio todo y sabía, además, qué fundamentos tenía la madre tierra. Los ocho no habían nacido para beber aguas podridas. Sentían las consecuencias de la invasión maligna de la familia de Biler; y por eso se levantaron, se defendieron.

Otra de las que cuidaban las aguas de los ríos era nana Oloburgwagwayai, Oloburgwagwasob, su morada Galudigun, y su esposo, Olodigunabbiler. En su morada se yergue un torrente alto, que salta desde lejos y baja a la tierra.

Ibeler y sus hermanos surgieron en Igbirdidiwala. Los ocho hermanos son hijos de Gabaryai y de Olodualigibbiler.

Ibeler conocía las capas de oro que cimentaban los niveles de la madre tierra y no podía dejarlas en manos de los hijos de Biler. Él sabía que su madre tierra llevaba el oro azul, amarillo y rojo en sus entrañas. Ibeler veía a su madre llorando en los rincones, pisoteada, maltratada. Por eso se levantó. La muerte de los animales, el maltrato a las llanuras, la desnudez de las colinas hacían llorar a nana Ologwadule porque eran sus hijos: ella les había dado la vida, los nutría.

Grandes temblores de tierra hacían caer pedazos de Ologwadule. Fuertes ciclones retumbaban a lo largo de las mejillas de la gran madre. Ibeler lo sentía como en carne propia y se levantó como hijo de la gran madre.

En la mitad de Abiayala se levantaba un inmenso árbol: *igubwala*, *baluwala*. En sus cuatro copas vivía Oloyaggubler (doggorginnid), y era él quien desataba los tifones (aliado de Biler). Ibeler lo descubrió, y no podía entregar a su madre al padre de los ciclones. A la raíz del árbol llegaban Olonia, Olonagbe, Ologoe, Olonoo; y eran mensajeros del mal, aliados de Biler, padres de la mentira, del odio, de la envidia, del acaparamiento, del rencor.

Ibeler no luchó movido por un afán de sentirse grande, sino llorando con Nabgwana.

Ibeler sabía que Baba había creado los grandes tifones, los fuertes temblores de tierra, pero no eran para destrozar a la madre tierra. Baba los había asignado un reino para que desde lejos sirvieran a la madre, la ayudaran a ser más hermosa y llena de hijos felices.

Ibeler luchó contra *olonoo*, *ologoe*, *olonagbe*, *olonia*, *mursibsagla*; y los confinó a los niveles inferiores. Les dio el nombre de Olo-ingibibbiler. Eran mensajeros del mal y trataban de anular el proyecto de Ibeler. Baba alentaba a los ocho hermanos; Nana animaba a los ocho hermanos.

Había otro aliado del mal: Olourgunaliler. Este también bajaba hasta el séptimo nivel; y se tenía por creador de todas las fuerzas y maltrataba igualmente a la madre tierra. Aprendió el lenguaje de los misterios, *aggwalersagla*, *margoo*. Ibeler lo confinó y lo desterró al abismo. Y el mismo misterio fue utilizado en su contra hasta que se volvió ceniza.

También se presentó Gussugga, padre del mal, hijo de Biler, origen de gravísimas enfermedades: parálisis, paperas de ocho tipos, tisis… Los ocho hermanos lo enfrentaron y lo vencieron.

En una ocasión, mientras Ibeler y sus hermanos planeaban su lucha contra los males que azotaban a Nabgwana, fueron sorprendidos por los espías del bando enemigo. Ibeler entonces colocó jaguares en torno a su choza; y estos animales advertían a los ocho con sus rugidos. Puso a los gallos como mensajeros; y el sitio se llamó Gosgun, y es ahí donde se afilaban las armas.

Los aliados de Biler ya se habían multiplicado; y los ocho tenían que vencerlos a todos para salvar a Ologwadule. Los aliados de Biler se transformaban en sapos, en culebras, en jaguares.

Mucha gente buena también se había depravado. Se embriagaban con *naasagla*, con *gannasagla*, *badsar*, *mummuddurba* (plantas alucinógenas).

Los ocho se armaron de buenas flechas, amontonaron piedras enormes para atacar el bando contrario. Ibeler se alió con todas las criaturas que padecían la violencia de los Biler. Ibeler fijó las colmenas de avispas venenosas. Él sabía que vendría mucha gente en su contra. Los aliados de Biler eran muchos, en consecuencia se preparó muy bien para protegerse. Bugasui se ejercitó en el lanzamiento de agudas flechas.

Entonces los ocho hermanos veían venir enormes caimanes llenos de aliados de Biler; y Bugasui los despedazaba a todos. Ibeler llamaba al inmenso pez sierra (suggusagla), a los martín pescadores, a los colibríes con una fuerza cuatro veces más intensa de lo que pueden tener en la superficie de la tierra. Bajaban miles de caimanes por el río; y Bugasui tensaba su arco contra ellos; los caimanes eran cercenados por el inmenso pez sierra. Biler contaba con grandes y poderosos aliados, mientras Ibeler trabajaba con los más pequeños y los más sufridos por el odio de Biler y eso le hacían más fuerte.

Así lucharon los ocho hermanos, sabiendo que Biler quería someterlo todo bajo su capricho para hacerlos pasar hambre.

Baluwala

Ibler nue wisi, Babdummad Nandummadbo,
ibmar we nabbagi obesad dule wargwennagadsulid,
bela Ologwadule e abgilagangadid.

Ibeler sabía que todo lo que Baba y Nana habían creado
no era para un grupo, sino para todos los hijos de la
madre tierra.

Al inicio Abiayala era perfecta y muy hermosa. Oloabiagundiwala la regaba apacible. Entonces Abiayala no había sentido aún el paso de quienes la harían penar. Vinieron Biler y Bursob y luego sus hijos. Más tarde bajó mucha gente. Más adelante apareció Ibeler y sus hermanos: Oller, Wigaliler (Wigabibbiler), Olosunnibeler, Buudur, Gwadgwaddule, Bugasui (Igwaoginyabbiler), Olowagli. Ibeler era el mayor. Cuando llegaron ellos, nana Olobibbirgunyai sufría los azotes de las tempestades; se nublaban las estepas y los collados; se desataban violentos huracanes, tornados blancos, azules, rojos y negros. Los recintos sagrados (galu saglagan) eran profanados. Ibeler lo veía y le dolía; sufría la caída de los buenos árboles: *igwawalagan*, *isberwalagan*, *naggiwalagan*…

Entre tanta desesperación Ibeler se puso a indagar las causas del desastre. Se retiró por ocho días en surbanega, a profundizar desde

ahí los distintos niveles y aspectos de la tierra, y desvelar así las causas hondas del mal: ¿De dónde nacen los turbiones? ¿Quiénes los agitan? Y, poco a poco, Ibeler se acercó en su visión a un gigantesco árbol. El árbol era *igubwala*. También lo llaman *ubsanwala* o *baluwala*. Ibeler descubrió que en la copa más alta de *igubwala* estaba el origen de los ciclones; desde la copa del árbol, los aliados de Biler arrojaban los turbiones azules, los turbiones rojos, los ciclones amarillos, los ciclones negros.

Los ocho hermanos mantenían en casa a Ologuggurdili para apoyar en los quehaceres de la casa a su única hermana, Olowagli. Un día amma Ologuggurdili se presentó borracha. Venía cantando por la vereda y danzaba diciendo: "¡Baluwala, guggudiwala, baluwala, duggugi gobe!". Amma Ologuggurdili comía con Ibeler y sacaba solapadamente de su cintura algo con lo que sazonaba la comida; y ésta se volvía salada. "¿De dónde saca ella la sal?", cavilaba Ibeler.

Ibeler no dejó pasar la ocasión y, cuando vio que amma Guggurdili volvía hacia el árbol y se alistaba para subir de nuevo, le dijo: "Llévame un piojo contigo". Ibeler mandó así el piojo con Guggurdili. La vieja subió el árbol gigantesco y cantaba mientras trepaba. Luego desapareció por cuatro días; y volvió. Entonces Ibeler le preguntó: "¿Qué hiciste con el piojo?" Y ella respondió: "Por el camino donde he subido, soplan fuertes vientos. El piojo no pudo sostenerse con fuerza y el viento se lo llevó".

Ibeler buscó entonces la manera de colocar un nuevo piojo a amma Guggurdili, pero sin que lo notara ella. Y ella volvió así al gigantesco árbol de sal; llegó a la copa más alta. Cuatro días pasaron, y volvió de nuevo. La vieron nuevamente borracha y cantando su resabida melodía. Cantaba, giraba, se retorcía sobre sí misma. Entonces Ibeler tomó el piojo pegado a amma Ologuggurdili. El piojo habló así: "Por el camino rugen grandes ciclones, soplan

terribles huracanes; y así llegamos a la copa más alta del árbol. Allí he visto extensos platanares, yucales, cacaotales, y mucha abundancia. Allí la gente no parece sufrir, tiene de todo y en abundancia. De los grandes platanales se inclinan gruesos racimos a punto de madurar. Por las rajaduras de los plátanos reventados salen gotas de miel; y amma Ologuggurdili lame la miel de plátano; se emborracha con ella y ya se siente feliz con eso". El piojo continuó hablando a los ocho hermanos y prosiguió: "En el árbol, en su copa más alta, una inmensa rama está señalando hacia la salida del sol, y por donde indica la rama hay una comunidad de gente con mucho poder. Allí vive Oloyaggubler (agsibsagla, doggorginnidsagla), él está desatando las tempestades que destruyen todo. Oloyaggubler levanta los grandes ciclones y los arroja a los océanos. Saca los ciclones azules, los ciclones rojos, los ciclones amarillos; y hace caer los mejores árboles sobre la gran madre tierra. Nos atemorizan con los tifones y nos privan de los bienes de baluwala. Llenos de miedo no logramos ver, desde aquí, la opulencia de ellos. Nos caen tifones, nos caen heladas y les divierten nuestro miedo y nuestra muerte".

Después de haberse enterado de todos los pormenores del gran árbol de sal, Ibeler se propuso talarlo. Ibeler se había convencido de que solamente talando el gran árbol, se calmarían los dolores de Nabgwana. Ibeler sabía que sólo del árbol caído vendría la calma. Veía igualmente la necesidad de recoger los bienes que saldrían del mismo igubwala, de baluwala. Ibeler sabía que todo lo que Baba y Nana habían creado no era para un grupo, sino para todos los hijos de la madre tierra.

Los atroces tifones rugían y sofocaban el vigor de la madre tierra. Los turbiones negros se alzaban desde los grandes mares y durante cuatro días nublaban la tierra. Durante cuatro días, los turbiones ahogaban los cerros, apagaban las lomas y las llanuras. Caían fríos

intensos sobre la gente. Temblaban de frío. Y el cataclismo volvía una y otra vez.

Ibeler con sus hermanos buscaban la calma sobre la madre tierra. No querían sufrir más; y no estaban tranquilos. Tomaban su fuerza en surbanega y cruzaban los niveles profundos de la tierra para enterarse mejor de la situación y de sus causas. Y así llegaron a descubrir que otro de los que desataban los ciclones era Olourgunaliler (Olourgunabaler). Olourgunabaler enfurecía también a los vientos. Tenía por esposa a una de las hijas de los vientos en el cuarto nivel inferior. Su mujer era Oloburwailigunsob. Ella enseñó a su marido los modos de enfurecer a los vientos. Olourgunaliler aprendió así los movimientos de distintas tempestades. En el cuarto nivel Olourgunaliler y Oloburgwagwayai (Oloburgwagwasob) tuvieron hijas; y vinieron Olodigiyai (Olodigisob), Olosibdigili (Olosibdogili), Olosagdiliyai (Olosagdilisob). Todas ellas, a su vez, son madres de borrascas, madres de vientos fuertes, del norte, del sur, vientos calientes y fríos, vientos negros, tormentas.

Ibeler buscaba la manera de hacer caer en la trampa a los prepotentes. Discurría valiente y osado. Entonces se decidió a buscar la amistad de Olourgunaliler. Prefirió ganar al adversario por la parte débil; y sabía que Olourgunaliler era aliado de Biler y que los hijos de Biler se envalentonaban porque Olourgunaliler estaba con ellos. Ibeler veía que ganar al enemigo por las buenas sería una buena etapa contra los males que caían sobre Nabgwana. Gaana, Inue, Gussugga, Ologunaliler, Dobbegga (hijos de Biler) se fortalecían con el apoyo de Olourgunaliler. Y para mermar la fuerza enemiga, Ibeler veía necesario atraer a Olourgunaliler. Olourgunaliler era ya muy anciano. Muchos años habían corrido sobre su piel.

Los ocho hermanos tenían, por una parte, a Olourgunaliler con las tempestades; por otra, al árbol gigantesco, a baluwala con Oloyaggubler en su copa. Los ocho empezaron con el árbol de sal, con igubwala. Ellos estaban bien enterados de lo que hacía Oloyaggubler en la copa más alta del árbol, por la enorme rama que traza la salida del sol.

Ibeler clamaba a Baba y a Nana. Nana y Baba eran sus grandes amos. Baba le daba fuerza suficiente para pensar y actuar. Ibeler hablaba así a Baba: "Baba, yo soy tu amuletillo, soy tu *nudsu*". Y Nana estaba muy presente también en la lucha de Ibeler, y le decía: "Nana, que tus dedos me acaricien; y cubre mi cuerpo con tu velo suave. Haz que mi entorno sea una red oscura para que nadie me pueda atacar, y que el enemigo Biler no pueda contra mí. Madre de la noche", insistía Ibeler, "deja caer lentamente los hilos de tu oscuridad sobre mí, y que ellos me protejan tiernamente. Madre de las noches dulces, Nana grande, que el enemigo Biler no me alcance, y que mi fuerza sea abundante para derrotarlo". "Baba grande, yo soy tu amuletillo; y sacude al gran *baliwiddur* sobre el palo transversal de mi choza para que me grite '¡Alerta!' cuando vea entrar solapado al enemigo". Ibeler clamaba así a Baba; y no se cansaba.

Los ocho comenzaron a buscar aliados. Ganaban muchos amigos. Tuvieron miles y miles de aliados; y eran aquellos que estaban sufriendo más los atropellos de Biler. Trabajaban fuerte. Olowagli, la hermana, se multiplicaba en la preparación de los arcos y flechas, en los quehaceres de la cocina, en la búsqueda de nuevos aliados. Preparaba bebidas para los trabajadores que ayudaban a sus hermanos.

Los ocho muy unidos se orientaron hacia el inmenso árbol de sal. Les seguían sus aliados, los mejores hacheros de la aldea. Se ubicaron por donde amma Ologuggurdili bajaba borracha. Y el

árbol era tan grande, que los hacheros se distribuyeron en grupos de cien a cada lado. Entre las ocho enormes crestas de igubwala se colocaron los hacheros de Ibeler. En lo más hondo de las grandes crestas mugían los abismos y los remolinos de oro y de plata. En las ramas más altas del gran árbol las nubes tejían sus copos. Las hilachas de las nubes quedaban como copos de algodón entre los robustos ramajes del árbol de sal. Los trabajadores de Ibeler hachearon fuerte todo el día. Y el sol cansado se inclinó por las colinas, y el árbol de sal quedó sangrando, con poca parte sana, pero que aún se mantenía erguido. Ibeler y sus compañeros entraron en casa. Descansaron toda la noche y se alzaron muy temprano. Los hacheros volvieron al trabajo, rodearon el árbol, miraron sorprendidos la forma del árbol y palparon su tronco: el árbol no tenía ni una señal del hacha; el árbol estaba sano, íntegro, como antes del primer hachazo.

Entonces Ibeler ordenó a sus hacheros: "¡No toquen más el árbol! ¡Nos retiraremos a surbanega y ahí vamos a estudiar el hecho!" Ibeler permaneció ocho días en surbanega. Bajaba y subía por los niveles más profundos de la madre tierra. Buscaba las razones de por qué el árbol estaba sano, sus causas más ocultas. Ibeler llegó a los grandes *galugan.*

Al octavo día dijo: "Amigos míos, a media noche, cuando el silencio se hace doloroso, la serpiente de oro (olonagbe) se pasea por las raíces del baluwala, viene a lamer las heridas del árbol de sal y lo restablece. ¡Tenemos que matar a olonagbe!", sentenció Ibeler delante de sus hermanos y aliados. Bugasui, el hermano arquero, tenía que eliminar a olonagbe. Ibeler acudió a su hermano, el gran arquero Bugasui, para que el árbol pudiera caer sin obstáculos. Bugasui, el lancero que no falla, buscó un escondrijo seguro junto a una de las crestas más elevadas del árbol. Preparó sus arcos y afiló las flechas. En las puntas agudas de sus flechas puso los venenos más atroces de su mochila. Untó sus armas con los venenos

extraídos de avispas de punzadas letales: *igwabulu*, *sega*, *sega gingidule*… Bugasui, con la cara sonrosada de achiote, esperó a olonagbe. Y era medianoche. El silencio se hizo muy fuerte y las chicharras callaron. En la oscuridad más densa salió un animal enorme, una inmensa serpiente de oro se arrastraba pesada por la maleza y buscaba las raíces heridas del árbol de sal. Bugasui tensó el arco, apuntó la flecha. La flecha zumbó, clavándose en la cabeza del animal. La gran serpiente de oro cayó.

Luego Bugasui dijo a Ibeler: "¡Hermano mío, siento que me he manchado con un crimen!" Ibeler lo tranquilizó: "¡Hermano, tú has ayudado a toda la humanidad! Cuando nuestros nietos se enfrenten a estos animales dirán lo mismo, ¡pero es necesario que esto suceda!" Bugasui se bañó en medicina; se introdujo en surbanega para limpiarse del mal que le pudo haber transmitido Olonagbe.

Los ocho hermanos volvieron al árbol de sal. Llevaron de nuevo a sus mejores hacheros hasta la raíz de igubwala, hasta la raíz de baluwala. Los hacheros volvieron a la tala del árbol. Hacían caer grandes pedazos de baluwala. El árbol tenía el tronco tan blando como el tallo del plátano; y un solo hachazo lo dejaba profundamente herido. Los pedazos que caían del árbol no se perdían. Pequeños y grandes trozos se convertían en cangrejos, langostas, peces, buenos alimentos para la gente que tenía hambre, para la gente que sufría. Por eso se dice que los abismos (birya), y los remolinos también son útiles. Hay que saber sacar el bien de todo mal, porque hasta nuestro mismo cuerpo, nuestro ser tiene su *birya*, tiene su abismo; y son necesarios para que realmente seamos lo que somos.

El sol volvió a cansarse; el sol se recostó entre los pezones de la madre tierra. El árbol de sal quedó nuevamente al borde de derribarse. El tronco de baluwala quedó malherido. Ibeler y sus aliados volvieron al descanso.

Al día siguiente, muy de madrugada, se levantaron de nuevo y volvieron a sus hachas. Ibeler y su gente miraron al árbol y…, ¡estaba de nuevo intacto! Baluwala estaba como si no lo hubieran tocado. Todo su tronco aparecía sin señal de hachazos. Ibeler mandó que suspendieran el trabajo, se reunió con sus hermanos y miles de aliados suyos. Él entró de nuevo en surbanega. Bajaba y subía por los profundos niveles del universo. Se retiró por ocho días en surbanega; y al final pronosticó así: "A medianoche, aprovechando la oscuridad y nuestro descanso, olonia viene a rondar junto al árbol, viene a lamer las heridas de igubwala. ¡Es preciso que lo eliminemos!" Entonces el arquero Bugasui volvió a su escondite; debía matar a olonia con su aguda flecha envenenada.

A medianoche se asomó olonia. Venía solapado y bien protegido por la oscuridad. Bugasui tensó su arco y apuntó la flecha. La flecha cortó el aire y olonia se desplomó. Ibeler lo confinó a las capas inferiores del universo. Bugasui dijo de nuevo que se sentía mal por haber matado a olonia. Ibeler volvió a repetirle que todo era necesario por el bien de los nietos que vendrían más tarde. Bugasui se bañó otra vez en medicina y se purificó de nuevo.

Los ocho siguieron espabilando a sus miles y miles de amigos aliados. Se reanudó el trabajo de tala del árbol de sal. Los hacheros se colocaron alrededor del gran árbol de tronco blando. Caían pedazos e Ibeler los iba convirtiendo en cosas, en distintos animales buenos y comestibles. Ibeler era un gran nele. Baba había enviado a ocho grandes nelegan. Ibeler sabía que su papel sobre la madre tierra era el de mejorar la situación de nana Olobibbirgunyai, vencer a Biler.

Y así el gran árbol de sal quedó nuevamente al borde de caerse. El tronco de igubwala se había abierto hondamente. Los hacheros descansaron otra vez.

Amaneció, y muy de mañana volvieron al trabajo de tala. Miraron el tronco, lo rodearon, y vieron que de nuevo estaba intacto. Se cimbreaba lozano e íntegro, sin ninguna herida. Ibeler volvió a la surba. Quería encontrar el nuevo obstáculo. Estuvo ocho días recluido en surbanega, subiendo y bajando por todas las capas del universo. Y habló así a su gente: "A medianoche, amparado por la penumbra, se pasea el sapo de oro. El olonoo, tan grande como una tortuga, viene a lamer el tronco herido de baluwala. ¡Olonoo también debe ser eliminado!" Entonces Bugasui se alistó de nuevo. Volvió a ocultarse; y a medianoche se oyó el paso de olonoo. Era un enorme sapo de oro. Brillaba como el oro; sus ojos emitían una luz potente. Bugasui tensó su arco y mató a olonoo. Ibeler lo confinó a la cuarta capa del universo; volvió a tranquilizar a su hermano. Ya iban tres veces que fracasaban, pero no lo sentían así.

Continuó la tala del árbol de sal. Y en la cuarta vuelta Ibeler volvió contra el ciervo de oro. Ologoe también venía a lamer el tronco a medianoche e impedía que el árbol cayera. Bugasui volvió a eliminarlo. Y llegaron así a destruir todo aquello que impedía que el igubwala cayera en beneficio de toda la gente. Olonagbe, olonia, olonoo y ologoe fueron confinados a las capas inferiores de la madre tierra.

Los ocho y sus aliados continuaron cortando el árbol de sal. Pasó otro día. Los robustos hacheros trabajaron duro. El sol volvió a recostarse sobre la madre tierra; y baluwala estuvo a punto de tronar y tumbarse. Baluwala, después de terribles hachazos, quedó con la cintura muy delgada. Los aliados de Ibeler, los hacheros se doblegaron ante la presión de la noche y se durmieron todos.

A la madrugada siguiente Ibeler se levantó y despertó a toda su gente para el trabajo. ¡Efectivamente! Baluwala estaba como lo habían dejado en la última hora de la tarde, con la cintura consumida. Los hacheros volvieron a trabajar y hacia la tarde el igubwala empezó a crujir. Baluwala se balanceó, pero no cayó a tierra. Los hilos de las nubes lo mantuvieron inclinado sin caerse. Los gruesos hilos de las nubes mantuvieron a baluwala sin tocar el suelo.

Los aliados de Ibeler se resignaron por un momento, pero Ibeler tenía mucha gente a favor de la madre tierra. Cuando vieron que el árbol no caía a tierra, los más jóvenes empezaron a subirse a las ramas del árbol. Los más jóvenes de los saínos, de los jaguares, de los ñeques querían treparse a las ramas, querían cortar las gruesas sogas de las nubes. Subían por el ramaje, y se precipitaban. Subían aprisa, y rodaban. Un *wega* (mono) subió, y cayó entre la espuma de los remolinos al pie del árbol; y quedó su cara blanca de espuma. Ulur (otro mono) llegó a la primera copa del árbol, y empezó a aullar por su mujer; y por eso, los ulur gruñen por las tardes "¡uli, uli, uli!". El amigo ulur tomó el nombre de Inaugungialiler.

Así uno tras otro, hasta que solamente quedó uno; y éste se llamaba Olodiwilibibbiler. Entonces Ibeler llamó a su hermano Oller y le encargó que fuera donde Olodiwilibibbiler a presionarlo para que subiese a las ramas de baluwala. Oller se unió a Olowigabibbiler para hablar con el único que faltaba por trepar. Los hermanos se presentaron a Olodiwilibibbiler y le preguntaron si podía subir a baluwala. Él no se negó, pero replicó: "¡Soy joven y soltero aún y antes de correr cualquier riesgo, debo tener una mujer, debo casarme!"

Los hermanos volvieron a Ibeler con la exigencia del trepador. Ibeler quiso enterarse de si ya tenía alguna chica elegida. Los hermanos volvieron donde Olodiwilibibbiler. Éste les respondió

que conocía a una buena chica, hija de Ologinwilibibbiler. Ologinwilibibbiler era una gran personalidad de la aldea. Entonces, Ibeler, enterado de los detalles, quiso pedir personalmente la joven para el pequeño y ágil trepador. Sólo después de una larga conversación con Ologinwilibibbiler, Ibeler propuso el asunto que le traía. Se pusieron de acuerdo: la pareja debía pasar por una ceremonia nupcial.

Olosuaginya dirigió la ceremonia. Los que perseguían al novio Olodiwilibibbiler lo encontraron acostado en la hamaca tocando la flauta; y tomándolo fuertemente en brazos lo condujeron a la hamaca donde yacía la novia; y le corearon: "¡Suiii, nue mama digoe, nue nila gugi digoe!" Entonces consiguieron algunos tizones ardientes y los arrojaron en el suelo, debajo de la hamaca marital. Era necesario para que los hijos naciesen con los ojos sanos.

Pasó el día del matrimonio. Los ocho hermanos le insistieron que debía trepar por las ramas de baluwala, pero él se resistió y pidió que fuesen cuatro días de acercamiento matrimonial, y luego iría a cortar los troncos para la cocina; y cuatro días debía reposar con su esposa. Los jefes de la ceremonia cumplieron con lo establecido y siguieron las órdenes del trepador. Todo se hizo como lo exigía el recién casado.

Todo estuvo a punto. Olodiwilibibbiler, el pequeño trepador, se puso a la raíz del árbol, sacudió sus músculos, se amarró la camisa a la cintura y empezó a saltar. Mientras tanto Ibeler y sus hermanos se pusieron debajo del árbol inclinado con una gran manta blanca de puro algodón para recibir a Olodiwilibibbiler, si se resbalaba. Y el trepador pegó un salto como un zumbido y descansó brevemente en una copa. Prosiguió con otro salto; y así cuatro veces. Massi Olodiwilibibbiler desapareció de la vista de Ibeler. Hubo una honda expectación en la gente. Se oían de muy lejos los golpes del hacha; y al poco rato no se percibieron ni

siquiera esos golpes. No pasó mucho tiempo y salpicaron gotas de sangre. La sangre corrió por el tronco de igubwala. "¡Se ha herido!", fue el clamor agudo de la gente. Massi Olodiwilibibbiler había tomado el achiote consigo y se había orinado sobre él. Con eso quiso engañar a Ibeler.

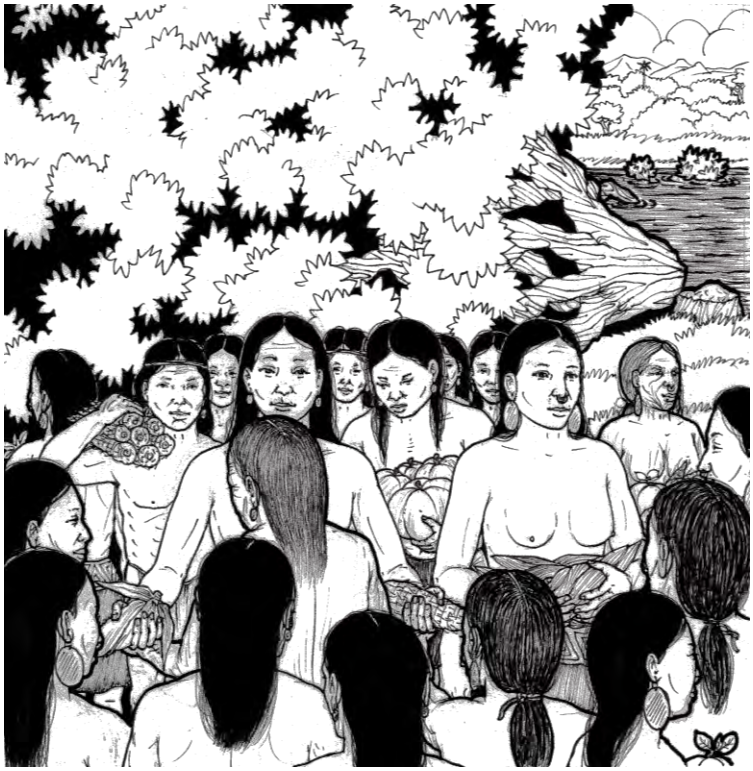
El gigantesco árbol empezó a retumbar, crujió como un fuerte terremoto, y cayó a tierra. Massi Olodiwilibibbiler no apareció más. Lo buscaron desesperadamente y no lo hallaron. Oller y Olowigabibbiler tenían que llevar la noticia a la esposa. Fueron, pero desde la hamaca de su casa massi Olodiwilibibbiler les gritó: "¡Ya llevo mucho tiempo aquí tocando mi flauta! ¿Cómo no me vieron ustedes, si pasé en medio de la gente? ¡Cuando caía baluwala me bajé por su tronco!"

Cuando baluwala sacudió a la madre tierra, se recogieron muchas cosas, se distribuyeron grandes riquezas. Los que lloraban sobre Nabgwana recibieron su pedazo de comida. Baluwala quedó muy poco tiempo sobre la tierra madre. Se derritió y bajó a la cuarta capa del universo, convirtiéndose en un gran río de plata, que derramó sus aguas junto a otro río de oro. De sus grandes pedazos y de sus grandes nudos se hicieron grandes islas.

Al final apareció el trepador reclamando algo de comer. Ya era imposible lograr ni siquiera un pedacito, porque eran miles de personas las que los habían recogido. Ibeler le dijo: "Tú lo tuviste todo a mano, porque fuiste el primero de todos, pero me quisiste engañar; ¡y el primer engañado eres tú ahora!"

Ibeler lo maldijo, enfadado: "¡Vivirás royendo las cortezas de los árboles!" Por eso le oímos roer los troncos y esconderse por la maleza al pequeño animal (niggingwa). Por eso nuestros nelegan nos enseñan que el apego excesivo a las mujeres hace al hombre improductivo. "Si prefieres a tu mujer antes que el mismo trabajo,

no tendrás nada; vivirás con hambre y perderás hasta la misma mujer".



Galibe

Nabgwana e nagbid, anmar nagbidga guele, geb anmar nabir nan sabedgi sunmaggoe

El dolor de la madre tierra tiene que ser nuestro dolor; sólo de este modo podemos hablar de amor hacia ella.

Nuestros abuelos, hijos de Nabgwana, han manifestado sus costumbres de diversas maneras. Ahora les voy a contar una de esas costumbres de los ancianos. Aquí, en esta Nabgwana, hubo un gran diluvio en el tiempo de Agban. Pero antes, mucho antes de Agban, vivió otro anciano, que tuvo por nombre Galibe. Él fue el primero que recibió el castigo de Baba y Nana, después de Biler y sus hijos; y después de los ocho hermanos que vinieron a restablecer el orden en Olobibbirgunyai.

Cuando hablamos de Galibe, tenemos que traer a nuestro recuerdo los ciclones, los vientos fuertes y los huracanes. El abuelo Galibe fue quien padeció la ira de los vientos. Ibeler, con su lucha, había reorganizado a la madre tierra. Ella se había vuelto hermosa otra vez, pero después los hombres volvieron a ensuciarla. Cuando Ibeler había limpiado la cara de la madre tierra, los árboles habían vuelto a cargar sus mejores frutos, los hombres habían reanudado a

reconocer a sus hermanos; y habían vuelto a compartir los trabajos y los productos de sus fatigas.

El río donde vivió *dada* Galibe es Galirdiwala. También hubo otro río, el Masburgandiwar. En esos ríos nuestros padres compartían todo, se ayudaban mutuamente y se defendían unos a otros. Cuando alguien conseguía una pequeña presa en el monte, trataba de hacer llegar un pedacito a los otros hermanos, y no comía solo. La generosidad era muy fuerte. En consecuencia, los males no llegaban tan cerca de nuestras comunidades.

Poco a poco, al pasar los años, la gente fue cambiando el lenguaje de los antepasados. La sinceridad en las palabras de los ancianos fue cediendo su lugar a la mentira, al engaño, al menosprecio. Cuando alguien caminaba por las calles de la comunidad, los ancianos empezaban a burlarse. Cuando una niña bajaba al río, los viejos le proferían palabras soeces. Y ella, sintiéndose ofendida, se lo decía a sus familiares; y nació la disputa entre familias; el odio comenzó a poner sus raíces en la aldea. Nabgwana empezó a sufrir. Todos estos acontecimientos en nuestras comunidades desafiaron la ira de la naturaleza. Y ella también se rebeló.

Llegaron los presagios de algo grave que estaba a punto de suceder; los vientos chillaron como pájaros, se escucharon ruidos que venían de allá arriba; y eran rumores muy extraños, que nunca se habían escuchado antes.

Galibe era entonces sagla de la comunidad. La naturaleza volvió a desordenarse, presionada por el comportamiento de los hombres. Los vientos susurraron de diferentes maneras en tiempos de Galibe. Había momentos en que mejoraba un poco la situación, pero casi inmediatamente volvía a agravarse. El gran Galibe oraba y cantaba a los que llegaban a escucharlo. Poco a poco Galibe empezó a cantar para los asientos en *onmaggednega*. Las mujeres

prefirieron los bochinches de la calle a escuchar el canto de dada Galibe. Los varones prefirieron estar gritando vulgaridades en las esquinas a seguir las orientaciones de Galibe. Y ya nadie escuchaba a dada Galibe. El *iddogednega* se fue vaciando.

En las tardes Galibe inquiría los mensajes de la naturaleza. Preguntaba por el canto de las aves, por el chirrido de las ramas de los árboles, por las manchas en el cielo al atardecer, por los colores de la aurora, por el croar de ranas bajo la lluvia... "He oído un ruido intenso de cotorras; las hojas de los árboles caen como nunca", decían a Galibe. Después, Galibe cantaba al pueblo reunido, a las pocas personas que acudían a escucharlo: "Estamos en gravísimo peligro. Cada vez estamos más cerca de nuestro fin. Todos los cambios en la cara de la madre tierra presagian que estamos al final del camino", cantaba Galibe al pueblo. Dada Galibe oraba a Baba, oraba a Nana. Les pedía piedad. Y el pueblo seguía rebelándose contra la naturaleza. "Si ustedes escuchan el ruido que hacen las cotorras, se darán cuenta que ellas nos están gritando que viene su padre sobre nosotros, su padre ciclón, que triplicará esos ruidos por millares", decía Galibe. Entonces Galibe hacía esfuerzos muy grandes para convencer al pueblo de que las catástrofes amenazaban a la comunidad.

Los ruidos, los cambios sobre Olobibbirgunyai se hicieron cada vez más insistentes, más fuertes, más cercanos. Desde los altos cerros se escuchaban ecos de flautas; y todo se volvía retumbos y nervios en Olobibbirgunyai. Pero los hombres seguían en su mal camino, continuaban despreciando a Baba, despreciando a Nana con sus comportamientos. El pueblo, poco a poco, fue tomando los presagios como cosas normales.

Las ancianas dejaron el recato, y se daban puñetes en plena calle de la comunidad. Y los ancianos se reían de ellas, como si se tratara de

poca cosa. Eso sucedía en el tiempo de Galibe. Galibe se inquietaba; Galibe oraba en silencio. Clamaba a Baba, clamaba a Nana.

"Los pericos se agitan y chillan porque saben que los árboles se van a desplomar", decía Galibe. "Va a venir el *sarwaibegun burwa*", cantaba el viejo Galibe, "viene sobre nosotros el *wagiibegun burwa*, y nos va a despedazar a todos". El viejo Galibe continuaba orando, continuaba cantando a las pocas personas que aún sentían la presencia de Baba, la presencia de Nana.

El lenguaje de la gente había cambiado. El lenguaje honesto, amable, sincero, recatado, que se practicaba y daba como fruto la tranquilidad, la ayuda mutua, había dado lugar a la mentira al engaño, a la burla, a la vulgaridad, a la ofensa; y con ese lenguaje había venido el desequilibrio, el dolor, la amenaza de los grandes vientos.

El *niggeibegun burwa* amenazaba con arrasar las comunidades, los cultivos; con hacer trizas a los árboles. Amenazaba también el *gwaggwaduibegun burwa*. Los vientos se alistaban bufando entre las copas de los árboles, semejantes a papagayos, a cotorras, a pericos, a loros.

Cada año que pasaba, la gente empeoraba sus costumbres. Se reía la gente de los rezos y cantos de dada Galibe. Entonces el *olowelagi burwa* dio su anuncio y causó un fuerte cosquilleo en la gente. Parecían felices; y era el mensaje de algo muy grave que estaba a punto de reventar. El *sallibegun burwa* mostró sus primeros intentos, que predecían cómo iban a quedar los árboles en la catástrofe, perforados hasta la médula más dura. Los ciclones anunciaron sus fuerzas: *saluibegun burwa*, *naluibegun burwa*, *gansuibegun burwa*… todos presagiaban cómo iba a quedar la gente, hasta los animales más pequeños.

Los mensajes llegaban fuertes a los ojos de Galibe, que continuaba redoblando sus esfuerzos en la oración, en el canto. A su alrededor la gente seguía la vida fácil en el engaño, en la trampa, en la difamación de unos a otros; degradaban así el rostro de la madre tierra, que lloraba, como lloró golpeada por los hijos de Biler. Galibe se empeñaba con fuerza para retener el desastre, que rugía ya cercano.

La gente se había alejado de Baba y de Nana. Las niñas se reían a carcajadas entre las rendijas de caña brava del mismo iddogednega. Se burlaban de dada Galibe: "Este viejo está soñando. ¿Dónde está el castigo de Baba, el castigo de Nana?", voceaban las niñas y las ancianas. Ya nadie llegaba a iddogednega. Ya nadie quería escuchar el babigala; y decían que era cuento. Como la gente ya no escuchaba los mensajes de Baba y Nana, no podía comportarse como seres humanos; y así tampoco podía controlar la naturaleza, ni los pájaros; ni muchos menos, los ciclones podían estar tranquilos.

Dada Galibe, entonces, empezó a cavar en la tierra un hoyo del tamaño de una casa grande. Cavó la tierra y preparó muy bien el entorno. Hizo un enorme tinajón para refugiarse. Esta Abiayala estaba a punto de cambiarse de nombre; y Galibe quería impedir el cambio violento de la madre tierra, porque era respuesta demasiado cruenta de la naturaleza a las acciones del pueblo. La gente que todavía acudía a escuchar a Galibe hizo también sus tinajones, para escaparse de los grandes tifones que intimaban.

Así los varones y las mujeres, con sus aberraciones, envejecieron a la madre Ologwadule. La tierra se volvió vieja. Los hombres atrajeron contra ellos mismos los desastres, buscaron su propia muerte. Al volverse vieja, la tierra empezó a impedir los nuevos brotes de las plantas de plátano, de mango, de limón.

Galibe continuaba recordando los compromisos para con la madre tierra, pero ya nadie lo escuchaba. Galibe decía: "Estas cosas que utilizamos, esos animales que nos sirven para comer, todas esas colinas, no son nuestros. Baba no los hizo para que nos adueñáramos de ellos. Baba nos dejó para cuidarlos. Cuidar las cosas es compartir con todos los hermanos; es no permitir que unos tengan más que otros, sino que todos nos alimentemos bien y nadie se burle del otro". Galibe cantaba, Galibe rezaba: "Los hijos, las hijas, los tíos… son todos de Baba, son todos de Nana. No somos sus dueños. Baba y Nana nos los han cedido sólo por breve tiempo, para que nos protejamos mutuamente y vivamos mejor, pensando los unos en los otros; y mantener así siempre joven a Nabgwana. En la medida de nuestra responsabilidad en el cuidar la naturaleza y las personas, se nos alarga el tiempo de alegría sobre esta mamá tierra; y en la medida de nuestro descuido, estamos creyendo que estas cosas son de nuestra propiedad. La naturaleza, los hombres, las cosas no son nuestros, los estamos cuidando para Baba, para Nana. Con ellos estamos dando la hermosura joven a la madre tierra".

Entonces vinieron los grandes ciclones. Los árboles más resistentes fueron desenterrados de cuajo. Los árboles más altos inclinaron sus hojas hasta el suelo, por la violencia de los tifones. Se desataron los turbiones con lluvias torrenciales que sacaban los ríos de sus cauces. Los ciclones no vinieron porque quisieron, sino que fueron azuzados e irritados, y respondieron al cambio de lenguaje de los abuelos. Para no compartir con los otros hermanos, los abuelos y abuelas cambiaron el hablado: Cuando cazaban un venado, decían que habían cazado un venadito recién nacido, tan pequeño que no alcanzaba ni para dar de comer a los de su casa. Si cazaban un tapir, decían que era un pequeño tapir que no era suficiente para la familia. Cerraron las puertas unos a otros y dejaron de compartir, dejaron de ser generosos. Todo esto era muy

grave a los ojos de Baba, a los ojos de Nana. Y atrajeron grandes desastres.

Lo que más envejece a la madre Olobibbirgunyai y lo que más atrae cataclismos es el no pensar en los demás, el ser poco generoso, el ocultar las cosas para que el hermano no pueda pedir. Además, los ancianos del pueblo mutuamente se pasaban los bochinches. Con eso sembraron la división, el odio y la venganza.

Baba nos conoce a fondo, Nana nos conoce a fondo. No podemos escaparnos de su mirada. Nos cubre con su ternura; y sabe en qué pensamos, qué hacemos. Nunca estamos fuera del alcance de Baba y de Nana. Donde vayamos, Baba está con nosotros; Nana viene con nosotros. Galibe quiso esconderse de Baba, esconderse de la ira de los vientos, y le fue imposible. Todo estaba controlado por Baba y por Nana.

Sin embargo, sabemos que necesitamos de la brisa, del viento para poder vivir. El viento es nuestro hermano, y nos deja respirar, y lo necesitamos. Pero sucede lo mismo con la comida. Todos necesitamos comer, pero si exageramos comiendo, el mismo alimento, tan necesario, se vuelve contra nosotros. Y no es culpa de la comida, sino de nosotros mismos, que no guardamos ciertas normas. Así sucede con los vientos, con el aire, con la lluvia. La mamá tierra estará tranquila y equilibrada cuando todo sea regulado por nuestra inteligencia; y, si no, ella se hace vieja, y puede volverse en contra de nosotros.

Por eso dicen los abuelos –así nos enseñó también Gubiler– que todos venimos trayendo una llave, una llave que sirve para abrir el bien, que también sirve para abrir el mal; que nos hace atraer grandes calamidades o grandes bienes. Por eso nos cantan que nacimos con el hilo de plata, con el hilo de oro al cuello; y en la punta del hilo está pendiendo la llave: la llave que abre el bien, la

llave que abre el mal; la llave que ata y la llave que desata los grandes desastres. Nana no nos había colocado la llave para el mal, sino para el bien; no nos había guindado la llave para envejecer a la madre tierra, sino para hacerla más joven. En el tiempo de Galibe nuestros ancianos y nuestras ancianas abrieron con esa llave la puerta de los vientos, de los huracanes, de los tifones; y sobrevino la muerte.

¿Y cómo utilizan ustedes esa llave?, les pregunto yo. La llave de ustedes es su lengua, son sus acciones para con Nabgwana. Cuando ellas son honestas, sinceras, sin egoísmo, abogan por ustedes, por sus vidas. Con nuestras lenguas atraemos o rechazamos el orden de la comunidad. Por eso los ancianos dicen que el viento, al rozarnos, nos está preguntando si lo queremos fuerte, suave, violento o letal.

Entonces por donde sale el sol, empezó a oscurecer. Una pesada nube negra tapó el horizonte. Los abuelos sintieron la presencia de la muerte como pasos de personas ebrias.

Todo lo creado se estremeció. Todo se agitó ante los ciclones, que respondían furiosos a los comportamientos de los hijos de Nabgwana. Los árboles empezaron a conversar entre sí y a llorar a Nabgwana: "Yo me voy de aquí. Te dejo, mamá. Ya me voy a otras regiones", gemían los grandes árboles y arbustos. Tanto las flautas como los cráneos de los jaguares se hicieron escuchar durante noches enteras; y chillaban por la muerte de los hijos de la tierra, por el dolor que iba a sobrevenir a nuestros ancianos y a nuestras ancianas. Los bejucos chirriaron: "Buna Olodisugnudili nega aliba nae, nega yogagwababa naeye".

Por eso, todos aquellos que me escuchan, los grandes saglagan nos dicen que esta historia hay que recordarla como la que sucede hoy. Sólo así empezaremos a amar a nuestra Nabgwana. El dolor de la madre tierra tiene que ser nuestro dolor; sólo de este modo

podemos hablar de amor hacia ella. Si esta historia no nos dice nada hoy, puede ser que no nos estemos apropiando de los dolores de la madre tierra en estos tiempos. Esta historia nos debe doler. Es necesario para mejorar esta tierra.

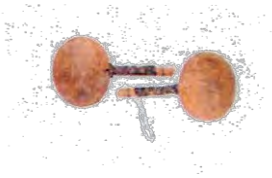
Así, poco a poco, etapa por etapa, el gran cataclismo se fue aproximando despiadado contra los hijos de nana Olobibbirgunyai que lo habían provocado.

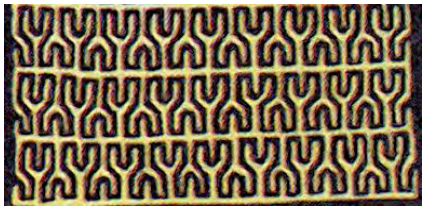
Entonces aparecieron los ocho canales de los turbiones en el horizonte. Las ocho trombas rompieron el cielo por donde salía el sol. Los ciclones golpearon la naturaleza arrancando los grandes árboles, sacándolos de raíz y lanzándolos como plumas de ave. Los tifones rugían y arrasaban con todo, llevando chozas, asientos, niños y viejos. Nuestros ancianos y ancianas se escondían en los tinajones que habían fabricado y enterrado bajo tierra. Pero no hubo manera de salvarse. Se desató el cataclismo, el *burwanusnana*. Las ancianas no se mantenían y se aporreaban contra los troncos de los árboles, contra los muros de barro que iban formado los ríos. Muchos ancianos se sujetaban fuertemente a las matas más resistentes de la selva y otros entraban en los tinajones. Pero nada resistía la fuerza brutal de los ciclones. Los troncos despedazados por la misma fuerza de los tifones venían a clavarse en los tinajones. Se rompían; y los ancianos que habían entrado en ellos, salían gritando.

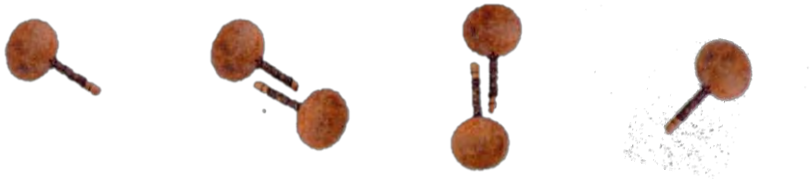
Nadie puede escaparse de Baba y de Nana. Estamos ante Baba y ante Nana totalmente al descubierto.

Todo quedó desolado. Todo murió. Miles de nuestros abuelos llegaron a la gran *birya*. Otros se perdieron entre las nubes. Baba lavó así a la madre tierra; Nana lavó así el rostro de Olobibbirgunyai. Pero ella no quedó así desolada por mucho tiempo. Baba tenía que continuar su creación, Nana tenía que continuar su

creación. Vino así el cambio de nombre de lo que llamamos Abiayala. Y se llamó entonces Gwalagunyala.







Inanadili

Nangan namaggedgi, anmar dadgan durdagdegude, bulagwa damalad, na bulagwa negsemalad.

A través de hermosos cantos, los abuelos desde niños empezaron a ser formados para vivir en comunidad.

Nuestros mayores vivían en Duilewala. Vivían allá, por los extensos llanos rodeados de cerros. Todos trabajaban unidos y nadie pasaba hambre.

Una familia de los abuelos tenía cuatro hijos y otras tantas hijas. Los cuatro hijos bajaban al río, y se quedaban conversando con las chicas que llegaban a recoger agua. Los cuatro hermanos pasaban largos ratos hablando con las muchachas. Las cuatro chicas con quienes conversaban los jóvenes también eran hermanas entre ellas. Los padres de las chicas decidieron pedir la mano de los cuatro jóvenes para sus hijas, siguiendo así las normas de nuestro pueblo.

El papá de los cuatro hermanos dijo:

— Estoy de acuerdo en que se casen mis hijos. Ya Baba y Nana nos mandaron vivir acompañados, y no está bien vivir solos, pero es muy importante que vayan a hablar también con mi mujer.

Los padres de las chicas se presentaron ante la mamá de los muchachos, y ella les indicó:

— Yo no he alimentado a mis hijos para que mantuvieran a otras familias. Yo me sacrifiqué por ellos, y tengo que ser la primera en ser atendida y alimentada por ellos. A mis hijos no los dejo cargar plátanos, zapallos u otoes para otros, sino para mí.

Así la mamá no dejó a sus hijos casarse. Los cuatro hermanos fueron sometidos a baños medicinales para que no se casaran. La madre quería que sus hijos no abandonaran su choza. Así, poco a poco, los cuatro fueron despreciando a las chicas, y llegaron hasta a sentir náuseas ante las mujeres. Un poco más tarde, los hermanos empezaron a aborrecer también a su propia madre.

Pasaron algunas lunas. Los cuatro muchachos huyeron de la choza materna y se internaron en la selva hasta donde nadie había llegado; y ahí, entre los arbustos de Duilewala, construyeron una choza. Toda la aldea buscó a los jóvenes y no los encontró. La madre lloró mucho por sus hijos, y nada se pudo hacer.

Los hermanos desherbaron el terreno en torno a la choza, seleccionaron las cepas de plátano, consiguieron semillas de árboles frutales, sembraron yuca, sembraron otoe, sembraron ñame… Salían muy de mañana a su campo y no volvían a la choza sino entrada la noche. Preparaban la comida sólo cuando volvían a casa; y barrían también. Vivieron así por varios años.

Un día ocurrió algo muy interesante. Los hermanos llegaron muy tarde a la choza; estaban muy cansados. Y con sorpresa vieron que la comida ya estaba preparada, la casa barrida y todo limpio.

—¡Hermanos, parece que mamá nos ha descubierto y ha venido a prepararnos la comida, o bien habrá mandado a una de nuestras hermanas para eso! –dijo el hermano mayor, preocupado.

Los hermanos saborearon la comida, y estaba bien sazonada. Y así ocurrió varias veces. Los hermanos encontraban todo preparado delicadamente. Otras veces aparecían pedazos de algodón esparcidos debajo de sus hamacas. Al final el hermano mayor indicó:

—Ustedes vayan a trabajar. Hoy yo me quedo en casa. Necesito ver cuál de nuestras hermanas llega a prepararnos la comida. Me quedaré cerca de la casa, escondido entre los matorrales.

Así lo hizo: se escondió el mayor. El sol brilló desde la mañana; los pájaros chillaron fuerte; toda la naturaleza pareció esperar algo muy grande. Los pájaros se movían entusiasmados, el *siggwi gogi*, el *siggwi barube*. Luego, el joven oyó un ruido lejano que se acercaba. Era el *olobadde*. El *olobadde* rugía, zumbaba, trepidaba; y se detuvo cerca de la choza. De él salieron cuatro muchachas muy lindas. Bajaron, entraron en la choza, y cada cual fue tomando en sus manos distintas herramientas de trabajo. La primera tomó la escobilla y empezó a sacudir el polvo de los rincones. La segunda peló el otoe, la yuca, el plátano; mientras la tercera avivaba el fuego; y la otra cortaba leña y limpiaba los enseres. En un momento todo estuvo listo. Las chicas tomaron el huso y, sentadas en las hamacas, limpiaron el algodón. Giraban y giraban los husos; las puntas de los husos chillaban, giraban pausadamente. Así pasó largo tiempo y, al final, las chicas hicieron el gesto de concluir la jornada; y entonces el olobadde se movió, otra vez zumbó fuerte. Las muchachas se subieron y el olobadde se ocultó entre las nubes.

Más tarde los hermanos que habían ido a trabajar regresaron a la choza. El hermano mayor les contó todos los pormenores, pero ninguno quedó convencido.

—¡Cómo van a venir mujeres del cielo! –comentaron los hermanos.

Entonces el segundo hermano replicó:

—Ahora me toca a mí quedarme en casa. Quiero ver con mis propios ojos si las cuatro mujeres bajan del cielo, y si son de verdad tan hermosas como dices.

Así se hizo. Los demás hermanos estuvieron de acuerdo. El segundo hermano se escondió también cerca de la choza.

Primero vino mucha calma, luego los pájaros chillaron recio, el mismo río sonó distinto. Más tarde se oyó un zumbido suave que venía de arriba, entre las nubes. Poco a poco el ruido se fue haciendo más fuerte. El joven observó muy fijo el olobadde cuando se acercó a la choza. Las cuatro chicas se bajaron y se dirigieron a la choza. Tomaron entre sus manos los enseres del hogar y cada una hizo lo suyo; luego, descansaron. Por la tarde subieron de nuevo al olobadde, que desapareció entre las nubes.

Este hermano también contó lo ocurrido a sus hermanos. Los dos que quedaban por ver a las muchachas tampoco quisieron creer. Decidieron entonces esconderse todos; y así pudieron observar lo que ocurría y comprobar que realmente las muchachas eran muy bonitas. Pero antes se habían puesto de acuerdo:

—Nos esconderemos todos en distintos rincones. Cuando yo pegue un silbido fuerte, correremos a atraparlas. Cada uno debe tomar la suya, –aconsejó el mayor de los hermanos.

Se ocultaron los hermanos. Ocultos entre ramajes, los cuatro jóvenes pudieron observar la aparición de las chicas y el inicio de sus labores. Las chicas tomaron el algodón; chirrió la rueca, salían de ahí hilos finos, hilos gruesos blancos. Cuando las chicas dieron las señas de marcharse, el hermano mayor pegó un fuerte silbido. El olobadde empezó a ronronear, a zumbar. Cada hermano se lanzó a detener a su chica. Estas eran fornidas; se defendían con mucha fuerza y los jóvenes no pudieron con ellas. Solamente se quedó la más pequeña. Las mayores alcanzaron el olobadde y subieron; se ocultaron entre las nubes.

Al menor de los hermanos le tocaba cuidar a la mujer para que no escapara. Cuando iba por la selva, la llevaba siempre de la mano. Pasó la luna y la chica habló así:

— No me vigilen tanto, porque ya no puedo huir de aquí. Ya huelo a piel humana, y mis hermanas no volverán por mí.

Entonces los cuatro hermanos se reunieron y declararon:

— Esta mujer le corresponde a nuestro hermano mayor.

Pero la mujer interpeló:

— ¡No vine por el mayor, sino por el más pequeño! Ustedes han asustado a mis hermanas. Éramos cuatro, una para cada uno. Ustedes se precipitaron; y mis hermanas ya no volverán.

La muchacha no decía su nombre todavía. Pasó un año, y la chica volvió a hablar seriamente:

— Ustedes dicen que tienen padres más allá de estos cerros, ¿por qué no me llevan a verlos?

Los hermanos la quisieron complacer; y así, la condujeron a la aldea. En la aldea de Duilewala muchas madres y abuelas eran muy hermosas, pero la chica las ganaba a todas. Era muy bonita; y nuestras ancianas la admiraban y la escuchaban con mucha ternura.

La chica esperaba que el sol subiera un poquito y tomaba en sus brazos a un niño de una vecina, y cantaba. Entonaba la canción de arrullo; hacía dormir a los niños; cantaba meciéndose en la hamaca, con el sonido suave de la maraca. Un día cantaba para una niña, y al otro día para un niño, y así iba pasando. Improvisaba hermosas canciones, hermosos pensamientos, hermosos versos para los niños:

Cuando tú seas grande,
acompañarás a tu padre,
los dos cultivarán la tierra,
y el maíz brotará de sus sudores.
Cuando seas grande
irás a pescar por los ríos,
tu madre se alegrará
de los frutos de tus fatigas.

Y para las niñas:

Tu papá llegará cansado,
y tú serás su pronto alivio,
le darás la taza de chicha de maíz tierno
y ayudarás a tu mamá
a cargar el agua en las tinajas.
Tendrás la escobilla siempre preparada
y limpia la casa, los enseres ordenados.

Antes de la llegada de esa joven nuestras ancianas no sabían cantar a los niños. La joven mujer que había venido de las estrellas les enseñó a improvisar los versos, a darles distintas tonalidades. A través de hermosos cantos, los abuelos desde niños empezaron a ser formados para vivir en comunidad. Las abuelas tampoco sabían llorar debidamente. Cuando lloraban no expresaban la pequeña historia del difunto, como lo hacen ahora. No recordaban los hechos de gozo, de tristeza que había vivido el difunto en la comunidad.

Un poco más tarde la joven tuvo un niño. Baba le dio un hermoso *ibenua*. Entonces la madre habló así a nuestras ancianas y ancianos:

— Yo me llamo Inanadili y vengo de allá arriba, de allá por donde parpadean las estrellas. Allá arriba corre un gran río, corre el Ologerggeggadiwala. Corre henchido de agua y a sus orillas florecen plantas bajas, altas, moradas, amarillas… y junto al río suben nubes densas. Nubes rojizas, azules; hermosas. Allá arriba las flores juegan muy pausadas al soplo de las nubes.

Así hablaba Inanadili a nuestra gente, que sollozaba al escucharla. Y ella continuaba:

— Como una piña cubierta de capitas puntiagudas, es mi comunidad de arriba, toda cubierta de flores y muy protegida.

Inanadili instruía a nuestras abuelas y abuelos, les hablaba sobre la manera de defenderse hasta de sus mismas hermanas, hijas de las estrellas. Y así les declaraba:

— Soy hija de las estrellas. Mis hermanas descienden todas las noches a las fincas de ustedes, a sus sembrados. Bajan a cortar los brotes tiernos de sus zapallos, de sus otoes, de sus ñames. Ellas atraviesan este gran espacio del cielo para llevar los

> medicamentos que extraen de sus plantíos. Si en las altas horas de la noche en que bajan ellas, les encuentran cerrándoles el camino, ustedes no resistirían, quedarían fulminados. Ustedes tienen que defenderse. De los brotes de sus semillas mis hermanas sacan medicamentos para elaborar la mola, para encariñarse con el arte, para ser fuertes. Y así lo deben hacer ustedes para protegerse de los peligros, para no dejarse morir como animalitos. Tengan cuidado de mis hermanas que bajan a medianoche.

Ella cantaba. Bajaba la voz y muy suavemente entonaba los finales de los versos que improvisaba. Con ella chillaba la soga de la hamaca y también el sonajero.

Antes de Inanadili nuestras ancianas no lloraban bien. Solamente conocían cuatro expresiones para sollozar, para lamentarse de la muerte de un ser querido, y decían: "Ani buddudi guggudeye, medde dargaye, gaardaggedeye, nalubgaulegwa". Inanadili vino a perfeccionar nuestra lengua, para que pudiéramos sentir plenamente el dolor de los demás y pudiéramos defendernos mejor.

Un día se enfermó gravemente el niño de Inanadili. Ella recorrió las calles de la aldea buscando medicamentos para su hijito, y lloró:

> ¡Hijito mío, cervatillo mío,
> yo creí que gozaría,
> largos años, de tu presencia.
> Hijito mío, ¡qué dolor verte sin sonrisa,
> llorando en mis brazos!

Pasó muy poco tiempo y murió el niñito. Inanadili se llenó de tristeza. Gimió su angustia con hermosos versos; lloró en versos muy tristes:

¡Venadito mío, cervatillo mío,
te vas de mi lado
como una avecilla que se aleja
y se desliza entre nubes de plata.
»Hijito mío, cervatillo mío,
yo te hice crecer
y te di mis pechos con ternura;
y te vas lejos de mí.
Me dejas en el dolor…
»Hijito mío, cervatillo mío,
tu mamita ha bajado de las estrellas.
Tu mamita conoce el río
que corre envuelto en nubes amarillas.
Pero tú vas a mirar mejores cosas.
Baba te acogerá como a una dulce paloma.
Hijito mío, cervatillo mío,
hoy me sumes en el dolor…

Las ancianas, que habían venido a acompañarla, lloraban a la sombra de los cacahuales. Los arbustos, los matorrales de Duilewala fueron testigos de los versos dolorosos que fluían del corazón lastimado de Inanadili.

Después de algún tiempo Baba y Nana enviaron a Inanadili otra criatura. Baba le dio una hermosa niña. Inanadili volvió a recobrar su sonrisa. Sus versos tomaron otro color; y salían muy divertidos. Cantaba para su niñita:

Hijita mía,
tú me acompañarás en el hogar.
Las dos juntas haremos la chicha de maíz tierno.
Cuando lleguen visitas,
tú serás atenta con ellas.

Tú les darás la taza de *gwadanisa*.
Tomarás entre tus manos la escobilla
y con ella sacudirás
los rincones de la choza…
Tampoco te olvidarás
de que eres parte
de la comunidad de Duilewala.
Ella te necesita,
tú también la necesitarás;
limpiarás sus calles, sus rincones…

Pasado algún tiempo, la niña se enfermó y murió también. Inanadili lloró nuevamente; sus versos salieron llenos de lágrimas. Nuestras ancianas aprendieron nuevos versos de Inanadili. El dolor que padecía ella, la hacía querer con más cariño y comprensión a su comunidad de Duilewala. Inanadili aleccionaba a nuestras mujeres sobre el cuidado de los niños, sobre los primeros cantos que deben escuchar los bebés, sobre la improvisación de los versos, sobre la valentía de las mujeres...

La palabra y el llanto de Inanadili se hicieron como una red fuerte para proteger a nuestro pueblo. La sonrisa, el encanto de la mujer es la canción valiente de nuestra lucha. La canción de Inanadili hacía crecer las fuerzas de nuestros ancianos. Era la imagen de Ibler, la luz que bajaba para hacer crecer las semillas del bien.

Baba ha hecho bajar a Inanadili para que nos enfrentáramos con entereza a los peligros. Inanadili decía a las ancianas: "Somos como las flores junto a los ríos, que hacen fuertes las raíces de los árboles, que hacen fértil a la misma tierra. No podemos estar sometidas a los varones; somos sus compañeras. Baba nos hizo así". Por eso Baba envió a Inanadili, porque él quería una red delicada pero muy fuerte, para protegernos a todos los gunas.

Duiren

Duiren Babse goddesunna. Babdummad abin, Nandummad abin sindilenagude, bonisaglagan abinimagge soggargu.

Duiren invocó a Baba. Se dejó caer de hinojos ante Baba y ante Nana, se preparó así para el combate supremo.

Baba y Nana lavaron a Nabgwana. Cuando Baba hubo lavado todos los ángulos de la tierra madre, vino la neblina y, luego, la nieve. Y la nieve cubrió la tierra por ocho días. Entonces Baba llamó a los vientos de oro, Nana llamó a los vientos de plata. Amaneció.

Con el nuevo amanecer surgieron collados y valles tupidos de vegetación. Nacieron los árboles, ebrios de frutos. Y aparecieron nuestros abuelos. Vinieron todos los pueblos. Nacieron muchas lenguas. Bajaron buenas criaturas de Baba; buenas criaturas de Nana. Junto a nuestra gente, aparecieron también los *giwedulegan*, *bugibugidulegan*, *aggebirdulegan*, *dillagundulegan*, *narwasgadulegan*, *gommesdulegan*, *samindulegan*, *sawisawidulegan*, *bayanadulegan*, *soggodulegan*, *urwagundulegan*, *nadidulegan*, *samudulegan*, *bisgidulegan*, *mandudulegan*, *iglidulegan*. Todos estos formaban pueblos con lenguas y comportamientos diversos.

Los hermosos ríos serpenteaban por la ancha cara de la madre tierra; ondulaban bellas montañas y lomas. (Hablo de Duilewala, Gidodiwala, que también llamaban Sugnadiwala, conocido igualmente como Ogiggidiwala). Ahí bajaron nuestros abuelos. Ellos eran muy rectos. No conocían la mentira; no había surgido el desaire, la riña, el rencor. ¡Buena tierra!

Pasaron los años. Pasaron muchos años. Los giwedulegan celebraban frecuentemente la chicha. Tomaban el *gaibir*. Tomaban el "naasagla, gannasagla, badsar, mugila, inanusu, mummuddurba" (plantas alucinógenas). Los giwedulegan, los aggebirdulegan convidaban a nuestros abuelos a sus aldeas.

Pasaron muchas lunas, muchas lluvias nuevas, y nuestra gente empezó a padecer. Les cortaban la planta de los pies y los traían heridos a la aldea; y, cuatro días después, morían. Así sufrían nuestras abuelas y desaparecían los abuelos. Nuestra gente empezó a sospechar muy seriamente de la buena voluntad de los giwedulegan… "¿Por qué desaparecen nuestros padres y otros llegan sangrando?", se preguntaban unos a otros.

Nuestra gente se dio cuenta de que, cuando apresaban a nuestras niñas, las encerraban para engordarlas, les tiraban restos de plátanos, como si fueran cerdos. Cuando les llegaba la primera menstruación, las mataban para beber su sangre. Las mataban y las colgaban de los pies, con la cabeza cortada, punzándolas con espinas para cebarse con su sangre, hasta dejarlas secas. Muchos de los nuestros morían así. Los giwedulegan tostaban maíz, asaban plátano maduro para saborear mejor la sangre. Así sufría nuestra gente. Los grandes dirigentes nelegan, guías del pueblo guna, morían bajo la mano de los giwedulegan, de los narwasgadulegan, de los soggodulegan…

En medio de esta situación, un anciano salió de la aldea y huyó llevando consigo a su señora y una nietecita. Se fueron lejos de la aldea. Allá lejos, por el nacimiento del gran río. Y ahí vivieron. Construyeron su choza en Sugnadiwala.

La abuela enseñó a su nieta a preparar todo tipo de bebidas, para que la niña supiese valerse por sí sola. Cuando la niña pudo manejar los útiles del hogar, los abuelos se vieron precisados dejar a la niña sola en la casa. Los abuelos iban de pesca a lo largo del río, iban a cultivar la tierra.

Transcurrieron muchas lunas y pasaron nuevas lluvias; y cada vez que los abuelos volvían a la casa, encontraban la comida preparada, todos los enseres ordenados y lavados.

Pasó un buen tiempo, y la abuela comenzó a notar algo extraño en su nieta. La cintura de la joven comenzó a curvarse. Ella esperaba una criatura. Los abuelos la interrogaron; y ella se resistió con fuerza y sostuvo no conocer a ningún varón: "Nadie viene a visitarme", decía la joven. Y el abuelo comenzó a sospechar de los giwedulegan.

Y a la joven le llegó el tiempo de dar a luz. Llovió entonces por cuatro días. Durante cuatro días se enfureció la tormenta, sacando los ríos de sus cauces. Se inundaron los llanos; y la lluvia descargaba relámpagos. Al ruido de la tormenta bajó el ibenua. Nació el niño. Y el anciano abuelo, sintiéndose ofendido, decidió lanzarlo al río. El abuelo airado, arrancó al niño de las manos de su nieta y se encaminó hacia el río revuelto. El viejo se sentó al borde del río. El río corría arrastrando troncos y malezas. El anciano esperó un tronco grande para posar al niño sobre él. En ese momento se presentaron dos muchachas e interrogaron al viejo:

— ¿Qué miras fijamente, abuelo?

—Miro al ibenua; y aguardo un tronco para posarlo y que se lo lleve la corriente –respondió el viejo a las dos mujeres.

—¡No, no hagas eso, abuelo! –suplicaron ellas–. ¡Déjalo crecer una luna y vendremos por él! ¡Lo llevaremos con nosotras!

El anciano asintió. Volvió con el niño a su nieta. Las dos jóvenes sabían que el niño era hijo de su hermano; y ellas eran hijas de las estrellas.

El anciano tenía su choza bajo unos arbustos que eran los *duirensabbi*, y como el niño nació ahí le dieron el nombre de Duiren.

El viejo volvió a insistir y a presionar a la joven madre para conocer el padre de Duiren. Y, de pronto, habló la nieta:

—¡Ustedes, abuelitos míos, tienen la culpa de todo esto!

»Ustedes me dejaban sola en la casa mientras iban a pescar y trabajar. Un día, cuando terminé mis faenas, bajé al río, y mientras me bañaba, vi arder la casa. Corrí hacia ella; y la choza no ardía. Todo estaba en orden. Sólo me encontré con un joven; y él me dijo: 'Ponte delante de mí, mira hacia donde parpadea el lucero; y yo miraré hacia donde nace el sol. Te dejo la semilla de la flor, la semilla de *gwala*. Más tarde su fruto te defenderá. Dentro de cuatro días vendré de nuevo', me aseguraba el muchacho, 'mientras tanto dile al abuelo dentro de dos días que soñaste con miles de langostinos y peces por la ribera; y que vayan a pescar pasado mañana. Y yo vendré a visitarte cuando tus abuelos estén pescando. No les digas nada a ellos de mi visita', me insistía el joven.

» ¿Recuerdas, abuelo mío, ese día? »

Y el abuelo lo recordaba todo.

— Y en tu ausencia, hacia mediodía, volvió el joven. De nuevo apareció con el brillo de relámpagos; y venía él desde sabbibenega. Él me recomendó: 'Ponte delante de mí, mira hacia donde nace el sol; y yo miraré hacia donde pierde el sol su fuerza. ¡Aquí te dejo la semilla de la flor, la semilla de gwala!'. Él volvió a subir. ¡Y yo no les podía decir nada!, porque tenía el compromiso de no delatarlo.

Así habló la joven madre. Y el abuelo la fue comprendiendo lentamente.

El anciano empezó a encariñarse con el niño. El niño crecía rápido. Pasó la luna, y se presentaron de nuevo las dos mujeres a reclamar a Duiren.

— Abuelo, te dijimos que nos alimentaras el niño y lo dejaras crecer una luna. Ahora venimos por él, –dijeron al anciano las hijas de las estrellas.

— ¡El niño ya no sale de mi choza! –replicó el viejo a las mujeres.

Duiren creció más. Duiren corría entre los cacahuales, y saltaba entre las rocas de los ríos, jugaba en la corriente de las aguas.

Pasaron los años y el niño comenzó a preguntar:

— ¿Sólo somos cuatro, abuelo? ¿No hay otra gente?

— No hay nadie más que nosotros, querido niño, –le respondía el abuelo.

Y el niño proseguía:

— Abuelito, ¿Por qué, entonces, tantas colinas, tantas cimas altas, tantos picos rocosos, y… sólo nosotros cuatro?

— No hay nadie más, –le calmaba el viejo.

Y el niño enmudecía y parecía olvidarse. Pero no pasaban muchas lunas, y el pequeño Duiren insistía en sus preguntas:

— Abuelito, ¿sólo nosotros cuatro?

El anciano volvía a reafirmar que no había nadie más que ellos. Entonces el niño preguntaba todavía:

— ¿Por qué, entonces, tantos árboles, tantos tallos de *ila* que no podemos contar? ¡Y cuánto más nosotros!

El viejo resistía. Pasaban otras lunas y Duiren simulaba distraerse en otras cosas, pero volvía a su pregunta crucial:

— ¿No hay más gente que nosotros? Abuelito, entonces ¿por qué los ríos son tan fecundos, haciendo nacer tantas quebradas, tantos arroyos, tantos riachuelos? ¿Y por qué tantas rocas y tantas piedras, que ni podemos contarlas? ¡Y cuánto más nosotros!

Al fin el viejo se vio precisado a responder a Duiren:

— Pequeño mío, hacia la parte baja del río hay grandes pueblos ¡Mucha gente nuestra!

— ¿Y por qué no vamos allá? –le interrumpió el niño.

— ¡No, no podemos ir allá, porque moriríamos! ¡Moriríamos todos!

— ¿Y por qué hemos de morir todos allí? –presionaba Duiren a su abuelito.

— Porque allá están, los giwedulegan, los bugibugidulegan que cortan las plantas de los pies de nuestra gente. Mucha gente está muriendo. Nuestros dirigentes, nuestras niñas han sido sacrificados. Los giwedulegan, los narwasgadulegan beben nuestra sangre mezclada con maíz tostado.

Entonces el pequeño Duiren se entristeció, lloró; y, alzando los ojos húmedos, dijo al abuelo:

— Abuelo, ¿por qué tú no te defiendes?

El anciano no le respondió. Era una palabra nueva para el viejo: Combatir, defenderse.

Pasaron otras lunas nuevas. El niño se hizo un poco más grande.

Y el niño dijo entonces al abuelo:

— ¡Prepara el *mageb*!

Le enseñó a elaborarlo. Empezaba así a prepararse para la gran pelea, para la defensa. Él mismo enseñaba a la abuela a procesar el *nisar*, *muddu* que servirían para enderezar y flexibilizar los arcos y las flechas.

Más tarde, Duiren se volvió hacia su abuelo y exigió:

— ¡Abuelo, haz un sinnúmero de flechas y arcos! Utiliza para ello el *saddewala*, *giawala*, *arawala*, *mogorwala*, *yansegiid*, *boorwala*, *silerwala*, *ilawala*, *irsuwala*, *ibewala*, *mulewala*, *saderwala*, *nabawala*; y consigue siempre ocho tallos de cada árbol.

Y el anciano se movía y se movía por las arboledas, por los ríos, por las cimas… No pasaron muchas lunas. Los tallos, los tejidos para los arcos y las flechas estuvieron a punto.

—Ahora nos faltan otras cosas, –se dirigió nuevamente Duiren al abuelo–. Nos falta el *masargaa*. Amontona el *ibeganmasargaa*, *ibeganmasarduba*, *bugasuimasar*, *duludulumasarduba*, *isgarmasar*, *isgarmasarduba*, *burwimasar*, *ilamasarswiligwa*, *gilubmasar*, *mulamasar* y arranca sus hojas más finas, –decía Duiren a su abuelo–, *iglimasar sibbugwad*, *iglimasardurba arad*, *durba goordiggid*, *durba ginnid*, *durba barbad* y sus flores finas nos servirán para colocarlas en la parte posterior de las flechas.

El abuelo completó su trabajo. Entonces Duiren se le acercó de nuevo:

—¡Quema avispas: necesitamos la ceniza! La ceniza de *nabbabulu*, *senbulu*, *sidsirbulu*, *dillabulu*, *nubibulu*, *igwabulugingidur*, *segabulu*, *molibulu*, *gingisaglabulu*. El polvo de *nagbedoddoggwa*, *wandidis*, *sega*, *dior*, *aggwaser*, *urgugdula*, *niggibgwa*, *dede*, *ugsi*, *gebgebu*, *nagsi*, *yarbi*. Sus cenizas nos servirán para amoldar las flechas, para corroer la carne enemiga. Consigue el *oaggerggeduba* ocho veces tejido para que tense el arco.

Más tarde Duiren indicó al anciano:

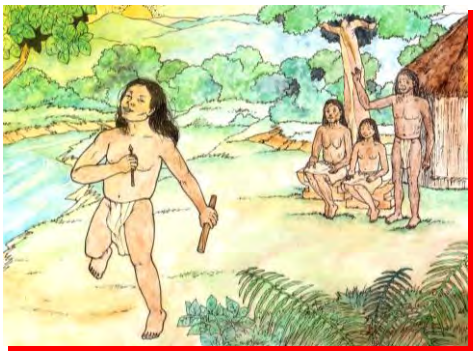
—Abuelito mío, ahora cultiva plátanos. Cultiva toda clase de plátanos. Siémbralos por donde sopla más fuerte el viento. Siembra el *asnugalamasi*, *wayaggir*, *aggilemasi*, y serán un muro vegetal contra el viento; siembra el *wagmadun*…

Y así lo hizo el abuelo. Y cuando las plantas empezaron a inclinarse sobre sus racimos, Duiren mandó armar las flechas y los arcos. Todo estuvo a punto. Los plátanos estaban alineados de ocho en ocho, unos en grupos compactos y otros en hileras discontinuas.

Después de que el abuelo armó las flechas, pasaron ocho días y se procedió a la prueba del combate. Se amontonaron un sinnúmero de flechas y todas ellas fueron lanzadas contra los tallos de los plátanos; y aquéllas que no se clavaron fueron arrojadas al río. Así fueron seleccionadas las flechas. El número de flechas arrojadas al río se completó nuevamente. Entonces Duiren habló otra vez:

—¡Abuelo, tú tendrás cien flechas, mi abuela también cien, mi madre otras cien y yo igualmente cien!

Previsto todo, los cuatro se dirigieron a la gran comunidad. Así retorna-ron a su comunidad de origen. Duiren conversó con los nelegan, aconsejó al pueblo, lo animó a defenderse. Y el pueblo tomó muy en serio su defensa y el pueblo sacó puntas a sus flechas y reforzó los arcos. Todo lo dirigía el pequeño Duiren.



Duiren interpeló al pueblo:

—Construyamos una choza, una gran choza, y para sus paredes prevéamos el *ila*, ¡y hagámosla bien compacta!

Y así se hizo. Duiren estaba a punto de romper el grito de su pueblo. Cuando la casa estuvo construida, él anunció otra estrategia. Llamó a las ancianas del pueblo y les hizo preparar el gaibir. Él instruía a las ancianas en las maneras de elaborar el gaibir:

—¡Consigan la leña y trabajen las tinajas, los tinajones, las tinajitas!

Y repartía trabajos por sectores y edades. Las ancianas tostaron el maíz para la chicha, tostaron el cacao. El pueblo cortó la caña, cortó los racimos de plátano. Los dejaron madurar doce días. Molieron la caña y subía la hoguera haciendo borbotar el jugo de la caña; y, para cada tinajón, Duiren fue tasando la harina de maíz tostado y la masa de cacao.

—¡Para los invitados conservaremos cuatro tinajones de la chicha más fermentado! La libarán los soggodulegan, los giwedulegan, los narwasgadulegan, –ordenaba Duiren al pueblo–.

Pasaron días, y el gaibir estuvo suficientemente fermentado. Duiren dio entonces, otro mensaje:

—Vayan ahora por los ríos y los juncales. Inviten a los giwedulegan, a los narwasgadulegan, a los soggodulegan, y díganles que vengan con sus mujeres, sus hijas y toda la familia; que les hemos preparado una buena chicha; que nuestro gaibir está a punto–.

Los ancianos se internaron por la selva y animaron a los invitados a acercarse a nuestra gran aldea.

Entretanto fue escogido un grupo de jóvenes muy apuestos de nuestra aldea. Y esos jóvenes no debían tomar la chicha. Los giwedulegan, los narwasgadulegan tenían unas hijas muy hermosas. Y Duiren decía a los muchachos elegidos:

—Cuando las hijas de los invitados empiecen a danzar ebrias, llévenselas a la casa grande, vigílenlas y denles cariño.

Y empezó la gran ceremonia. Los invitados se alegraron y los huéspedes seguían alentándoles a consumir más el *gaibirnoga*. Los jóvenes llevaban una a una a las hijas de los giwedulegan, de los

sidsirdulegan… Ya ebrias, las fueron metiendo en la casa grande y las encerraron ahí.

La ceremonia duró cuatro días. Al cuarto día se levantaron los narwasgadulegan, los giwedulegan y comenzaron a buscar a sus hijas. Los ancianos los calmaban con mucha seriedad:

—Sus hijas han ido a tomar una nueva chicha que celebra una aldea vecina, a un día de camino. Ellas han dejado dicho que si ustedes deseaban irse a su casa, lo podían hacer, o bien, quedarse a esperarlas.

Ellos se volvieron a sus casas. Pasaron cuatro días. Los giwedulegan regresaron a buscar a sus hijas; y los ancianos les repitieron:

—Sus hijas volvieron a marcharse buscando una nueva chicha; y aquella aldea dista a dos días de camino.

Sus padres retornaron a sus comunidades. Sus hijas no aparecían… Los giwedulegan, sintiéndose muy ofendidos y molestos, declararon la guerra. Entonces empezó el combate. Entretanto, las hijas de los giwedulegan, de los narwasgadulegan… habían tomado ya las costumbres gunas, y ya se habían encariñado con los jóvenes encerrados con ellas.

Y Duiren declaró así su origen:

—¡Yo me llamo Olonigiginyaler, mi padre es Bugasui!

Todo estaba preparado hasta el último detalle. Las flechas y los arcos estaban hechos de toda clase de árboles preciosos; y en sus puntas llevaban los venenos más atroces que la selva pudo ofrecer al hombre.

Las muchachas, hijas de los narwasgadulegan encerradas en la casa grande con los jóvenes gunas, delataban así a sus propios padres:

—¡Nuestros padres no pelean de día; duermen como piedras! ¡Ellos atacan al amparo de la oscuridad!

Con este aviso nuestra gente abrió la lucha cuando el sol comenzaba a quemar las estrellas. Llegaron a la aldea enemiga, armados con flechas y arcos, tanto varones como mujeres y niños.

Duiren esperó la parte más cruda del combate para intervenir. En la primera etapa luchó el pueblo, mientras Duiren esperaba a los nelegan de la parte enemiga.

Los abuelos invadieron la comunidad de los giwedulegan, de los sidsirdulegan; y los encontraron dormidos como piedras. Algunos se despertaban gritando y corrían tambaleándose, pero caían bajo las flechas de nuestras ancianas, ancianos y niños. ¡Así se defendía nuestro pueblo! Muchos enemigos dormían suspendidos entre las ramas de los arbustos. Y así fueron linchados grupos de una aldea, y otra aldea, y otra.

Amaneció otro día. Las hijas de los sichirdulegan, bisggidulegan… que se encontraban en la casa grande dijeron a Olonigiginyaler:

—¡Ahora vendrán los grandes nelegan de nuestros pueblos que se han unido contra ustedes! Tú debes adelantarte a herirlos, y no esperar a que ellos te apunten. Los nelegan traen sus arqueros mejor probados y bien alineados. ¡Son miles! ¡Prepárense!

Duiren invocó a Baba. Se dejó caer de hinojos ante Baba y ante Nana, se preparó así para el combate supremo.

Duiren tensó el arco y apuntó su flecha; y cada vez que caía un gran jefe adversario, caían con él sus guerreros. Algunos huían.

Como Duiren había conseguido medicinas para desalojar a los enemigos, ellos, al sentirse derrotados, iban huyendo hacia el oriente. Sus lenguas se dispersaron por los cerros y selvas. Los abuelos se posesionaron de Duilewala y dominaron el Sugna-diwala. Duiren tomó el nombre de Olonigiginyaler. Nuestra gente trabajó fuerte la tierra.

Olonigiginyaler no solamente ordenaba a la gente, sino que trabajaba con el pueblo, y sentía su dolor. Olonigiginyaler enseñó a los ancianos a sentir el dolor, llorar y defenderse.

Ibeorgun y Giggadiryai –I–

Anmar, Nabgwana e argan sunnasoged gunamala. Massergan anmargi obindeye soglesuli, na unnimaladi, bulagwa na ibmar dummagan sunna onagmaladi.

Nosotras somos la mano delicadamente fuerte de esta Nabgwana. No somos inferiores a los varones, somos iguales y podemos hacer grandes cosas juntos.

En esos tiempos había muchos caseríos y aldeas gunas por el Duilewala. En cada caserío y pueblito guna vivían eminentes abuelos. Vivía el abuelo Mage, el abuelo Dugge, el abuelo Neba, el abuelo Yala, Igwagunabbiler, Olonaggigunabbiler, Olosurgaliler, Bagla (Olobaglagunabbiler), Ule, Ursidsiler, Galub, Oloagnaidule. Todos ellos eran dirigentes, recios orientadores de los abuelos. Nuestros abuelos eran conscientes de sus trabajos del campo, de sus maneras de cultivar; y tenían excelentes guías, afamados ancianos. Nuestra gente construía chozas pequeñas y bajitas, no como las que tenemos ahora. Hoy llamamos a ese modelo viejo de choza *sabgabilibiligwa*.

Los ancianos vivían rodeados de pavones, de puercos de monte, de jabalís. Cerquita de las chozas, sin necesidad de cruzar muchos ríos, los viejos podían conseguir buenas presas. Nuestros viejos

sabían interpretar el gruñido de los animales, el aleteo de los pájaros, el zumbido de los insectos. Ellos conocían muy bien la selva, el ruido de las aguas de los ríos, que bajaban limpias entre las raíces de los árboles.

Un día atardeció extrañamente (angaagwa). La naturaleza parecía predecir algo muy grande que debía pasar en la aldea. Hubo silencio, mucho silencio. Los animales callaron. Así se sintió durante cuatro días. Y al cuarto día, a medianoche, se escuchó un grito muy hondo. Se oyó el grito de alguien que venía bajando por el río, por donde nace el río, por donde las aguas salen claritas de la tierra. El alarido sonaba cada vez más cerca, más fuerte: "¡Yooh, yooh, yoooh!"

A la aldea de los gunas llegaron tres jóvenes: Ibeorgun, Wiggudun, Giggadiryai. Los tres saludaron a la gente de la aldea. Ibeorgun saludó a los abuelos a medianoche:

—¡Naa, degidde!

Y nadie sabía responderle. Entonces él mismo empezó a enseñar a los abuelos las distintas formas de saludar, de desear bienes por las mañanas. Les decía:

—Contéstenme "¡An nuedye!"

Y alargaba su mano a los ancianos, a las mujeres; a los niños los iba abrazando y aupándolos cariñosamente. Y por eso los saglagan cantan: "¡siggwi barube agdoge gwissiye!".

Ibeorgun era un joven guna. Los ancianos lo acogieron, algunos sorprendidos y todos muy felices. Luego Ibeorgun dijo a nuestra gente:

— Ahora vamos a reposar. Vamos a echarnos y a tomar una corta muerte. Baba nos quiere regalar una breve muerte para reponer nuestras fuerzas. Nana nos quiere amonestar y seguir guiando en los sueños. Recuerden los sueños.

Amaneció. Muy de madrugada, antes de que las estrellas fueran apagadas por el sol, los abuelos bajaron al río. Los abuelos bajaron al río apoyados unos en otros, tomados de la mano para que nadie resbalase en el barro. Ibeorgun bajó con los abuelos. Ibeorgun enseñó también el saludo de la mañana:

— ¡Gilumarye, bani nueganbi sogoye! –decía Orgun. Y orientaba responder así:

— ¡Bela nueganbiye!

Luego Orgun se volvía hacia nuestras ancianas, y las saludaba también:

— ¡Ammamarye, bani nueganbi sogeye!

Y aconsejaba al pueblo sobre las maneras de bañarse:

— Tomen un baño largo. No se bañen como los pajaritos, que se agitan rápidamente sobre las aguas y salen volando. Debemos tomar un baño largo, porque el río es como un cayuco lleno de medicinas; fíjense donde tienen sus raíces los altos y fibrosos árboles. Con este baño de las mañanas tomamos nuevas fuerzas. Nos llenamos de ganas de seguir trabajando.

Los abuelos ya conocían, antes de llegar Ibeorgun, los modos de conseguir las fuerzas, las maneras de organizarse; pero Ibeorgun

los completaba, los detallaba más, les abría nuevos caminos, los organizaba mejor.

Los abuelos, después del baño, subían a la aldea. Ibeorgun reanudaba sus enseñanzas. Ibeorgun llamó a uno de los ancianos y le enseñó cómo responder a su canto: "Deegi". Nuestros abuelos aprendían a invocar a Baba, nuestros ancianos aprendían nuevas formas de levantar el corazón a Baba y a Nana.

Ibeorgun, como guía del pueblo, instruyó a los ancianos, para que ellos, a su vez, pudieran instruir a otras aldeas, a otras personas que vendrían más tarde. Y hablaba:

— Vamos a mejorar nuestras chozas. Aquí necesitamos una choza grande. Casa de todos. Casa de mujeres, casa de varones, casa de niños, de todos. En esa gran choza vamos a hablar de Baba, de nuestras enfermedades, de nuestros trabajos, de nuestras grandes y pequeñas cosas. Esa choza, como todas las demás, la tenemos que hacer con nuestras propias manos; surgía así el *onmaggednega*, el *iddogednega*, el *negaogaryagunnega*, el *Orgun-nega*.

Ibeorgun quería que nadie construyera solito su choza; que todos ayudaran a todos. Y para levantar juntos la choza, aleccionaba así:

— Seleccionen los mejores árboles: *baglawala*, *naggiwala*, *wasawala*. Vamos a colocar cada palo en su sitio y con su nombre propio. Al palo central, (su número depende del tamaño de la choza) lo vamos a llamar *buwar*. Este buwar no puede solo. Necesita estar apoyado y usando como mano a otro palo, pequeño pero fuerte, que llamamos *dior*.

Ibeorgun llamaba a cada cosa, a cada palo por su nombre. Los distintos palos que se utilizan para construir la choza, recibían un

nombre nuevo cuando se colocaban junto con otros en el armazón. Orgun decía que se debían amarrar muy bien el buwar y el dior con el *sargi*. Las tres cosas juntas van a dar firmeza a la choza. Al buwar sin el sargi y sin el dior, no se le debía llamar buwar. Así, igualmente, al dior y al sargi. Cuando se unen fuertemente reciben su nombre: el buwar es buwar, el dior es dior y el sargi es sargi sólo unidos para una choza.

— Después vamos a conseguir otro palo muy resistente. Esta vez para el uusor; y éste va a necesitar también de otro palo tan fuerte como él, pero menos grueso, el *agge*. El agge será como la mano del *uusor*. Esos palos tampoco tienen nombre si no se juntan para dar forma y seguridad a la casa. Aquí tampoco se debe olvidar el sargi. Luego, el uusor con el agge y el sargi por un lado, el buwar con el dior y el sargi en el centro, y en el otro extremo de nuevo el uusor con el agge y el sargi, van a recibir a otro palo largo y resistente, *nagubir*. Éste tampoco tiene su nombre sino en el momento de dar forma y fuerza a la choza. Es la choza o la casa la que da nombre a las cosas que la ayudan a tomar estructura. Así nosotros, así nuestra comunidad. Es ella quien nos da su nombre.

Así Ibeorgun enseñaba a nuestros abuelos las partes de una choza, parte por parte, etapa por etapa. Sin embargo, las chozas que se construían anteriormente no estaban mal hechas. Eran muy bonitas y acomodadas al clima de la región. Con Ibeorgun nació otro modelo de hacer las chozas, el que tenemos ahora, el que conocemos en Gunayala.

Ibeorgun no se cansaba de formar a nuestros abuelos y les seguía diciendo:

— Ustedes no deben hacer una sola casa. La choza macho (el dormitorio) debe tener su pareja, la choza hembra, el *sooou* (la

cocina). Tenemos que construir nuestras chozas ordenadamente. Tenemos que ayudar al aire a que circule por todas las chozas. Nosotros no hemos nacido para respirar aire sucio, aire podrido. Tenemos que trazar amplias las calles.

Nuestro abuelo Orgun también habló de la siembra, del cultivo de la tierra, del cuidado de la madre tierra. Y decía a los abuelos en Yoodiwala:

—Es verdad que Baba nos ha dejado buenas tierras. Las plantas crecen solitas. Las semillas de otoe, de maíz, de caña… brotan rápidamente; pero nosotros tenemos el deber de extenderlas cada vez más por todos los rincones de mamá Ologwadule. Y solamente así vamos a cuidar a la madre, a la gran mamá tierra. Nuestros hijos van naciendo, y para que estos hijos vivan bien, los alimentos deben ser multiplicados el doble.

Salió el sistema del *nainu*, la selección de semillas diversas para el cultivo, las maneras de dejar en remojo los granos de maíz a sembrar, el uso de hojas podridas para la siembra. Entonces se sembraron toda clase de frutas. Pasaron algunos años, vino la gran cosecha. Todos unidos fatigaron y todos unidos recogieron los frutos de la tierra. Todos unidos sudaron y todos unidos se pasaron los frutos unos a otros. Entonces Nabgwana produjo mucho aguacate, dio mangos, dio limones, dio mucho maíz, dio plátanos de todo tipo. Niños y niñas repartían por las calles las cosas: unos llevaban cestillas de limones, otros de mamey, otros de gajos de plátano. Nadie podía

pasar hambre; y nadie podía decir que tenía más o menos que su vecino. Al seno de onmaggednega, a la casa de reunión, que él, junto con todos los de la aldea, había construido para las reuniones, llegaban cestos de pejibayes, de mangos, de naranjas, para que pudieran comer los ancianos y las ancianas que llegaban a escuchar a Ibeorgun o a otros ancianos.

Ibeorgun decía a los ancianos:

— Las cosas que nos da Baba, sean de la tierra, del río o de la selva, no son para que las comamos solos, sino para compartir. Todos tenemos el deber de trabajar, como todos tenemos el derecho de gozar de los frutos de nuestros sudores. El trabajo de todos hace hermosa la tierra, la madre tierra.

»Si ves venir a un hermano por tu camino y si llevas caña de azúcar contigo, no dudes en darle una para que éste vaya comiendo la caña a lo largo del camino.

»Cuando caces un jabalí, comparte con los hermanos. Coman con los vecinos, con los que menos tienen, con los que no tengan qué comer. Si es un macho de monte, distribuyan la carne por las casas de los hermanos enfermos, de los que no pueden salir a conseguir su comida. Y que todos vivan bien, coman bien, estén contentos. Pero si la presa es un ñeque muy joven, muy pequeño para repartirlo, entonces debemos hacer una sopa, para que los hermanos puedan tomar su parte, la parte que les corresponde. – Así enseñaba Ibeorgun a los abuelos.

Orgun también aleccionó a los ancianos en el arte de hacer cestos, de tejer sombreros, abanicos; de labrar los enseres de la casa.

— Debemos hacer frente a las enfermedades, porque Baba no nos dejó para morir como animales –seguía enseñando Ibeorgun a

los varones y mujeres de Yoodiwala– Por eso Baba nos puso la selva, nos dejó el río, regó las semillas de todos los árboles. Tenemos que hacerles frente a nuestros adversarios. Todas las enfermedades son nuestras enemigas. Y Baba no permite, y no puede permitir, que bajo cualquier empujón del enemigo caigamos como moscas. Tenemos nuestros aliados y ellos nos van a ayudar. Baba y Nana nos dejaron la inteligencia para eso, para protegernos, para responder a los golpes de los que nos adversan. Tenemos que aprender el *gaburigar*, *el nusaigar*, *el siaigar*.

Ibeorgun conocía doce tratados de gamdur: *ibegamdur*, *nabbas-gamdur*, *ilegamdur*, *wiggudurgamdur*, *sulugamdur*, *galaburbagamdur*, *bogdulegamdur,…*

Orgun no sólo hablaba. Primero se subía al tejado, amarraba los bejucos, trenzaba las pajas; y luego hablaba. Y los ancianos aprendían rápido; los ancianos no se cansaban de trabajar. Los abuelos se unían más y más. Nuestros ancianos veían que solos no podían hacer muchas cosas; unidos sí podían ser más fuertes y los enemigos no les podían vencer tan fácilmente.

Ibeorgun se dio cuenta de que pronto moriría, y empezó a hablar así:

— Van a venir tiempos diferentes, buenos, llenos de hombres con espíritu de Baba, con espíritu de Nana. Pero todos ustedes deben prepararse antes. Las niñas deben ser muy bien educadas y cuidadas, porque van a ser madres de los grandes hombres. Vendrán muchos pajaritos. Vendrá el siggwi barube, el siggwi gogi. Ustedes deben hacer jaulas seguras para esos pajaritos. Dentro de las jaulas pongan plátanos maduros, granos molidos de maíz y bastante agua. Así no escaparán, no saldrán, no

pasarán de largo. Cuiden bien a los pajaritos, porque ellos vienen a mejorar esta madre tierra.

Ibeorgun les hablaba en figuras. Entonces nuestros grandes abuelos, que ya mencionamos anteriormente, empezaron a aprender otra lengua. La lengua de los tiempos que iban a venir, la lengua de los acontecimientos que estaban por suceder. Orgun enseñaba a los ancianos en Yoodiwala.

Orgun decía que después de él iban a venir grandes nelegan. Que él no había concluido todo. Que todavía los ancianos debían saber mucho más; que él sólo había podido hacer una parte, porque Baba y Nana eran inagotables y lo que ellos habían creado, una sola persona no los podía conocer ni abarcar. Que iban a venir los nelegan a la tierra de los gunas para ir perfeccionando poco a poco, para ir enseñando más al pueblo.

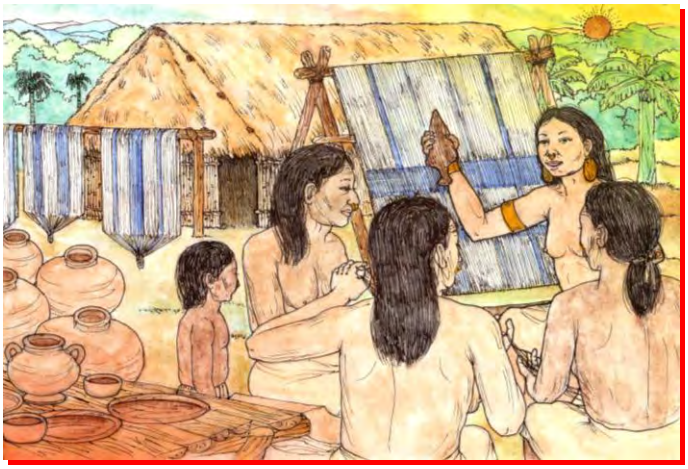
Orgun pasaba de una enseñanza a otra. Sus instrucciones iban desde cómo hacer la chicha para el paso de las niñas a la edad adulta; pasando por cómo construir la casa, preparar las semillas para el cultivo; hasta cómo poner los pies para cantar en la hamaca central de la gran choza.

—Tenemos que distinguirnos muy bien de los animales –continuaba Orgun–, de las bestias que se arrastran, que duermen por el suelo. Para hacer nuestra casa, tenemos que limpiar el terreno muy bien. No podemos dejar ni un hierbajo, porque los ciempiés, las moscas y las arañas pueden hacer sus nidos. No debemos tirar en cualquier sitio los restos de comida o la cáscara de las frutas, porque pueden atraer muchas enfermedades.

Ahí nació el *ised*, que nos cubre y protege a la comunidad como una tela resistente. El ised no son únicamente las prohibiciones que

tenemos que observar, son normas que nos defienden, una red que nos protege de cualquier adversario.

La gran abuela Giggadiryai también enseñaba a nuestras ancianas. Giggadir enseñaba a tejer las hamacas; y las iba llamando por su uso, por su tamaño, por sus diseños. Giggadir también se acercó a la arcilla, a la arcilla roja, a la arcilla negra, a la arcilla amarilla. Cuando hablamos de Ibeorgun necesariamente tenemos que hablar también de Giggadiryai, porque trabajaron unidos; y por eso ellos nos hablaron de cómo debíamos trabajar en la unidad sobre la madre tierra. Los dos vinieron muy jóvenes, los dos bajaron en Yoodiwar. Antes de ellos, ya se vestían las abuelas y los abuelos. Ellos utilizaban el *aramola* (plumas de cotorra), el *dabumola* (plumas), y pieles de otros animales. Aún no había nacido el tipo de mola que utilizan nuestras mujeres de hoy. Con Giggadiryai empiezan a usar el *disggelamola*, *masimola*, *abgimola*, *ubsanmola* y los tejidos fueron sometidos también a las tinturas. Giggadiryai utilizó las semillas de aguacate, el *abgi*, el *gobirgwa*, las raíces de los manglares... para teñir los tejidos, para sacar los colores a sus ropas y hamacas. Se sacaron los hilos del tallo del plátano, y se cortaron el *oa* para tejer y coser los vestidos. Giggadiryai enseñó a Ogir, a Inar, a Agdiggili. Se hicieron vestidos largos. Las abuelas se distribuían en grupos, y cada grupo era dirigido por una que sabía más y, todo orientado por nana Giggadiryai. Ella pasó a perfeccionar todos los utensilios de cocina, ella trabajó con la arcilla, ella tejió la hamaca. Giggadiryai utilizó el *signugar* para peinarse, utilizó el signugar para la aguja. Ella encontró el *ilamali* para el rallador, el *sabbisegar* para el fósforo. Entre piedras duras y ardientes calentaban los alimentos, hervían la comida, se calentaban en tiempos de lluvia. Giggadiryai abrió una gran escuela donde las abuelas aprendían a tejer, aprendían a amasar la arcilla para los braseros, para las tinajas, para los platos, para las tazas. Ellas aprendieron las normas de bañar (quemar) los tinajones.



Giggardiryai vino muy joven y aún no se había desarrollado. Vino luego la *surba*, Giggadiryai conoció la surba. Ibeorgun, su hermano, le hizo la ceremonia de cuatro días, y las ancianas aprendieron cómo celebrar las fiestas, por qué celebrarlas, y cuándo celebrarlas.

Giggadiryai hablaba a nuestras madres en Yoodiwar. Giggadiryai aconsejaba a nuestras madres así: Nosotras somos la mano delicadamente fuerte de esta Nabgwana. No somos inferiores a los varones, somos iguales y podemos hacer grandes cosas juntos. Hay cosas que los varones no pueden hacer, pero nosotras sí, y hay cosas que los varones solamente pueden hacer y nosotras no. Los dos nos complementamos. Tenemos que servir a los demás. Tenemos que dar de comer a nuestros hijos, a nuestros hermanos, a todos los ancianos que vendrán a visitarnos. Por la mañana les daremos *dinarsiggaled* (plátano asado y carne seca con café o cacao), a mediodía les daremos *masnugguled* (comida con caldo) y por la tarde *masogaled* (plátano que se asa con cáscara y, después de pelarlo se asa de nuevo para tostarlo).

Giggadiryai iba por las calles, levantaba a los niños y los sentaba, los hacía caminar; y así enseñaba a las abuelas.

Giggadiryai enseñó a las abuelas los diseños de las perneras. Los distintos tipos de algodones se transformaban en tejidos; y los tejidos, en hermosas telas.

Luego Ibeorgun, después de haber hecho lo posible por enseñar a todos nuestros ancianos, cambió su modo de hablar, y dijo:

— Yo vengo de *sabbibenega*; yo no vengo de babanega. Nadie puede volver de la casa de Baba y de Nana. Las grandes ancianas, nana Aleyai, muu Sobia, muu Binwegunsob, me prepararon, me adornaron con las mejores dotes, con el saber de la naturaleza. Todo me lo dieron para que lo pasara a ustedes, mis hermanos, y no para mí solo.

»Desde sabbibenega, de donde salí, me dirigí a galu Yorgun».

Tenemos que observar que, en la venida de Ibeorgun, el pueblito Galuyorgun era una de las comunidades más pequeñas y desconocidas de los gunas. Había muchas y grandes comunidades en Duilewala. Y ahí no llegó Ibeorgun, porque los grandes guías bajan siempre donde hay gente preparada, donde estos grandes no pierden su tiempo, y para que sus enseñanzas queden para otras personas; donde hay buenas personas que piensan en Baba y Nana, y quieren ser mejores.

Desde *galu* Yorgun prosiguió Ibeorgun a galu Dagargun (él mismo hablaba de su origen). De ahí pasó a Yoodiwala.

Ibeorgun pasó el mensaje del galu, a Neba, a Mage, a todos los ancianos que lo habían seguido. Les dijo que fueran a Gabdi, a Duilewala, a todos los pueblos, para esperar a los nelegan que iban

a bajar para seguir perfeccionando la tierra. Los grandes ancianos habían aprendido muchas cosas; sabían cómo interpretar los signos que indicaban la cercanía de los nelegan.

Ibeorgun murió. Ibeorgun murió en Buwargana. Baba y Nana lo llamaron. Ibeorgun se enfermó y murió.

Ibeorgun y Giggadiryai –II–

Bela sabbidulagan, digwar dudduganase baggar na argan oyobugnanae. Anba sabbi nuganiggadile, gege dumgue olliduddugwad bendagsulir, dii ga burba dagsulir.

Todos los árboles, hasta las algas más acuosas y pequeñitas, se dan la mano. El árbol más fuerte no puede crecer sin la tierra blandita, sin el agua suave.

Nuestros padres defendieron con mucha fuerza a esta tierra. Nuestros padres vivieron cerca de las orillas de los ríos, arroyos y manantiales que vierten sus aguas en Duilewala. Nuestros pueblos se extendían a lo largo de Duilewala.

Ibeorgun pertenece a la etapa que comenzó después de la gran inundación, del diluvio, del maremoto. Los abuelos se presentaron antes para prepararle el camino. Vino el abuelo Dugge, el abuelo Mage, el abuelo Ursidsiler, el abuelo Yala, el abuelo Neba, el abuelo Bagla, el abuelo Igwa, el abuelo Naggiogaryabaler, el abuelo Oloagnaidule, el abuelo Galub; vino la abuela Ogir, la abuela Inar, la abuela Agdiggili. Ellos prepararon la venida de Orgun y de Giggadiryai y fueron sus primeros discípulos.

Antes de Ibeorgun, los abuelos ya sabían interpretar el aleteo de los pájaros, el canto de los pavones, el movimiento de los saínos… Los abuelos descifraban los signos del amanecer, los signos de los peligros de los ríos, los signos de las amenazas de los vientos; y seguían los diversos cantos de los animales. Junto a sus chozas, cerca de los ríos, saltaban los ñeques, los machos de monte, los tucanes. Los abuelos conocían muy bien la naturaleza, y la querían como a una hermana. Nuestros viejos sabían cuidarse, sabían protegerse, sabían defenderse. Ellos no andaban desnudos: vestían el dabumola. A la luz de la luna llena, debajo de los caobos, los abuelos hablaban de sus cosas, de sus grandes y pequeños sueños. Los abuelos eran grandes arqueros, expertos flecheros. Con el arco y la flecha mataban pavones, jabalís, conejos pintados. Las mujeres, nuestras abuelas, preparaban la comida. Sabían hacer el *masiogaled*, el *masigugaled*, el *walabbamasi*.

Ellos no eran los primeros. Antes de ellos ya habían pasado por la Olobibbirgunyai otros grandes abuelos, otras grandes abuelas. Ellos ya habían hablado y enseñado a nuestra gente. Ya había estado la abuela Inanadili, el abuelo Oloniginyaler.

Nuestra historia nos dice que cuatro días se estremeció la naturaleza. Los pájaros, los árboles, los ríos chillaron muy diferente de lo ordinario; y anunciaban algo grande que estaba a punto de suceder. A mitad de la noche llegaban los mensajes a la madre tierra. Y se oyó el grito de alguien que venía río arriba. En la misma noche de su llegada los anuncios se hicieron más fuertes, se hicieron más claros. Luego vino un gran silencio. Los pájaros callaron. Los ríos llevaron sus aguas muy calladamente. Todo calló. Se escuchó el grito de alguien por el río. Los abuelos lo escucharon muy atentos. Los abuelos vieron a un adolescente que venía caminando, fuerte y muy decidido, por el río. Era Orgun, y no venía solo, sino con Giggadiryai y Wiggudun. Orgun saludó a la gente, saludó a los abuelos, a las abuelas:

—¡Gwenaddiganye, be nuedgin sogeye!–

Los abuelos no supieron responderle. Él mismo les enseñó cómo responder a los saludos:

—¡Contéstenme "nuedginye"! –dijo entonces Orgun a los abuelos–. Baba me envió a esta tierra –prosiguió hablando Orgun– guiado por su mano, protegido como su niño llegué hasta aquí. No he llegado a escondidas de Baba, de Nana. Vine con la luz fuerte de Baba y de Nana. Vine como una luz. No puedo tener miedo de nada, porque Baba está conmigo. Baba me ilumina con su gran *adsagannir*.

Al amanecer, en las primeras horas del día, Orgun empezaba a saludar a los niños. Orgun daba la mano a todos. Saludaba a los ancianos y les enseñaba cómo tratar a los hermanos, cómo acoger a los transeúntes, a los mayores, a los niños. Daba la mano a las niñas, a las ancianas. Orgun les recordaba a Baba, les recordaba a Nana que habían permitido a todos despertar con salud. Ibeorgun decía a los ancianos: "Durante la noche, Baba nos cubrió con su manto suave y oscuro. Protegidos con su red que no se ve, estrenamos un nuevo día. Baba y Nana nos velaron durante la noche. Cuando no nos venía el sueño, Nana nos acarició la frente y nos dormimos. Estamos en las manos de Baba."

Nuestros abuelos pensaban en Baba y Nana cuando comían, cuando bebían, cuando iban de caza, cuando sembraban. Los abuelos construyeron así la comunidad sobre la madre tierra.

Los abuelos construían su choza. Tenían buenas chozas, pero sin orden, sin la forma compacta que tenemos hoy. Entonces Ibeorgun enseñó a los ancianos a construir mejores chozas, a definir bien todas las partes que la constituyen, a darles su identidad.

Buwar, llamó al palo que se coloca en el centro de la choza, macizo, recto, difícil de pudrirse, pesado para que lo levante un solo hombre. Uusor, denominó al palo donde reposa el nagubir de los extremos. Nominó baggu, nagubir a otros palos que permiten ser verdadero buwar al poste central. Esos palos menores mantienen al buwar, lo sostienen; dan solidez a toda la choza. El palo fuerte debe apoyarse sobre los más pequeños para que el más fornido dé fuerza a los más débiles y, a su vez, tome de ellos su vigor y su estatura.

— Cuando coloquen ustedes –decía Orgun– el *buwar* a la mitad de la choza, usen el *isberwala* para el dior. Dior es un palo corto y no muy grueso que se coloca horizontal en la punta del buwar, fuertemente amarrado, y sobre este pequeño palo se unen otros palos largos (magged). El palo pequeño, dior, recibe el peso que recae sobre el buwar, y lo equilibra.

»Tenemos que conseguir el sargi, el vigoroso bejuco. Sólo cuando asentamos –proseguía Orgun– el buwar con todos los detalles, esos pequeños y grandes palos toman su valor, y comienzan a ser verdadero buwar, verdadero dior, verdadero magged. Cuando tallamos y damos forma a esos palos es cuando vamos a tener una buena choza, una buena protección, una buena seguridad de la familia –decía Orgun a nuestros viejos–.

»Los palos conversan entre sí. El palo fuerte, el potente buwar, dice a otros palos amigos suyos: 'Yo no puedo solo. No puedo sobrellevar solo el peso de toda la choza. Soy fuerte, pero ustedes son quienes me dan su resistencia, su flexibilidad y me las dan para mantener toda la choza, toda la casa, para que la choza no se la lleve el viento, para que el temblor de tierra no la desbarate. Por eso necesito de ti, dior, aunque seas el más pequeño; necesito a magged para que me ayude; el amigo saderbir también me va a dar una mano. Todos necesitamos la mano de todos. Solamente en la

unión de nuestras fuerzas vamos a hacer felices a quienes van a dormir debajo de nosotros. Yo doy la mano al dior; éste, a su vez, da la mano a magged; magged ofrece su lomo a saderbir; y así todos. Todos vamos a necesitar del sargi. El sargi nos va a unir, nos va a ligar para que no nos vayamos cada uno por nuestra cuenta. Los palos fuertes tenemos la necesidad de otros pequeños. Cuando todos quedamos unidos por el sargi, el gran bejuco, cuando nos sentimos unos pegados a otros, estamos en capacidad de sobrellevar el peso de *sosga* que viene a cubrir nuestros huesos. No podemos permitir que uno solo lleve todo el peso, aunque sea más fuerte. Todos tenemos que sobrellevar el peso de todos. El peso que me hace buwar, el peso que les hace dior, que les hace magged, que les hace *garbuba*. Todos unidos nos tenemos que defender contra la agresividad de los vientos, contra los temblores de tierra que nos van a sacudir. Basta que uno solo de nosotros no quiera llevar la carga, para que toda la choza se destruya, se derrumbe. La choza, la casa es de todos, de todos los que ponemos los hombros para mantenerla firme'.

Ibeorgun sacaba de ahí sus explicaciones a la gente. Los abuelos lo escuchaban.

— Así como conversan los palos entre sí, así como ellos se ayudan mutuamente, así debe ser toda comunidad: una gran casa, un cálido hogar. Todos unidos debemos construir nuestras chozas. Todos unidos debemos levantar a nuestros hijos y solucionar nuestros problemas.

Ibeorgun hablaba así a nuestros ancianos, a nuestras ancianas.

— Por más bellas palabras que tengamos nosotros, no bastan para la comunidad –enseñaba Orgun–. Observemos nuestros cuerpos; y así es nuestra choza, así es nuestra comunidad. Nuestra lengua no dice a los dedos: 'Ustedes son muy pequeños, no los

necesito'. Nuestro brazo no dice que el dedo meñique no vale. Basta que un solo dedo tropiece con una piedra para que todo nuestro cuerpo sienta el dolor; y se mueva nuestra cabeza, nuestros ojos, nuestras cejas. Sin embargo, un solo dedo es incapaz de agarrar una cosa por más pequeña que sea ésta. Ni siquiera dos dedos juntos pueden. Sólo cuando actúan los cinco juntos nos sentimos seguros de aferrar las cosas. Amamos a los cinco dedos; y los necesitamos igualmente. En la medida en que nos sentimos tan necesitados unos de otros y, a la vez, tan importantes para los otros, sólo en esa medida podemos hacer comunidad. Fijémonos en nuestras propias manos, en nuestros dedos, y aprendamos de ellos. Nunca podremos ser dirigentes de la comunidad, ni guías de un grupo si no seguimos su ejemplo.

Ibeorgun hablaba a los abuelos y a las abuelas. Les hablaba subido al tejado, enrollando el bejuco, amarrando las puntas de los palos pequeños y grandes.

— Como nadie puede solo, todos tenemos que alimentarnos mutuamente, tenemos que compartir nuestros grandes y pequeños bienes. Nadie debe ser excluido. Cuando invitamos a otros a compartir nuestra comida, frente al plátano asado y la presa de jabalí salen nuevas ideas, nuevas visiones para la comunidad. Aquello que nos permite enriquecernos solos, eso mismo nos va a matar solos.

Ibeorgun orientaba así a nuestros abuelos, a nuestras abuelas. Ibeorgun dijo que no podía haber una comunidad sin una unidad fuerte entre sus miembros. Y nos indicó:

— Solamente cuando estamos unidos es cuando somos verda-deros hombres, capaces de hacer cosas grandes, capaces de llevar adelante la comunidad. Cuando todos estamos unidos, el peso se

hace muy ligero, se hace suave, y el mismo dolor se hace más aguantable. Cuando todos estamos divididos, cada uno se hace peso muy severo para los otros; y nadie levanta a nadie; caemos todos.

Ibeorgun de ahí sacó el onmaggednega, el iddogednega, el orgunnega, el negaogaryagunnega. La choza grande de onmaggednega es para que todos nosotros, que cimentamos la comunidad, nos sintamos parte de todos; y así, unidos y juntos, busquemos los mejores caminos para todos, para la casa grande, para el hogar de todos que es el pueblo.

Las enseñanzas de Orgun abarcaban todos los aspectos de la vida de nuestras comunidades:

— Miremos bien las chozas –decía a todos–. Siempre hay postes macizos, los buwargan. Eso mismo sucede en nuestra comunidad. El buwar está indicando la vida del servidor del pueblo, el sagla.

En la gran choza, en el iddogednega, Orgun fue colocando asientos en torno a la hamaca del sagla. Asientos para aquellos que sostenían y servían a la comunidad de una manera muy especial. Los que simbolizaban los magged, los dior, los saderbir de la gran choza, la comunidad.

— Cuando necesitamos un sagla, un dirigente, vamos a hablar de buwar, –enseñaba Orgun a todos los ancianos–. Hablamos de buscar el mejor palo, que no permita anidar el comején, que sea recto, que se deje amarrar por el bejuco, que sienta la necesidad de los débiles y pequeños, que no excluya a nadie en la construcción de la comunidad.

»El palo central de la choza (buwar) no puede tener rajaduras o estar hueco, porque entonces se hace muy peligroso. Puede asustar a quienes van a descansar debajo de él o junto a él. Cualquier viento fuerte lo haría chirriar. Tenemos que buscar personas que no hablen tanto de sí mismas, de sus trabajos, de sus grandes y pequeños esfuerzos. Porque el buwar no dice que lleva mucho peso, ni llora ante los vientos. Porque si no, corremos el riesgo de dar el peso de la casa a un palo de balsa; y se sentirá con derecho a manejar al pueblo para lograr sus intereses mezquinos, en vez de los de la comunidad.

Así enseñó Orgun a *dad* Mage, a dad Dugge, a dad Yala, a dad Ursidsiler; y ellos, a su vez, enseñaron a otros abuelos; y aún seguimos compartiendo sus enseñanzas.

— Los palos rajados dejan posarse a los alacranes, a los ciempiés; y son un riesgo para la gente que duerme debajo de ellos o a sus pies.

Y Orgun proseguía así:

— Los palos centrales, los debemos cortar y traer juntos. El palo duro y fuerte, el árbol de los ríos y las selvas no dice nunca 'Yo soy el mejor, córtenme y colóquenme en el centro de la choza'. Nosotros, los constructores, la comunidad, vemos y valoramos la dureza del palo. Vemos si está hueco, si se quiebra fácil, si es isberwala o uggurwala. Y tenemos que mirar bien, porque muchas veces, los palos hermosos, rectos y muy largos suelen ser presa del comején, o su savia es dulce y atrae a las hormigas. Nuestra casa no puede posarse sobre cualquier palo; es la vida de nuestra familia.

»Entonces la hamaca central de la choza grande, la hamaca del sagla, se convierte en el corazón de la comunidad –seguía

enseñando Orgun a nuestros viejos–. Y el corazón es necesario cuando ayuda a animar a todo el cuerpo, cuando hace correr la sangre. Así es el sagla; así debe de ser el dirigente. No duerme; sirve al pueblo; necesita de la sangre, de los huesos, de las uñas, de los más pequeños, de los más débiles. El palo central, el buwar, debemos colocarlo enterrado muy hondo para que se mantenga firme y sostenga el peso; y distribuya mejor la carga al dior, al magged, al garbuba.

Ibeorgun abrió la puerta de la gran choza:

—Así como el sol cae sobre todos y da vida, así debe de ser el onmaggednega, –dijo Orgun a nuestros abuelos y abuelas.

Ibeorgun tomó la choza, la casa, como ejemplo para explicar cómo debía ser la comunidad de los gunas. La choza es signo de unidad, signo de nuestra comunidad.

—Cuando todos los miembros de la comunidad nos sentimos necesitados e importantes con relación a otros; cuando el sagla se pone como el buwar, los argar como magged, los suwaribgan como garbuba, y todos los demás como la caña brava que cierra nuestras chozas; sólo entonces tendremos una verdadera comunidad –enseñaba Orgun a los ancianos–. Entonces nuestra gente vivirá feliz; nada le faltará. Nadie debe llevar más peso que el otro, sino de acuerdo a nuestra capacidad, de acuerdo a nuestros hombros. Cuando todos nos demos la mano, ninguno de nosotros va a pasar hambre. Tampoco uno solo, o un grupo podrá tener más que otros, porque nos mataríamos unos a otros. Y Baba no quiere eso, Nana no quiere eso.

Ibeorgun bajó a Yoodiwala con la gran madre Giggadiryai. Ella enseñó a nuestras abuelas a tejer, a diseñar hamacas, a labrar

tinajones. Ella dio nombre a las distintas tinajas y braseros. Sabía combinar diversos colores; y enseñó a hacerlo así a las abuelas.

Ibeorgun abría extensas fincas, y trabajaban todos unidos. Una finca para el otoe, otra finca para el maíz, otra para la yuca y otra para el plátano. Nuestros viejos trabajaban unidos, seleccionaban las mejores cepas, los mejores granos para la siembra. Giggadir trabajaba codo a codo con Ibeorgun.

Ibeorgun vino para que los viejos, y ahora nosotros, supiéramos que podemos hacer muchas cosas en comunidad. Ibeorgun sabía que no iba a vivir siempre, que iba a dejar esta Nabgwana, pero quería dejarla preparada para aquellos que iban a venir después.

Orgun decía:

— Observemos esta otra casa, la choza grandísima que nos cubre, el firmamento, el universo. Ninguno en ella trabaja solo, todos trabajan unidos. Por eso no se acaba. Cuando empiecen a trabajar divididos, vendrá la destrucción. El huracán más temible, que destruye casas y sembrados, no tiene fuerza si el mar y la lluvia no le dan la mano, no lo empujan. El sol, las estrellas, todos trabajan unidos. Nadie dice que es más grande, más fuerte que los demás. Nadie excluye a nadie. Nadie se siente con más poder y fuerza que los demás. Así debemos ser. Nosotros estamos rodeados de peligros. Nos rodean por todas partes; y sólo unidos fuertemente vamos a poder seguir en nuestra comunidad. Baba lo quiere así. Y nosotros, para poder vivir en esta madre tierra, también lo queremos así. Lo necesitamos.

»También la madre tierra nos enseña a unirnos. Todos los árboles, hasta las algas más acuosas y pequeñitas, se dan la mano. El árbol más fuerte no puede crecer sin la tierra blandita, sin el agua suave.

Cuando vamos a buscar la medicina, no podemos cortar los gajos de un solo árbol, sino de muchos árboles, porque todos se dan la mano, todos se donan la fuerza, todos se valoran mutuamente sobre Nabgwana.

Ibeorgun pasó a enseñar los modos de preparar las ceremonias de nacimiento, de pubertad de las niñas, de casamiento.

— Cuando nace una niña –orientaba Orgun en Yoodiwala–, toda la comunidad, la gran casa, debe saber que ha llegado a su seno un nuevo miembro. Como todos debemos vivir unidos, no puede faltar el *gabirnoga* para celebrarlo. No un grupo, sino todos. Porque todos vamos a llevar el peso de la nueva carga y todos vamos a gozar por la nueva fuerza.

Cuando nacía una niña. Ibeorgun orientaba a los viejos:

— Cuando pase una luna, llenaremos los tinajones de chicha fuerte. Toda la comunidad debe alegrarse por la niña que ha llegado. Llamó "molasumba inna" a la chicha tomada en este periodo.

Todos unidos trabajaban los abuelos y las abuelas. Molían la caña. Ponían a fermentar el jugo de caña por diez días. Probaban la *subbeinna*. Los abuelos aprendían cómo alegrarse por la llegada de nuevos miembros de la comunidad. Ibeorgun trazó los pormenores de la chicha, los braseros de barro, las cestillas, los sonajeros, los utensilios de cocina…

Nuestros abuelos trabajaban unidos; se ayudaban mutuamente; se sentían necesitados unos de otros. Nadie padecía hambre, nadie pensaba en acaparar todo para sí. Así vivieron y nos enseñaron a vivir en comunidad. Así debía ser nuestra comunidad. Eso es lo que nos dijo e hizo Ibeorgun.

Nerdummagan

Dubbaneggi, Uggubneggi nergan ganar anbagusmarbali. Nerdummagana na e igargan wisimalad ogwananagude. Dula bela iddobuggwa guali.

Los nergan volvieron a reunirse en Dubbanega, en Uggubnega. Entonces los nelegan compartieron sus conocimientos, y junto a ellos estaba el pueblo.

Nuestra historia nació por la ribera de los grandes ríos. Allá, por el río que hoy llaman Tuira, Duilewala.

Hace mucho tiempo, en Uggubnega, Dubbanega hubo un gran acontecimiento. En Uggubnega, en Dubbanega se reunieron los grandes nergan. Entonces aún vivían los abuelos que habían acogido a Ibeorgun: Dugge, Surgaliler, Neba, Yala, Ule, Igwa-gunabbiler, Olonaggigunabbiler, Olobaglagunabbiler, Ursidsiler, Galub, Inagdur, Masar.

Llegaron entonces nele Diegun, nele Gubiler, nele Baglibe, nele Balibbiler, nele Wagibler, nele Masardummi, nele Sibu, nele Ologanagungiler, nele Olonagegiryai, nele Olonigdidili, nele Buna Nelegwa Nelegwa, Buna Nele. De ésta última no se recuerda su

nombre exacto. Dad Ulinia vivía allí, dad Yermoga, dad Sidsi, dad Garman.

Cada nele profundizó distintos tratados, de acuerdo a sus capacidades. Cuando eran jóvenes no había entre ellos ni apuestas ni rivalidades. Ellos habían venido para diagnosticar las distintas enfermedades que sufría la comunidad. Ellos habían venido a Abiayala para advertir los peligros que amenazaban al pueblo. Ellos debían defender al pueblo para que éste no fuera explotado ni pisoteado por otros. Los nergan fueron grandes *ibegamdur*, *wigudurgamdur*, *niagamdur*, *nabbasgamdur*, *bogdulegamdur*, *galaburbagamdur*, *umagamdur*, *ibegamdur*, *sulugamdur*...

Un día los nelegan dijeron: "Nosotros somos los privilegiados de Baba y de Nana. Nosotros somos los más indicados para ser saglagan". Ellos no se dieron cuenta de que los ancianos habían recibido las orientaciones de Ibeorgun y que eran dirigentes experimentados del pueblo. Entonces los nergan tomaron los puestos de saglagan. Se dividió la comunidad. Algunos nergan tuvieron cincuenta seguidores; otros, veinte; otros, treinta. Así se dividió la gran comunidad de Duilewala. Como eran grandes hombres, dotados y dirigentes, también las mujeres cayeron en celos por ellos, en riñas callejeras. Los nergan comenzaron a corromperse, a tener hijos con varias mujeres.

Los nergan presentaron una nueva modalidad de cantar a Baba y a Nana. Ellos dijeron: "Nosotros necesitamos estudiar y profundizar los diversos caminos de Baba y de Nana, necesitamos tiempo para eso. No podemos hacerlo si estamos permanentemente recorriendo comunidades distintas para cantar".

Entonces, los nelegan ahumaron el venado, el saíno, el macho de monte. Ellos tenían que llevar comida a Dubbanega, donde iban a congregarse. Cortaron el plátano, consiguieron el otoe y la yuca

para compartir en Dubbanega, en Uggubnega. Los nergan se reunieron en Baya, en Dubbanega. Mucha gente llevó consigo el *subbe*, *dolo*, *swara*, *gangi*, *sulubgala*, *dedegala* para celebrar la reunión.

Empezó la asamblea en Dubbanega. Entre los días de canto a Baba y a Nana, los nergan fijaron días de celebración festiva. Como ellos habían traído saínos ahumados, pavones, ñeques, todo esto se compartía, se celebraba. El mismo Dubbanega había también trabajado mucho para ahumar pescados, pavones, y amontonar plátanos…

En los recesos los abuelos danzaban con swara, con gogge. Giraban los abuelos al son de subbe, de guli, de dolo, de swara, de gangi. Al atardecer danzaban con dedegala, y al resplandor de la luna los abuelos acentuaban más la alegría en la comunidad de Dubbanega. Allí estuvieron ocho días. Los nelegan cantaron a Baba y a Nana, oraron juntos. Allí, pidieron ellos a Baba y a Nana estar seis años sin recorrer las comunidades, aunque seguirían orando en sus comunidades de origen. Durante los seis años estarían ahondando los diversos tratados de Baba y de Nana.

Después de la asamblea, los nergan volvieron a sus aldeas. Convinieron volver seis años después; y cada uno se comprometió a profundizar los distintos tratados del pueblo guna, según su capacidad y la inspiración de Baba y de Nana.

Cada nele, tanto varones como mujeres, se cultivaría en las cosas de Baba y de Nana en sus respectivas aldeas.

Pasaron seis años. Los nergan volvieron a reunirse en Dubbanega, en Uggubnega. Entonces los nelegan compartieron sus conocimientos, y junto a ellos estaba el pueblo. Los nergan comunicaron sus conocimientos en Duilewala, en Dubbanega; y cada uno cantó lo suyo.

Nele Diegun (en Gudwa, o Gudwadiwar, o Dagargunyala, o Gunwadiwar) llegó al séptimo grado de profundidad de la parte inferior de la madre tierra. Llegó a tal hondura del saber, que ninguno pudo hablar mal de él sin que lo supiera al instante.

Nele Gubiler (en Yoodiwar, o Agsibdiwar, o Gabdi) estudió el *negaduu*, sabbibenega. Pudo ver a Olobengiggiler, Olobendaggaliler, Olowagunabaler, padre de los árboles, de la flora. También llegó a Galu Ibaggi.

Nele Baglibe (en Abyogandi) profundizó el misterio de la muerte. Fue capaz de hacer hablar al espíritu de los huesos. Conoció el camino por donde sube el espíritu después de la muerte.

Nele Balibbiler (en Bardidiwar, o Ulubirdi) llegó hasta Manidiwar. Conoció la profundidad de los mares y sus movimientos, su lenguaje y sus relaciones con el hombre y la madre tierra. Supo de los recintos sagrados en los espacios de arriba; y contó a nuestros abuelos que allá arriba había todo un mundo, mucha gente.

Nele Wagibler (en Dagargun) profundizó sobre los seres que pueblan los espacios de arriba. Conoció el lenguaje de las aves, los caminos de *gwilobdula*, la lucha de los seres de arriba que influyen en nuestras vidas. La diversidad de pueblos sobre Olobibbirgunyai y la fraternidad cósmica.

Nele Masardummi (en Inayogsibdiwar, o Masarogediwar, o Masarenuggediwar, o Galugga, o Yeyegun, o Galirdiwar) llegó a profundizar el nacimiento de tierra madre. Cómo Baba y Nana hicieron surgir a Nabgwana; lo que ocurrió en tiempos de dad Agban. El equilibrio y la armonía de los elementos del universo.

Nele Sibu (en Gabdidiwar, o Agsibdiwar) recorrió el camino de Baba y de Nana. Camino hacia *babanega* que emprenden las personas que se ajustan con las normas de Baba y de Nana.

Nele Ologanagungiler (en Uggubnega, o Dubbanega) estudió la redondez de la tierra. Recorrió el camino del sol. Vio a Bonisurbanele. Él supo los orígenes de las convulsiones de la tierra y predijo la invasión europea a Abiayala.

Nele Olonagegiryai (en Barsudiwar) estudió el *bundorgangalu (galu narmaggaled*, *sabbi narmaggaled*, *ibegan narmaggaled*, *gaggisaglagan narmaggaled)*. Los límites de la tierra, su redondez, su forma combada, su estructura (meddesorgiid).

Nele Olonigdidili (en Barsudiwar) reconoció y ahondó el tema de la superficie curva de la madre tierra. Siendo mujer, llegó a internarse más en los secretos de Olobibbirgunyai. Nos habló de los componentes del ser humano: agua, fuego, aire, tierra, sal.

Nele Buna Nelegwa Nelegwa (en Barsudiwar) estudió el espacio combado que cubre a la madre tierra, *negaduu*. Ella analizó el origen del arco iris, que manifiesta la fecundidad de Nabgwana.

Nele Buna Nele –no se recuerda su nombre– (en Barsudiwar) llegó a los confines del universo. Nos trajo noticias de cómo estaban los límites que cubren la redondez de Ologwadule, mamá tierra. Fue conocedora de los grandes seres que custodian a la tierra, que nos defienden en la medida de nuestra armonía con la naturaleza y que se vuelven enemigos cuando transgredimos las normas de Baba y de Nana.

En ese tiempo, mientras los nergan debatían grandes temas del universo, y utilizaban sus conocimientos para someter al pueblo y meterle miedo, surgían los nelegan jóvenes (nermasmala). Ellos

escuchaban muy atentos a los grandes. Ya vivía nele Bibi (Gwani), nele Ogebib, nele Salubibi, nele Nadduliler, nele Yadibbiler, nele Organ, nele Orwidule, nele Dii, nele Bansu (hijo de Wagibler), nele Naluoginyabbiler, nele Dugibler, nele Nalugana. Los nergan jóvenes veían cómo poco a poco se corrompían sus mayores, iban marginado e infringiendo las normas de Baba y de Nana.

Nele Diegun se casó con ocho mujeres. Los grandes nelegan traían serpientes a lugares públicos para asustar a la gente. La gente de la ladea empezó a desaparecer. El pueblo sufría mucho.

Nele Gubiler acabó con Nele Diegun porque éste último se volvió contra el pueblo. Nació mucha rivalidad entre ellos. Los nelegan confundían a la gente en las ceremonias, se burlaban los unos de los otros. Atraían avispas venenosas para atormentar a los más pequeños. El pueblo penaba y vivía en sobresaltos permanentes. Y allí surgió una mujer que tomó entonces la dirección del pueblo guna, Olonigdidili.

NERGAN	**SU COMUNIDAD**	**PROFUNDIZÓ:**
DIEGUN	Gudwa o Gudwadiwar o Dagargunyala o Gunwadiwar.	La realidad del mal y sus efectos en el universo. Fue un gran gamdur e incrementó la práctica de bogdulegamdur, nabbasgamdur, ibegamdur... Al final, sembró pánico en su pueblo, y éste se liberó eliminándolo. Le siguió nele Gubiler.

GUBILER	Yoodiwar o Agsibdiwar o Gabdi.	La vida de las plantas, de los árboles... Es conocido como *sabbinele*. Profundiza las relaciones del hombre y su medio ambiente, los árboles, plantas... su lenguaje, su organización, sus sentidos, sus necesidades... Nos habló del velo delicado que cubre a Olobibbirgunyai, de la fina red que la protege; El hombre como parte integrante de la madre tierra, de nana Olowainasob, de nana Ologunasob... Galu Ibaggi y la protección de nana Olowainasob...
BAGLIBE	Abyogandi.	Ética guna. Camino del burba después de la muerte. La plenitud del burba del hombre como recompensa de sus trabajos en favor de la comunidad. Las normas dadas al hombre, su observancia o/y su consecuente sanción o justificación.
BALIBBILER	Bardidiwar o Ulubirdi.	Baluwala; el mar y sus movimientos, su lenguaje y sus relaciones con el hombre y Nabgwana. Los límites entre el agua dulce y el agua salada.

WAGIBLER	Dagargun	El origen del hombre. Muu Sobia, muu Sobnana, muu Binwegunsob; el comportamiento, la organización y el lenguaje de las aves y sus relaciones con otros componentes de universo. La diversidad de pueblos sobre la madre tierra: "los distintos pueblos han surgido de distintas tinajas..." Fraternidad cósmica desde la diversidad; la diversidad como riqueza de Nabgwana.
MASARDUMMI	Inayogsibdiwar o Masarogediwar o Masarenuggediwar o Galugga o Yeyegun o Galirdiwar.	La creación de todo lo "que vemos y no vemos", el origen de Ologwadule. Etapas de desarrollo de Nabgwana, nana Ologwadule, Nabgwana, nana Oloiiddirdili, nana Olobibbirdili o Bibbirgunyai. Las huellas de Baba y de Nana sobre la madre tierra. El equilibrio de los componentes del universo; la madre tierra envuelta y protegida con una densa y delicada neblina.
NER SIBU	Gabdidiwar o Agsibdiwar.	Baba, Nana y la creación. *Baba olobilligan mesisa*, *Nana manibilligan mesisa*. La muerte, la vida, la plenitud. El camino de babanega, de nananega. Grados de plenitud que se vive en babanega de acuerdo a los esfuerzos puestos al servicio de la comunidad.

OLOGANAGUNGILER	Uggubnega.	El sol, los astros; el lenguaje de la luz del sol. La redondez de la tierra. Los distintos rostros de Olowainasob... Ibeler y sus hermanos en la defensa de Nabgwana. La lucha entre el bien y el mal. El equilibrio del universo. Predice la invasión europea a las tierras de Abiayala y la existencia de otros continentes además de Abiayala.
OLONAGEGIRYAI	Barsudiwar	Límites de Olobibbirdili, su redondez, su forma combada, (meddesorgiid), su estructura. Fue una nele que analizó críticamente la política llevada por los varones de su tiempo. Profundizó el arte como dinamizador de la sociedad. Consolidó el uso de algodón y de sus tintes, sacados de las raíces, frutos y corteza de árboles. Llegó a galu Deddorgalu, galu Dugbis. Incrementó y perfeccionó los diseños de la mola.
OLONIGDIDILI	Barsudiwar	Las capas profundas de la tierra madre. Las mujeres en la historia y su papel en la estructura sociopolítica. El ser humano como microcosmos. Los componentes del ser humano: agua, fuego, aire, tierra, sal. La historia de dad Ibe y su

		lucha por Nabgwana.
BUNA NELEGWA NELEGWA	Barsudiwar	La capa circular y combada de Olobibbirdili (negaduu). La mujer en la creación. El arcoíris y su significado sobre la madre tierra. Los siete tipos de vitalidad de Nabgwana. La autoridad de la mujer en la estructura social de la comunidad. Enseñó que "Olobibbirdili sólo podía ser entendida desde la realidad de mamá".
(Nombre desconocido)	Barsudiwar	Límites de Nabgwana. Los glaciares y la neblina que rodean a la madre tierra. Las capas que cubren el universo y su papel en la integridad de nana Ologwadule.

Diegun

Dula, dobe gabbuggwa guali. Igi ibmar ebulesale mileddae aayobi, nele Diegun, dula daggali.

Nuestra comunidad le tenía miedo. Diegun trataba a la gente como cosa para ser usada y tirada después.

Ya Duiren, massi Olonigiginyaler, había vencido a los bugibugi-dulegan, a los narwasgadulegan, a los giwedulegan. Ya Inanadili había pasado instruyendo a nuestra gente en el arrullo a los niños, en las maneras de educar a los críos más pequeños. Baba y Nana habían enviado a Inanadili para que nuestra defensa tuviera también su parte delicada, su encanto. Ella tejió una gran red y nos cubrió con esa red, porque nos avisó que sus hermanas bajaban a nuestros campos, y que debíamos defendernos. Después de Inanadili vinieron otros grandes abuelos: Dad Mage, dad Dugge, dad Neba, dad Yala, dad Igwagunabbiler, dad Olonaggigunabbiler, dad Ule, dad Ursidsiler, dad Masar, dad Galub, dad Oloagnaidur… Y vino Ibeorgun. Ibeorgun vino con Wiggudun, con Giggadiryai. Orgun fue un gran hombre y un gran maestro. Él conocía el babigala y era gamdur. Conocía doce tratados diferentes; era absoged y sabía el masarigar, el burwaigar, el muuigar, el aggwanusaigar… Ibeorgun vino a animar a nuestros viejos a

defenderse como personas, a no dejarse morir como moscas ante las enfermedades o enemigos, a buscar los modos de controlar a los adversarios. Sabía rogar a Baba; y conocía su papel de guía y dirigente.

Así, de una generación a otra, la gente fue aprendiendo nuevas maneras de ser personas, nuevas cualidades de ser gunas, de ser *olodulegan*. Ibeorgun, antes de morir, instruyó a los ancianos y los preparó para recibir a los insignes nergan que vendrían más tarde. Y les decía: "Hagan bien las jaulas para los pajaritos que va a enviar Baba a nuestro pueblo. Dentro de las jaulas pongan plátanos maduros, granos de arroz y buenas semillas, para que no pasen de largo los pajaritos. Baba quiere enviarnos sus mensajeros". ¿Y qué quiso decir Ibeorgun con todo esto? Ibeorgun explicaba a los ancianos las maneras de preparar al pueblo moral y materialmente. Educar bien a las niñas que serían madres de los grandes nelegan. Nuestra comunidad tenía que estar educada para recibir a los guías del pueblo, a los conocedores e intérpretes de los sufrimientos de la comunidad, a los que serían capaces de consolar a la gente. Ibeorgun enseñó a los ancianos a leer los fenómenos de la naturaleza, los movimientos de los astros que previenen acontecimientos grandes. Así el abuelo Mage aprendió todo lo relativo a la naturaleza, a las nubes, a las hojas de los árboles, al chillido de las chicharras.

Después de Orgun, unos años después de su muerte, aparecieron las evidencias. El abuelo Mage se encaminó hacia un cerro, Dagargunyala. Mage llegó al río Gudwa, que también es conocido como Gunwadiwala en Dagargunyala. El abuelo Mage llevó a su nietecita al cerro. Ella era aún niña. Dad Mage la bañó en medicina. Pasaron algunos años, y en la naturaleza aparecieron otros signos. Una densa neblina bajó por el río. La neblina llegaba a ras de tierra y pintaba de blanco las ramas de los árboles, las hojas tiernas de los arbustos, las rocas del río… El abuelo Mage

preparó los granos de cacao en el cesto; consiguió los mejores granos de cacao; puso en la cesta el *ibesia sago*, el *siasibu*, el *siaginnid*; depositó los granos de cacao en su *uugarba*. El abuelo Mage se esmeraba; iba y venía por los ríos y quebradas. Mage preparó todo tipo de calabazas. Consiguió los bejucos, los medicamentos que crecían al borde de los manantiales. Preparaba así a su nieta porque todo indicaba que un gran nele estaba a punto de llegar.

Más tarde apareció otro anuncio: el arco iris, que empezó a pintar el cielo muy bajito. La neblina y el arco iris pintaban los cerros, las colinas, los llanos, las chozas… el abuelo Mage sabía leer los signos de Nabgwana.

La niña crecía y le iba llegando su primer periodo de madurez. La abuela también se preparaba. La abuela barría, limpiaba los rincones de la choza. La neblina blanca cubrió durante cuatro días el Dagargunyala. Pasó una luna. Luego bajó la neblina azul sobre el río, sobre las colinas, sobre las piedras. Las ramas de los árboles, los matorrales, las altas copas de igwawala brindaron el canto fuerte e insistente de las aves. Las aves bailotearon, chillaron en lo alto y en lo bajo de los ángulos de Dagargunyala. Pasó también esa luna. Apareció entonces la neblina amarilla, que pintó todos los rincones durante cuatro días. La niña seguía bañándose en medicina. Pasó otra luna, y más tarde también apareció la neblina roja. Todo rojo quedó Dagargunyala.

El abuelo Mage ya no dormía. Cuidaba a la niña y esperaba el tiempo indicado por las indicaciones de la naturaleza. Lo tenía preparado todo, hasta lo más mínimo. Amaneció el último día de la neblina roja. El sol recorrió su camino y, cuando entró la noche, apareció otro signo. A lo largo del río los cocuyos invadieron las piedras. Las luciérnagas brillaron enloquecidas sobre el río. Pasada la hora de los cocuyos, vino la tranquilidad. Ya entrada la noche, se

oyó entre las nubes el ruido suave de algo que venía bajando. Y apareció el olobadde. El olobadde se puso sobre la tierra. La abuela de la niña se dirigió al olobadde y tomó a un niño que estaba dentro. Este niño era Diegun, *gunginele*. El niño venía todo preparado, pero aún no se le había dado el nombre. Dentro de olobadde lo acompañaban grandes jaguares, que eran sus guardianes. Luego el olobadde subió entre las nubes y desapareció. La abuela llevo el niño a su nieta, que lo recibió en sus brazos. El niño vino con su brasero ritual, instrumentos de música, cestos de medicinas…

Dad Mage, que había seguido los signos, sabía que el niño sería nele, porque Orgun lo había prevenido. Dad Mage dejó crecer al niño un año en Dagargunyala. Después Mage regresó con el niño a la aldea, al pueblo, a Uggubnega.

Nele Diegun creció en Uggubnega; y ahí se hizo joven, se hizo adulto. Diegun creció y fue tomando experiencias de su estado de privilegio. Diegun empezó a descubrir los secretos de la naturaleza. Bajó a la primera capa o nivel de profundidad de la tierra y conoció a Olodurwanabilli, reino de los ciempiés, de los *didisdulegan*, de los alacranes… Bajó al segundo nivel, reino de otros grandes trabajadores, reino de arrieras; vio ahí que no había nada sin ser triturado; todo estaba limpio, todo estaba molido. Desde los niños hasta los más viejos, todos trabajaban. Todo lo tenían organizado: unos cargaban leña, otros pescaban, otros sembraban. Todos salían muy de mañana a sus faenas. Diegun bajó al tercer nivel de profundidad, al reino de las palomas, de las palomas torcaces. También era un reino de trabajadores. Tenían grandes maizales, platanales. Todos los reinos estaban bien establecidos y tenían sus jefes respectivos.

Diegun siguió bajando por las capas y niveles ocultos de Nabgwana, del universo. También llegó a Olonaggiabilli, cuarta

capa, reino de los *oloimbalidulegan*. En este reino Diegun vio una multitud de muchachas: Ologiggwigaliyai, Ologiggwigalisob, Inagiggwigalisob.

Diegun bajó también a la quinta capa, Olonuudenengwabilli. Iba así aprendiendo la organización, los secretos de la naturaleza, los movimientos positivos y la bondad de las cosas. En cada nivel Diegun se aliaba con lo que encontraba a su paso, se hacía amigo de ellos. Era un gran nele. Bajó a la sexta capa de profundidad: Olodaddalibilli. Bajó a la otra capa: Oloaliggabilli, séptima capa. Ahí estudió y se alió con los espíritus, con la solidez de la sal y del frío, con los hilos incandescentes de los rayos. Conoció también lo referente al odio y a la frialdad de distintos reinos.

Cuando Diegun volvió de nuevo a la faz de la tierra, y empezó a hablar sobre lo que había aprendido en las capas bajas del universo, ya se manifestaba muy distinto de los demás. Su mente era extraordinariamente desarrollada. Podía hacer muchas cosas; podía moverse de un sitio a otro sin ser notado y hacer desaparecer las cosas. Se hizo aliado de los reinos de distintos niveles del universo, se alió con los animales, con las cosas más banales de la tierra, con los abanicos, con las tazas… era un gran sabio, era nabbasgamdur, ibegamdur. Se había capacitado para hacer el bien a la comunidad, para organizar mejor nuestras aldeas, para fortalecer las ceremonias. La gente lo necesitaba y recurría a él. Tuvo muchos discípulos que aprendieron de él los grandes tratados.

Un día Diegun empezó a decir a los que le seguían: "Yo puedo hacer lo que me da la gana y nadie me lo puede impedir. Sentado a la orilla del río, puedo hacer aparecer a cuatro muchachas y hacer que ellas se sienten en mis rodillas". Y sus discípulos lo pusieron a prueba; y así sucedió. Diegun empezó a perder el recato de los grandes nergan, el equilibrio de los grandes inadulegan, la moderación de los grandes gamdurgan.

Diegun decía a la gente: "Ustedes no pueden hablar mal de mí, porque al instante lo sabría". Y así sucedía. Aquellos que hablaban en contra del comportamiento deshonesto de Diegun eran picados por serpientes, muertos de fiebre maligna, desaparecían en la selva. Hasta los soportes de las chozas, las totumas y las piedras eran sus aliados, sus defensores. Sólo una cosa no se había aliado con él, la corriente del río.

Cuando el pueblo celebraba la ceremonia de gaibir, Diegun se presentaba voluntariamente para cantar y presidir la fiesta. Y cantaba haciendo subir el espíritu de la niña junto con el suyo. [En nuestra tradición, cuando el gamdur hace eso, la niña ya no puede enamorarse de otro hombre, sino del mismo gamdur].

Así Diegun maleaba la situación. Ya tenía ocho mujeres y continuaba quitando otras más a sus maridos. Nadie podía hacerle nada, ni comentar su mala actuación. Moría mucha gente. Por una parte la gente sentía la necesidad de él y, por otra, le tenían pánico. Ya no lo podían soportar.

Diegun ya no se movía con sus propios pies, cuatro mujeres le servían de andas; dos le sostenían de los brazos, y otras dos le sujetaban las piernas. Nuestra comunidad le tenía miedo. Diegun trataba a la gente como cosa para ser usada y tirada después. El pueblo tomaba el gaibir; Diegun asustaba a la gente con la víbora y el jaguar que llevaba a su lado. El entraba en la casa de la chicha cercado de avispas letales.

Así nele Diegun sembraba terror; y todos temían morir cualquier día por el capricho de Diegun. Diegun no dejaba al pueblo organizarse. La gente moría cuando Diegun se enteraba de que alguien estaba hablando mal de su comportamiento, de que alguien quería defender a los inocentes que él mataba. Entonces sacaba las

serpientes, sus aliadas; los tigres atacaban a los trabajadores, o a los padres que se oponían a dar sus hijas a Diegun por esposas. El se aprovechaba de las niñas más hermosas de la aldea.

Desde los pájaros hasta un pedacito de palo eran sus aliados. Diegun daba la carne de sus adversarios a los jaguares, a los cocodrilos.

El ambiente se había vuelto violento contra la comunidad.

Entonces surgió otro gran nele, Gubiler.

Dad Ulinia, dad Yermoga hablaron con Gubiler en medio de la corriente del río para ver cómo podían librarse del poder de nele Diegun. Diegun ya se había convertido en enemigo de la comunidad. Gubiler empezó a prepararse, subió entonces hasta sabbibenega y ahí aprendió cómo liquidar a Diegun. Volvió de nuevo a la tierra, se reunió con los ancianos y hablaron de la táctica de eliminar a Diegun. Los ancianos hablaron en medio de la

corriente del río, metidos sus cuerpos y sólo con las cabezas fuera del agua. Las aguas sí podían guardar el secreto. Así planearonel ataque. Dad Ulinia, aconsejado por Gubiler, preparó la medicina, una gran flecha, un arco fuerte y enorme.

Un día se celebró la chicha en la aldea. Diegun era el gamdur. En la entrada de la casa de la ceremonia había un gran árbol de almendro inclinado y un poco retorcido. Por eso llamaban al lugar Igwabiirmaid. Todos los ancianos, ya ebrios, pasaban siempre inclinándose por allí, debajo de igwawala. Antes los ancianos habían elegido a los cuatro mejores flecheros de la aldea. Los cazadores elegidos se pusieron entre la copa, la rama y las raíces de igwawala y esperaron que pasaran los ancianos. Estos se pusieron en fila, e iban a orinar. Cantaban y danzaban. No tardaron mucho y volvieron. Entraron a la casa de la chicha. Diegun venía de último con sus ocho mujeres. Los flecheros de Gubiler tensaron el arco y desde igwawala apuntaron a Diegun. Apenas las mujeres de Diegun se habían inclinado para pasar por debajo de igwawala, los cazadores dispararon sus flechas con toda la fuerza. Diegun cayó muerto. Los ancianos se precipitaron sobre el cadáver de Diegun, le cortaron la cabeza con fuertes hachas de piedra, le sacaron todas las entrañas y tiraron sus tripas por las ocho colinas de Abiayala. El vientre abierto de Diegun sin cabeza, lo llenaron de ají, de sabdur y otras medicinas, para que nunca más pudiera volver.

Al anochecer de aquel día el pueblo se cubrió de pánico. El cuerpo vacío y sin cabeza de Diegun se estremecía violentamente, retumbaba, tratando de recoger todas sus entrañas dispersas por las ocho colinas y así volver a la vida. Las águilas revoloteaban chillando fuerte, las serpientes silbaban, los vientos soplaban terriblemente, porque eran defensores de Diegun. Si los ancianos le hubieran cortado sólo la cabeza, esos aliados suyos le hubieran devuelto la vida; y la situación hubiera sido peor.

Los ancianos cavaron una inmensa y honda fosa para el cadáver de Diegun. Allí abandonaron el cuerpo de Diegun. Lo dejaron boca abajo y sobre él dejaron caer pesadas piedras que sólo podían levantar de ocho a diez personas. Y los ancianos gritaban al cadáver: "¡Vete donde tu padre, el maligno!".

Nele Diegun murió a manos de un pueblo que se sintió engañado, explotado y violentado; y Baba tampoco aceptó a Diegun. Diegun no llegó a la casa de Baba; se convirtió en un maligno eterno en los abismos de la tierra.

Nuestro pueblo había esperado por largos años a Diegun, el pueblo sentía la necesidad de un dirigente como él, y Baba lo había enviado para aconsejar, amonestar, dirigir, perfeccionar a la comunidad; y por eso le había dado una inteligencia privilegiada.

Diegun pensó mucho en sí mismo, solamente en sí mismo, en su placer; y esto le convirtió en enemigo de nuestro pueblo y en enemigo de Baba y Nana. Baba y Nana le habían enviado para prevenir los peligros, para defender a su pueblo, y no para que se aliara con los enemigos por su propio interés. Diegun pisoteó así las prohibiciones de nuestro pueblo. El pueblo guna, su pueblo, hizo lo que Baba quería.

Gubiler

Nana Olodurwanasob sunna udurunsaglagan, durwamar bela, oduloge, sun osunmagge. Degi gude be daggele, bela ibmar nungan anmar bina gwissigudagoe, bela anmar se gindaglemaloe.

Nana Olodurwanasob puede hacer hablar a los troncos viejos, a los desechos, a los desperdicios. Entonces, los desechos se levantarían contra nosotros y nos sepultarían, nos matarían a todos.

Voy a hablar ahora de nele Gubiler. Del gran nele que enseñó babigala a nuestros abuelos en Yoodiwar.

Gubiler bajó a Yoodiwar, en el sitio llamado Agsibdiwar. Por esa región, los abuelos hallaron extensas llanuras, mucha tierra fértil. Vivía entonces allí dad Neba. Dad Neba recibió a Gubiler, le dio baños medicinales y le ayudó a perfeccionar su clarividencia. Dad Neba había recibido las enseñanzas de Ibeorgun. Ibeorgun ya había preanunciado en Yoodiwar que bajarían grandes mensajeros de Baba y de Nana; que esos mensajeros enseñarían al pueblo, cada uno de acuerdo a sus capacidades. Los abuelos sabían que Baba no abandonaría a su pueblo, que Nana no abandonaría a su pueblo; que vendrían grandes hombres que se encargarían de guiarnos.

Gubiler vino a Yoodiwar ya nele; y a pesar de eso, tuvo que recibir los baños prescritos. Los nelegan, como Gubiler, llegaban ya capacitados desde su nacimiento. Sin embargo, el mismo pueblo intervenía siempre para perfeccionarlos y darles las mejores experiencias. Ellos siguieron las huellas de los grandes abuelos, de los antepasados que trazaron el camino de babigala. Por una parte profundizaban los aspectos de la madre tierra; y, por otra, tomaban las enseñanzas de los abuelos que ya habían muerto, pero que habían dejado vivas sus huellas, sus pisadas.

Dad Neba, por su parte, era un experto inaduled. Sabía el *inaigar* de su maestro Orgun. Gubiler, ayudado por dad Neba y el pueblo, que fumaba la pipa, empezó a ahondar las nuevas dimensiones de Ologwadule. Él penetró los misterios de galu Ibesagla; y lo frecuentó varias veces. Gubiler pudo conversar con las grandes madres que nos protegen en sabbibenega.

Gubiler penetró las profundidades de las dimensiones superiores y de las dimensiones inferiores de Ologwadule. Gubiler dijo entonces:

— Voy a alejarme un poco de la superficie de esta Nabgwana, y me internaré en ella. A esta Nabgwana la siento muy cerca. Y la veo mecerse suavemente en su hamaca, en su *ologassiweagigassi*, en su *ibedurwanagassi*. Y ella gira lentamente con *ibedurwanamola dubiagwale*. Ella es nuestra gran madre. Y ahora yo me alejo un poco de ella, y penetro en sus profundidades.

Allá arriba nos envuelve y nos cubre una extensa red de oro, una extensa red de plata. Esa enorme red de oro y de plata nos resguarda, nos conserva, nos protege; y defiende a nana Ologwadule, mamá tierra. La infracción o la observación de las normas de Baba y Nana, pueden hacer que esa red cumpla su ley de

protección, o que se suba y se aleje de nana Ologwadule. Si se aleja la red, nosotros, como parte de la madre tierra, moriremos con ella.

—Hermanos, he subido más allá de esa red –cantaba Gubiler en Uggubnega, en Dubbanega–. Yo salí de aquí, y llegué a la primera fase de profundidad. Ahí me encontré con nana Ologunasob. Ella me dijo que estaba vigilando a sus hermanos; y que ellos pasaban un poco alejados de ella. 'Cuando esos hermanos lleguen a tocarme la rodilla, habrá muerte, habrá grandes desastres, habrá cataclismos', me dijo nana Ologunasob, –enseñaba Gubiler a nuestro pueblo de Yoodiwar.

»Seguí mi camino, y pasé a la segunda fase. Ahí está nana Olowainasob. Olowainasob observa y vigila a sus hermanos. Sus hermanos pasan un poco alejados de ella.

—Mi hermano sol (Ibeler) sigue su curso alejado de mí. Yo, desde aquí, protejo a mis hermanos, los cuido, los vigilo. Mis hermanos Oller y Wigabibbiler toman su distancia, me saludan y prosiguen su camino. Mis hermanos Bugasui, Olosunnibeler, Buudur, Ologailibibbiler recorren su curso y me respetan; se inclinan hacia mí y avanzan. Olowagli camina erguida entre sus hermanos y guarda también su distancia –decía nana Olowainasob a Gubiler–. Veo pasar a mis hermanos; y el día en que esos hermanos lleguen a tocarme la rodilla, ¡habrá desastres, habrá cataclismos, habrá dolor, habrá muerte!

Gubiler seguía enseñando así en Yoodiwar:

— Penetré otra fase. Llegué al reino de nana Olodurwanasob. Ella se mecía pausadamente en su hamaca de oro, en su hamaca de plata. Nana Olodurwanasob también cuida y vigila los movimientos de sus hermanos. Los protege, los cuida y les administra sus bienes. En el momento en que nosotros, sus

nietos, comencemos a marginar o pisar los límites que, Baba y Nana han puesto a todas las cosas, entonces Olodurwanasob se convertirá en *durgannana*, madre de la maleza, –decía Gubiler al pueblo–. Ella puede dar vida a toda la maleza, a la basura que se amontona en la superficie de la madre tierra.

Por eso nuestros abuelos aconsejan a la comunidad que no deje la basura amontonada después de barrer, sino que la tire en un sitio alejado del poblado, y que los rincones deben estar limpios. Porque esta basura puede levantarse en contra de nosotros porque tiene vida. Nana Olodurwanasob puede hacer hablar a los troncos viejos, a los desechos, a los desperdicios. Entonces, los desechos se levantarían contra nosotros y nos sepultarían, nos matarían a todos.

Nele Gubiler enseñaba así a los abuelos, a las mujeres y a todos los que lo escuchaban.

—Seguí profundizando más las nuevas dimensiones de mamá Olobibbirgunyai –proseguía Gubiler–, y me encontré con nana Ologiidili. Y ella me indicó el camino que debía seguir. Ella me introdujo a sabbibenega. Ya mi inclinación era fuerte hacia la flora, hacia el sabbibenega. Y allí me enteré de que todos nos movíamos de acuerdo a nuestra inclinación natural. Las madres, las abuelas en sabbibenega cantan nuestros caminos, nuestras tendencias. Nuestras aptitudes cantadas por esas madres, poco a poco, con el tiempo, se realizan; y se manifiestan claramente en la comunidad y para la comunidad.

Gubiler empezó a penetrar los secretos de sabbibenega; empezó a estudiar las plantas, los árboles, las hierbas. Y nos habló de dada Olobendaggaliler, dada Olobengeggaliler, padre de los árboles, de las plantas, de los arbustos que nos protegen, que nos ayudan a vivir, que son nuestros hermanos. Gubiler enseñó a nuestros

abuelos que todos los árboles, los arbustos, las plantas que vemos eran mujeres que embellecen el rostro de nana Ologwadule, mamá tierra. Por eso todos florecen, todos dan fruto, todos crecen. ¿Pueden ustedes decir qué árbol, o qué arbusto, o qué bejuco, o qué matita, por más mínima que sea, no florece o no da fruto? Y por eso a esta nana Ologwadule se le llama también Nabgwana. Es la madre sufrida que nos brinda los frutos de sus entrañas. Ella es la gran mamá; y nos ofrece sus frutos. Los animales, como los jabalís, los ñeques, los pavones encuentran sus nidos en ella, y al calor de ella nacen, crecen y mueren. Al calor de ella, en el regazo de ella florecen también las plantas, los árboles, los arbustos.

Nele Gubiler así inquiría y profundizaba el comportamiento de las plantas, de los árboles, de los bejucos. Gubiler nos habló de la respiración de las plantas, de los árboles. "Las plantas, los arbustos, todo los vegetales respiran, comen, sudan, sufren, como los hombres", nos enseñó Gubiler. Nos habló sobre los pulmones de las plantas, sobre los conductos internos de los vegetales, por donde pasan las aguas, como las venas, como las arterias. De esta forma nele Gubiler profundizó sobre la vida, sobre los movimientos, sobre los comportamientos de los árboles, de las plantas, de todo vegetal sobre Ologwadule.

—Los grandes árboles –dijo Gubiler a nuestros abuelos en Yoodiwar– toman el aire entre sus ramas, entre sus hojas.

Gubiler contestó a temas como: ¿Por qué y cómo se posan, crecen y se enrollan suavemente los bejucos entre las copas de los árboles altos? ¿De dónde salen, quién siembra la semilla de los bejucos tan arriba? Esos bejucos que brotan tan alto, cuyas raíces que no tocan el suelo, ¿qué nos dicen? ¿Qué enseñanzas nos ofrecen?

—Los árboles, las plantas, los arbustos son nuestros hermanos. Sorben como nosotros la leche fresca de mamá Nabgwana.

> Bebemos los mismos ríos. Compartimos con ellos el mismo espíritu y son nuestras imágenes. Nosotros poseemos su espíritu; y somos sus figuras también: podemos mirarnos en ellos. Ellos tienen hojas, nosotros también; ellos tienen pulmones y respiran, nosotros también; ellos tienen conductos por donde arrojan el agua usada, nosotros también.

Así Gubiler hablaba a nuestros abuelos, a nuestras abuelas que le escuchaban en Yoodiwar.

— Dada Olobengeggaliler protege a las plantas, a los árboles. Los defiende. Es su padre. Los árboles son nuestras próximos, son nuestros hermanos. Sienten como nosotros, lloran como nosotros, sufren como nosotros. Las plantas, los arbustos, los árboles pequeños y grandes tienen sangre que corre por sus venas, por sus arterias. El amargor de su sangre es como el amargor de nuestra propia sangre.

Gubiler profundizó igualmente sobre el número de las ramas de los árboles, sobre sus maneras de cambiarse de ropa. Luego pasó a estudiar las flores de los árboles y las plantas más diminutas.

Gubiler vio a Olobengeggaliler y conversó con él en sabbibenega. El gran nele confundió a Olobengeggaliler con el mismo Baba. "¡Yo llamé a Baba! ¡Lo llamé cuatro veces!", decía Gubiler a nuestros ancianos. "Baba se volvió hacia mí. Eso me sucedió cuando empezaba a profundizar sobre los árboles, sobre las plantas, sobre sabbibenega".

Así este gran nele Gubiler quiso hacer visible en Yoodiwar a quien él creía que era Baba, a Olobengeggaliler, padre de las plantas, de los árboles, de los arbustos. "Yo he creado todo. He formado los árboles", le decía Olobengeggaliler a Gubiler.

Los grande nelegan se equivocaron muchas veces y confundieron a la comunidad. En nuestro tiempo está sucediendo lo mismo. Los abuelos, las abuelas nos previnieron de eso. Nos anunciaron que vendrían a nuestras costas personas que nos asegurarían haber hecho grandes hazañas a nuestro favor, haber creado árboles, ser padres de todos nosotros. Si no conocemos esa historia de los abuelos, nos confundirán mucho, nos harán mucho daño; y llegaremos a acogerlos como a nuestros padres, como a nuestro Baba. Así fueron engañados los ancianos; y estamos pisando esa misma tierra.

Gubiler quiso bajar así, a la tierra, al padre de los árboles, a Olobengeggaliler. Pero, en aquel entonces, vivía otro nele, nele Baglibe. Baglibe se enteró de lo que proyectaba hacer Gubiler. Entonces Baglibe se acercó a nele Gubiler y pidió que le permitiera ver a Baba, a punto de llegar a la tierra.

Así se debatían los nergan en Yoodiwar. Los ancianos y toda la comunidad les fumaron la pipa para ayudar a Gubiler a hacer descender a Baba. Gubiler decía a la comunidad: "¡Yo le traeré a Baba! ¡Le mostraré al creador, al gran padre de todo lo que existe!" Baglibe también se acostó en la otra hamaca ritual, al lado de Gubiler. Los dos emprendieron el camino de las dimensiones profundas de la madre tierra, mientras la comunidad de Yoodiwar los acompañaba fumando la pipa. Pasaron la vía de nana Ologunasob, de nana Olodurwanasob, de nana Olowainasob, y llegaron donde nana Ologiidili. Nana Ologiidili se mecía suavemente en la hamaca; y fue ella la que les indicó el camino de sabbibenega. Entonces Gubiler llamó a Baba. "¡Vengo donde ti, padre mío!", dijo Gubiler a Olobengeggaliler, creyendo que era Baba.

Esto mismo nos acaece muchas veces, aquí en este pueblo. Ya nos previnieron los ancianos y las ancianas. Los grandes nelegan

creyeron ver a Baba; y quisieron traer a Baba. Creyeron poseer la capacidad de hacer visible sobre la madre tierra al mismo Baba. Gubiler no pensó que aquella visión suya, aquella experiencia fuera del padre de los árboles, de los arbustos, de las plantas, de Olobengeggaliler. Gubiler pensó que era de Baba.

Entonces Baglibe también llamó cuatro veces a quien Gubiler decía ser Baba. "Baba" se volvió pausado desde su asiento que giraba.

—¿Tú eres Baba? –le preguntó Baglibe a Olobengeggaliler.

Eso ocurría en la cuarta fase de profundidad de Olobibbirdili, mamá tierra.

—¡Tú eres Olobengeggaliler! –le dijo Baglibe.

—¡Tú sí me conoces y sabes quién soy yo! –le respondió el padre de los árboles a Baglibe.

—¡Tú te llamas también dada Olowagunanele; sobre ti crecen y viven los árboles, los arbustos, las matas! –continuó diciéndole Baglibe.

Más tarde Gubiler informó a la comunidad de Yoodiwar de que sabbibenega era un sitio muy hermoso, parecido a la morada de Baba. Pero nele Baglibe mantenía que no era posible para nosotros ver a Baba y Nana desde aquí, desde la tierra. Baglibe cantaba que no era posible para los humanos ver la morada de Baba, la morada de Nana desde esta Nabgwana; y mucho menos al mismo Baba o a la misma Nana. El precio que tenemos que pagar para ver la morada de Baba es la muerte. Después de la muerte sí lo vamos a ver.
Gubiler fue un gran inaduled. Él conocía el comportamiento de los árboles, la delicadeza de su corteza, el lenguaje de sus hojas al atardecer. Enseñaba:

— Mira tu cuerpo, examina tus miembros. Baba y Nana nos hicieron muy semejantes a los árboles, a las plantas, a los arbustos. Los árboles en Nabgwana son mujeres, son altas mujeres; debajo de ellas trazamos nuestros caminos y avanzamos en la vida.

»Las plantas, los árboles, los arbustos conversan entre ellos. Y dicen: 'Tenemos a la gran madre que nos cuida, que nos protege, que nos da su leche fresca cada mañana; y bajo su protección adquirimos conciencia de ser árboles, de ser matas, de ser arbustos, de ser enredaderas. Cuando nacimos, ella nos envolvió con su manto y crecimos gustando de su calor. Crecimos rodeados de muchos peligros, pero ella nos protegió y sigue cuidándonos con cariño', cantan los árboles y se mecen con la brisa. 'No nos separaremos de esta madre. Estamos en ella; pertenecemos a ella y ella nos pertenece', conversan los árboles y se mecen sus hojas. 'Nosotros sabemos', dicen los árboles del bosque, 'con qué dolor nos hizo crecer nuestra mamá. Entre muchos peligros nos hizo crecer. Debajo de nosotros, junto a nuestras raíces hay mucha gente; y por encargo de Nabgwana ofrecemos nuestros frutos a los hermanos que llegan a recoger su pedazo de comida bajo nuestras sombras. Mamá tiene muchos hijos, muchos nietos; y ella nos une, nos hermana a todos', musitan los árboles de la selva, de las llanuras, de los cerros.

Gubiler dijo además:

— También pude penetrar otras dimensiones de Nabgwana. Me dirigí a galu Ibaggi. Allí me encontré con dada Olowigibaler. Llegué a las puertas de su dominio y vi un enorme jaguar negro, del tamaño de un tapir, que custodiaba la morada. Inmensos enjambres de *igwabulu*, *segabulu* protegen a galu Ibaggi. Galu

Ibaggi está bien protegido, bien custodiado. Así lo quiso Baba, así lo quiso Nana.

»Luego llegué a un lugar espacioso, a una extensa llanura; y me encontré con dada Ibaggiler. Dada Ibaggiler me permitió penetrar sus dominios. En el sitio espacioso de la gran llanura de galu Ibaggi, de madrugada, brota la hierba, baja y muy tierna, y se acercan los jabalís a comérsela. Hay grandes plantaciones de caña, de plátano, de otoe.

»Me di cuenta –decía Gubiler– de que eran todas mujeres, las que estaban alrededor de una gran mesa. Ellas custodian la gran mesa de galu Ibaggi. Allí está la madre de los ciclones, la madre de los temblores de tierra. En galu Ibaggi vi a las madres que vigilan el reino, que llevan adelante todas las actividades de este galu.

Gubiler cantaba así a nuestros ancianos, a nuestras ancianas en Yoodiwar.

— Toda aquella gente que enciende la lumbre y la tiene siempre viva son mujeres. Son ellas las grandes madres, las grandes ancianas que nos protegen, que nos amparan, que nos alumbran. Cuando nuestros comportamientos se envilecen, y nuestras acciones desdicen nuestra humanidad y no guardamos nuestros límites, ellas, las grandes abuelas, se levantan contra nosotros. Entonces tenemos el caos, el desastre, la muerte.

Gubiler continuaba hablando así a los abuelos, y ancianas:

— Ustedes han llegado aquí cada uno con una llave. Con esa llave podemos abrir o cerrar las puertas de las desgracias; y con esa misma llave también podemos recibir muchos bienes. Las ancianas nos vigilan desde galu Ibaggi. La llave de que les hablo la llevamos al cuello, –Gubiler decía a nuestros abuelos–. ¿De

> qué se trata entonces? De la lengua, de la boca, de la vida, –proseguía Gubiler–. Es la llave que nos dejó Baba, que nos dejó Nana. Con el mal uso de la lengua podemos abrir la fosa de desastres, aquí, sobre Gunasnega. Las grandes madres desde sabbibenega nos están observando, nos están protegiendo y evalúan nuestras acciones.

»He visto también a nana Oloburgwagwayai –seguía enseñando Gubiler a los abuelos–. He visto a dada Olonigibaler; desde su morada bajan los filamentos de oro, los filamentos de plata.

»Los vientos que pasan tocándonos suave, o las sacudidas de tierra que sentimos y tememos, o los rayos que nos hacen parpadear, pronuncian nuestros nombres; y sus madres nos protegen, pero igualmente nos evalúan; ellas sopesan nuestros actos.

»He contemplado a otra gran madre, la que controla y cuida la oscuridad. Cuando prefiramos la oscuridad, la mentira, el engaño, la traición, esas madres se adueñarán de nuestro mundo. Ellas se rebelarán contra nosotros. Ellas están reclamando nuestros nombres a Baba y a Nana.

»Nosotros ahora, mis hermanos, estamos viendo que nuestro pueblo está al borde de dar su nombre a la madre de los ciclones, de los temblores, de los desastres. Baba no había puesto a las grandes madres en galu Ibaggi para eso, Nana no las había puesto para eso; pero nosotros las estamos provocando continuamente con nuestras acciones. ¿Ustedes cómo ven hoy a la comunidad, a nuestro pueblo?

»Baba nos dejó una extensa y hermosa llanura, nos dejó una explanada fértil para trabajarla, para hacerla productiva. '¡Hijos míos, hagan que esa llanura sea productiva, vistan de verde a Nabgwana!', nos dijo Baba, nos dijo Nana.

Todo eso aprendían nuestros abuelos en Yoodiwar. Escuchaban a Gubiler que les hablaba y les decía, entre otras cosas:

Seguí avanzando más en mi camino y esta vez me encontré con otra madre, nana Igwasogigili. Ella también pregunta por nosotros y vigila nuestro proceder. Ha habido varias etapas de la historia en las que el pueblo ha provocado la ira de esas madres; y nuestra tierra ha padecido cataclismos, inundaciones, terremotos. Esta tierra que pisamos ha estado sometida a la ira de esas madres, porque fueron provocadas, la comunidad ha transgredido, muchas veces, las normas de Baba y Nana.

Gubiler nos habló de muu Oloubigunsob, de muu Osis, madre que vigila las aguas saladas de los mares, de los océanos.

— Todas esas madres se alertan mutuamente, se evalúan, se relacionan. Todo está en equilibrio. Cada una de ellas vigila los actos de todos los varones, de todas las mujeres, de acuerdo a cada tipo de acciones. Nada ni nadie se escapa de los ojos de esas madres.

»Ellas trabajan para Baba, trabajan para Nana. Baba y Nana nos acompañan como una luz grande, intensa y extensa. Es imposible que nuestras vidas puedan esconderse de sus ojos. No estamos solos. Nunca nos movemos solos. Baba y Nana nos han creado y conocen nuestras acciones. Saben de nuestros cansancios y de nuestros errores, de nuestras lenguas mal usadas. Entonces nuestros nombres son reclamados por las grandes madres que nos rodean, nos cuidan, nos protegen, nos cantan y nos trazan caminos de vida; pero que se convierten en nuestras enemigas cuando el camino que llevamos no es de Baba, no es de Nana.

»Cuando las abuelas y los abuelos se olvidaron de su origen que sale de Baba y Nana, y se olvidaron de que pertenecían a la gran familia del universo, formando parte de toda la naturaleza y de sus relaciones con todos, vinieron maremotos, o el fuego hizo cenizas a nuestra gente, o se desataron devastadores tifones… Así viene nuestro mundo; así camina nuestra historia.

»En galu Ibaggi vive Olowigibaler. Así como bajan los cabellos de la cabeza de una niña hasta sus hombros, así bajan los filamentos desde Baba y desde Nana a galu Ibaggi. Todo está controlado en un gran equilibrio. Cada actividad que realizamos es captada y evaluada. Cada guardiana de los galugan tiene fijos los ojos en nuestras acciones, tanto para beneficiarnos como para sancionarnos.

Dada Olowigibaler le dijo a Gubiler que él estaba en el séptimo nivel de profundidad; y que debía hacerle ocho veces la visita. Galu Ibaggi protege la serenidad, el equilibrio de la madre tierra y, con ella, a todos nosotros. Y todos lo galugan cumplen esa misma función. El espíritu, la fuerza de Ibeler mora en la octava capa de Olobibbirdili. "Cuando me hagas las ocho visitas, te manifestaré la fuerza de Ibeler", dijo Olowigibaler a Gubiler. El espíritu de Ibeler yace envuelto en un manto blanco. Este es galu Ibaggi, el gran galu de ocho fuerzas. Es el galu central, y el más grande de todos. Nada puede ocurrir sin que sea informado este galu. Galu Ibaggi se comunica con galu Dobin. Baba dejó a galu Dobin junto a galu Ibaggi. Galu Ibaggi es el gran vigía de la madre tierra. Éste también se comunica y se relaciona con Bugasugalu.

Nele Gubiler conoció la estructura de galu Ibaggi. Supo de las madres que custodian las compuertas de los distintos recintos sagrados, cada madre con sus respectivos trabajos. Ellas defienden, vigilan, controlan los distintos recintos de galu Ibaggi. Unas vigilan y controlan la fuerza de los vientos. Ellas pueden desatar

tifones o hacer que sólo se muevan apaciblemente las hojas de los árboles. Hay madres que vigilan y controlan la fuerza de las aguas. Ellas pueden mover las crecidas de los ríos, o hacer que se estanquen las aguas, o que corran cristalinas. Hay madres que vigilan y controlan la oscuridad. Ellas pueden ofrecernos sombras frescas para que no nos quememos al sol, o hacernos llorar con una densa oscuridad de muerte, con la intensidad de cuatro manos juntas apretando los ojos de uno. Cuando ensuciamos los mares, los ríos, los arroyos; cuando talamos brutalmente los bellos árboles; cuando apagamos el dulce olor de una flor o el tierno gorjeo de un pajarito nos estamos matando a nosotros mismos. Provocamos a los tifones, a los ciclones, a los temblores de tierra, a la madre del fuego.

Gubiler cantaba en Yoodiwar:

— Galu Ibaggi también es vigilado por el otro galu; y su trabajo es evaluado por el galu Sigun. En este galu se manejan las estrategias de defensa. De ahí salen las flechas, los arcos para la defensa de Ologwadule, para nuestra defensa. Hay otro galu, un gran galu también, Margalu. Este galu también vigila a galu Ibaggi; y sin la anuencia de Margalu no puede realizarse nada desde galu Ibaggi. Allí vive dada Olobaguggunele. Los galugan se alertan mutuamente desde los cuatro puntos cardinales, se relacionan, se animan, se avisan sobre los planes que desean llevar adelante sobre la faz de Nabgwana. Hay otro galu que colabora con galu Ibaggi, que vigila a galu Ibaggi, que pide cuentas también a galu Ibaggi: Gigigalu.

»Galu Ibaggi no puede actuar por su cuenta contra nadie, sin el consentimiento y la vigilancia de los otros galugan que lo rodean, que lo controlan, que lo evalúan. Galu Ibaggi está bien vigilado. Lo cuidan y lo defienden; y no le dejan hacer nada a su capricho. Así también es nuestra organización, nuestra estructura, nuestra

sociedad. A la casa de reuniones, a onmaggednega, que es figura de galu Ibaggi, también lo defienden, lo vigilan, lo controlan otros galugan. Siendo un gran galu, no puede actuar solo. Necesita de la pujanza de todos, de la vigilancia de todos.

Así Gubiler enseñó a los abuelos, a las abuelas, a todos los que le escuchaban. Y este mensaje me lo dio, a su vez, el sagla Igwana-biginya.

Gubiler – II –

Anmar, Babdummad Nandummadbo maid iedele, e irgargan basur dagdele, gwenadgan sabbidulegan, anmar irwabuggwad, wiodele… bonisaglagan anmargi agnidoe, nunmagged dummadi dagledagoe, geg anmar bendaglege gudsunnoe, anmar unni burgwedsunna.

Cuando nos olvidamos de Baba y Nana, cuando marginamos sus preceptos, cuando aplastamos y destruimos a nuestros aliados como son las plantas, los árboles, los arbustos… es cuando entra el desequilibrio, es cuando el dolor se hace más fuerte que el remedio, y viene la muerte.

En la parte más arriba de Duilewala, está ubicado un sitio muy importante. El sitio es conocido como Uggubnega, y como Dubbanega. Allí, en ese lugar, se reunieron los grandes nergan de nuestra historia. Allí, los abuelos y abuelas abrieron un gran debate sobre el babigala, y de ahí nos han llegado los restos que sabemos, hoy, del babigala.

En el encuentro de Dubbanega, Gubiler habló así al pueblo:

— ¿Por qué nos hemos reunido, precisamente, aquí, en Dubbanega? Aquí, se reunieron los ocho hermanos. Aquí trazaron las

> tácticas de guerra para defender a la madre tierra, para protegerla de la muerte que imponían Biler y sus hijos. Aquí, en este sitio, lloró Ibeler por la madre tierra, porque las afrentas contra ella, le dolía como si fueran bofetadas a su propio rostro. Le dolía el dolor de las plantas, de los ríos, de las piedras, de los ñeques, de los jabalíes... Aquí, en esta comunidad, los ocho hermanos oraron a Baba y Nana; aquí concibieron ellos sus planes de lucha, y aquí nosotros, también, vamos a orar, vamos a buscar nuevos caminos para el pueblo.

Cuando nos disponemos –siguió diciendo Gubiler– a hablar de Baba y de Nana; cuando vamos a compartir con los hermanos lo que Baba y Nana nos mandan comunicarles, primero necesitamos aconsejarnos mutuamente. Antes de tocar los puntos sagrados de nuestras vidas, tenemos que corregirnos… Esto se convierte en una red, en un cobertor de las cosas de Baba y Nana; así se diferencia muy bien nuestras debilidades de la fortaleza de Baba y Nana; porque nuestros conocimientos, nuestras sabidurías nos pueden traicionar, nos pueden llevar, incluso, a un despeñadero. Ante el pueblo que se reúne para escuchar las cosas de Baba y Nana, tenemos que presentar la verdad de nuestros conocimientos, no podemos mentir; no podemos responder con farsas a las ganas de saber que tiene el pueblo. Baba y Nana pueden sacar su ortiga de oro y su ortiga de plata contra nosotros".

En Dubbanega, también, se encontraban las abuelas que habían presenciado las obras de Giggadiryai y habían aprendido mucho de ella: Llegó muu Inar, llegó muu Agdiggili, muu Ogir.

Gubiler continuaba hablando en Dubbanega:

— Cuando los ocho hermanos estaban reunidos en esta comunidad, Olowagli salió al río. Ella alcanzó a ver una enorme anguila que subía amenazando la aldea. Olowagli regresó corriendo donde estaban sus hermanos, y avisó a Igwaoginyabbiler de la enorme

bestia que rodeaba la comunidad. Igwaoginyabbiler tomó su arco y su flecha, corrió contra el animal, y lo mató a flechazos. Eran *baggadubaled*, macho y hembra; Ibeler los convirtió en dos enormes rocas, que hoy, aún se ven en el fondo del río, junto a otras dos rocas menores que son sus crías.

Mis hermanos, –proseguía Gubiler–, la madre tierra, nuestra mamá tierra nos sigue enseñando, ella nos dice cómo debemos comportarnos en gunasnega; ella sigue aconsejándonos, alimentándonos, alertándonos.

¿Cómo nos enseña ella, entonces?

Tomamos la imagen de dos ríos; uno grande, caudaloso, lleno de agua, y el otro, pequeño de pocas aguas. Hablamos primero de río grande y caudaloso. Nuestros sembradíos beben de sus aguas. El otoe, la yuca, el plátano… viven de sus abundantes aguas, y nosotros, también bebemos de sus aguas, las aves, las serpientes, los gusanos, las mariposas. Un río grande de aguas abundantes no excluye a nadie. Mediante ese río, la madre tierra nos educa cómo considerar a los hermanos; cómo cuidar de nuestros hijos, de nuestros nietos. A las aguas exuberantes de río caudaloso, se arriman animales feroces, jaguares, serpientes… –Como la carne de esas bestias no se come, y como son agresivos, no les permito arrimarse a mis aguas–, no dice el río ni esconde sus aguas. Al contrario, los alimenta, los cuida, los hace descansar tranquilos en sus orillas. Tanto la hierbabuena, las flores y las hierbas de curan… como las espinas, las ortigas y malezas se alegran de su presencia, y el río no excluye a nadie, a nadie cierra sus aguas. Tenemos que pedir a Baba y Nana, para que nuestras vidas sean como los grandes ríos que corren sobre la madre tierra, sin excluir a nadie, sin cerrar la puerta a ningún hermano.

Pero, tenemos también, ríos pequeños, riachuelos. A través de ellos, nuestra madre tierra nos enseña igualmente. Esos pequeños ríos tienen un espíritu muy frágil; mientras llueve, corren sus

aguas. Las plantas, los árboles, los animales se alegran tomando de esas aguas. Pero, llega la estación seca, llega el verano, y la corriente de sus aguas se hace débil; empiezan a formarse estanques y pequeños charcos a lo largo de sus recorridos. Las aguas encharcadas se calientan y queman. Queman las raíces de las plantas; matan las flores, y ningún animal se asoma a beber de sus aguas. Estas enseñanzas van dirigidas a todos, especialmente, a los que guían las comunidades, a los saglagan. Si nosotros, las autoridades de las comunidades, tenemos el espíritu de grandes ríos, la gente nos va a escuchar, nos va a respetar, y nuestras enseñanzas le van a llegar; pero si nuestro espíritu es quebradizo y débil como el de los riachuelos, cuando llega el sol fuerte de problemas, cuando soplan los vientos secos de necesidades,… nuestro espíritu va crear divisiones, charcos de aguas calientes, y el pueblo no nos escuchará, porque nadie bebe agua hirviente".

Luego, Gubiler pasó a explicar al pueblo sobre lo que él había profundizado del babigala.

Dijo así:

—Yo vivía en Yoodiwala, y mi espíritu guía era *soasoa*. Desde Yoodiwala empecé a profundizar la realidad de la madre tierra, ahí empecé a conocerla. En la primera etapa de mi conocimiento, me encontré con Olobiguginyabbiler, padre de las hormigas, conocido también como Olodisgwanaliler. Él cuida de *durwanabilli*.

En la segunda etapa, hallé a Olosigsiggaliler, padre de las cucarachas.

Hay un solo Baba y hay una sola Nana, pero, muchas veces, nosotros creamos otros baba, otras nana, y ésos seres que inventamos, nos arrastran a quedarse fuera del único Baba y de la única Nana. Todos salimos de Baba y Nana, y ellos nos aman a todos por igual, por eso, también los animales, las plantas, los

gusanos y otros seres, cuando mueren, vuelven también a sus lugares de procedencia, a sus padres que Baba y Nana les dieron.

En la tercera etapa –seguía diciendo Gubiler– hallé a Olodoiggaliler. Y en la cuarta, están los *gililibdulegan*. Esas aves tienen una gran organización; cuentan con una autoridad que les orienta. Ahí, escuché que conversaban entre ellas, y clamaban: *¡Olomagguna nagwala anardolaye!* Cuando ellas mueren llegan a Isbegungalu, y ahí, gozan también de su plenitud. Su guía es Inasgubbiler. En gunasnega, vemos a esas aves que vuelan en lo alto, y nos parecen aves, y decimos que son *giblosiggwi*. En realidad, son naves que ellas utilizan para surcar el espacio. Por eso, nuestros abuelos nos dicen que no las señalemos con el dedo, porque van a la guerra, van pintadas de rojo con las armas listas para atacar. Esas aves nos protegen, nos defienden, nos cobijan para que nadie nos importune, para que nadie nos maltrate. Odelibbiler, Olomagdiginyabbiler, Olodirbibbiler son sus jefes. Uno ordena la salida de las bandadas, otro dirige su descenso, y el último rige a las que danzan en el firmamento. Actúan en completo orden y control como Baba y Nana les han ordenado, y todo está concatenado.

Cuando llegué a la quinta etapa de conocimiento de la madre tierra, me encontré con el reino de otros pájaros menores, *aiggabilli*. El reino de los pájaros está acoplado con el reino anterior. Cuando llega el tiempo de salida de las aves guerreras, Baba y Nana sacan de su morada a los pajaritos que son el alimento de las que van armadas. Tanto los pájaros pequeños como las que guerrean, protegen y defienden a la madre tierra y, con ella, a nosotros.

En la sexta etapa de mi comprensión de la madre tierra, me encontré con la morada que gobierna Oloarbiggaliler. Esa morada está, igualmente, ordenada, y equipada con todo lo que necesitan los seres que la pueblan. Las serpientes, los gusanos, los

ciempiés,… que también son criaturas de Baba y Nana, cuando dejan a gunasnega, llegan a su morada y gozan ahí, también de su plenitud.

Fui avanzando cada vez más en la profundización de las etapas de la madre tierra, y llegué a la séptima, sabbibenega. Allí, me encontré con Olobengeggiler (Olobengeggaliler), padre de las plantas, de los árboles,…

Aquí, en gunasnega, los árboles se secan y mueren, muchas veces, caen golpeados por los vientos fuertes, o son talados por los hombres… esos árboles no terminan su vida así. Ellos son, también, seres vivos que han salido de Baba y Nana. Su morada, su gozo pleno, los encontrarán en la séptima morada. Ahí, –dice Gubiler–, es donde me enteré del comportamiento de los árboles, su lenguaje, sus dolores, su cultura. Desde la séptima etapa de la tierra madre, pude observar la belleza de la morada de Baba y Nana. Desde gunasnega es imposible ver aquella morada, únicamente, después de la muerte, la veremos. Pero, a mí, se me permitió apreciar esa morada desde la séptima etapa.

¿Cuántas ramas tienen los árboles, y qué árbol es el que más ramas tiene en gunasnega? Ahí aprendí todo, y se me dijo que el *mugsu* tenía más ramas que otros árboles.

En sabbibenega, –proseguía Gubiler–, fui capacitado para ayudar a calmar los dolores de gunasnega; aprendí a curar enfermedades, a ayudar a los hermanos en sus dolencias. Al conocer el lenguaje de los árboles y sus comportamientos… llegué también a descubrir las relaciones que tienen ellos con otras criaturas que dejaron Baba y Nana sobre la madre tierra.

Hay otro árbol, –seguía instruyendo Gubiler a la gente en Dubbanega–, es aquel que canta. El que canta durante toda la noche, y en la quietud de la oscuridad o bajo la luna se escucha su canto, es el *duggeswala*. Cada árbol está dotado para curar

enfermedades específicas de nosotros, sus hermanos; sucede lo mismo con las plantas, los arbustos, las flores, hasta a aquellas hierbas que nos parecen malezas. Ellos están para curar enfermedades, y no para agravar sufrimientos. Para eso, el inaduled debe observar las normas de Baba y Nana, y no pueden abandonar a los enfermos que son sus hermanos. Así como es privilegio servir a los enfermos, así también, el agravar sus dolencias puede atraer sanciones muy serias de Baba y Nana. Baba y Nana, sabiendo que estamos rodeados de enemigos físicos y de aquellos que no se ven, dispusieron de remedios abundantes para contrarrestarlos. Los dolores no superan a los medicamentos que Baba y Nana han dejado en gunasnega. Todo está controlado, todo esta conectado. Cuando nos olvidamos de Baba y Nana, cuando marginamos sus preceptos, cuando aplastamos y destruimos a nuestros aliados como son las plantas, los árboles, los arbustos… es cuando entra el desequilibrio, es cuando el dolor se hace más fuerte que el remedio, y viene la muerte.

Gubiler seguís enseñando así:

— Los árboles son seres vivos como nosotros. Son nuestros aliados, nos observan, nos siguen los pasos, y esperan a los inadulegan que se acercan a sus raíces con su cestillo. Esos árboles están para eso, y de sus cuellos cuelgan el *wini*, como señal de fortaleza y solidaridad. Se les recuerda a los inadulegan, que no recojan los gajos de los árboles cuando van subiendo el camino, sino que lleguen primero hasta el final de la senda, y luego, cuando regresan recojan los gajos de los árboles para sus pacientes. Eso es, para que no quede la fuerza de los medicamentos por el camino, sino que se quede, por entero en el cesto del inaduled hasta el paciente.

  Los árboles son nuestros hermanos mayores. Cuando nos sentimos débiles, porque se nos baja la presión de la sangre, nos acercamos a ellos, y ellos nos fortalecen. Cuando nuestra visión

se nubla y no podemos ver con claridad, recurrimos a ellos, y ellos nos devuelven los colores de las cosas. Cuando la cabeza ya no rige nuestros actos, y nos sentimos confundidos, nos acercamos a los árboles, a sus raíces, a sus hojas, y ellos, nos dan la mano, y volvemos a controlar nuestros actos.

Todos nosotros somos limitados, somos frágiles, nadie es perfecto aquí en gunasnega. Por eso, la falta más grave que podemos cometer, es cuando pensamos que somos mejores que los demás, cuando despreciamos a otros, cuando creemos que no vamos necesitar de nadie, y nos sentimos autosuficientes y completos. Grandes abuelos sabios y conocedores de la madre tierra, que pensaron ser más que otros,… ¿dónde están hoy? Han sido reducidos a nada, y hoy, hasta miedo nos da sólo nombrarlos.

Gubiler – III –

Sabbidulegan ilemaglede, nana Ologwadule e olobilligi, e manibilli sabbi saglagan arbinagude. Nabgwanagi danimala, nan ganguedgi e saglagan gangubugwa.

Los *sabbidulegan* fueron organizados sobre la base de oro y plata de la madre tierra. Sus raíces están fundidas con los elementos constitutivos de la tierra madre.

Gubiler es el nele que siguió a Diegun. Vivió en Yoodiwala, y lo recibió dada Yolin. Dad Yolin capacitó a Gubiler para una visión más profunda y exacta de las cosas; le dio baños medicinales. Nele Gubiler estudio la madre desde las plantas, los árboles, los arbustos y todo lo verde.

En Uggubnega, en medio de otros nergan y ante el pueblo que lo escuchaba, Gubiler reveló así su conocimiento:

— En la séptima etapa, me encontré con *sabbidule*, Wagunaliler, padre de las plantas, de los árboles, del reino vegetal. Al inicio de los tiempos, Baba y Nana crearon árboles, plantas, arbustos,… rectos, esbeltos y frondosos. Ellos formaron un gran reino; pero, después de muchos años, el reino de los árboles se corrompió y entró el caos. Entonces, Baba y Nana quisieron poner orden en el reino vegetal, enviando a Olowa-

gunaliler, conocido también como Wago. Éste tuvo su sitio en el nacimiento de un río, y luego, ascendió a lo alto y tomó el nombre de Olobengeggaliler, y su pareja nana Ologegebyai.

Gunasnega, la tierra donde transcurrimos nuestras vidas, es *bundor*, es hembra, mientras arriba, la casa combada es macho.

Son cuatro los árboles de gran renombre, –continuaba enseñando Gubiler–, los que sirven de ejemplo a otros. Está el *igwawala*, el *inamuuwala*, el *mussuggwa*, el *musgwa*. Entre lianas, también hay las más renombradas: *niaarsanduba*, *uurwarduba*, *bongiduba*, *inanusnanduba*. Todo lo que Baba y Nana han creado en el universo, está ordenado, nada está en desconcierto. Las plantas, las lianas, los arbustos… tienen su propia estructura de relaciones, y se comportan como nosotros, los seres vivos. Los árboles sufren, toman agua, evacúan, respiran… por eso, se les conoce como *sabbidulegan;* tienen pulmones donde reciben y liberan el aire; tienen estómago donde conservan el alimento; conductos donde evacúan; y respiran entre las hojas. Cada árbol es único, distinto de otros, no hay ninguno idéntico. *Musgia*, *musgu* es el árbol que tiene más ramas. Como todo este tema me gustaba mucho, lo profundicé hasta donde pude.

Gubiler continuaba:

— Cuando Baba y Nana crearon a la madre tierra, era Olodilillisob, nació débil, frágil y precisaba de esos árboles fuertes para compactarla. La madre tierra nació desnuda, y su ropa, precisamente, son los árboles, las plantas, las flores, los arbustos, las hierbas.

Los sabbidulegan fueron organizados sobre la base de oro y plata de la madre tierra. Sus raíces están fundidas con los elementos constitutivos de la tierra madre. Por eso, cuando podamos árboles, quemamos nuestras fincas para la siembra, aunque arrancamos de raíz la hierba mala, vuelven a reverdecer;

sus despojos alimentan a otros hijos de la madre tierra; hacen fuerte a Nabgwana, la visten con nuevos colores.

Cuando Wago se presentó sobre la madre tierra. El sol ya brillaba, las flores se abrían en los campos, las estrellas lucían en el firmamento, las aves silbaban... Es por eso que Wago o Wagunaliler, al pisar la tierra, exclamó: ¡mis hermanos me esperan, mis hermanas me siguen los pasos, todos me atienden; apenas sudo un poco, me abanican y me atraen a su regazo para refrescarme. Todos son hermanos míos, el sol es mi hermano, el río, las piedras, la brisa son mis hermanos y hermanas. Cuando mis pies dio su primer intento de sostenerse, mi madre tierra me tomó en sus brazos, me abrazó y me llenó de su ternura, y descubrí, entonces, que había venido a perpetuarme con ella y sobre ella". *An dule*, *nabduleibedi*, –dicen los árboles–. Tenemos los pies firmes sobre la madre tierra, y un día, dejaremos sobre ella, los huesos, y no nos separaremos nunca. Ella nos protege y nos ama, y no salimos de sus caricias. Baba y Nana la crearon y nosotros la vestimos con multiforme variedad de colores vivos, tenues, brillantes, amarillos...

Baba y Nana nos hicieron diferentes unos de otros, –dicen los árboles de la selva– y desde nuestras diferencias formamos, sobre la madre tierra, una red fina de unidad y nos complementamos. Tenemos nombres propios también: Ologunibibbiler (uggurwar), Ologinwibibbiler (masarwar), Oloduugunaliler (mummudwar), Olobangiggiler (gaubi), Olonegaliginya (negarwar), Olodigleginya (nabawar)….

Luego, Gubiler pasó a hablar de la medicina, de los árboles que son nuestros aliados contra las dolencias.

Y hablaba así:

— Conociendo el comportamiento de los árboles y de las plantas, pude conocer sus capacidades curativas. Baba y Nana plantaron

sobre la madre tierra ocho tipos de *sabdur* (jagua). El mismo Ibler se sirvió de ese árbol protector, por eso, lo llamamos *sabeddule* (el que sabe amar). Ibeler lo utilizó para protegerse de sus enemigos y para preparar su lucha contra Biler.

Los árboles cambian de ropa. Se visten de verde oscuro, de verde claro, de amarillo. Brotan sus flores; algunos, una vez al año, otros hasta dos veces; caen sus hojas, y no se pierden, se convierten en alimento para otros hermanos; ellos ofrecen frescor a todos los que nos ponemos bajo su sombra. Tengan presente que, por toda la selva se oye el canto de los árboles, de las plantas, de los arbustos, de las hierbas".

Entonces, en Dubbanega, nuestros abuelos y abuelas empezaron a aprender a curar enfermedades utilizando las plantas, los tallos, las raíces; conocieron nuevas maneras de cuidarse y de defenderse de las enfermedades.

Sobre esta madre tierra, –seguía hablando Gubiler–, todo está ordenado, todo está bien dispuesto. Los árboles, aliados nuestros, están preparados con sus flechas y arcos para defendernos; ellos nos protegen, nos defienden, forman una multitud compacta para que nuestra vida no se acabe tan fácilmente. Esos aliados, están alineados por las costas, por los ríos, por los cerros, por las llanuras. Aquellos que viven en los cerros altos, en las tupidas selvas son mejores para la cura. ¿Por qué son mejores? El espíritu de los árboles que viven en las selvas vírgenes, aún está intacto, porque cada vez que el inaduled corta un gajo de árbol, a éste se le va mermando, poco a poco, su fuerza curativa. Como a los árboles de las selvas profundas y de cerros altos, pocas veces, llegan los inadulegan, por eso, su calidad curativa es fuerte, y sana más rápido al enfermo.

Así hablaba Gubiler, y proseguía:

— En esta madre tierra, todos estamos hermanados. No hay ningún extraño, nos estamos ayudando, nos estamos completando. Ahí están los ríos, ¿qué ven ustedes cerca de ellos, a su ribera? Pequeñas plantas, árboles altos y fornidos,… protegen sus aguas, las serenan y las enfrían. Las aguas corren con la fuerza de las plantas que curan, y cuando nos bañamos, nos hacen sentir robustecidos, renovados, con ganas de seguir andando. Si los árboles son nuestros hermanos, tenemos que amarlos, tenemos de convivir con ellos y apreciarlos, y no podemos maltratar a los hermanos que nos protegen día tras día. Es por eso que, cuando tenemos que preparar el terreno para el cultivo, primero trazamos límites del terreno, a eso lo llaman los abuelos, *"negsor ilemagged*, *neg ilemagged"*. Los árboles, hermanos nuestros, nos ven, nos escuchan, sienten dolor… por eso, al trazar esos límites de terreno que limpiamos para la siembra, tenemos que avisarles; y les decimos: "Hermanos míos, el hambre de nuestros hijos, la necesidad de seguir viviendo en esta madre tierra, nos presionan herirlos; tenemos que limpiar el terreno para que otros hermanos nos puedan alimentar. Discúlpanos, hermanos, por lastimarlos".

Cada año, –dice Gubiler–, esos hermanos nuestros cambian de ropa. *Irsuwalagan*, *isberwalagan*, *musgwalagan*, *ilawalagan*… cambian de atuendo. Esos árboles dan de comer a los animales. Alimentan a los tapires, a los saínos, a los pavos, a los gusanos, a las hormigas… su generosidad no tiene límites. Atraen a los vientos, porque también son sus hermanos; atraen a la lluvia; atraen el frescor de la brisa. Cuando los abuelos pasaron por los grandes catástrofes, fueron ellos, los que les avisaban de los tiempos difíciles; con sus cantos, con sus nuevos vestidos… esos árboles notificaban los tiempos aciagos. Los abuelos conocían su lenguaje.

Baglibe

Nabgwanase, yogasaar ibmar gwen agdemasuli, bela ise oisogagwar ibmar agdemamanade, e burbagan inse dagleardae; Ologwadulemode nabir na abdaggegi ibmar se agdemai.

Nada llega sobre Nabgwana sin aviso, sin que se manifieste antes su espíritu, sin que nana Ologwadule esté preparada para recibirlo.

Primero les voy a hablar de un gran río. De Duilewala. Duilewala derrama sus aguas en el territorio que hoy llaman Darién. Es un gran río de muchos brazos, de muchos pequeños y grandes afluentes. Distante como dos días a remo de la boca de Duilewala, hubo una comunidad que se llamó Uggubnega, Dubbanega. En Dubbanega se reunieron los grandes nergan, y dejaron allí su sabiduría a los abuelos; y así llegó hasta nosotros.

Entonces aún vivían los ancianos que habían visto a Ibeorgun: Dad Mage, dad Dugge, dad Neba, dad Yala, dad Igwagunabbiler, dad Olonaggigunabbiler, dad Surgaliler, dad Olobaglagunabbiler, dad Ule, dad Ursidsiler, dad Masar, dad Galub, dad Oloagnaidur. Eran grandes hombres que aún tenían el recuerdo fresco de Ibeorgun. Eran gamdurgan, inadurgan, absogeddummagan, masarigar wisi-malad…

Los nergan bajaron en *ologiggibadde*.

Nele Diegun nació en Dagargunyala, más exactamente en Gunwadiwala, que luego se llamó también Gudwadiwala.

Nele Gubiler nació en Yoodiwar (Gabdi), bajo un gran *gubbu*.

Nele Baglibe llegó a Abyogandi. Bajó en medio de un inmenso cacahual, debajo de *nunabdummad*.

Nele Balibbiler nació en Ulubirdi, más precisamente en Bardidiwar.

Nele Wagibler nació en Dagargunyala.

Nele Masardummi vino a Masargandi, Galirdiwar, Galuggadiwar, Yeyegundiwar, Masarenuggediwar, Masarogediwar, Inayogsibdiwar.

Nele Sibu bajó cerca de Gabdi, en un afluente de Gabdi llamado Agsibdiwar.

Nele Ologanagungiler nació en Uggubnega.

Llegaron también las nelegan mujeres. Llegaron a Barsudiwar Olonagegiryai, Olonigdidili, Buna Nelegwa Nelegwa y Buna Nelegwa.

Los grandes nelegan fueron acogidos por los sabios ancianos de Duilewala: Dad Ulinia, dad Dugge, dad Yermoga, dad Sidsi, dad Garman, dad Neba; por las sabias ancianas de Duilewala, muu Ogir, muu Inar, muu Agdiggili.

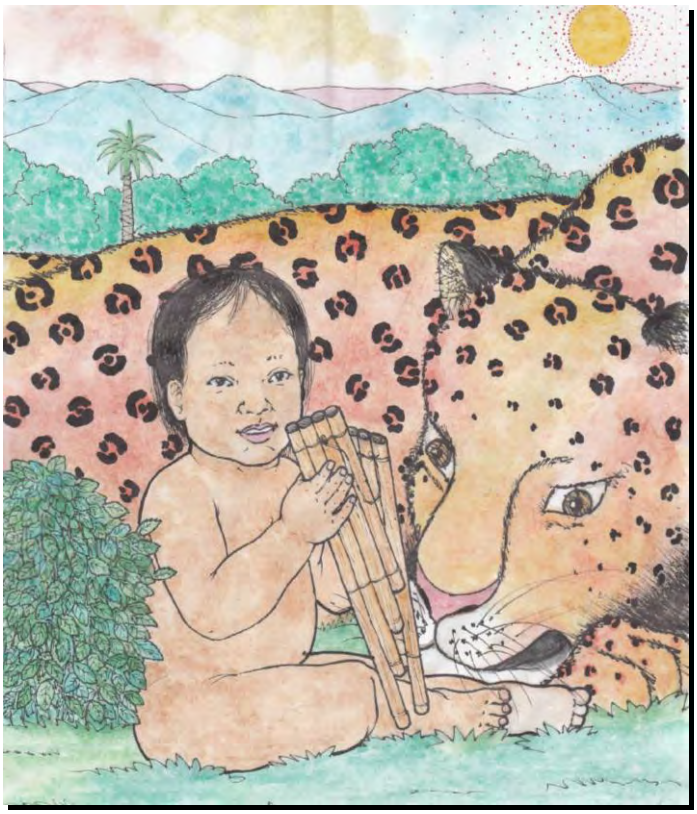
Los nelegan profundizaron sobre diversos aspectos de nana Olobibbirgundili.

Los nelegan decían:

— Venimos de sabbibenega. Grandes abuelas nos capacitaron. Baba y Nana nos enviaron a Abiayala.

Ahora vamos a hablar más de nele Baglibe.

Dad Dugge y su esposa recibieron al niño. Los dos lo estaban aguardando. La abuela –esposa de dad Dugge– ya había sido instruida por Giggadiryai para estos casos, y ella estaba preparada. Bajó el olobadde, y dentro había un gran jaguar, y a eso lo llaman baliwiddur. Baglibe vino ya con la destreza de tocar gangi, gogge, gammu. Eso nos quiere indicar que vino capacitado para la tarea que le habían asignado Baba y Nana. Todos nacemos así. Lo que



pasa es que nuestras abuelas de hoy han perdido la capacidad de interpretar los diversos signos que nos acompañan al nacer.

Los abuelos recogieron al niño junto con las cosas que ya traía consigo. Los abuelos se encaminaron hacia la joven que lo iba a cuidar. Ella le dio su pecho.

Las mujeres que amamantaron a los nelegan, aquéllas que dejaron crecer a los nergan, han sido elegidas por Baba y Nana. Eran mujeres jóvenes, sencillas y muy rectas en la comunidad. La misma comunidad las preparó, las bañó en buenas medicinas.

Me estoy refiriendo a nele Baglibe, gunginele. Este gran nele nació entre la hierbabuena, entre la albahaca. Eso me decía mi maestro, sagla Gunwasili. Gunwasili me decía que si yo había nacido entre la hierbabuena, sería un buen sagla, la gente buscaría ávida mis enseñanzas, y la comunidad desearía escucharme. Si había nacido entre malos olores, entonces yo sería irrespetuoso, creyendo saber más que otros, y sería un sagla ocioso y mediocre, haciendo huir a la comunidad de mi lado, impidiendo así a la gente llegar a las cosas de Baba y de Nana. Yo creo que es una gran verdad que todos los saglagan debemos reflexionar.

Volvemos al tema:

Entonces Baglibe empezó a recibir baños medicinales. Después de esos baños, el abuelo lo llevó a Uggubnega.
Baglibe es padre de Gwani y de Ogebib.

Todos los nelegan bajaron en distintos ríos. Pero un día, todos ellos se dirigieron a Uggubnega, a Dubbanega donde revelaron su sabiduría sobre las dimensiones de la madre tierra.

Cuando llegó a ser joven, Baglibe empezó a hablar a su comunidad:

— He visitado grandes biryagan –dijo a la gente–. He puesto como mis guardianes a la serpiente y al fuego.

Después de un año volvió a cantar a la comunidad:

— Ahora profundicé en las dimensiones de Nabgwana, la madre tierra. Esta vez pude ver *olodurwanabilligan*. Allí vi a la gran nana Olodurwanasob, que se mece en *olodurwanagassi*. Es ella la que cuida, la que protege la superficie de la tierra. Vi a la gran mamá meciéndose en *oloweagigassi*, bella y vestida de *oloweagimola*. Ella es la otra cara de Ologwadule, representa la otra característica de nuestra gran mamá.

»Profundicé así en los distintos rostros de la madre tierra. Llegué entonces a *oloibenubilli*, reino de alacranes, de ciempiés, que son grandes trabajadores.

»Penetré más y llegué a la segunda etapa de profundidad. Llegué a *olobilli*. Ahí están las arrieras (olodule). Todas ellas se mueven integradas bajo la orientación de su sagla, todas ordenadas cumplen con su trabajo; ninguna de ellas actúa a capricho y así construyen su comunidad y así se defienden ante los peligros.

»Más tarde bajé a la tercera capa de profundidad de nana Ologwadule, nuestra madre tierra. Llegué entonces a Olonubilli, reino de palomas. Ellas son muy trabajadoras también.
Baba y Nana no dejaron nada quieto: todos trabajan, todos construyen, todos sudan, todos colaboran, todos se mueven. Cuando yo llegué a esta profundidad, me di cuenta que les hablé demasiado pronto a ustedes, mis hermanos. Cuando yo era joven, en mi primera experiencia, yo les dije que había llegado a grandes biryagan y que había puesto como guardianes las serpientes y el fuego. No era cierto. Aún no había completado mi estudio sobre la

madre tierra, aún no había profundizado las distintas caras de Nabgwana, de nana Ologwadule. Cuando les hablaba de los grandes *biryagan*, confundía los charquitos de orina que dejan las mujeres; y a los animalitos que llegan a esos charquitos, los convertía en serpientes. Yo me equivoqué. Creí conocer muchas cosas y no era así. Cuando les hablé de enormes caimanes sobre la tierra, confundía las tusas del maíz que tiran las mujeres. Yo me equivoqué.

»Baba y Nana han dicho que debemos alimentar a los peces. Lo que queda de nuestra comida debemos compartir con los peces del río, así no se irán lejos de las costas. Tenemos que dejar crecer hierba por las orillas de los ríos, para que los peces más pequeños puedan refugiarse en ella. Tenemos que ofrecerles plátanos maduros. Los peces son nuestros grandes aliados y nos ayudan a tener limpias las aguas. No debemos dejar nunca los huesos de pescado, las cáscaras de plátano amontonados en nuestras chozas, porque atraen moscas, sabandijas, y nos traen enfermedades. Tenemos que tener limpias las casas, limpios los enseres que utilizamos.

Así pasaba Baglibe los conocimientos adquiridos al contacto de las profundidades de nana Olobibbirdili.

Baglibe fue madurando sus conocimientos, adquiriendo nuevas explicaciones con relación a nana Olobibbirgundili.

Los nelegan no bajaron todos al mismo tiempo.

Nada llega sobre Nabgwana sin aviso, sin que se manifieste antes su espíritu, sin que nana Ologwadule esté preparada para recibirlo. Así, vemos que en las tardes se pone rojo el firmamento, o que relampaguea extrañamente, o que la noche es caliente. Todos ellos nos anuncian algo que va a suceder. Nos avisan que va a venir un tornado, o que vamos a tener un tiempo claro, o que se

aproxima un temblor de tierra… Ahora ya no sabemos escuchar ni leer esas voces de la naturaleza, y pensamos que Baba y Nana nos sorprenden a cada rato; y no es así. Baba y Nana dispusieron cada cosa con orden y nada sucede sin su control. Nada sucede a ocultas. Por eso dicen nuestros ancianos que antes de nacer ya empezamos a gritar: "¡Nanabibiye, nanabibiye!" Ologwadule, nuestra mamá, nos estuvo reclamando a su vez: "¡Edsarye! ¡An be susar gusabinye!" Así pasa también con los bejucos y con todas las cosas. Baglibe decía: "Así estuve gritando durante muchas lunas, antes de mi llegada a la madre tierra, y ella me miró, me extendió sus manos".

Los nelegan se dijeron en Dubbanega:

— Vamos a profundizar en los aspectos de nana Olobibbirgunyai, nuestra tierra mamá, de acuerdo a nuestras inclinaciones, de acuerdo a la inteligencia que nos distribuyeron las grandes abuelas. Cada uno se marchará a su comunidad y ahí estudiaremos, oraremos durante seis años. Durante seis años nos callaremos todos ante Nabgwana, ante Ologwadule, ante Olobibbirgunyai.

Los nelegan cumplieron con lo acordado. En el tiempo indicado volvieron a Uggubnega, a Dubbanega. Los nelegan volvieron con presas ahumadas, con carne de pavones, de iguanas, de machos de monte. Los nelegan traían yuca, plátano, otoe, ñame. Todo debía ser compartido en Uggubnega.

Entonces llegaron nele Diegun, nele Gubiler, nele Baglibe, nele Masardummi, nele Ologanagungiler, nele Wagibler, nele Balibbiler, nele Sibu. Llegaron también las mujeres nelegan: Olonagegiryai, nele Olonigdidili, Buna Nelegwa Nelegwa, Buna Nelegwa.

Llegaron también los hijos de los nelegan para escuchar a sus padres. Llegaron los grandes ancianos: Dada Ulinia, dad Yermoga. Dad Sidsi, dad Garman. Llegaron las grandes ancianas, muu Agdiggili, muu Inar, muu Ogir. Eran todos ellos insignes pensadores de nuestras comunidades.

Cada uno de los nelegan enseñó al pueblo sobre los aspectos de la madre tierra en que había profundizado.

Entonces Baglibe habló así al pueblo:

— Vamos a escuchar al mismo espíritu de los huesos. Les voy a hacer hablar el espíritu de los huesos de un hermano que murió hace seis años. Él nos va a contar el camino a babanega.

Entonces los ancianos le construyeron una gran surba. Los ancianos y las ancianas se reunieron en torno a Baglibe. Fumaron durante ocho días. Baglibe cantó.

Cuando la casa se llenó de olor a cacao, habló el *garburba*, espíritu de los huesos, y dijo:

— Hace ya seis años que dejé *nabbanega*. Me llamaban Inadinigibaler. En nabbanega fui un gran inaduled. Supe el *gaburigar*, el *siaigar*, el *muuigar*. Me ajusté a lo que Baba y Nana querían de mí. Aguanté muy bien las burlas de la gente, las mentiras que dijeron de mí. Veía con dolor la pereza de mi esposa cuando distribuía las cestas de medicina a mis pacientes.

»Ahora, hermanos, ustedes intentan conocer el camino que me condujo hasta la casa de Baba y de Nana. ¡Óiganme bien!

»Un día en Gunasnega, fui de caza y, cruzando el río, encontré un jabalí y lo maté. Me puse a descuartizarlo. Cuando estaba inclinado

sobre la presa, vi a una persona que venía hacia mí. La persona subía por el río; y me dijo: 'Vengo por ti. Hoy, al caer la tarde, iré por tus cosas'.

»Regresé a casa con la presa. Encontré a mi mujer junto al fogón. Ella me ofreció de beber, y no lo pude probar, porque me sentía muy mal, con fuertes escalofríos. Me puse en la hamaca, de espaldas, y así comencé a dormir un largo sueño. Hermanos, la muerte es sólo un sueño muy largo.

»Desde mi sueño oía gritar a mi señora desde la cocina: '¿Qué tienes? ¿Por qué no has tomado nada?'

»Ella seguía en la cocina, y yo la veía desde mi gran sueño. Al poco rato ella empezó a preocuparse. Dejó su trabajo y se vino hacia la hamaca donde yo estaba. Quiso despertarme y ya no fue posible. Ella me miró desesperada y comprendió que yo la acababa de dejar. Ella gritó y llamó a mis hijos, y vi correr entonces a mucha gente hacia mí. Desde mi largo sueño intentaba dar la mano a todos. 'Es hora de dejar nabbanega', pensé.

»Me bañaron con albahaca, me cambiaron de ropa, me pintaron el rostro con *mageb*. Pasado un día, me llevaron a la tumba. Hacia mediodía la fosa estuvo abierta. Yo podía ver la gran fosa donde me bajarían. 'Otro mundo se abre delante de mí', pensaba yo.

»Me introdujeron en la fosa. Mi esposa quería bajar conmigo. Mis hijos intentaban despertarme. Ya no era posible.

»Me cubrieron de tierra y echaron jagua sobre mí.

»Luego, vino un gran baliwiddur. El baliwiddur me despertó y me abrió el camino. Entonces, mi guía trazó ante mí un largo trayecto y nos encaminamos hacia Dulasgundiwar, *uannega*. Hermanos

míos, no tengo palabras para describirles la belleza de Dulasgundiwar, todo es de oro, todo es de plata.

»Hay un puerto donde están ancladas miles y miles de naves. Todos tenemos nuestras naves ancladas allí. ¡Baba lo hizo así, Nana lo hizo así!

»Vi el gran río de oro, y el baliwiddur me dijo que era Olonegarduddaligwegigundurbagun igar. Subimos a la nave y llegamos a Guligundiwar. Si nuestro comportamiento ha sido conforme a las exigencias de Baba y de Nana, allí la travesía se interrumpe por un día; si no, puede extenderse hasta tres o cuatro días. Pasaron ante mí todas las imágenes de mis acciones en nabbanega. Welibdor es el guardián del puerto.

»En nabbanega fui cazador de jabalís, de conejos pintados, de tapires; y compartía con los hermanos de la comunidad. Por eso gocé allí (Guligundiwar) de la gran mesa de oro. Yo no odié a nadie, quise a todos; y no hallé motivos de tristeza en la interrupción del recorrido. Estuve un día, y continuamos el camino.

»Se abrió ante mí otro gran río, por un lado de oro, por el otro de plata, que salpicaba y esparcía un brillo intenso. Chispeaba su cascada, su arena. Este es el camino de la casa de Baba y de Nana. Me iba guiando el baliwiddur. Luego, vi a uno en la orilla del camino y se me dijo que se llamaba Oloaliginyabbiler. Él me saludó, y continuamos la marcha.

»Hermanos, nadie irá por otro camino.

»Luego llegamos al reino de Olowelibler, guardián del reino de los jabalís. Un poco más hacia adelante está la gran casa de oro. Eso no es aún la casa de Baba. Es la morada de los garburbagan, de los

espíritus de los huesos, de aquellos que en nabbanega dominaron los grandes tratados (igargan): inadulegan, absoged, muuigar wisimalad, gaburigar wisimalad… Ellos tienen ahí sus burbagan gozando, danzando.

»Seguimos el camino. Todo se iba transformando en oro, en plata. ¡Qué bueno es Baba, qué buena es Nana!

»Llegamos a Olonaggwagundiwar. Allí está dad Uaggwa. Reino de los peces, peces de oro, peces de plata. Más adelante llegamos a otro río, Masargundiwar. En nabbanega sembré plátanos y no dejé que los cubriese la maleza; y los plátanos, se alegraban al verme recorrer su camino. 'Viene nuestro padre, viene nuestro guardián', exclamaban a mi paso; y decían: '¡Nabgwanadolarba, walawala-dolarba!' En nabbanega tuve yucales y no los dejé cubrirse de la mala hierba. Seguí los consejos de los saglagan; los limpiaba frecuentemente. Sabía que las plantas eran como personas, que si les aqueja alguna enfermedad no pueden trabajar y no dan fruto. Si ustedes, mis hermanos, las cuidan, ellas, a su vez, los cuidarán, corresponderán a su amor, les darán sus frutos. Así, las yucas celebraron mi venida: '¡Nabgwanadolarba, idsobanaa!', exclamaban a mi paso. '¡Viene nuestro amo, viene nuestro padre!', voceaban a mi paso. Sí, mis hermanos, cultiven la tierra, cuiden los árboles, las plantas, los sembrados.

»Reanudamos la marcha. Llegamos a Siggwigunyala, un cerro donde ondea una tela blanca, dominio de las aves. A medida que fui subiendo sentí el frescor del ambiente, el frío. Todo el ambiente se saturó de una intimidad que no sé explicar. Mis sentidos percibieron algo incomunicable. Escuché nombres diversos: Oloyagigili, Inayagigili, Maniyagigili, Igwayagigili. El baliwiddur me dijo que era el reino de *urdubsagla*. Más adelante escuché otros nombres: Igwaadidili, Maniadidili, Inaadidili, Oloadidili; y era el poderío del fuego.

»Seguimos caminando hacia la morada fría. Nana Burwagilisob allí tiene su sitial. Allí están suspendidos los olobaddegan y esperan la llegada de los niños. Nosotros seguimos caminando. Nos topamos con otro río de oro, río de plata. Por el camino surgió una muchedumbre de muchachas bellísimas que danzaban; y voceaban sus nombres: Oloagnigidilisob, Maniagnigidilisob, Igwaagnigidilisob, Inaagnigidilisob. Meciéndose se transformaban en flores. Era el dominio de las flores. Pasamos en medio de ellas. Las niñas hacían ondear sus velos y gritaban sus nombres: Manibingigidilisob (Olo, Ina, Igwa). Las flores se inclinaban a mi paso, voceando sus nombres: Maniaigidilisob (Olo, Igwa, Ina). Eran todas flores de oro, eran flores de plata. Jugueteaban las flores, reían y decían sus nombres: Olowegigidilisob (Mani, Ina, Igwa). El camino de Baba y de Nana va en medio de las flores de oro, de las flores de plata. Todos lo verán; nadie irá fuera de él.

Las flores ardían como fuego y exclamaban, diciendo sus nombres: Ologinwigidilisob (Mani, Ina, Igwa). Las flores se abrían, las flores se cerraban, las flores se inclinaban, las flores se mecían suaves, las flores sonreían danzando pausado.

»Más adelante surgió otro río. Un río enorme y majestuoso. Las aguas del río están mezcladas cuatro veces. Cuatro ríos se funden en uno: Nunabgundiwar, Bisebgundiwar, Baglagundiwar, Adsweryalagundiwar. Un río denso, de olor suavísimo. Río que extiende su perfume saturando todo el ambiente. La gente danzaba a sus orillas cantando sus nombres: Olodiebingidilisob (Mani, Ina, Igwa). Era el poderío de los mangles.

»Luego llegamos a la casa de una gran mujer: la que me iba a bañar, la que me iba a cambiar de ropa, nana Olonibigdili (Mani, Ina, Igwa). Ella me bañó en el río de las cuatro corrientes. Hermanos que me escuchan, no puedo explicarles lo que experimentaron mis sentidos al contacto del agua. El agua resbaló

por mi cuerpo y penetró en mí como el picor de miles de hormigas. Se me avivaron los sentidos, mis ojos se fortalecieron, mis pies, mi cabeza, mis oídos…

»Entonces el baliwidur me anunció que había cuatro madres y que yo debía llamarlas por sus nombres: Nana Olodirbigidilisob (Mani, Ina, Igwa), nana Oloyabigidilisob (Mani, Ina, Igwa), nana Oloyaubindilisob (Ina, Igwa, Mani), nana Olodogigilisob (Ina, Igwa, Mani). Esta última gran madre me abrió la puerta. Me indicó una nueva morada, toda de oro, toda de plata. 'Aún no es babanega', me dijo el baliwiddur. 'Estamos en la mitad del camino'. Y yo todavía recordaba a mis hijos, mis sembrados, mi familia. El baliwiddur me entregó una flor, y me distraje con ella.

»Se me abrió otro camino de oro, camino de plata, que se transformaba en luces de arcoíris, Olodudddugunigar, Mani-dudddugunigar. Un poco más adelante vino el Ologunwagunigar. El reflejo de los colores era todo de oro y de plata. Seguimos subiendo y vino el Oloaliginyagunigar. Sus riberas se transformaban en tapires de oro, en animales de plata. Parecían tapires, parecían luces, parecían animales de oro.

»Así fui acercándome a babanega. Percibí una lejana multitud de voces, de cantos, de música: Olodologunigar. La música cubría, invadía, envolvía todo el entorno. Era la armonía de dolo, la armonía de supe, la armonía de gangi, la armonía de guli, la armonía de gogge.

»Contemplé la multitud que se mecía, la multitud que avanzaba, la multitud que danzaba. Era semejante a una nube de garzas sobre el mar. Todos eran iguales. Yo no podía distinguir el rostro de mi padre ni el rostro de mi madre. Todos eran iguales. Nabbanega, hermanos, es el sitio de muchos y muy distintos defectos, de muchos rostros, unos atractivos y otros menos; pero en babanega

todos seremos iguales. Baba y Nana moldean a los hombres todos iguales. En nabbanega se pelean, se insultan, se ofenden por los defectos del cuerpo, que se pudren bajo tierra; y Baba lo está observando todo.

»Por donde caminaba yo, florecían las plantas, se abrían sus estambres de oro, sus estambres de plata.

»Baba y Nana están en el octavo nivel de profundidad y de altura.

»Baba y Nana me asignaron una morada. A doce caminos de la morada de Baba y de Nana se encuentra mi morada. Morada de oro, morada de plata. En nabbanega yo he cultivado la tierra, yo he cuidado de las plantas y mi gozo es más intenso.

Todos los árboles frutales se convierten en oro, como los animales que he cazado y que he compartido con la comunidad. No dejé pasar hambre a mis hijos y convidé a los hermanos: Baba me puso un gran árbol de oro y plata. En el centro está el jardín, reino de las flores, que tejen desde su seno cuatro caminos rectos. Las flores, con hojas tiernas, que al caer se convierten en pájaros de oro. Allí no hay tristeza; nada falta. Nana Olodibingilisob custodia el jardín de Baba. ¡Mis hermanos, no sé decirles exactamente cómo es babanega; no es nabbanega! Lo que les dije es solamente lo parecido. Todos tenemos una morada en babanega. Para los inadulegan hay un sitio privilegiado. Los *gaburigar wismalad*, *siaigar wismalad*, *absogedmar*, *iedmar*, *sianar sobemalad*, todos tienen sus moradas cerca de Baba, cerca de Nana. Las hermanas que tejen hamacas, que labran tinajas, que diseñan molas, tienen su morada de oro, con tejidos de oro, con tejidos de plata. ¡Qué bueno es nuestro Baba, y qué buena en nuestra Nana!

Nuestros ancianos y ancianas, todos, oyeron la voz del garburba en silencio. Los nelegan lloraban al escuchar la voz que hizo oír Baglibe.

Wagibler

Baba, Nanbo Nabgwana nasigsamargu, geb dula buggib nan wagar gannononimaloedgi bisaarmargu, ga bela ibmar gullemalad inse odimasgwele.

Cuando Baba y Nana hicieron la tierra y pensaron en las criaturas que poblarían el rostro de Nabgwana, primero les pusieron los alimentos.

Hoy les voy a recordar a uno de los prestigiosos nelegan: Wagibler. Él fue uno de los grandes hombres que defendieron nuestros ríos, e hicieron grande nuestra historia.

Los abuelos formaban pequeñas y grandes comunidades muy cerca de los ríos y quebradas, detrás de esos cerros. Esos abuelos acogieron a los nelegan que Baba fue enviando como guías y guardianes a todas las comunidades gunas. Así, en la comunidad llamada Gudwa, vino un gran nele, nele Diegun. Gubiler bajó en Agsibdiwala, que luego se llamó Yoodiwar. Vino Baglibe a Abyogandi. Balibbiler vino a defender el río y la comunidad de Bardi. Apareció Wagibler en Dagargunyala. Wagibler fue acogido por el abuelo Yala. En las faldas de Dagargunyala se extiende una amplia llanura; y en su mitad, un cacahual. Ahí bajó Wagibler. El

abuelo Yala y su esposa lo cuidaron y lo prepararon con baños medicinales.

Wagibler creció, y muy pronto la comunidad de Dagargunyala notó en el niño señales extraordinarias. Wagibler conocía la vida, los cantos, el vuelo de las aves. Wagibler interpretaba a la comunidad de Dagargunyala el lenguaje de las tórtolas, el silbido bajo o reposado de los canarios, el crujido violento de los jaguares, el chillido de los monos, el aleteo de los turpiales. Él interpretaba hasta los detalles del vuelo y del quiebro de las aves, cuando posan sus patas sobre las pajas de las chozas. Wagibler decía que el talingo, al posarse sobre el palo de la choza, exclamaba muy engreído:

—¡Casi, casi rompo tu tejado con este peso mio, hermano! – Wagibler se reía del pájaro.

Dada Yala tenía en su casa y protegía al joven Wagibler como a su propio hijo. Cuando creció un poco más, empezó a profundizar los tratados de la creación, el babigala. Wagibler conoció los ejes del universo, las diversas lenguas de Nabgwana, los gritos y las sonrisas de ella. Estudió la redondez de la tierra. Escudriñó las leyes que siguen las aves, la razón de sus cantos al amanecer, el levantar de sus cabecitas hacia el sol mientras cantan. Wagibler decía a nuestra gente que esas aves clamaban a Nana pidiendo su ración de comida para el día. Clamaban a Baba y le pedían la comida; pedían el gusano, la lombriz. "Soy también parte de esta mamá Ologwadule que tú creaste, Baba, que tu mano formó, Nana, denme ahora lo que me corresponde para vivir", gritan las aves a Baba y a Nana.

—Aunque yo sólo tengo un pico y dos alas, no me siento menos que los hombres –dice el pájaro–. Yo también sé cobijarme, y sé cómo tratar a mis pequeños, cómo construirles una casita para

que no se mueran de frío. Sé proteger y defender a mis pichones. Yo tengo las dos alas que me permiten cruzar los mares, acercarme a los árboles más altos de los bosques y recoger ahí los frutos para llevarlos a mis hijos. Extiendo mis alas y puedo cruzar de una comunidad a otra, de una aldea a otra, de un río a otro. Desde lo alto veo moverse la presa entre la hierba y caigo sobre ella–.

Wagibler hablaba a los ancianos sobre el lenguaje de las aves. Se lo interpretaba; y tomando como ejemplo la organización de los animales, exhortaba a las abuelas y a los abuelos que lo escuchaban. Y les decía:

— Los pájaros muy de mañana dejan sus nidos y gritan con sus silbidos a Baba; y revolotean buscando alimentos para sus hijitos. Les traen lombrices, les traen gusanillos, les traen frutos de extensas llanuras. Ellos no comen primero: dejan a sus pichones alimentarse primero, y de las sobras picotean también ellos.

Así Wagibler tomaba los ejemplos de los pájaros y ponía al pueblo a reflexionar en las horas de la tarde.

Wagibler habló también de las maneras con que llegó a enterarse de los secretos de la naturaleza, de la vida de los pájaros y de otros animales. Él dijo a los ancianos y ancianas que seguían sus enseñanzas:

— Yo llegué a galu Nasilagungalu, galu Isbeligun; y ahí residen grandes hombres, numerosas comunidades, una gran organización. La gente que vive ahí tiene una autoridad. Su jefe se llama dada Oloisgwabbiler. La segunda autoridad, Ologigiler. Oloburdenabbi, Oloodelibbi, Olodinselibbi eran los dirigentes que conformaban el consejo de ese galu. Es la morada de los

gigilobdulegan. 'Somos *olomagunagladola*, *manimagunagladola*; y venimos de grandes ríos, de caudalosos ríos', cantan los gigilobdulegan.

»El dominio de las aves (gigilobdulegan) está muy bien organizado, y no hay confusión en él. La comunidad tiene su sagla, tiene su consejo. Las aves siguen las órdenes de su sagla, de su consejo. Los gigilobdulegan resisten la dureza de las lluvias, de los vientos, del sol, porque están fuertemente organizados. No actúan cada uno por su lado o a su antojo. Siguen las órdenes precisas de sus dirigentes y trabajan unidos. Cada uno reconoce lo que tiene y puede su vecino.

»Nosotros, los hombres, provenimos de distintas tinajas. Tenemos distintas costumbres, distintos colores, distintos rostros; y nuestras historias son distintas. Pero esas tinajas distintas han salido del único Baba y Nana. Y a pesar de nuestras diferencias, somos hermanos. Muchas veces esas diferencias las acentuamos para despreciarnos, para ofendernos; y no debía ser así.

»Así las aves siguen las normas de Baba y Nana, viven a órdenes de su comunidad, de su sagla, de su consejo. Para vivir unidos y en fraternidad, las aves también se ayudan mutuamente. Cada cual siente como suya la necesidad de otras aves de su reino. En su reino las mujeres también actúan lo mismo. Sus hembras no son menos que los machos: son iguales y se ayudan unos a otros, se complementan.

»Olodinselibbi, uno de los dirigentes de la comunidad de los *gigilobdulegan*, es el jefe en los combates, en la defensa que tiene la comunidad para poder vivir sin sobresaltos. Es el que delibera si conviene o no ir a morir por los hijos, por la sobrevivencia. Pero hay otro, y se llama Ologigiler; y éste es el que indica los caminos de avanzada. Es el que dice a las aves guerreras cuándo conviene

bajar en picada, por dónde deben refugiarse, en qué ramajes deben pasar la noche, qué árboles son de mayor riesgo. Hay otro, y es Oloburdenabbi; y éste rompe la primera flecha contra el enemigo. Es el que guía a las aves guerreras, el que avanza en la retaguardia, el que marca el vuelo por delante. Odelibbe es la autoridad que saca los cuadros de guerra. Da órdenes de bajar o subir, de suspender o no el ataque en los momentos más difíciles. La supervivencia de las aves en la guerra depende mucho del cumplimiento fiel de las órdenes de las distintas autoridades de la guerra. Y la coordinación fuerte entre los mismos dirigentes es igualmente imprescindible en esos momentos.

Wagibler hablaba así a nuestros abuelos, a nuestras ancianas, e invitaba a la gente a reflexionar sobre eso para consolidar y valorar la organización de la comunidad.

Wagibler habló mucho de las organizaciones de los animales, de los jaguares, de las golondrinas, de los papagayos. Conocía su lenguaje; e interpretaba el silbido de las aves, el mugido de los tapires, el maullido de los gatos. Wagibler nos dio a conocer las razones sobre el orden, los tipos, la jerarquía de las aves. Las ordenó en grandes familias: la familia de los papagayos, la familia de las tijeretas, la familia de las golondrinas, la familia de las avispas. La solidaridad y la alianza entre todos ellos son lo que hacen fuertes a las mismas comunidades de los animales. La defensa mutua, la mutua complementariedad.

Wagibler decía a nuestra comunidad que, en tiempos de guerra, las aves (gigilobdulegan) seleccionan a los más jóvenes de su reino y por millares. No permiten que dentro del cuerpo de su defensa entre un desconocido. Arman un cuerpo compacto de miles de aves, llevando en sus picos el amor a su comunidad, el amor a sus hijos, el amor a la vida.

La más conocida de esas guerras es la de los giblodulegan. Los giblodulegan gritan: "¡Nadie que no sea de nuestra sangre nos podrá dirigir! ¡Nadie que no sea de nuestra sangre nos va a indicar cómo hacer la guerra y contra quiénes debemos pelear! Nuestra sangre y el amor que sintamos hacia esa sangre nos deben alentar; y deben aconsejarnos para la guerra. Nosotros mismos debemos defender a nuestros hijos; y nadie puede sentir ese afecto por ellos más que nosotros, sus propios padres. No podemos dejar a nuestros hijos en las manos de otros, en las manos de desconocidos. Son nuestros hijos; y tenemos que defenderlos, guiarlos, educarlos". Y Wagibler aconsejaba a nuestra gente tomando el ejemplo de las aves, e insistía:

— Si dejamos a los desconocidos, a aquellos que no son de nuestra sangre, guiar a nuestros hijos y enseñarnos los caminos, bien pronto quedaremos atrapados y amarrados. Comenzarán ofreciéndonos su amor, su cariño, pero poco a poco serán nuestras heridas. Nuestros aliados, nuestros amigos nos ayudarán en la medida en que nosotros mismos seamos quienes llevemos la luz y llevemos la dirección de nuestras comunidades, de nuestros pueblos, de nuestros hijos. Si no, ellos no serían amigos, sino que harían las cosas por nosotros; y eso no estaría nada bien.

Ahora, que estamos reflexionando sobre estas cosas, sería bueno pensar sobre nuestra situación actual. ¿Hasta qué punto podemos decir que estamos libres de las ataduras? ¿No estaremos amarrados y sin poder salir de la prisión, porque hemos dado nuestro puesto de guía, de educador, de dueño de este pueblo a los desconocidos?

Nuestros padres, en 1925, se dieron cuenta de esa prisión en que nos habían metido. Entonces el hecho fue muy claro. Pero ahora siento que nos están atacando de una manera invisible. Y es lo más peligroso. En 1925 nuestros padres tomaron el ejemplo de la

organización de esas aves; y lucharon por nosotros. Ellos mismos lucharon por nosotros; y no fue ningún desconocido.

Cuando Baba y Nana hicieron la tierra y pensaron en las criaturas que poblarían el rostro de Nabgwana, primero les pusieron los alimentos. Y así hacen con las aves, cuando van a la guerra. Como a grandes defensoras de Nabgwana, Baba y Nana, antes de la batalla, les sueltan millares de mariposas, de saltamontes. Luego salen los pájaros más pequeños, los gorrioncillos, los pájaros maiceros y esos sirven de alimento a las aves de guerra.

Salen, pues, las aves y suben a la gran nave que las lleva en alto por las nubes. La gran nave se llena de millares de giblodulegan; y pasan sobre nuestras cabezas, surcando los espacios. Las aves llegan a un punto donde empiezan a girar sobre sí mismas; y cae la llovizna muy suavemente: son los medicamentos que llevan para la lucha. Las aves, por millares, giran y giran, tratan de vencer los grandes remolinos de aire; y van echando su medicina para vencer al enemigo. Por eso nuestros padres nos aconsejan no señalarlas con la mano; porque esas aves van vestidas de ropa de guerra y nos pueden hacer daño.

A veces su gran nave se estrella contra los remolinos y caen en bandadas. Eso sucedió en Wala. Y aún vivía entonces Wagibler. Bajaron miles de aves y se posaron en las ramas de los árboles. La gente de Wala se asustó mucho, porque nunca habían visto tantas aves al mismo tiempo. Entonces Wagibler dijo que la gran nave de las aves había tropezado; y las guerreras se habían bajado. Entonces, Wagibler penetró en la comunidad de esas aves. Wagibler llegó a galu Isbegungalu; y llevó el mensaje a los grandes dirigentes de las aves. Llegaron sus nelegan a reparar la gran nave. Reparada la nave, las aves pudieron levantar el vuelo de nuevo; y surcaron el espacio en millares, apretadas unas a otras, vestidas de ropa de guerra. Después de cuatro días, las ramas de

los árboles más macizos donde se habían posado las aves, se secaron. Las garras de las aves de guerra habían dejado su veneno.

A medida que avanzan en la guerra, se cambian de ropa; y por eso se encuentran muchas veces, tiradas por la arena de los ríos, sus plumas.

Su lucha nos hace fuertes; y nos protegen así las aves, solidariamente. En el momento en que ya no las veamos surcar en bandadas nuestros espacios, el peligro será inminente para todos nosotros. Se acercarán nuestros enemigos y nos matarán. Nos matarán las enfermedades, las epidemias, las pestes. Esas aves de guerra no sólo defienden a sus pichones, sino que forman una red protectora alrededor de Ologwadule, mamá tierra. Su lucha, su muerte es solidaria con nosotros: nos liberan de grandes calamidades.

Los giblodulegan van a la guerra. Los más jóvenes son seleccionados, aquellos que aún no tienen hembras. Solamente cuando regresan de la guerra, se casan. Entonces ponen la chicha, preparan el *gaibirnoga*. Es el *gaibir* para celebrar la victoria; y la llaman *selinna*. Es el signo de agradecimiento de la comunidad, que se siente protegida y liberada por los jóvenes. En esa chicha es cuando se casan los guerreros.

Wagibler supo conocer y vivir profundamente esa relación con las aves, con los animales. Sabía interpretar el quejido de las aves, el gemido de las cotorras, el canto alegre del gorrión, el ronroneo de los papagayos, el rugido amenazador de los tigrillos. Enseñó a nuestro pueblo a cuidar los pajaritos, a responder al llamado de las aves, de los jaguares, de las avispas…

—Somos iguales que ellos –decía Wagibler a nuestros viejos–. Su organización también es fuerte. Y nos hacemos todavía más

> hombres y más fuertes, cuando aceptamos esa organización de los animales. Cuando sepamos cuidar de ellos, ellos sabrán cuidarnos también. Cuando sepamos respetarlos, ellos sabrán respetarnos. Sólo cuando no conocemos bien a nuestros enemigos es cuando nos sentimos autosuficientes, fuertes, y capaces de hacer las cosas, solos. Las aves nos dicen que sus guerras también nos protegen; y contamos con su solidaridad. Así debe ser también nuestra lucha con relación a ellas.

»Los animales responden a nuestros cuidados, a nuestra ternura. Ellos entienden nuestras rabias, nuestras lágrimas, nuestras risas. Ellos son nuestros hermanos, nuestros aliados.

»Todos, tanto los animales como las plantas, como los hombres, hemos surgido de nana Ologwadule, de Nabgwana. Nosotros vamos tomados de la mano con todos ellos, para dejar nuestros huesos en el regazo de esa mamá. Baba y Nana nos han querido así. 'Yo soy ave', nos dice el pájaro, 'y no puedo abandonar a Nabgwana. Puedo volar, y mirarla de lejos; pero no la dejo. Yo vuelvo a ella de nuevo'.

»Todos nacimos de la madre, de nana Olobibbirgunyai; y no la podemos abandonar. Cuando nos enfermamos, cuando nos sentí-mos débiles, volvemos a ella. En ella, y con su leche de ocho tipos, alentamos de nuevo nuestras vidas.

»No hemos venido solos. De la madre tierra, hemos salido una hermosa multitud.

Masardummi

Nabgwana dulanai, anmar nana. A birgine negaduu, Babdummad Nandummabo ga nasigsamala, bela dulasagla nanai.

Esta Nabgwana está viva; y ella es nuestra mamá. Sobre esta madre tierra está la casa combada, el *negaduu*; y está vivo también.

Venimos de Duilewala. Nuestros abuelos no son de estas pequeñas islas donde vivimos hoy. Nuestra verdadera tierra está detrás de esos cerros que vemos entre la bruma. Pueblo organizado y mucha gente fueron nuestras raíces. Los abuelos conformaron pueblos nobles y valientes detrás de esas montañas altas. Los abuelos conocieron el río Galugga (Salugga), río caudaloso donde sacaban el agua para beber, donde trazaban caminos para pescar. Dada Oloagnaidur (Masardule) llegó a ese río. El río también tiene otros nombres, como Inayogsibdiwar, o Galirdiwar. Es sitio donde abundan los distintos tipos de caña brava. Ahí, en ese lugar, hay *bugsumasar*, *giligilimasar*, *isgarmasar*, *bilamasar*, *masarswili*, *masar-dubaled*, *diimasar*, *diimasarbarbad*, *mulamasar*…

Dada Oloagnaidur se quedó ahí, en ese río. Dada Oloagnaidur recibió allí a nele Masardummi.

Masardummi vino con su darba (espíritu guía). Su darba se llamó Olowiwidur. Dada Oloagnaidur ofreció baños medicinales a Masardummi. Oloagnaidur ayudó a Masardummi a perfeccionar la visión de las cosas que iban a suceder y de las cosas que ya habían sucedido; el equilibrio que debían tener esos acontecimientos para la salud de la comunidad.

Masardummi creció. Masardummi preguntó por la vida, por lo que Baba había creado, por lo que Nana había hecho. "¿Cómo Baba y Nana crearon las cosas de este mundo que vemos y de otros mundos que no vemos ahora?", se preguntaba Masar-dummi en Inayogsibdiwar. "Esos vientos que sentimos, esos ríos que bebemos, esos árboles que se inclinan lentamente ante los vientos, ¿siempre han estado así? ¿Se podrá decir que antes de Baba vino alguien a componer todo el universo?" ¿Acaso Nana es anterior a Baba?

Masardummi sondeó esas honduras. Los abuelos junto a las abuelas fumaron la pipa para él por largos días. La comunidad le ayudó a penetrar los secretos de la creación. Masardummi analizó las dimensiones inferiores de Ologwadule, madre tierra. Y después cantó así en Yeyegun:

— Yo vi a Olobibbirgunyai, a Nabgwana. Ella se mece en la hamaca de oro. Para poder llegar a las profundidades de nana Gwadule, bajé por sus diversas fases. Conocí hasta el cuarto nivel de las dimensiones inferiores de la tierra madre. Delante de mí se abrió un camino ancho. Ahí contemplé los grandes caminos de oro. Alguien me fue guiando por esas travesías que Baba y Nana habían trazado. Yo quería saber cómo había sido creado el universo, cómo habían trabajado Baba y Nana para hacer el universo, para crear el universo. Descendí por el río, por el río de oro. Y me encontré con alguien que vivía por la orilla del río, Bonisurbanele. Con Bonisurbanele aprendí todo lo

que se refiere a los primeros momentos de Olobibbirdili. 'Este sitio que va bajando suavemente', me dijo Bonisurbanele, 'se llama Olodogiabilli. Un poco más abajo está el Olodaddalibilli, y luego, Olodenengwabilli, Oloauggabilli' que corresponden a las fases de nana Ologwadule.

»Nada se ha perdido de las huellas que dejó Nana. Sus pisadas quedaron grabadas en todas las dimensiones de Ologwadule, madre tierra. Toda palabra que Baba pronunció se convirtió en cosas que vemos y en cosas que no vemos. De todo lo que Nana pronunció no se perdió nada.

»Al inicio, Baba, el gran Baba, empezó a subir desde el octavo nivel de profundidad de la que sería la madre tierra. Ella no era todavía Ologwadule. Baba puso la columna de oro para sostener las bases de la que sería Nabgwana. Nana le tejió todos los rincones con hilos de oro. Baba trabajaba junto con la gran Nana. El gran Baba y la gran Nana cimentaron una inmensa choza compacta para Ologwadule. Pusieron el nagubir de oro, el buwar de oro como cimientos de Nabgwana. Luego enrollaron el hilo fino de oro en el nagubir de la enorme casa. Baba y Nana colgaron la hamaca sagrada de oro en el centro de la casa. Entonces vistieron a mamá tierra con una bella mola de oro. Baba y Nana abrieron la hamaca y posaron en ella con ternura a la mamá tierra. Cuando la madre tierra se meció lentamente en la hamaca, Baba colocó también el jaguar de oro, del tamaño de un tapir, en el travesaño de la casa de oro. Baba amarró al jaguar de oro con un lazo que también era de oro. En el travesaño del lado opuesto, Baba y Nana colocaron un enorme gato de oro. Ellos volvieron a amarrar al animal con un lazo de oro. Hacia el otro punto cardinal Baba y Nana hicieron abrir las alas a una gran águila de oro. Y la amarraron también con hilo de oro. Y en el lado puesto, colocaron el halcón de oro. Y fue amarrado también con soga de oro.

»Cuando madre tierra tira de los lazos, todo se agita y todo se mueve; todo toma vitalidad y todo se estremece. Todas las dimensiones de Olobibbirdili se mueven, llevan vida. Baba y Nana colocaron al jaguar en el nagubir de la casa donde está la madre tierra para dar vitalidad a sus dimensiones –así cantaba Masardummi a nuestros abuelos en Inayogsibdiwar, en Galir-diwar, en Yeyegundiwar.

»Cuando rompemos la armonía del universo y la normalidad de los movimientos del jaguar de oro, escuchamos sus aullidos; y así pasa también con el águila, el gato y el halcón.

»Baba y Nana llegaron a la segunda capa de la dimensión inferior de la que sería en su plenitud, nana Ologwadule. Entonces la gran Nana puso la columna de plata. Esta vez extendió ella la base de plata para el fundamento de la madre tierra. En esta capa Baba y Nana volvieron a hacer lo mismo que con el oro de la primera capa. Baba y Nana pusieron los travesaños de plata, colocaron los lazos de plata y amarraron a los cuatro animales de plata puestos en los cuatro puntos cardinales. Volvieron a colocar a Nabgwana en el centro de la hamaca, en la mitad de la gran choza de plata. Baba colocó todo eso para dar vida a nana Ologwadule, madre tierra, para que ella pudiera girar. Nana trabajaba junto a Baba. Baba no hacía nada solo.

Así cantó Masardummi en la ribera de Inayogsibdiwar; y nuestros abuelos lo escuchaban atentos y ese mensaje ha llegado hasta nosotros.

— Baba y Nana continuaron poniendo distintos fundamentos a Nabgwana. Tomaron el *esnunsagla* (cobre). Baba y Nana pusieron el cimiento sólido a todo lo largo y ancho por donde pensaban colocar las cosas. Con el cobre hicieron lo mismo que con el oro y la plata. Los cuatro animales fueron ligados con

> lazos de cobre y puestos hacia los cuatro puntos cardinales. Baba volvió a dar la hamaca de cobre a mamá tierra. Nana abrió la hamaca sagrada de cobre a Nabgwana. Las pisadas de Baba, las huellas de Nana no se perdieron nunca; todas se convirtieron en distintas cosas que pueblan el universo.

»Baba y Nana llegaron entonces a Daddanabilli. Baba y Nana clavaron, esta vez, las columnas de hierro. Extendieron la solidez del hierro a todo lo ancho y largo del espacio donde ellos pensaban posar las cosas. Baba y Nana hicieron lo mismo con el hierro que con el oro y la plata y el cobre. Nabgwana se puso entonces en la gran hamaca sagrada de hierro. Los cuatro animales otearon los cuatro puntos cardinales, como guardianes de nana Olobibbirgundili, o Bibbirdili, o Bibbirgunasob.

»Baba y Nana continuaron su ascenso y llegaron a Olodenengwabilli. Utilizaron entonces el *gwinggwa* (plomo). Baba hizo con el plomo lo mismo que con el oro, la plata y el cobre. Nana puso la hamaca de plomo a Nabgwana y volvió a colocarla en la mitad. Baba ubicó de nuevo a los cuatro animales que vigilan a nana Ologwadule desde los cuatro puntos cardinales. Nana trabajaba junto a Baba. Baba no hacía las cosas solo.

»Baba llegó así a Olodogiabilli. Baba y Nana dieron el fundamento de roca a Ologwadule. Hicieron con la roca lo mismo que con el oro y la plata. Ologwadule fue colocada en *augassi*. Los animales fueron colocados y ligados con *auduba*.

»Baba y Nana pusieron a las mujeres para que cuidaran de las distintas dimensiones y rostros de Nabgwana. Ellas debían cuidar y defender las diversas capas por donde transitaban Baba y Nana.

»Baba y Nana llegaron a otro nivel de la capa. Esta vez utilizaron la arcilla. Extendieron la arcilla a lo largo y ancho del espacio que

pensaban poblar. Baba y Nana colocaron *olonab-saalinabilli*, *olonabsaadulinanabsaa*, *ibeolonabsaa*, *malinanabsaa*. En esa capa Baba y Nana utilizaron *nabsaa* para la base y fundamento de Ologwadule. Volvieron a colocar a Nabgwana en la hamaca central y ligaron de nuevo a los cuatro animales de los cuatro puntos cardinales con lazos de arcilla.

»Baba y Nana llegaron a la superficie, a la piel de Ologwadule, al espacio que ellos iban a poblar de multitud de seres. Entonces todo lo que vemos ahora o no lo vemos, no existía. Todavía Ologwadule no era mamá. Todo era oscuridad, todo era *negagubyaled durudi*. La oscuridad, muy densa, tapaba todo lo que sería el universo. La oscuridad era tan densa como aquélla que causa la presión a los ojos de cuatro manos juntas. No había viento, no había sol, no había luna, no había estrellas. Todo estaba cerrado, todo estaba densamente oscuro; y no había nada. No se veía nada de Nabgwana. Entonces Baba y Nana se alejaron un poco de los fundamentos que habían colocado. Sus espíritus volaron por el espacio cerrado y vacío. Baba y Nana se pusieron en el centro del espacio. Y ahí erigieron la morada de oro, la morada de plata. Baba y Nana, los dos juntos, hacían el universo. Los dos juntos trabajaban y construían el universo. Olobibbirdili no había salido de la oscuridad, aún no empezaba a girar.

»Surgió Oloonibbinele (gabursagla) en la morada de negaduu, en sabbibenega. Entonces Baba y Nana empezaron a tejer la parte de arriba de la madre tierra.

»Baba y Nana hicieron surgir entonces a cuatro seres alados. Llegaron cuatro niños. Nana acogió a los cuatro niños, los abrazó, los alimentó.

»Uno de los niños lloró: '¡Nanabibiye, nanabibiye¡' Baba dijo entonces a Nana: '¡Este niño empieza a darse cuenta de que tiene mamá, de que alguien lo trajo acá!'

»Baba trabajaba así en la creación de negaduu, casa combada. Nana trabajaba junto a Baba. Los dos hacían así el universo completo. Aún todo estaba cerrado, todo estaba oscuro. No había luz. Baba y Nana ya habían puesto fundamentos a la madre tierra, a Nabgwana, a Ologwadule, a Olobibbirdili.

»Más tarde otro de los niños también lloró. Baba dijo a Nana: '¡Este niño se da cuenta ahora del hambre que siente!' Nana lo alimentó.

»Los niños lloraron: '¡Muubibiye, muubibiye!' Baba volvió a decir a Nana: '¡Los niños descubren ahora a los abuelos, a su historia!'

»Baba y Nana trabajaron así, juntos, en la creación del universo. Juntos vieron surgir a Ologwadule, que era su obra.

»Los cuatro niños crecieron. Poco a poco, a los niños les fueron apareciendo las alas. Cuando los seres alados se hicieron jóvenes, Baba y Nana, desde negaduu, pensaron enviarlos hacia los que serían los cuatro ángulos del universo. Baba y Nana les dieron el encargo preciso de observar cómo estaban las cosas en la densa oscuridad de lo que sería el universo, en la oscuridad más profunda del nacimiento de la madre tierra. Los cuatro fueron enviados desde negaduu hacia los cuatro puntos cardinales. El ser de la oscuridad, aquél que es dueño del caos y de la nada, se enfadó; y protestó contra Baba y contra Nana.

»En la parte de arriba, en negaduu, Baba hizo germinar árboles de oro; Nana hizo surgir árboles de plata. Baba y Nana ataron con hilos de oro las estrellas y las ramas de los árboles. Baba y Nana

trabajaron juntos; juntos diseñaban el universo, juntos hacían el universo, juntos tejían el universo. Esto sucedía en negaduu. Nana y Baba armonizaban así a negaduu y a Nabgwana; sembraban así el equilibrio en todas las unidades de negaduu y en todos los elementos de nana Ologwadule, madre tierra. Todo debía estar equilibrado y en armonía, todo se debía complementar.

»Más tarde volvieron los mensajeros de Baba y de Nana. Los cuatro seres alados, que habían sido enviados hacia los cuatro puntos cardinales, volvieron a Baba y a Nana. El que había sido enviado hacia la parte de arriba llegó primero. Éste comunicó a Baba y a Nana que allá arriba todo estaba cerrado y oscuro, que él había llegado hasta los límites de la misma oscuridad.

»También volvió el que había estado en la parte baja. Éste contó a Baba que él había escuchado lamentos en medio de la apretada oscuridad; que alguien se lamentaba y hacía ruido en la espesa oscuridad por donde estaba surgiendo nana Olobibbirdili, nana Ologwadule, nana Nabgwana.

»Los que habían sido enviados hacia la parte derecha e izquierda contaron a Baba y a Nana que los confines a donde ellos habían llegado estaban todos oscuros y hacía mucho frío; que por esos lados reinaban el caos, la oscuridad, el frío, el vacío.

»Baba y Nana crearon los vientos y los ordenaron que se movieran muy lentamente. El caos, la oscuridad empezaron a disiparse poco a poco. Baba y Nana encendieron ahora una gran luz, y luego pusieron una segunda luz de plata.

»Baba y Nana empezaron a descender pausadamente hacia el lugar donde habían empezado el trabajo. Bajaron hacia el lugar de donde surgía Ologwadule, donde ellos habían colocado los cimientos de Nabgwana. Baba y Nana encendieron una gran luz en medio de la

oscuridad. El que habitaba la oscuridad (el padre del mal, del caos y de la nada), y que se lamentaba girando por el caos, se encontró cara a cara con Baba y Nana. '¡Ésta es mi morada, y ustedes no pueden venir aquí a molestarme!', –dijo el ser de la oscuridad a Baba y a Nana. Entonces Baba y Nana le hicieron una seña con el dedo y lo convirtieron en un ser parecido a un inmenso tapir.

»Baba y Nana empezaron así a detallar a mamá tierra. Baba tomó entre sus dedos el hilo de oro; Nana tomó entre sus dedos el hilo de plata y equilibraban así todas las cosas –así cantaba Masardummi a los abuelos, a nuestras abuelas en Inayogsibdiwar.

»Entonces se partieron y se repartieron las aguas. Se dividió Ologwadule, que surgió entre la gran luz que Baba y Nana habían encendido en el firmamento.

»Baba y Nana llamaron entonces a mamá tierra: "Nana Oloiiddirdili, nana Maniiddirdili". La madre tierra se partía y se repartía en colinas, montes, montañas, cerros, lagunas, océanos, continentes… La madre tierra fue entonces nana Olodillisob, nana Ologwadiryai, nana Oloiiddirdili, nana Ologwadule, Nabgwana, nana Olobibbirdili, nana Olowainasob...

»La madre tierra nacía muy niña, desnuda y bonita. Ologwadule surgió entre una gran luz –así cantaba Masardummi a nuestros padres, a nuestros abuelos en Galuggadiwar, en Inayogsibdiwar.

Así nació nuestra mamá tierra.

[Este mensaje me lo pasó el sagla Igwanabiginya, quien, a su vez, lo recibió del sagla Gunwasili; y éste, de nele Igwaibiliginya].

Dice nele Masardummi que cuando la madre tierra nació, desnuda y muy delicada, Baba y Nana la envolvieron tiernamente con una

neblina blanca y espesa. Todo el cuerpo de mamá tierra fue cubierto con una espesa neblina. Un poco más tarde Baba y Nana soplaron una suave brisa sobre ella. El viento de oro trajo los filamentos de agua sobre la madre tierra. Todo el universo se agitó, todo entró en una inmensa actividad. Nuestra madre estaba viva y empezaba a dar vida. Esta Nabgwana está viva; y ella es nuestra mamá. Sobre esta madre tierra está la casa combada, el negaduu; y está vivo también.

— Baba y Nana vistieron a la madre tierra. Por toda su superficie surgieron árboles altos, rectos y llenos de follaje verde inten-so, verde claro. No había ningún gusano que se comiera las hojas de los árboles. Baba y Nana vistieron a nana Ologwadule con árboles rectos; y todos eran mujeres. Debajo de los árboles, debajo de los arbustos Baba y Nana esparcieron las flores, la hierba baja; e hicieron brotar la hierbabuena, la albahaca, la raicilla. Cuando la madre tierra estuvo vestida, Baba y Nana enviaron otro mensajero: Wago. Él era el padre de las plantas, de los arbustos, de los árboles.

»Baba y Nana ligaron a las estrellas, al mundo de astros con la madre tierra. El firmamento (negaduu) se agitó, el firmamento se movió, el firmamento tuvo su burba.

»Baba y Nana trabajaron juntos. Ellos trazaron filamentos de oro desde negaduu hasta el seno de la gran casa de oro que habían preparado para Ologwadule, cubriendo las distintas capas de los fundamentos de Nabgwana. Baba y Nana entrelazaron los hilos de relámpagos, y estos hilos fueron colocados en comunicación con los movimientos de Olobibbirgunyai. A los relámpagos se les encargó despertar al firmamento y a la madre tierra.

Así cantó Masardummi a nuestros abuelos en Inayogsibdiwar.

Ner Sibu

Na bule gwenadgan bendagdii nanasmala, na bule bulagwa negseemaladi, aadi anmar welidar saoedi babmosar. Anmar, wesig nue arbassurmardibe, anmar ibudibe, inaduleddibe, ieddibe…, binsa anmar arbasayobi gudmarsunnoe.

La comunidad es la que nos posibilita la alegría en esos sitios. Si no servimos debidamente a la comunidad, nuestro nombre de inaduled, de ied..., no nos va a hacer felices, y habremos perdido el tiempo en esta tierra.

Duilewala es el gran río del que bebieron los abuelos. A lo largo de Duilewala, muchos ríos y riachuelos derraman sus aguas y forman largos brazos de agua que riegan las vastas llanuras. Tierra buena, tierra fértil. A orillas de uno de esos ríos surgió una gran comunidad. Y esa comunidad fue el célebre centro donde empezó a difundirse la sabiduría de los abuelos y de las abuelas. En esa comunidad cantaron los nelegan sobre distintos aspectos de mamá tierra. Esa comunidad se llamó Uggubnega o Yandub o Dubbanega. Los nelegan se reunieron en esa comunidad después de la muerte de Ibeorgun y Giggadiryai.

Uno de los nelegan que estuvo cantando su sabiduría en Uggubnega fue Ner Sibu. Ner Sibu nació en la comunidad de Gabdi, donde corre Gabdidiwala, que es uno de los ríos que traen

sus aguas a Duilewala. Este nele pasó largos años recibiendo baños medicinales, hasta que pudo conocer los diversos aspectos del universo, especialmente el camino que conduce a la morada de Baba y de Nana.

Ner Sibu llegó a Uggubnega, a Dubbanega. Ner Sibu se puso en la hamaca y cantó así a los abuelos y abuelas que le escuchaban en la gran asamblea:

— En Gabdi los abuelos y abuelas me ayudaron fumando durante ocho días –cantó nele Sibu–. Ocho días me preparé antes de introducirme en las profundidades de nana Ologwadule. Cada día ahondé cuatro dimensiones de la madre tierra.

»Llegué a galu Masaragbangalu, a galu Gugili Sabburbilli-ibegungalu. En ese mismo galu, massi Olodualigibbiler abandonó a su hermana Gabaryai. Y allí, en la cima de ese galu, nana Gabaryai contempló la luz muy tenue que proyectó su hermano Olodualigibbiler cuando ascendía.

»Yo estudié el camino que siguió Olodualigibbiler, –cantaba ner Sibu a los abuelos y abuelas en Uggubnega–. Yo conocí el Igbirdidiwala, que también se llamó Dubirdiwala u Olowaglibe-gundiwala. Allí nana Gabaryai vio con tristeza cómo su hermano se alejaba de ella con su luz mortecina. Y massi Olodualigibbiler se elevó por encima de galu Gugilisobibegungalu y encendió su lumbre. Ahí Gabaryai lloró la partida de su hermano; y ese río fue testigo de sus lágrimas y de su tristeza.

»Llegué a galu Masaragbangalu. Es un gran galu, de cuatro niveles de alto, y de cuatro niveles hacia la parte baja.

»Llegué a sus puertas y conocí sus rincones y profundidades. Este gran galu está sembrado de *masar*. Vasta plantación de caña brava:

bugsumasar, *duludulumasar*, *isgarmasar*, *burwiburwimasar*, *bilamasar*, *guligulimasar*, *mulamasar*, *diimasar*… de flores blancas, de flores azules, de flores amarillas, de flores rojas. Se balancean las flores, juguetean las distintas flores de masar. Es el tipo de masar que utilizó Ibeler en la lucha contra Biler. Todas aquellas personas, varones y mujeres, que luchan en favor de su comu-nidad y entregan sus vidas para mejorar este mundo, desde este galu emprenden su camino hacia la morada de Baba y Nana. Ellos suben acompañados de masar cuyas flores se mueven vivas. Todo está vivo, nada está muerto.

»En ese galu me encontré con un gran abuelo, dada Dummagimaggegwa. Dada Dummagimaggegwa (masar baba) es el gran arquero que vigila y defiende Masaragbangalu. Nada puede amenazar a galu Masaragbangalu sin que se levante dada Dummagimaggegwa. Es el gran guerrero que vigila Masaragbangalu.

»Cuando Olowaibibbiler (Ibeler) se enfrentaba a Biler en defensa de nana Ologwadule, a su lado estaba también dada Dummagimaggegwa. Ibeler lo dejó cuidando Masaragbangalu.

»Dada Dummagimaggegwa está vigilando los océanos desde Masaragbangalu. Las grandes ballenas no se arriman a las costas porque Baba y Nana les prepararon un grado especial de sal. Porque los animales, pequeños y grandes, viven hasta tanto resisten los distintos grados de sal en los mares. Y todos esos movimientos los está vigilando dada Dummagimaggegwa.

Nabgwana está rodeada de muchos peligros porque Baba y Nana la hicieron como un tesoro; y por eso Baba y Nana le han puesto también grandes defensores y guardianes. Ellos vigilan la integridad de Olobibbirgunyai y de sus hijos. Enormes rayas, jaguares gigantescos muestran sus garras contra Nabgwana y sus hijos. Y ante esos peligros se levanta dada Dummagimaggegwa.

»Nana Ologwadule está llena de riquezas; y por eso las amenazas son también numerosas.

»Galu Masaragbangalu ofrece bellos, fuertes y rectos árboles: *diammawalagan*, *naggiwalagan*, *anbewalagan*, *negarwalagan*, *geliwalagan*, *wasawalagan*, *siawalagan*, *bugsudubagan*, *masardubagan*. A todos los cuida dada Dummagimaggegwa. Rodeando a galu Masaragbangalu, como defendiéndolo de tantos riesgos, está la jagua blanca, la jagua negra, la jagua amarilla, la jagua roja.

Ner Sibu cantaba así en Uggubnega; y lo escuchaban atentos los abuelos y las abuelas. Y proseguía:

— Todos ustedes, mis queridos hermanos, abuelos, abuelas, padres e hijos de Uggubnega, todos quisiéramos que nuestra vida no tuviera fin; y quisiéramos subsistir sobre esta tierra por largos años. Y no va a ser así. Baba y Nana han puesto límite a nuestras vidas. No quisiéramos dejar estas nuestras pequeñas y grandes cosas; no quisiéramos abandonar esta tierra, esta Abiayala. Sin embargo, todos abandonaremos a esta tierra y nos iremos a un mundo que ni siquiera imaginamos. Todos moriremos, todos nos iremos, dejando este Oloburgandiwar. El río quedará, pero se borrarán las huellas que dejamos en sus orillas. Todos vamos a dejar Oloburgandiwar. La sensación de frescura que dejan esos vientos que soplan en esta tierra la vamos a olvidar.

»Esta casa, esta morada en que vivimos y en que sufrimos, ahora nos parece la ideal, la más hermosa. Este sol que nos da calor cada día, no lo quisiéramos dejar. Y, en el fondo, sabemos que no va a ser así. Todo será distinto. Nos causa dolor el pensar que un día tendremos que abandonar esa luz suave que nos da la luna. Y nos da dolor, porque no sabemos cómo será aquello que nos aguarda.

»La luz de las estrellas que nos llega cada noche nos parece única y real, porque lo que va a venir después no lo sabemos; y nos causa tristeza sólo pensar que un día vamos a prescindir de ella. Nuestros abuelos y abuelas que han muerto sintieron lo mismo. Y ahora viven en un mundo totalmente distinto.

»No quisiéramos abandonar los grandes y pequeños ríos de este Duilewala, ni los grandes y pequeños peces que nadan en nuestros ríos, ni las piedras de las ensenadas. No quisiéramos dejar los miles de jabalís, de ñeques, de conejos pintados que Baba y Nana nos regalan sobre esta tierra. Aquí, entre estas criaturas, ninguno se ha quedado para siempre. Todos han pasado por esos caminos y sus pisadas se han borrado. Todos ustedes que me escuchan, todos vamos a pasar de este mundo a otro distinto.

»Así como una guanábana madura cae a tierra por su mismo peso, así vamos a caer también sobre Nabgwana; y veremos entonces abrirse a nuestro paso un nuevo mundo, un mundo que no sospechamos. Aquí, en estos ríos, dejaremos aquellas cosas que hoy nos parecen muy importantes y muy útiles. Acostados en la hamaca, daremos nuestro último saludo a los hermanos que vendrán a llorar sobre nosotros. Nuestros hijos llorarán, nuestras hermanas, nuestras mujeres, todos llorarán nuestra muerte, pero nada podrán hacer ellos para devolvernos el espíritu. Cuando se abra un nuevo mundo ante nosotros, nada ni nadie podrá detenernos.

»Estamos hechos para dejar nuestra sangre mezclada con la de Nabgwana. Estamos sobre ella y ella nos acogerá en su seno y, entonces, nuestra sangre volverá a formar parte de su sangre. Ella recogerá nuestros cabellos, nuestros huesos, y los acariciará en su seno. Nuestros hermanos, hijos también de Ologwadule, los gusanos, lamerán nuestras últimas gotas de sangre. Nuestros

cabellos se mezclarán entonces con los cabellos de mamá tierra. Sólo quedarán trocitos de las tazas, braseros y platos de arcilla que utilizamos, esparcidos sobre nuestras tumbas. Al principio nuestros parientes harán una buena choza para cubrir nuestros huesos, pero poco a poco no quedarán ni un palo sano; y más tarde todo desaparecerá bajo la hierba. Nuestros huesos, nuestra sangre, nuestros cabellos quedarán fundidos con los de la madre tierra. De allí surgimos y allá volveremos como parte de ella.

Nele Sibu seguía cantando a los abuelos y abuelas de Uggubnega, Dubbanega. Todos escuchaban sus enseñanzas con mucha atención; y lloraban los abuelos y las abuelas.

—— Yo les voy a cantar ahora sobre lo que se nos va a revelar después de nuestra muerte, –seguía cantando nele Sibu.

»Los abuelos en Gabdidiwala me apoyaron fumando por varios días, mientras yo ahondaba estos temas.

Nele Sibu cantó así su visión:

»Vi entonces a alguien que venía hacia mí. El hombre que caminaba hacia mí tenía la cara brillante; su nariz también brillaba. Los cabellos le caían suavemente por el dorso, brillantes de color de plata.

» 'Yo vengo por ti', –me dijo aquella persona. Un gran nele me envió a buscarte desde el cuarto nivel de Nabgwana', me dijo aquella persona –cantaba ner Sibu–. 'Ese gran nele que vigila el cuarto nivel me envió por ti a Dulawergunnega'.

»Después de esa persona vino otra, y su aspecto era también radiante. Desde lejos se veía su brillo. Poco a poco mis ojos pudieron identificarlos claramente; mi visión se hizo más intensa.

»El segundo hombre se acercó más hacia mí. 'Desde el cuarto nivel de Nabgwana nos han enviado a buscarte', siguieron diciéndome aquellos hombres. Un poco más tarde aparecieron otros hombres, también de aspectos deslumbrantes.

»Cada uno tenía un nombre. Uno se llamaba Ologigga-narmaggadule. Otro, Olowiwidule. El siguiente, Ologalubdule. Y el otro, Oloagnaidule. Todos se pararon delante de mí; y habían sido enviados desde el cuarto nivel de la profundidad de la madre tierra. –Así cantaba ner Sibu a los abuelos.

»Mi guía principal era Oloyabiginabbiler. Entonces me preparé para emprender un camino totalmente desconocido.

»Mi guía me condujo a un nivel más bajo. Allí pude ver otra cara de nana Ologwadule. Es el lugar donde se depositan los huesos. Es el sitio de los huesos; lleno de flores, de flores vivas y hermosas. Allí se abre un sendero, un sendero amplio y luminoso, Oloosidudugunigar. Así como cuando sube el sol clarea toda la naturaleza, así resplandece la vía de Oloosidudugunigar. El olor que esparce es como el de la piña madura. Es como una comunidad. Y hay miles de varones y mujeres que viven y se pasean por sus calles.

»Mi guía me advirtió que aún estábamos muy cerca de la piel de Gunasnega; que aún estábamos muy lejos del lugar donde queríamos llegar. En ese lugar suben bandadas de pájaros, que cubren la altura y vuelven de nuevo a bajar, convirtiéndose en espumas de las aguas del río.

»Mi guía me condujo al segundo nivel. Me encontré entonces en el sitio de los espíritus de distintas sangres. Y todo está vivo; el sitio no está muerto. Hay también miles de varones y mujeres. Sus

calles están igualmente cargadas de flores: *bela oloduddagibi*, *maniduddagibi*.

»Llegamos al tercer nivel. Mucha gente vive también allí. Y el sitio está vivo. Las flores se abren vivas. Las flores suben y se vuelven canarios de plumajes brillantes y bellos; y bajan de nuevo y se transforman en espumas del gran río que corre. Todo es de oro y todo es de plata.

»Y entonces mi guía me explicó el lugar; y me dijo que todos tenemos cuatro espíritus y que, cuando morimos, nuestros espíritus más débiles se quedan en ese sitio. Es el lugar de los espíritus de los varones y mujeres.

»Mi guía siguió conduciéndome a otro nivel. Llegamos al cuarto. En ese lugar corre un río caudaloso que baja con fuerte pendiente. Su nacimiento mira hacia donde nace el sol; y su corriente avanza hacia donde se cansa y se esconde el sol. Como nosotros, cuando morimos, vamos dejando nuestros espíritus, nos vamos debilitando, aquí, en este gran río, nuestra energía toma nuevo vigor, nuestros espíritus se fortalecen. Es un gran río siempre vivo. Es Ologuligundiwala.

»Yo contemplé entonces las espumas que deja la precipitación del agua del río. Las espumas blancas se convierten en flores grandes, hermosas y vivas. Las flores se oscilan y danzan a lo largo del río. Todo es hermoso y yo no puedo describirlo exactamente. Lo que les cuento es lo más parecido.

»Hermanos y hermanas –cantaba ner Sibu en Uggubnega, en Dubbanega–, todos vamos a pasar por esas aguas. Cuando dejemos este cuerpo y caigamos como una guanábana madura sobre el regazo de Ologwadule, cuando nuestros hijos lloren nuestra muerte y nuestra sangre se mezcle con la de Nabgwana –entonces

todos tomaremos esa vía y veremos el gran río. Contemplaremos las espumas del gran río convertidas en bellas y vivas flores; bandadas de miles de canarios que, al bajar, vuelven a ser espumas de la corriente del río. Sus orillas y ensenadas son de oro, sus cascajales brillan con colores vivos de oro y plata. Sus aguas se hacen de oro algunas veces, y de plata otras veces. El río está vivo. Todo está vivo.

»Seguí la corriente del Guligundiwar. Todo se llenó de armonía de guli, de armonía de gogge, de armonía de swara.

»A lo lejos divisé otro sendero recto y hermoso. Y era Olobisebdudugunigar. Invadió el ambiente el olor de hierbabuena, de menta fresca, de albahaca.

Ner Sibu no se cansaba de cantar y seguía enseñando a los abuelos y abuelas que le escuchaban en onmaggednega de Uggubnega:

— Un poco más tarde se me trazó otra senda de oro y de flores. Esta vez contemplé la belleza de Olonunabdudugunigar. Avancé por ese camino ancho y largo. Este camino me llevó hasta un poblado. Mi guía me indicó que no era todavía la morada de Baba y de Nana.

»Es el sitio donde van quedando los espíritus de los grandes músicos que alegraron las comunidades con su arte, con su música. Los que supieron tocar los instrumentos: swara, gogge, dedgala, gangi, dolo, guli. Y ellos danzan, y se alegran llenos de vida. Se alegran entre las flores que se abren y se cierran al son de su música. Todo es hermoso. No puedo describirlo.

»Un poco más adelante me encontré con otra comunidad. Y es de varones y mujeres, que tejen hamacas, que tejen mochilas y cestos, los que saben diseñar molas. Vi a una multitud de gente bellamente

vestida, a miles de varones y mujeres vestidos de *googoomola*, de *disggelamola*, de *abgimola* de oro y de plata…

»Esos poblados no los podemos ver con estos ojos que se van a quedar en Nabgwana. Pero están ahí; y por ahí vamos a pasar todos después de nuestra muerte; y nadie nos va a impedir el paso.

»Y luego se me abrieron muchos caminos más. Aún no era la morada de Baba y de Nana. Son sitios que están cerca de los cementerios.

»Me encontré con el Oloubigundiwar. Su corriente de agua brillaba como oro y plata. Todo es hermoso. Sólo puedo describirlo con figuras.

»Cuando morimos, es ahí, en ese río, donde dejamos nuestra tristeza. Es ahí donde termina el dolor de nuestra partida. Por eso es importante tener el propio terreno para la sepultura, porque así descansamos y gozamos en nuestro propio espacio, antes de llegar a la morada de Baba y de Nana.

»Siguiendo mi camino, me encontré con una nueva aldea. Y ahí me encontré con la gran madre que vigila la entrada del poblado. Ella es nana Oloyabiuurmaggayai, nana Maniolomesayai. Ella me reveló el camino del gran poblado. Entonces pude ver miles de asientos de oro, de asientos de plata. Un lugar hermoso, de calles relucientes como el oro, de flores que se elevan convertidas en pajarillos de distintos colores. Es el sitio donde descansan los saglagan cuando emprenden su travesía hacia la casa de Baba y de Nana. Los saglagan descansan aquí con sus esposas. De aquí, de este hermoso lugar, quedan excluidos los saglagan que no sirven bien a la comunidad, y sus esposas que se burlan de los ancianos y aconsejan mal a sus maridos cuando son criticados por los comuneros. El gozo está medido por la atención a la comunidad,

por los servicios desinteresados que se ofrecen a la comunidad, por la instrucción permanente que se ofrece a la comunidad. Así también pasa con los nelegan y sus parejas, con los inadulegan, con los gamdurgan, con los que saben el muuigar, con los que atienden a los niños, con los que cantan el siaigar… La comunidad es la que nos posibilita la alegría en esos sitios. Si no servimos debidamente a la comunidad, nuestro nombre de inaduled, de ied, de sagla, de muuigar wisid, de gassisobed wisid… no nos va a hacer felices, y habremos perdido el tiempo en esta tierra.

»Proseguí mi camino y llegué entonces a otro gran torrente. El dominio de los árboles, de las plantas, de los arbustos… Por el lecho del río las espumas se transforman en pájaros de colores. Saltan las espumas y se convierten en turpiales, en canarios, y vuelven a caer al lecho del río y se hacen espumas. Sus orillas y cascajales brillan como oro y plata. Baba y Nana hicieron bello el camino hacia su morada. Todos nosotros, mis hermanos, todos vamos a cruzar por ese camino. Nadie se escapará de su recorrido – cantaba ner Sibu en Uggubnega.

»Ante mí surgió otro sendero; y también era de mucho regocijo. Mi guía me indicó que no se me revelaría el camino de la tristeza; que estaba reservado para la gente que no seguía las normas de Baba y de Nana, para aquellos que no atienden bien a la comunidad, para aquellos que no contribuyen en la armonía de Nabgwana. Yo lo vi todo reluciente, todo de flores; oloduddagibi, maniduddagibi.

»Es un camino largo, sembrado de flores, de espumas que bajan y suben transformadas en bellas aves de colores, donde nos alegraremos en la misma medida de nuestra alegría en el servicio de la comunidad.

»Al final pude llegar ante una gran escala. Es una escala alta, de ocho niveles, toda de oro y plata. Cuando yo digo escala, no me refiero sólo a la cosa que nos sirve para subir y bajar, sino también a la profundidad y calidad de las cosas. Y subí por ella. Todo se transformó ante mí en oro y plata, en asientos de oro y en asientos de plata, en árboles de oro y en árboles de plata. No puedo describir aquello que vi, porque el gozo es muy intenso. No tengo palabras para describir lo que vi y sentí –cantaba ner Sibu a los abuelos y abuelas de Uggubnega.

»Entonces se me expuso la historia de mi vida. Pude contemplar todos los hechos que hacen parte de mi vida. Se me reveló todo lo que había sucedido cuando mi mamá me esperaba y aún yo estaba en sabbibenega. Las lágrimas que derramé cuando yo era aún bebé; los primeros miedos que experimenté tendido en la hamaca grande, cuando no podía dormir. Todo lo pude ver claramente. El arco de mi crecimiento, los juegos que solía inventar junto a mis hermanos, todo los pude ver y sentir. Pude ver y sentir ahí la historia de mi niñez, de mi infancia, de mi adolescencia, de mi madurez.

»Bajó ante mí otra escalinata. Y volví a subirla. Como si me mirara en un espejo, volví a contemplar los sucesos más íntimos de mi historia. Esta vez eran los hechos de cuando yo era un poco más grande. Vi a un joven que precisamente era yo mismo. Me vi, entonces, cómo robaba caña dulce y banano maduro de finca ajena; cómo escondía un coco del cocotal que no era mío. Todo está grabado, todo está en nuestra historia; y ahí me vi claramente. Y se experimenta ahí un sentimiento intenso e inexplicable. Experiencia de temor y confianza, de pequeñez y grandeza, de tristeza y exaltación…

»Volví a subir otra escalinata tan grande y alta como la primera y la segunda. Volví a subirla. Todo brillaba, todo resplandecía con

tanta belleza que no puedo contarlo exactamente –cantaba ner Sibu.

»Entonces volví a contemplar las partes que conforman mi propia vida. Todos vamos a pasar por ahí. Y es ahí donde nos daremos cuenta de la gravedad, del vacío o de la grandeza y sentido de nuestras acciones en contra o a favor de la comunidad, en contra o a favor de nuestros hermanos; los pequeños y grandes golpes que propinamos; la pereza que sentimos… todo se nos revela y nada se escapa de los ojos de Baba y de Nana. Y nosotros mismos los vamos a ver, los vamos a sentir.

»Volviendo a subir los peldaños, pude observar y sentir los hechos de cuando formé familia, cuando me casé. Los regaños, los gritos y los golpes que propinamos a nuestras esposas están grabados, están vivos como en el mismo día de lo sucedido.

»Así fui subiendo un poco más los peldaños, y llegué al cuarto nivel. En este nivel está grabado todo lo que hicimos con relación a nuestros hijos: el hambre que dejamos pasar a los hijos, las infidelidades, las pocas orientaciones que les ofrecimos…

»Subí un poco más. Esta vez me encontré con lo que hice o dejé de hacer al servicio de la comunidad misma: Se pone ante nuestros ojos el servicio que prestamos a la comunidad. Si somos inaduledi, o muuigar wisid, o sagla, o nele; todos nuestros movimientos, nuestro interés, nuestra pereza, nuestra alegría de servir… se ubican vivamente ante nuestros propios ojos.

»Así fui subiendo y observando los detalles de mi vida: Lo que no pudimos hacer o no quisimos hacer; lo que hicimos mal o lo que impedimos que otros realizaran mejor. Todo se presentará vivo y actual ante nosotros. Lloraremos o reiremos. Y será todo claro.

»Llegué así al último nivel. Todo brillaba, todo era luminoso. En este nivel tuve que gritar cuatro veces. Y allí está Ologin-wilibibbiler. Este trabajó con dad Ibe.

»'Estoy aquí para acoger a los que llegan a Baba, y nadie pasa de largo', me dijo dada Ologinwilibibbiler. 'Y yo fui quien envió gente para acompañarte hasta aquí. Envié ante ti cuatro grandes personas' –decía Ologinwilibibbiler a ner Sibu.

Así cantó ner Sibu en Uggubnega. Las abuelas y los abuelos lo escucharon muy atentamente; y lloraban en silencio por las cosas que escuchaban.

Ologanagungiler

Unnilagwa Baba Nandummadbogwa, sunna nan Ologwadule ganar osulogoe. Gege dule baid we ibmar imagge. Dule Nabgwana wiomalad, na duggin sanwiomala, na duggin gindagmaladi, binsarsunna gwenadgan dummad obomarbali.

Sólo Baba y Nana podrían destruir a la tierra madre. Quien usurpa ese poder y lesiona a Nabgwana, se hace daño a sí mismo y muere, conmoviendo y haciendo llorar a otros hermanos suyos.

Los abuelos formaron numerosos pueblos a lo largo de los brazos de Duilewala. En uno de estos brazos de Duilewala vivió Ibeorgun. Ibeorgun fue un gran maestro y los abuelos aprendieron mucho de él. Aprendieron a mejorar las maneras de protegerse contra las enfermedades, de cultivar la tierra, de hacer buenas chozas, de tomar a la misma choza como símbolo de la comunidad, de vivir en comunidad…

Ibeorgun repetía a los abuelos que lo seguían:

— Ustedes deben mirar muy bien el horizonte. Observen bien el brillo de los relámpagos que hacen distintas rayas en el firmamento. Miren bien la bajada de la neblina a los cerros.

> Miren bien el color que deja la bruma en las puntas de los cerros. Midan la densidad de los distintos colores del arco iris. Estén atentos a todas las voces de la naturaleza.

Ibeorgun murió. Después de él, los ancianos y las ancianas vivieron muy prevenidos. Sabían que algo iba a sobrevenir. Sabían que vendrían grandes hombres a nuestros pueblos, aldeas y caseríos.

En Uggubnega se presentaron los signos:

Ologanagunginele bajó a Uggubnega. Ologanagunginele nació y trajo todo consigo. Trajo consigo el brasero de arcilla que utilizan los nergan, los granos de cacao, el tabaco de las ceremonias. Trajo consigo la flauta de los gamdurgan. Trajo consigo el subbe, el dolo, el swara, el gangi, el sulubgala, el dedgala. Las ancianas que habían recibido las enseñanzas de Giggadiryai lo acogieron. Las ancianas se dieron cuenta de inmediato de que no llegaba un cualquiera a Uggubnega, sino que tenían delante a un gran nele.

Los abuelos no se olvidaban de las palabras de Orgun, que les había ordenado construir buenas jaulas, poner plátanos maduros a siggwi barube, siggwi gogi…

Muy pronto los inadulegan de la comunidad de Uggubnega empezaron a preparar y a educar al niño Ologanagunginele.

A nele Ologanagunginele lo recibieron los abuelos Yala, Neba, Garman, Sidsi; y las sabias mujeres Inar, Agdiggili, Ogir.

A medida que fue creciendo y formándose, Ologanagungiler fue entendiendo, calando y profundizando los distintos secretos de las dimensiones de Olobibbirdili. Ologanagungiler se esforzó por entender la parte baja y posterior de Nabgwana. La parte donde el sol se proyecta por el dorso de nana Ologwadule. Él conoció el espacio profundo de Nabgwana, por donde Baba y Nana dejaron los diversos seres de fuerza clavados para la estabilidad de la madre tierra. Seres fijados (bonisaglagan) con clavos de oro y de plata. Desde ahí Ologanagungiler empezó a ascender, poco a poco hacia Gunasnega, hacia la superficie, hacia la piel de Nabgwana que podemos ver. En la parte trasera –por la espalda oscura de nana Olobibbirgunyai–, Ologanagunginele tuvo una indecible visión. Vio el secreto de la luminaria de los ocho hermanos por la espalda de nana Ologwadule. La llama que encienden los ocho hermanos por la parte posterior de la gran madre. Desde el lomo de

Nabgwana, por su parte oscura para nosotros, Ologanagungiler contempló a los ocho hermanos que se alistaban a proteger a Olobibbirdili, Manibibbirdili, Nabgwana, Ologwadule.

Dijo Ologanagunginele a nuestros abuelos de Uggubnega, de Dubbanega:

— Vi a Ibeler y sus hermanos cambiarse de ropa. Los ocho se pusieron la camisa de color de achiote, color de guerra, y se colocaron sombreros rojos de sangre, *dillagurgina*. Se pusieron el *nisdalimola*, *nisdaligurgina*. Se pusieron *yolinasuba*, *yolinagurgina* y se armaron de arcos y flechas.

»Yo contemplé a dad Ibe y a sus hermanos –afirmaba Ologanagungiler en Uggubnega– y a su alrededor observé a grandes hombres que les sirven de mensajeros, de guardianes, de vigías.

»Todos ellos se armaron con arcos y flechas.

»Dada Olowaibibbiler (Ibeler) enderezó su sombrero de ocho fuerzas. Oller hizo lo mismo. Olowigabibbiler, lo mismo. Olosunnibeler, Buudur, Ologwadgwadule (Ologailibibbiler), Bugasui (Igwaoginyabbiler), y la mujer tampoco se quedó atrás: Olowagli (Olodagigiyai, Olodagigisob) hizo caer hasta los pies su atuendo de guerra, su indumento de combate. Ella se cubrió la cabeza con *yolinamuswe*.

»Allá, detrás de las profundidades de nana Olobibbirdili, por la espalda de ella, grandes monstruos dificultan el trabajo del sol, la faena de Ibeler. Cada uno de los ocho hermanos se preparó entonces para hacerlos frente. Tomaron sus puestos, armados y dispuestos a responder al primer movimiento de sus adversarios. Todo el trabajo estuvo repartido y ninguno tuvo más que otro.

»Bugasui, el hermano arquero que no falla nunca el tiro, tomó su arco y tomó sus flechas de madera fina. Olosunnibeler estuvo listo para dejar amarrados y encadenados a los monstruos enemigos de la madre tierra *(sunnile, sunnile bonigan saegala)*. Y así cada uno de los ocho.

»El olonia y los inmensos tiburones frenan la llamarada de los hermanos que se alzan a calentar y a proteger a Nabgwana. Olobibbirdili se mueve, gira sobre sí, se balancea y avanza. Nana Olobibbirgunyai sonríe girando y ofrece su dorso a los hermanos que resplandecen hechos fuego.

»La nave de oro de los ocho parece moverse, chispea y ruge desde la parte baja, por el dorso de nana Ologwadule. Los ocho hermanos suben a la nave, encienden levemente la espalda de Nabgwana, caldean a sus hermanos más pequeños.

»La nave de los ocho se desplaza lenta y solemne por el dorso de nana Olobibbirgunyai, madre tierra, que gira sobre sí, se agita y se mueve. La madre Olobibbirgunyai, que se voltea pausada, gira y camina, con sus movimientos hace ver a la nave de los ocho como si caminara ligera por el espacio. El trayecto de la nave de los ocho no es fácil. La travesía está llena de monstruos enormes y malignos que impiden a la nave de Ibeler expandir su fuerza y renovar el rostro de Nabgwana.

»El movimiento acompasado de nana Olobibbirgunyai hace ascender firme la nave de los hermanos, por el espacio que cubre el dorso de la madre que gira. Por el movimiento de nana Olobibbirgunasob mis ojos apreciaban así a la nave de los ocho: La nave subía y rugía y no se detenía. La nave de los hermanos proyectó su resplandor en la parte oscura de Nabgwana, la bañó con una luz suave. Salían a su paso seres enormes y monstruosos, y

los hermanos los vencían rápidamente. Los ocho quemaban y fundían a sus contrarios.

»La nave subía, la nave rugía, y los ocho hermanos, con su lumbre encendida, seguían agraciando la cara posterior de la madre tierra.

»El vigor de los ocho llegó al séptimo nivel de profundidad de Nabgwana. Todo tembló estremecido ante su ardor. Su fuerza llegó a Oloaliggabilli, a Olobillidaddalibilli –cantaba Ologana-gunginele a nuestras comunidades de Duilewala.

— La nave de Ibeler subía, la nave de Ibeler se estremecía, la nave de Ibeler irrumpía como torbellino de fuerza y luz. A medida que avanzaba, Ibeler calcinaba a sus adversarios, y su ánimo se transformaba en regocijo y en armonía. Su ímpetu llegó a Oloibenudenengwabilli. Allí Ibeler acarició con su calor los ángulos fríos de Nabgwana, hizo florecer las plantas que viven por la espalda de Olobibbirdili. Y ella se estremeció de regocijo y cantó a su hijo que ascendía.

»Todo sonreía al paso de los ocho que iban esparciendo su luz y caldeando a los hermanos.

Eso decía Ologanagungiler, que había ahondado el recorrido del sol, el recorrido de Ibeler y de sus hermanos, y enseñaba a nuestros viejos de Uggubnega. Y continuaba el gran nele:

— La nave de los ocho hermanos continuó subiendo, continuó sacudiendo todos los ángulos de Nabgwana. Iba subiendo pausado, iba subiendo vigoroso, iba subiendo y repartiendo fuerza, repartiendo claridad. La nave de los ocho llegó a Olodogiabilli, Olonagiabilli (cuarto nivel). La fuerza de Ibeler llegó a Olonuubilli. A medida que remontaba su nave, la luz

ahuyentaba toda oscuridad y las cosas iban tomando imagen, color y vida.

»Así Ibler y sus hermanos subían el sendero combado de la Olobibbirdili, disolvían a sus contendientes y alegraban a nana Ologwadule. La nave no se detenía, la nave seguía sacudiendo a todas las criaturas.

»La nave llegó a Durwanabilli. Todavía no era Gunasnega. La nave encendió el semblante de Durwanabilli. Allí los hermanos fueron recibidos por nana Olodurwanasob. Nana Olodurwanasob está vestida de *durwanamola*, sentada en la *durwanagassi*. Allí las flores se inclinan saludando a los ocho hermanos. La nave de Ibeler agita las flores, las hace cantar.

»Prosiguió ligera, la nave.

»A esta altura el gallo rompió su primer saludo al sol, cantó a Ibeler, cantó a Oller.

»La nave siguió y no se detuvo. La nave seguía repartiendo fuego, repartiendo luz, repartiendo fuerza, repartiendo calor, alentando a los botones de las flores a abrirse.

»El gallo volvió a cantar su segundo saludo. El gallo saludó a Olowigaliler, saludó a Olosunnibeler... Las flores se abrieron más, las flores se movieron, se alegraron. Y la nave no se detenía y Nabgwana, nana Olobibbirgunyai se movía, giraba, danzaba complacida.

»La nave de Ibeler todavía no había llegado a bañar con su luz la cara de Nabgwana donde estamos y la vemos y la tocamos, pero ya su calor la estremecía.

»El gallo volvió a romper su tercer saludo. El gallo cantó a Buudur, cantó a Ologwadgwaddule.

»La nave seguía animando la naturaleza, seguía despertando los árboles robustos. La nave seguía entre las flores.

»El gallo volvió a estremecer los rincones de Olobibbirdili. Esta vez el gallo cantó a Bugasui. El gallo cantó a Olowagli. El gallo cantaba al amanecer, el gallo cantaba a la aurora, el gallo estremecía la naturaleza. El gallo cantaba al abrigo del calor de Ibeler, que venía subiendo, que venía regalando fuego, regalando luz, regalando movimiento.

»La nave de Ibeler empezó a asustar las sombras que cubrían la cara de la madre tierra que vemos. Las sombras se asustaban y buscaban los rincones para esconderse.

Ologanagungiler informaba así a las comunidades de Duilewala sobre la travesía de Ibeler, sobre lo que él había profundizado en torno a Nabgwana.

Y continuaba diciendo Ologanagungiler:

— Ibeler no desampara a la madre tierra. Ibeler la protege, la despierta suavemente y la abriga con su fuerza y su calor. Ibeler no ha concluido la guerra. Los ocho hermanos siguen defendiendo a Ologwadule.

»La nave de Ibeler prosiguió su camino. La piel de Olobibbirdili se conmovió. Nana Olobibbirgunasob escuchó la suave risa de sus hijos desde la nave. Nabgwana sonrió. Ologwadule abrió sus brazos para estrechar a sus hijos.

»El gallo cantó a Olowagli, cantó a Bugasui, y se asomó lejano el fulgor de la nave de los ocho hermanos. Las sombras se agitaron y buscaron sitio donde ampararse.

»Entonces Ibeler llamó de lejos a nana Gabsus, que envolvía suave a Ologwadule, madre tierra, con su red oscura. Ibeler llamó a Gabsus, madre noche, y le dijo con afecto y delicadamente: '¡Nana Gabsus, nana Gabsus, déjame cuidar ahora de mis hermanos! Me toca cuidarlos y guiarlos. Me toca a mí despertarlos y entregarles el trabajo'. Nana Gabsus le responde conmovida y muy triste: '¡He protegido a tus hermanos, mis nietos y mis hijos! Los tuve bajo mi sombra con mucho cariño. No los expuse a ningún sobresalto. Los tuve entre mis brazos, les acaricié a todos la frente y descansaron muy tranquilos, mientras tú caminabas calentándonos suavemente, haciendo brotar las semillas de las flores. Te entrego a tus hermanos. Los dejo en tus manos. Por favor, trátalos con cariño; no los asustes. Yo volveré a recogerlos cuando tu nave deba proseguir por la curva del camino. Cuando los recoja de nuevo, ¡devuélvemelos fuertes y sanos!'.

»Nana Gabsus se entristecía y lloraba. Se resistía a dejar a los niños que ella había cuidado tiernamente en su oscuridad.

»Olobibbirgunasob sonríe. La madre tierra clama y celebra la vuelta de los ocho hermanos, sus hijos queridos: 'Estos hijos míos vienen a repartir la comida a todos sus hermanos menores, desde los más pequeños, que no tienen dientes hasta a aquellos que asustan con sus colmillos. Mis hijos no miran a quién, y reparten su luz a todos por igual. No son nada mezquinos. Este gran Ibeler es generoso y se entrega a todos sus hermanos. ¡Vayan con él, tomen su fuerza, sigan su consejo!', grita Nabgwana a todos sus hijos menores.

»'¡Ibeler pone delante de mí una mesa de oro, una mesa de plata!', canta Nabgwana ante los rayos dulces de la nave de Ibeler. 'Ibeler y sus hermanos cubren la mesa ante mí con una linda tela blanca. Me colocan sobre la mesa la vasija de arcilla roja, el plato de arcilla parda. Ibeler me sirve la mesa y me viste el mejor vestido', sigue cantando la madre tierra.

»Y prosigue: 'Este hermano mío y este hijo mío, Ibeler, reparte y prepara la mesa a mis hijos animales, plantas, gusanos, pajaritos, moscas; y a toda criatura. Mi hermano, mi hijo reparte comida a sus hermanos. Él pone su mesa en los charcos, pone su mesa en la espesura de la selva, pone su mesa entre los manglares, pone su mesa entre las copas de los árboles', musita Nabgwana ante la nave de Ibeler y sus hermanos que va subiendo e irradiando el horizonte.

»Los jabalís, los monos, los tucanes, todos se sacuden ante el canto de tierra madre y ante la fuerza de la nave de los ocho hermanos.

»Entonces desde la copa del árbol se escucha el canto del pavón: '¡Yalaseggulii, yalaseggulii!' El pavón canta a la comida y a la armonía que regalan dad Ibe y sus hermanos.

»'Mi hermano sube compartiendo alimentos. Reparte su comida a los gorriones, a los tapires, a las personas, a las plantas, a las cotorras, a los gorriones, a las cigüeñas. Para cada uno mi hermano dispone de una mesa, de un plato fino de arcilla de oro, de una vasija fina de arcilla de plata', corea el pavón en la copa del árbol.

»En la fronda del árbol el pavón vuelve a cantar. Todas las aves del bosque empiezan a desperezarse. Se desperezan los vientos, las cigarras, los pericos, los titíes, los cangrejos…

»El gran Ibeler siembra movimiento, siembra vida; y hace cantar a las aves, que claman y silban a su esplendor, a su nave que avanza radiante.

»Los animales de las selvas cantan al sol (Ibeler) y se animan diciendo: '¡Que el hermano Ibeler no te sorprenda dormido! ¡Que el hermano Ibeler no te sorprenda con la cabeza baja! ¡Con la cabeza baja no se recibe al hermano: se le debe acoger con la cabeza levantada! ¡No somos criaturas que se ocultan detrás de la sombra!', se alertan los animales y todos los hijos de Nabgwana.

»Ibeler reparte trabajo a todos; a nadie deja sin trabajo. A cada hijo de Nabgwana entrega su trabajo; a cada uno lo pone en su campo, en su finca. ¡Nadie puede quedarse durmiendo!

Eso cantaba Ologanagungiler a nuestros padres, a nuestros abuelos, en Uggubnega.

—»Nana Ologwadule, al despertar sus hijos, canta y musita a todos, suave y profundamente: '¡Hijos míos, hijitos míos, tengo los pechos cargados! Tengo los ocho tipos de leche que les invitan a acercarse. Mis pechos, hijitos míos, no son sólo para las plantas, para los arbustos, para las aves. Mis pechos son para todos. Yo no privo a nadie de mis pechos abundantes. ¡Vengan todos, hijos míos, a saciarse!', susurra Nabgwana al calor y al destello que riega la nave de Ibeler.

»Sigue cantando Nabgwana y dice: '¡Hijos míos, déjenme cuidar sus maizales, déjenme abrazar sus cacahuales, sus cañaverales! ¡Quiero darles plátano asado, quiero darles leche, quiero darles vida!', canta nuestra madre tierra cada vez que se asoma la nave de Ibeler a su puerta. Y todo se agita, todo recobra color, todo se llena de vida.

»Al canto de la madre responde el maíz, responde el cacao, responde la caña, responde el plátano… De lejos se escucha el canto del maíz, que dice: '¡Andi ologwagwadolaye!'

»'¡Vengan, hijos míos, déjenme cuidar sus platanales!', canta Ologwadule. Se escucha de lejos el canto de los racimos de plátano, que dicen: '¡Andi olonubirdola, maninubirdola!'

»Nana Oloiiddirdili prosigue cantando, reclamando, invocando: '¡Vengan, hijos míos, déjenme cuidar sus fincas de ñame, sus fincas de otoe!' De lejos, sintiéndose reclamados, el otoe, el ñame… responden suavemente a la tierra madre: '¡Andi olosanadola, manisanadola!'

»Nabgwana canta. Ella reclama, ella sonríe, ella abre la boca llena de vida. Ella, junto con la nave de los ocho hermanos, despierta a sus hijos, los alienta, los motiva a trabajar.

»El pavón continúa cantando en la copa del árbol: '¡Yalaseggulii, yalaseggulii, Inanargigginele be nana dosa, seggulii, mmm!'

»El pavón repite su canto. Y su canto es el mismo de aquella vez, cuando Ibeler y sus hermanos buscaban a su mamá. Ahora que sube la nave de los ocho, vuelve a repetir su canto. Vuelve a recordar su canto a todos los hijos de Olobibbirdili.

»El pavón recuerda, llama y canta a Ologwadule. Canta a los huesos de nana Gabaryai, que quedaron dispersos por los ríos. 'De nuevo hay que recogerlos', canta el pavón. Esta vez los huesos de la madre son los yucales, los platanales, los maizales, los cacahuales… que hay que extender. '¡Vistamos de verde profundo, de verde claro, de verde oscuro a mamá tierra!', canta el pavón.

»Así, al paso de la nave de Ibeler y sus hermanos, el pavón vuelve a recordar al hombre su canto de vida. Su canto llega a los cerros, llega a los ríos, llega a los valles, llega a los mares, llega a todos los recovecos de la tierra madre.

Así enseñaba Ologanagungiler a nuestros ancianos en Uggubnega, en Dubbanega. El gran nele enseñaba cómo todo se despertaba y tomaba vida al asomarse la nave de los ocho. Cómo Ibeler cuidaba de su madre y hermana tierra, cómo la protegía, y cómo la hacía vestir de verde y hermosa, cómo le daba vida animando a cada hermano desde los más pequeños gusanos que se mueven debajo del fango hasta las personas; desde las algas pegadas a una piragua hasta los árboles más frondosos y robustos.

Entonces en Uggubnega los ancianos, las abuelas trabajaron la tierra, cultivaron el plátano, regaron la semilla de maíz, enterraron las semillas de otoe, de ñame. Alegraban y vestían así a Nabgwana.

Luego Ologanagungiler emprendió y profundizó otro de los aspectos de Olobibbirdili. Y emprendió de nuevo su camino hacia las nuevas dimensiones de la madre tierra.

Y decía Ologanagungiler:

— Entonces me encontré con nana Olodurwanasob. Ella está vestida de *olodurwanamola*, y se mece en *durwanagassi*.

»'Aquí estoy', me dijo nana Olodurwanasob, 'para cuidar los árboles, para repartir los alimentos a los hijos que crecen verdes sobre mí. Yo riego las plantas y las alimento, les hago mover las hojas; y son mis hijas. Baba y Nana me lo han ordenado así. Protejo a las plantas, a los árboles, porque ellos, a su vez, atraen la lluvia, reclaman el agua y dan humedad a mis otros hijos, y proporcionan frescura a todos. Si no los cuido, si no los alimento, si no los limpio,

mis otros hijos morirían también. Los árboles no darían sus frutos, se secaría todo. Por eso reclamo a *olodinansaggi*. Todo está conectado, todo está vinculado. Así lo quiso Baba y así lo quiso Nana'.

Ologanagungiler enseñaba así a nuestros ancianos. Ologanagungiler alertaba a los ancianos y ancianas a hacer bien sus trabajos.

¡Cada árbol esta trabajando, cada planta está trabajando, cada arbusto está trabajando, cada animal está trabajando, y nos están ayudando a vivir! ¡El hombre no puede quedarse atrás, no puede quedarse atrás porque moriría! –enseñaba Ologanagungiler a los ancianos de Uggubnega.

Ologanagungiler volvía a enseñar a los viejos de Dubbanega y decía:

— Los frondosos y altos árboles cantan de nana Ologwadule y recuerdan su espíritu. Invocan su nombre, y dice uno de ellos: 'Yo crecí entre muchos peligros. Mi mamá tierra me cuidó con mucha ternura. Ella sabía de mi debilidad, ella sabía de mis temores. Ella me cubrió con su fina red y me escondió en sus entrañas hasta tanto que yo pudiera levantarme por mis propios pies. Ella me dio su leche para hacerme robusto, ella me dio cariño y me acariciaba a cada momento. ¿Y cuáles eran mis enemigos entonces? Eran mis propios hermanos, que giraban y buscaban su alimento. Los machos de monte, los turpiales, los puercos de monte, los cangrejos, los gusanos… giraban a mí alrededor, pero mi madre me cuidaba, me protegía, escondido en su seno. Así, y sólo así, pude levantarme, pude hacerme fornido y alto', canta uno de los árboles altos y frondosos.

»'Me hice joven', continúa cantando el árbol, 'y pude entonces comprender muchas cosas. Cosas que me había enseñado mi mamá tierra, cuando era muy pequeño y débil todavía.

»'Ahora puedo ver a muchos de mis hermanos, más bajos que yo y que están debajo de mí, que crecen bajo mi sombra, que me necesitan también para crecer. Eso era lo que me decía mi mamá tierra. Ella me susurraba al oído que yo después la ayudaría haciendo crecer a otros hermanos, dando de beber a otros hermanos, ayudando a construir la casa de otros hermanos. Y siento fuerte la presencia de mi madre, que me cubre, que me anima y me quiere sano'.

Ologanagungiler enseñaba así a nuestros ancianos, a nuestras ancianas en Uggubnega. Y continuaba enseñando todavía más, y decía:

— Un día los árboles de la selva quisieron hacer una gran fiesta. El igwawala, el isberwala, el naggiwala, el nabawala, el uggurwala… quisieron celebrar el gran día de Nabgwana. Los árboles escogieron la estación seca para la fiesta. Los árboles convidaron a los machos de monte, a los monos, a los conejos pintados, a los pericos, a los venados, a las hormigas, a las lombrices, a los sapos…

»Los árboles dijeron a todos sus hermanos: '¡Vengan! Vengan a comer, vengan a beber, vengan a recostarse bajo nuestras sombras. Les tenemos todo preparado. Tenemos los frutos que ya nos doblan los brazos, tenemos riachuelos muy cerca de nuestras raíces, tenemos todo lo sabroso para ustedes. ¡Vamos a celebrar el espíritu de nuestra mamá tierra!'

»Los árboles hicieron llegar su mensaje a Olowelibler, a Olomurggubbiler, a Oloaliginya, a Olosiggaliler, a Ologugniggaliler… y les dijeron que vinieran con sus comunidades.

»Entonces llegaron muchos animales a los árboles que convidaban. Unos bajaron a sus ramas, otros se acercaron a las hojas más tiernas, algunos esperaron la caída de las semillas. Todos comieron. Todos se alegraron. Todos cantaron.

»A media noche bajaron las madres cotorras, las madres pericas, las madres canarias… a comer, a danzar, a alegrarse también en la fiesta de los árboles. Entonces también aparecieron otras grandes madres. A media noche bajó nana Oleyai. Se arrimó nana Olesob.

»Nana Oleyai habló a los hermanos emplumados. Habló a las aves, a los que trazan el sendero encima de sus hermanos, a los que cantan encima de la cabeza de los hermanos…

»Oleyai les dijo: 'Baba los hizo con alas; Nana les permite volar de árbol en árbol y medir la altura, y no se llenan de lodo. Baba y Nana los hicieron limpios, con plumajes radiantes. Pero ¡no se olviden de que debajo de ustedes viven otros hermanos, tan dignos como ustedes! ¡Antes de comer, miren siempre hacia abajo y no se olviden! ¡Antes de meterse un pedazo de comida en la boca, miren quiénes están debajo de ustedes! ¡Y observen con cuidado a los que deben enfangarse y embarrarse para poder comer! ¡Déjenles comer también a ellos!'

»Entonces nana Oleyai les hizo bajar los ojos a todos y todos miraron hacia abajo. Todos miraron a los puercos de monte, a los conejos pintados, a los gusanos, a las hormigas, a las tarántulas; y les dejaron caer comida. Las cotorras dejaron caer comida, troceando con sus picos, a las hormigas, a las arrieras, a los ñeques. Las aves más grandes movieron las ramas y dejaron caer las frutas

maduras y suaves para los venados que no tienen dientes. Y así todas las aves. Desde arriba las aves dejaban caer la comida para los que no podían llegar a las ramas; y todos gozaron de la gran fiesta. '¡Nadie puede comer solo! ¡Todos nos tenemos que dar la mano! ¡Todos somos hijos y nietos de la madre tierra!', cantaron los animales de la selva en la fiesta de los árboles.

Ologanagungiler cantaba así a los abuelos, a las abuelas de Uggubnega.

— Por eso los pequeños –decía el nele a los ancianos– son los que deben comer primero. Ustedes deben dar de comer primero a los niños, y luego a los grandes. Después de los niños, deberán invitar a los saglagan, a los suwaribgan, y no antes de los niños –enseñaba Ologanagungiler a nuestros abuelos en Uggubnega, en Dubbanega.

Ologanagungiler también enseñó así a los abuelos:

— Cuando estuve en Olodurwanabilli seguí los consejos de nana Olodurwanasob. En su morada me encontré con los *didisdulegan*, *segadulegan*, *diordulegan*, *aggwaserdulegan.* Son comunidades de gente muy trabajadora. Todos trabajan en el cultivo de la tierra. Dueños de grandes platanales, de cañaverales. Cuidan muy bien su terreno, lo dejan todo limpio, sin ninguna basura tirada. Uno de sus jefes se llama Olodisliginya (arriera), Manidisliginya, Igwadisliginya, Inadisliginya. Constituye el segundo nivel. Hay grandes comunidades y todas con sus respectivas autoridades. Todos siguen las órdenes de sus jefes. Tanto cazadores como leñadores, todos obedecen a sus jefes.

»En el tercer nivel de profundidad de Nabgwana está la morada de palomas: Olonuubilli. Dueñas de grandes extensiones de fincas de plátanos.

»Proseguí y llegué al cuarto nivel. Llegué a Naggibilli, Olodogiabilli. Madres muy venerables cuidan el sitio. Yo vi a nana Oloimbaliyai, Maniimbaliyai, Inaimbaliyai, Igwaimbaliyai.

»Me encontré también con nana Ologiwigalisob, Manigiwigalisob, Inagiwigalisob, Igwagiwigalisob. Ella me indicó la ruta por donde debía continuar.
»Por el camino que me fijaron, me encontré con otra madre, y ella se mecía en la hamaca. Y allí me dijeron que era el sitio de las flores vivas. Entonces contemplé a millares de flores que parecían pájaros, que parecían gorriones, que parecían colibríes… Se movían las flores; y todas ellas estaban vivas.

»La madre que estaba puesta en la hamaca me dijo que ella estaba ahí porque Baba y Nana habían querido ordenar así las cosas.

»Esa gran madre me llamó –decía Ologanagungiler a los abuelos en Uggubnega–, y ella me dijo: 'Baba y Nana han creado el *negadirbinaidi*. Cuando Baba y Nana quisieron formar a nana Ologwadule, la quisieron muy segura y muy firme y muy compacta y muy hermosa. Para eso Baba y Nana amarraron primero columnas macizas de oro, columnas macizas de plata para sostener las bases de la casa de Nabgwana. Baba y Nana construyeron para Nabgwana una inmensa choza de oro, una enorme choza de plata.

»'En la mitad de la gran choza de oro Baba y Nana colocaron una hamaca grande de oro, una hamaca grande de plata. En la hamaca acomodaron a la tierra madre. Para la choza de oro Baba y Nana utilizaron postes macizos, bejucos de oro, bejucos de plata. Y fijaron muy firmes los palos transversales, los palos pequeños y

macizos, todos amarrados con los bejucos de oro, con los bejucos de plata. En los palos transversales de oro, vigilando los cuatro puntos cardinales, Baba y Nana colocaron cuatro animales de oro, el jaguar de oro, el jaguar de plata; el gato de oro, el gato de plata; el águila de oro, el águila de plata; el halcón de oro, el halcón de plata. El jaguar era tan grande como un tapir. Y así los otros animales'.

»Los animales guardianes de la madre tierra van a agitar las entrañas de toda la creación cuando los hijos de nana Ologwadule rehúsen su compromiso con ella. Cuando los hijos de Nabgwana rompan con las normas de Baba y de Nana y destruyan la armonía entre todos los seres, entonces, el jaguar de oro se moverá, y toda la choza de la madre tierra se sacudirá, y vendrán los cataclismos, la ruina, el dolor, la muerte, el fuego. Eso sucederá cuando los hijos de Olobibbirdili ya no sean capaces de reconocer quiénes son sus creadores, cuando empiecen a transgredir las normas de convivencia en la familia, en el universo.

»Cuando los varones y las mujeres, hijos de la madre tierra, –decía Ologanagungiler–, empiecen a provocar el movimiento del jaguar, del gato, del águila y del halcón, todo se moverá. Los varones y las mujeres se pondrán de cabeza y perderán la conciencia; se desnudarán, creyendo hacer reír mejor; bailarán cabeza abajo y no se darán cuenta; estarán como ebrios, mareados. Despertarán a los tiburones, a las rayas, a los cocodrilos, a las ballenas. Aquellos monstruos que no viven cerca de las costas se arrimarán. El miedo, el terror invadirá los rincones de la tierra cuando provoquen al jaguar, al halcón, al gato, al águila a levantarse.

»Los movimientos de los animales de oro colocados a los cuatro costados de la madre tierra equilibran el universo y defienden su armonía. Por eso, recaerán desastres sobre quienes los provoquen, sobre sus hijos y sus nietos. Llorarán los pájaros, llorarán las

iguanas, los gusanos, las mujeres, los varones, los niños, las rocas, los renacuajos… Saldrán asustados de sus nidos los alacranes, los ciempiés, las serpientes. Vendrán los terremotos, los maremotos. Subirán las aguas de los ríos, de los mares. Se abrirán grandes grietas sobre la tierra y se tragarán a mucha gente…

»Todo está conectado con Nabgwana. Hilos de oro e hilos de plata caen de la hamaca de la madre tierra como una fina red. Nabgwana rechaza de su seno a los que no siguen las normas de Baba, las normas de Nana, a los que no respetan sus límites e invaden los terrenos de otros hermanos, a los que no quieren la armonía y piensan sólo en dominar a los demás con el caos y la muerte.

Ologanagungiler decía a nuestros ancianos:

— Nana Ologwadule está fundamentada sobre varias capas (billigan), la madre tierra está cimentada sobre el oro y la plata. Está cimentada sobre *esnunsagla* (cobre), *esgorosagla* (hierro), *gwingwasagla* (plomo), *gwingubsagla* (pólvora), *ibesagla* (roca), *ausagla* (piedra), *nabsaasagla* (arcilla); y esos elementos también conforman sus niveles. En cada uno de los niveles Baba y Nana construyeron a la madre tierra su morada; y dentro de su choza dejaron, vigilando los cuatro puntos cardinales, al jaguar, al gato, al águila y al halcón. Cada materia, cada elemento que han empleado Baba y Nana al crear a Nabgwana, tienen su utilidad claramente diseñada. Nada está sobrando. Todo está unido y todo está acoplado.

»Nabgwana está fundada sobre bases muy sólidas y firmes. Todos aquellos hijos que rechazan su armonía y la quieren destruir, reciben duras sanciones. Sólo Baba y Nana podrían destruir a la tierra madre. Quien usurpa ese poder y lesiona a Nabgwana, se hace daño a sí mismo y muere, conmoviendo y haciendo llorar a otros hermanos suyos. Baba y Nana no destruyen nada de lo que

han hecho. Cuando crean algo, lo perfeccionan, lo hacen cada vez más hermoso.

Así enseñaba Ologanagungiler, y pasaba su mensaje a los ancianos y a las ancianas de Uggubnega, de Dubbanega.

— El gato de oro también equilibra, custodia y sigue los movimientos de los hijos de Nabgwana. Los cuatro animales están puestos de tal forma que cada uno vigila su punto cardinal. Nada se les escapa. El águila de oro está mirando hacia donde sale el sol, y en la parte opuesta está el halcón de oro. Mirando al norte está el jaguar de oro, mientras en la parte opuesta, listo para dar el zarpazo, está el gato de oro. Todos están amarrados con hilos de oro, con hilos de plata.

»Los cuatro animales de oro miran hacia los cuatro puntos cardinales. Cada uno vigila horizontes diferentes del universo. Los hijos de la madre tierra viven en diferentes puntos cardinales. Por eso Baba y Nana han colocado así a los guardianes de Olobibbirdili. Nada se escapa a su vigilancia; y cada hijo de la madre tierra recibe su respuesta de acuerdo al cumplimiento de las normas de Baba y de Nana con relación al cuidado y a la armonía para con Nabgwana.

Ologanagungiler nos reveló también que además de Abiayala, otras enormes islas habían surgido de nana Oloiddirdili. Que algún día llegaría, a nuestras costas, mucha gente de esas islas, que no nos dejaría dormir tranquilos.

Así enseñó Ologanagungiler a los abuelos. Y los abuelos nos dejaron el mensaje.

Olonagegiryai

¿Anmar, bunmala, bemarba ise marwale be dagmarsi? ¿Dulaseedsig, ibugi be angi obinmarsunna?

¿Acaso las mujeres somos menos que ustedes? ¿Y en qué me ganan ustedes para dirigir al pueblo?

Los abuelos vivieron detrás de esos cerros que vemos desde nuestras pequeñas islas. Y allá, por donde nace el sol, corren muchos y grandes ríos; y en sus aguas se bañaron nuestros padres por muchos y muchos años. Esos ríos corren en Abiayala. Y esos ríos se comunican mutuamente y llegan hasta galu Digun.

Les voy a hablar ahora de un sitio y de un río donde nuestras ancianas y ancianos revelaron su sabiduría y nos la comunicaron. La aldea es Uggubnega, Dubbanega. Y en Uggubnega enseñó Olonagegiryai al pueblo.

Olonagegiryai fue una gran mujer. Ella conoció y recorrió muchos galugan. Ella comprendió el comportamiento misterioso del *aggwanele*. Ella aleccionó a los ancianos en las maneras de acercarse al *aggwanele* y de recogerlo.

— Primero deben bañarse muy de madrugada, luego pasar a la orilla del río; y ofrecer un gesto de respeto y veneración al aggwalele. Hacia las horas del mediodía hagan lo mismo. Así cuatro días. Lo sahúman muy bien y lo levantan –decía Olonagegiryai a los ancianos de Uggubnega.

Ella podía enseñar todo esto porque había aprendido en los grandes galugan y era amiga de los mismos aggwanelegan.

Olonagegiryai dio a conocer todos los tipos de aggwalele y las formas diversas de recogerlo. Los inadulegan las siguen practicando; y los nelegan los siguen usando.

Olonagegiryai, como una gran nele, profundizó los aspectos de nana Ologwadule desde los galugan:

Bajó a Dedibegun Galu. Y ahí conoció a gente de estatura más baja que la nuestra, que llevan al cuello un cráneo de *dede*. Gente muy buena, que canta, que piensa en Baba. Gente que vigila un gran río y extensos platanares. Gente que mantiene limpias sus fincas, con sembrados muy protegidos.

Olonagegiryai también bajó a Olodeddorgalu. Y ahí conoció a un pueblo cultivador de la tierra; dueño de otoe, de yuca, de plátano; conocedor de técnicas de cuidado de la tierra y muy organizado. Olonagegiryai dice que ahí casi no sopla el viento. Y ella pensaba traer los métodos de siembra, de organización sobre la madre tierra, sobre nuestra Nabgwana.

Olonagegiryai bajó también hasta donde Nabgwana presenta su curvatura parecida a la base de una tinaja, galu Meddesorgiid. Ahí vio a gran multitud de personas blancas y limpias como el mismo algodón, como la neblina fría. Gente de pelo liso y largo, como hilos de algodón. Un pueblo de anchas, rectas y largas calles donde

ondean largos flecos de tela de algodón. "Y esos flecos", dice Olonagegiryai, "simbolizan y son signos de las veces que una comunidad manda a sus saglagan a hablar y cantar sobre Baba. Cada vez que se entrecruzan los mensajes de Baba y Nana, se alza la tela de algodón en la comunidad de galu Meddesorgiid".

La gente de galu Meddesorgiid es cultivadora de algodón. Varones y mujeres trabajan en las plantaciones de algodón. Ellos conocen diversos tipos de algodón y los llaman según sus formas: *yarduaubsan*, *googoubsan*, *naruniubsan*, *diruniubsan*, *welagiubsan*, *gibduleubsan*. Esas matas de algodón dan flores de un tamaño parecido al de un sombrero. La gran mujer, Olonagegiryai, también conoció otros tipos de algodón: yarmoroubsan, suggunugalaubsan, nusuubsan. Esos tipos de algodón no son como los que tenemos aquí. El algodón que conoció Nagegiryai no necesita sacudirse para hacer caer las semillas. Cuando se seca, las semillas caen solas. Y los copos de algodón van cayendo al suelo una pegada a la otra, hasta formar un montón de fibras blancas que llega a la altura de la rodilla.

Olonagegiryai no sólo decía lo bonito que veía en los galugan. Nuestros padres también escuchaban de esta gran mujer los males y los errores que se cometían en esos galugan. Olonagegiryai quiso traer la semilla de los diversos algodones que había visto, pero nacieron los recelos en los nelegan varones de la aldea. Ella, por ser mujer, pudo entrar en los galugan vedados a los varones, pudo profundizar los detalles más femeninos de nana Ologwadule, de nana Olobibbirdili.

— Padres míos, ancianas mías, –decía Nagegiryai en Dubbanega– fue entonces cuando surgió la envidia, los celos. Los grandes nelegan aquí presentes, cuando supieron que yo aprendía en otros galugan, que bajaba y subía las diversas profundidades de la tierra, quisieron cerrarme la vía. Empezaron a impedirme

entrar a los grandes galugan. Me impidieron traer la semilla de yuca a la superficie de la madre tierra para extenderla. Mi intención era subir a la superficie de Nabgwana los avances y las maneras de perfeccionar las cosas que yo veía.

Más tarde nana Olonagegiryai emprendió otro conocimiento mayor. Esta vez llegó hasta el sitio de *sabbimola narmaggaled*. Olonagegiryai encontró ahí los árboles atractivamente pintados; sus tallos, sus hojas diseñados con finas figuras de colores, con formas que nos ofrece Nabgwana. Ese galu fue visitado varias veces por Olonagegiryai. Cada vez que llegaba, subía y bajaba por ese galu, ella aprendía nuevos diseños, nuevas formas de árboles pintados y dibujados. Luego llegó a la pintura y al diseño en el cuerpo de las jóvenes mujeres. Un poco más tarde se le presentaron los peñones pintados. Ella trajo los diseños a nuestro pueblo. Ella elaboró los finos dibujos de la mola. Pero en esta etapa también encontró muchos celos por parte de los nelegan varones.

Y ella, puesta en medio de la gente, sin miedo, hablaba así:

—Ustedes, grandes nelegan, me impiden traer el arte a nuestra

> gente. Ustedes se tienen por más fuertes, y no consienten que yo haga el bien a la comunidad. Pero ustedes son pocos; y hay aquí, entre nosotros, ancianos que siempre me han defendido, dad Ulinia, dad Yermoga, dad Sidsi, muu Inar, muu Agdiggili, muu Ogir. Ellos me dan el brío y la seguridad para seguir conociendo de cerca los diseños, las figuras que me ofrece el galu donde no entran ustedes.

»Llegué a galu Dugbis. En este galu han quedado todos los diseños, todo lo curioso y lo bonito que elaboraron nuestros abuelos, nuestras abuelas antes de esta generación.

»Hermanos y hermanas, nuestra tierra ha sido saneada y limpiada cuatro veces: pasó el ciclón, que terminó con la primera generación de nuestra gente, y era Galib entonces la autoridad; vino la oscuridad, que acabó con todos nuestros padres, y era entonces Garban el hombre que guiaba al pueblo; pasó también el fuego en el tiempo de Olodubyaggiler; y al final llegó dad Agban, y en esa época Baba y Nana lavaron a nana Ologwadule con el diluvio, con el maremoto, y nuestros abuelos pasaron esa historia. Luego vino Ibeorgun, y estamos viviendo en su tiempo.

»El arte, los diseños, lo hermoso que elaboraron los abuelos y las abuelas de esas generaciones pasadas, han quedado en galu Dugbis. Todos ellos constituyen el tesoro de nuestro pueblo, nuestras joyas, nuestras alhajas.

Nana Olonagegiryai no aprendió inmediatamente todos los diseños, sino a medida que fue profundizando los diversos aspectos de la madre tierra. Galu Dugbis es el último, donde realmente vio las figuras, los diseños recogidos. Es como la memoria de lo que elaboraron las generaciones pasadas de los abuelos, de las abuelas. Ahí nació la mola de nuestras mujeres. Ahí nació la *wini*, *dinanwini*. Se recogieron entonces, las pequeñas semillas de diversos colores,

y las abuelas aprendieron a enlazar y entrelazar las diferentes semillas y sacar de ahí figuras para adornar las piernas. Diversas molas para protegerse y adornarse como mujer.

Ya las ancianas, los ancianos sabían los nombres de los tinajones de arcilla, de los braseros, porque ya Ibeorgun les había enseñado y nombrado, junto con la otra gran madre, Giggadiryai. Olonagegiryai vino a perfeccionar, a diseñar, a refinar el arte de Giggadiryai; y enseñó a nuestros padres en Uggubnega. Así Olonagegiryai llamó a todas las ancianas del pueblo y empezó a instruirlas. Se sentaba en la mitad de la hamaca, se peinaba suave, y hablaba fuerte. Empezaba a cantar sobre nuestro origen, sobre la madre tierra, sobre lo que realmente acontece entre los hombres, las plantas y Nabgwana.

Tomaba el caso del bejuco.

— El bejuco sale ondeando por los tallos de los grandes árboles –decía Nagegiryai– y desde las alturas empieza a llorar, a gemir 'nanabibiye, nanabibiye', y la madre, nana Ologwadule, le grita desde abajo: '¡Edsarye!', y el bejuco cae confiado y silencioso sobre su regazo. La madre tierra brinda confianza a todos. Es la serenidad de lo creado por Baba. Por eso, cuando el bejuco cae a tierra, se vuelve duro, resistente, porque Nabgwana lo abraza y le da su consistencia.

»Así venimos nosotros, así nos movemos todos –cantaba Nagegiryai–. Todos venimos de sabbibenega. Desde allá arriba empezamos a llorar y a gritar 'muubibiye, muubibiye; nanabibiye, nanabibiye'. Buscamos seguridad, buscamos confianza. Y nuestra gran madre Nabgwana nos ha gritado '¡edsarye!', ven, hija, ven, hijo, a mis brazos. Nuestra gran Nabgwana nos ofreció sus pechos, nos respondió 'edsarye'. Cada vez que lloramos allá, en sabbibenega, ella nos motivaba a bajar, dándonos seguridad. Así

llegamos a su seno… Lloramos cuando somos niños, y nuestra mamá nos conoce de acuerdo a nuestros vagidos.

Nana Olonagegiryai no sólo enseñó y perfeccionó los diseños de la mola o de wini. Ella enseñó igualmente las maneras de llevar el hogar; el sentimiento de los hijos con relación a sus padres.

¿Cómo callar ante los grandes nelegan cuando necesitaban corrección? Y habló y cantó en onmaggednega. Los ancianos la escucharon; la respetaban y la temían. Ella hablaba fuerte y decidida. No callaba cuando veía que sus guías iban por el camino equivocado.

Olonagegiryai fue muy valiente ante todos los nergan. Olonagegiryai se sentó en la hamaca de la gran choza de onmaggednega, ogaryagunnega. Ella fue sagla. Olonagegiryai se sentaba de lado en la hamaca central, con su pelo largo que le caía por la espalda, cantaba el babigala. Ella defendía a los más débiles de la comunidad. Olonagegiryai decía a los grandes nelegan que corrompían al pueblo viviendo con varias mujeres:

— Nelegan, ustedes se han desviado del camino recto que exige el pueblo a sus dirigentes. Ustedes están tomando varias mujeres por esposas y haciendo sufrir a los más débiles y a los enfermos que llegan donde ustedes para recibir el mensaje de Baba, el mensaje de Nana. Yo soy una mujer, ¿y acaso ustedes son más que yo y más que todos, para dominar y tener cuantas mujeres quieran? ¿Acaso las mujeres somos menos que ustedes? ¿Y en qué me ganan ustedes para dirigir al pueblo? Ustedes, autoridades de esta comunidad, están dando mal ejemplo a los que quieren seguir el babigala. Ustedes se han desviado por el mal camino, y ya no pueden hablar de Baba al pueblo; sus palabras salen manchadas.

Así la abuela Olonagegiryai cantó el babigala y aconsejó a los grandes nelegan en Duilewala. Nagegiryai fue una gran mujer que perfeccionó las obras de Giggadiryai.

Buna Nelegwa Nelegwa

Nan Ologwadule, unnilagwa magasar iddolege, nanye soglegedsig.

Nana Ologwadule solamente puede ser entendida desde nuestra realidad de mamá.

Nuestras tierras eran tierras donde crecían plátanos de tallos rojos. Los sembrados, siempre verdes, hablaban de la fertilidad de la tierra. Eran tierras muy ricas, muy buenas. Eran tierras regadas por el gran Duilewala. Detrás de esas montañas altas que vemos desde estas islas, corren grandes ríos que fueron testigos y hermanos de nuestros mayores. Nuestras abuelas lavaron la ropa en sus aguas. Allá vivieron los abuelos; y allá se quedaron nuestros campos, nuestras tierras. Miles y miles de las ancianas y ancianos vivieron ahí. Ellos eran los primeros en beber de las aguas de Abiayala; ellos cultivaron la tierra. Vivieron en prosperidad. Y esas tierras eran nuestras, porque las habían trabajado los abuelos y dejaron sus huesos ahí.

Un día, en uno de esos pueblitos de Duilewala, en Uggubnega, los nergan quisieron transmitir a la gente del pueblo y a ellos mismos lo que sabían de Baba, de Nana, de Nabgwana, de Negadirbiled (cosmos)… Ya Ibeorgun había muerto; ya Ibeorgun había hecho lo que Baba y Nana le habían encargado. Entonces nuestros ancianos

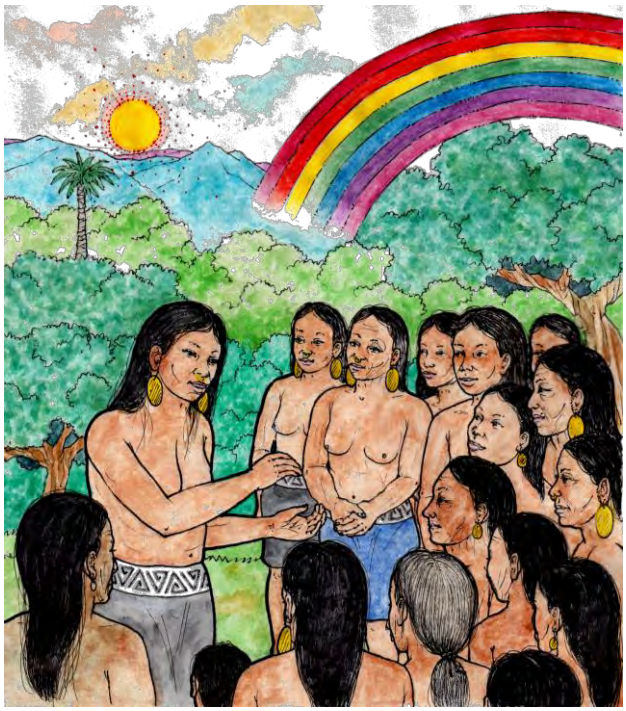
y ancianas aún mantenían frescas las instrucciones del gran abuelo Orgun. Giggadiryai también había muerto; y a lo largo de Duilewala, todavía se sentían fuertes sus enseñanzas, sus pisadas.

Llegaron los doce grandes nergan a Uggubnega. Orgun había dejado una gran choza central para pensar en Baba, para pensar en Nana, para resolver nuestros problemas en forma colectiva, para planear nuestra vida de acuerdo a nuestras costumbres. Ibeorgun había dado nombre a esa gran choza: Iddogunnega, onmaggednega, orgunnega, negaogaryagunnega. Eran ocho nergan varones y cuatro nergan mujeres. Ellos llegaron después de Ibeorgun; y se reunieron en la gran choza de Uggubnega, de Dubbanega. Los doce grandes nelegan debían transmitir sus conocimientos sobre Baba y Nana, sobre el dolor y la alegría de la naturaleza… Y así abrieron una gran escuela en Duilewala. Los nergan, junto con los ancianos y ancianas del pueblo, llegaron a Uggubnega, trayendo saínos ahumados, pavones secos, plátanos maduros envueltos en hojas, para compartir en Uggubnega.

Los nergan varones que llegaron a Dubbanega: Diegun, Gubiler, Baglibe, Balibbiler, Wagibler, Masardummi, nele Sibu, Ologanagungiler. Las nergan mujeres eran: Olonagegiryai, Olonigdidili, Buna Nelegua Nelegua, y la última, de quien los saglagan no recuerdan el nombre, y le dicen simplemente Buna Nele, que no se debe confundir con la que provocó inundaciones en Amuggadiwar.

Uno por uno, los nergan contaron y enseñaron lo que habían profundizado de Baba y Nana durante largos años. La comunidad de Duilewala los escuchó a todos; y esos ancianos nos lo han comunicado a través de los años.

Buna Nelegwa Nelegwa fue una de las nergan mujeres que habían llegado a analizar los secretos de nana Ologwadule. Ella enseñó así a los abuelos y abuelas:



—Hay grandes galugan donde los varones no pueden llegar, sino únicamente las mujeres. De esos galugan es de lo que quiero hablarles. Nosotras, las mujeres, somos el lenguaje de Ologwadule. La madre tierra es mujer, y por eso las mujeres la podemos entender y profundizar mucho mejor. Nana Ologwadule solamente puede ser entendida desde nuestra realidad de mamá. Ella, Olobibbirgunasob, es curvada, es redonda; y yo he estudiado su curvatura.

»Y allá, en lo alto, grandes ríos derraman sus aguas. Muchas mujeres cuidan de los ríos en lo alto, en sabbibenega. Esas grandes abuelas son las que nos cantan cuando nacemos acá abajo, en la tierra. Nuestras inteligencias son templadas por esas abuelas; por las abuelas Sobia, Sobnana…, son las madres que nos quieren fuertes y sanos sobre la madre tierra. Son las que trabajan para Baba y para Nana. Son las que ponen su trabajo al servicio de los demás, de nosotros.

»Pero hay otras mujeres, y ésas también trabajan, pero no han puesto su trabajo al servicio de la comunidad. Baba y Nana las han confinado a las capas inferiores de la madre tierra. Ellas son: Ologunyai, Igwasob, Ologewasdili. Ellas no quisieron seguir aquí las normas de Baba y de Nana. Muu Ologunyai, muu Igwasob, muu Ologewasdili son madres de la mentira.

Muu Igwasob y muu Ologunyai fueron las abuelas que tuvieron en sus manos el cuidado de los grandes hombres, de Ibeler y sus hermanos. Ellas habían educado a Olowagli. Pero saturaron de mentira la vida de los ocho hermanos. Ellas prefirieron ocultar la verdad a los ocho, porque pensaban más en sí mismas; y no querían que Ibeler y sus hermanos se alejaran de ellas. Sus trabajos no estuvieron al servicio de la comunidad, sino al servicio de ellas mismas. Ellas ocultaron a Baba y Nana, y prefirieron su prestigio; y mataron las grandes verdades ante los niños que crecían para liberar a Nabgwana. Por eso todos tenemos que decir la verdad y ser también dule de verdad; y no tener miedo de escucharla, de seguirla, de defenderla, porque solamente así seremos personas como las que quiere Baba, como las que quiere Nana.

»Baba castigó a muu Ologunyai, a muu Igwasob. Esta última mujer se creyó autosuficiente. Ella creyó que no necesitaba de nadie, que lo tenía todo, que se bastaba ella sola, que tenía comida en abundancia y que podía mantenerse por largos años sin pedir

nada a nadie. Baba la convirtió en un gran sapo que se alimenta de algas y bebe las aguas sucias de los estanques. Baba nos dejó aquí para compartir con los demás, para sentirnos necesitados unos de otros; y para que, necesitándonos mutuamente, pusiéramos nuestros trabajos al servicio de todos, al servicio de nuestras comunidades.

»También hubo otra gran mujer. Ella aportó su trabajo para enseñar a las demás mujeres, pero también fue confinada a las capas inferiores de la madre tierra. Esa mujer era una experta en tejidos. Era una gran tejedora de hamacas, una gran maestra que enseñaba a muchas mujeres. Pero pensó que el enseñar a otras mujeres le daba derecho a burlarse de los que menos sabían y a decir vulgaridades. Baba la envió a la cuarta capa inferior de la madre tierra, la capa de los sufrimientos.

»Estamos aquí, en esta comunidad, para servir a los demás, para considerar a los otros como a aquellos que también tienen mucho que enseñarnos. Cuando nos creemos superiores a los demás, nos hacemos Baba, nos hacemos Nana. ¡Y eso no puede ser! Todos sabemos algo; y todos unidos hacemos una gran sabiduría de Baba y de Nana.

Buna Nelegwa Nelegwa también habló a nuestros ancianos y ancianas de Nabgwana, de sus manifestaciones, de sus dolores. Y así, ella pasó a hablar de la lluvia, del sol, Y nos dijo que Nabgwana, Ologwadule estaba viva, que todos sus hijos estaban vivos. Que nana Ologwadule sufría, lloraba; y también reía. El símbolo de la vitalidad de la madre tierra era el arcoíris. Nabgwana aún era joven y continuaba procreando. Así lo anunciaba el arco iris, su signo de vitalidad. Cuando ya no se presente el arcoíris en el firmamento, será la señal de que ya no podremos sacar nada de la madre tierra. Entonces se marchitarán los plátanos, se marchitarán los cocoteros, se secarán los lagos.

Buna Nelegwa Nelegwa transmitió su mensaje también sobre el papel de la mujer en la sociedad guna. Dirigiéndose a las mujeres, les decía:

— El varón no puede dirigir solo el onmaggednega, el iddogunnega. Baba nos hizo varón y mujer. Nana no se quedó atrás cuando Baba hacía nacer las montañas, los mares, los ríos. Por eso decimos Maniburgandiwar y Oloburgandiwar, Manibilligan y Olobilligan… Con eso indicamos que Nana estuvo junto a Baba cuando hacía correr los primeros ríos, cuando hacía romper las primeras olas de los mares. La mujer debe estar junto al varón para llevar adelante los trabajos de la comunidad, la administración de la comunidad.

Que la mujer no podía quedarse atrás, porque entonces la comunidad no se equilibraría, y vendrían las peleas, la explotación, la sumisión, el irrespeto. Entonces los varones se sentirían más que las mujeres y las usarían como tazas de arcilla. Y eso no es lo que quieren Baba y Nana.

— Ibeorgun vino con Giggadiryai. Ibeorgun solo no podía hacer lo que Baba y Nana le habían encargado hacer. Porque nosotras, las mujeres –decía Buna Nelegwa Nelegwa–, conocemos un lenguaje muy particular de Nabgwana que los varones no pueden conocer. Las mujeres podemos comprender el dolor de nana Ologwadule mejor que los varones. Nuestra comunidad nos necesita a todos para poder caminar en la vía que nos dejó Baba, que nos dejó Nana.

Buna Nelegwa Nelegwa murió bastante joven.

Las cuatro mujeres nelegan que enseñaron a nuestros abuelos fueron muy valientes. Sabían que tenían ellas las mismas responsabilidades en la comunidad que los varones. Sabían que si

no actuaban fuerte, los varones llegarían a creer que eran más que ellas. Y sabían que Baba y Nana no habían hecho a las mujeres menos que a los varones. Ellas no tuvieron miedo a los varones, no tuvieron miedo a los nergan. Sabían que Nana las había puesto para llevar adelante su obra; que Baba les había dado su fuerza y su autoridad. Y ellas sirvieron así a nuestra comunidad.

Gwani

Babdummad anmarga onmaggedneg obesnade, we negaogaryagunneggi, anmar nosale, bela anmarse gollebuggwa, anmar gi nudaglebuggwa.

Baba nos dejó el onmaggednega, y en este negaogaryagunnega es donde nuestro pueblo nos va juzgando diariamente.

Baglibe era entonces la autoridad de la aldea, y Gubiler el gran nele. En aquellos días nuestra tierra estaba golpeada. Los abuelos lesionaban a nana Ologwadule con distintos azotes. Cuando tomaban el *gaibirnoga* enseñaban bajezas a los niños, a las mujeres, a los inocentes. Los abuelos encendían braseros de arcilla, y se mofaban de los tratados sagrados que sabían; los abuelos se casaban con dos, tres, hasta con cuatro mujeres. Y así desafiaban a Baba y Nana. Los nergan corrompían a los más jóvenes, a las mujeres, a los niños. Ellos hacían sufrir a los niños y les hacían pasar hambre.

Sin embargo, en la aldea también había jóvenes con mucho amor a la tierra, y eran los pequeños nergan que aprendían del pueblo. Los jóvenes nelegan criticaban severamente el comportamiento de los nergan mayores. Y las autoridades de la comunidad continuaban enviciando al pueblo. Los nergan jóvenes trataban de frenarlos,

pero los nergan mayores decían que ellos tenían el poder, la autoridad, la ciencia, los tratados más sagrados del pueblo; por lo tanto, también tenían la verdad y los tenían que respetar.

Entre los jóvenes nergan vivía también nele Gwani. Gwani observaba todo. Y Gwani habló así a los viejos del pueblo:

— Hermanos, nuestras autoridades, nuestros nergan mayores, nos conducen a terribles sufrimientos. Vamos a llorar por sus desenfrenos. Hermanos, nos amenaza una violenta sequía; el sol va a arder mucho. Olowaibibbiler se va a cambiar el sombrero, se va a poner el sombrero rojo de guerra, el sombrero de fuego; y todo va a arder. Baba ya tiene la ortiga en sus manos.

Los grandes nelegan se enteraron de lo que Gwani afirmaba al pueblo. Los grandes nelegan se reían de él; y decían:

— ¡Qué sabe ese pequeño, flaco y falso nele! Ese pequeño nele se sahúma con las semillas de algodón, con los granos de maíz, y no conoce nada de los tratados que dominamos… ¡Qué va a enseñar al pueblo! ¡Cómo va a ser verdad lo que dice! Ese chiquillo está soñando y le gusta soñar despierto. ¡Si nosotros somos los nergan, somos los que prevenimos al pueblo si vemos algo extraño en nuestras visiones! Y estamos bajando continuamente a los niveles profundos de la tierra, y no hemos visto nada anormal. Todo está en orden, todo está en equilibrio, todo está tranquilo. Este nele Gwani está confundiendo la basura, el hormiguero de las calles, y cree ver el cataclismo. Gwani se asusta de su misma sombra. No hay nada. Todo marcha normal –afirmaban los grandes nergan.

Gwani era hijo de Baglibe. Entonces Gwani dijo a su padre, Baglibe:

— Padre mío, ahora tenemos que trabajar la tierra, hacerla producir hasta lo máximo. Tenemos que lograr mucho maíz, mucho otoe, mucha yuca, tubérculos que soporten bien el sol, el ardor de la tierra.

Gwani atrajo también a varias personas, y se rodeó de amigos que lo comprendían. Gwani y sus amigos trabajaron la tierra. Gwani y sus amigos sembraron el maíz, sembraron la yuca. Mientras tanto los grandes nelegan corrompían a la buena gente, pensando sólo en ellos mismos.

Poco a poco empezó a calentar el sol. Primero se sentía como si el día se alargara. Desde la aurora ya se sentía el ardor del sol; y seguía durante la noche. Así día tras día. Y todos los días parecía que el sol tomara nuevo rigor, y agrietaba la tierra.

Gwani y sus amigos cosecharon los frutos de la tierra; amontonaron la yuca, el maíz, el ñame, el plátano. Enterraron los tubérculos para que soportaran el sol. El sol calentaba fuerte. La tierra empezó a agrietarse cada vez más. Los sembrados se amustiaron; los pequeños ríos se agostaron y salieron de ahí arena y guijarros resecos. Las hojas de los plátanos se volvieron amarillas; y las yemas más tiernas del banano fueron cayendo una a una.

Los ojos de agua se fueron apagando. El agua se agotó. No hubo agua. Los pozos quedaron secos, llenos de arena. Sólo quedó un charco sirviendo de pequeño pozo.

Solamente las niñas más pequeñas podían arrimarse al único pozo que quedaba. Las niñas eran tan pequeñas, que no podían llevar mucha agua. Mientras estaba toda una comunidad con sed y con hambre.

Siendo tan larga y penosa la situación, y la sed tan terrible, las mujeres mayores empezaron a hablar mal de las niñas, que no podían cargar mucha agua. Ellas mismas intentaron acercarse a la boca del pozo. Así, una familia envió a una doncella, ya un poco grandecita, para traer el agua, porque decían que era muy poco el agua que traían las niñitas. En el momento en que la muchacha se inclinó para recoger el agua en su tinaja, se le arrojó un caimán enorme que se la tragó viva. Todo el pozo se agitó; y los animales se volvieron agresivos contra todos.

Los ancianos abrían nuevos hoyos. Esos pozos daban muy poca agua y al amanecer quedaban secos. Así sufrían los abuelos bajo el sol violento y atroz. Poco a poco el agua se agotó del todo. Lloraron los abuelos; las ancianas sufrieron mucho. La gente gimoteaba, gritaba sin agua.

Una anciana que vivía en el pueblo se animó un día a ir a visitar a Gwani. Gwani tenía su choza un poco alejada del poblado, detrás de una colina alta. La anciana llegó a la choza de Gwani. Ella observó que había un grupo de mujeres trabajando en la casa. La anciana siguió todos sus movimientos. La anciana vio que las mujeres cocinaban, que sacaban el otoe de debajo de la tierra, que escarbaban un poco más para sacar la yuca de la tierra. En la casa de Gwani la tierra estaba removida, y debajo estaba almacenada la comida que Gwani había reservado antes de la sequía. La anciana veía que en los rincones de la choza había un montón de tinajones llenos de agua, enterrados hasta el cuello. Entonces ella empezó a hacer muchas preguntas a las trabajadoras para enterarse de la situación de privilegio de la choza de Gwani. El sol nacía, y se escondía por las tardes, y los tinajones de Gwani seguían llenos; los tinajones de Gwani parecían volver a llenarse.

Gwani se presentó mientras la anciana estaba contemplándolo todo. Y dijo a la mujer:

—¡Qué bueno que me hayas hecho la visita!

—Sí –dijo la señora–, pensé venir a verte, hermano mío.

Entonces la mujer dijo a Gwani que el pueblo estaba sufriendo mucho por la falta de agua, por la sequía de muerte que caía sobre la comunidad. Gwani dijo a la mujer:

—¿Cómo les están tratando los grandes nergan? ¿Qué hacen ellos por el pueblo, por la comunidad?

—Nuestros grandes nelegan cantan a Baba, claman por el pueblo a Nana; y no hacen nada más –contestó la mujer a Gwani–. Nuestros grandes nergan ya no saben a quién ni cómo acudir a otra cosa. Hay una gran confusión.

—¿Los nergan acuden en su invocación a los *diibarisaglagan*? –preguntó Gwani a la mujer.

—No. No llegan hasta allá –replicó la mujer.

—Cuando llegues a casa, trata de transmitir muy bien este mensaje a los grandes nelegan –dijo entonces Gwani a la mujer que lo visitaba–. Antes de este azote, ustedes nos convocaban para invocar a Baba y fumar por las graves epidemias, por la invasión de ocas, por la invasión de serpientes, por el castigo que provocábamos. ¿Y ahora por qué no?

—Sí. Llevaré esta tu noticia a los grandes nelegan –aseguró la mujer.

La mujer se despidió de Gwani y volvió a la aldea donde los grandes nergan seguían cantando a Baba, seguían invocando a Nana para mejorar la situación. La mujer volvió donde seguía llorando el pueblo con sed y hambre, porque el sol ardía recio, duplicando su fuerza hasta el máximo. Entonces la anciana dijo a los nelegan todo lo que había escuchado de Gwani, las instrucciones que ella había recibido de Gwani para empezar a remediar la sequía. La anciana reunió a la gente del pueblo y repitió las palabras de Gwani. Los grandes nergan escucharon a la anciana, que habló decidida. La mujer habló a los nergan:

— Les he visto responder a las plagas, a las epidemias con las invocaciones a Baba y Nana; y nos hacían fumar para responder a los sufrimientos de nuestro pueblo. Y ahora ¿por qué ustedes son incapaces? ¿Por qué se les ha apagado la inspiración? ¿Dónde ha ido la fuerza de ustedes?

Nele Gubiler escuchó muy atento a la mujer. Gubiler aprobó todo lo que la mujer había hablado entusiasmada. Gubiler dijo:

— Haremos como esta hermana nos indica. Buscaremos juntos todo lo que sea necesario para el canto grande y la fumadera de pipa. Buscaremos las raíces más cercanas a los ojos de agua, todo tipo de hierbabuena.

Después de tanta fatiga, encontraron lo que era necesario para una gran invocación y fumadera. Cuatro días duraron los preparativos. Todo estuvo listo para empezar. Nele Gubiler entró en surbanega; los grandes nelegan lo siguieron en surbanega. Los nelegan cantaban, y cantaban mucho; y se quedaban con la voz seca, sin poder hablar. Nele Balibbiler entró al surbanega y cantó. Se le secó la voz, y volvió ciego; y lloraba. Así los nergan fueron pasando uno tras otro, y salían con la voz quebrada, rota; y algunos, enceguecidos.

Entonces la anciana intervino de nuevo en la asamblea del pueblo; y dijo:

— Padres míos, nergan todos respetados, yo veo que todos ustedes han pasado y, desgraciadamente, no han podido remediar la situación. Pero hay otro nele que ustedes no reconocen, y lo creen el más pequeño de todos, lo desprecian, le dicen el falso, el enclenque, el visionario. Debemos llamarlo para que sea él quien cante e invoque sobre nosotros a Baba y Nana.

Nele Gubiler dijo que estaba bien, que llamaría a Gwani. Entonces Gubiler buscó la manera de acercarse a nele Gwani. Gubiler y los grandes nergan no podían acercarse así, sin más, a nele Gwani, porque habían hablado muy mal de él. Gubiler preguntó a las ancianas quién de ellas había sido partera cuando Gwani había venido a la luz. Seleccionaron a la partera, la aconsejaron muy bien para hablar con nele Gwani. La abuela comadrona fue enviada a Gwani.

La abuela partera dijo a Gwani:

— Vengo a verte y a conversar contigo sobre las lágrimas de nuestro pueblo. Vengo a hablarte porque todos nos sentimos incapaces, impotentes ante el azote de la naturaleza. Nuestros nergan habían entrado en el recinto sagrado, en surbanega y habían invocado a Baba; habían querido aplacarlo con la fumadera; y no han podido hacer nada. El sol arde más, calienta más y más. Nele Gwani, vengo por ti, para que nos ayudes a salir de todo esto.

Entonces Gwani respondió:

— Yo no me muevo de aquí. Yo soy un chiquillo para los grandes nelegan, no soy nadie para ellos. Si ellos no han podido hacer nada, será inútil que yo vaya; no podré hacer nada.

La anciana replicó de nuevo:

— Nele Gwani, fui yo quien te dio la mano cuando tú eras totalmente débil. Entonces tú no respondías a nadie; todo tu cuerpo pedía cariño, pedía protección; y yo te los di. Ahora yo te pido que me escuches y te ruego el apoyo.

Entonces Gwani accedió a la llamada de la anciana partera. Gwani le dio su palabra. Gwani se preparó para enfrentarse a los grandes nelegan, y dar a su pueblo el remedio a sus sufrimientos. Nele Gwani se encaminó hacia el pueblo; se encaminó hacia donde estaban los grandes nelegan, ya roncos, con las voces quebradas y con el fracaso ante el pueblo.

Gwani empezó a ordenar los preparativos para su intervención. Gwani mandó a los grandes nelegan buscar diversas plantas medicinales, y ocho tipos de cada medicamento, de cada gajo de árbol, de cada hierbabuena. Gwani les dio cuatro días de plazo para que los nergan pudieran prepararse; y les dijo que él volvería dentro de cuatro días para empezar la ceremonia.

Pasaron los cuatro días, y todo estuvo preparado. La abuela partera volvió a avisar a nele Gwani para que empezara la ceremonia. Gwani habló así a la anciana:

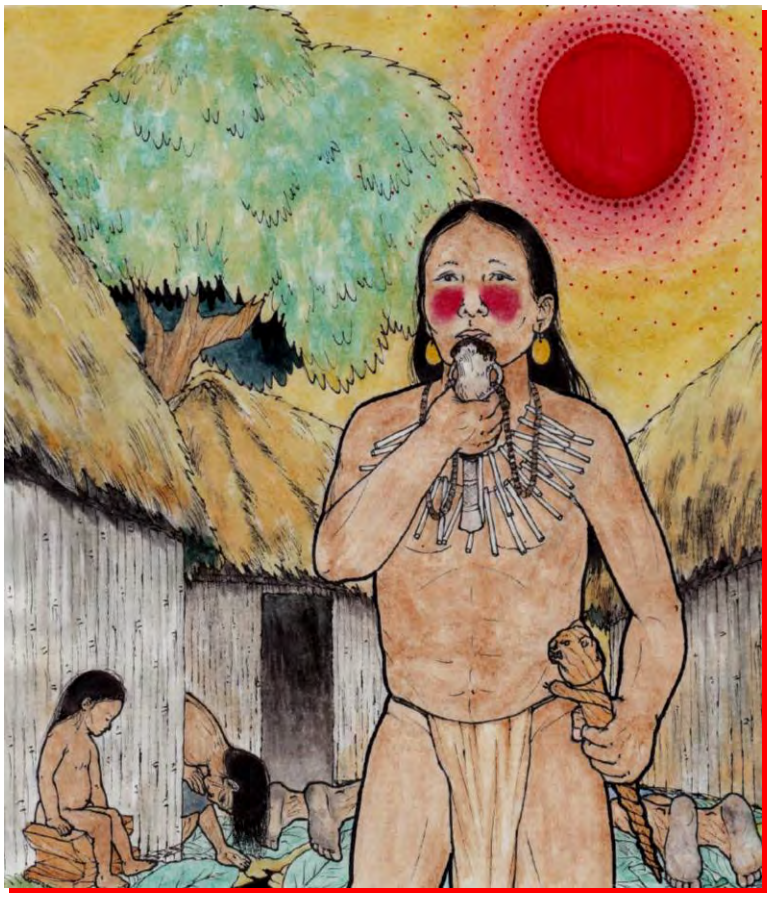
— Di a los grandes nelegan de mi comunidad: 'Todos ustedes deben conseguir hojas anchas de árboles y deben extenderlas por tierra a lo largo de las calles, de las esquinas del pueblo. Ustedes deben tenderse boca abajo sobre las hojas. Las ancianas del pueblo también deben tenderse rostro en tierra. Allá abajo

> están sus padres. Por lo tanto es justo que lloren a sus padres tirados por tierra. Las niñas pequeñas no deben postrarse. Ellas deben esperar sentadas en los duros asientos. Los muchachos que aún no empiezan a ocultar el pubis también me van a esperar sentados, y no tendidos por el suelo como los mayores'.

La anciana dijo que no ocultaría ni una palabra de Gwani, que se lo diría todo a los grandes nelegan y al pueblo.

Gwani se puso, pues, el mejor collar de huesos; se pintó el rostro con achiote nuevo; se puso los mejores vestidos de ceremonia. Gwani tomó su bastón de ceremonias y avanzó solemne hacia la comunidad tocando el dedegala. Gwani pasó por las calles de la comunidad. Los grandes nergan yacían tirados por tierra; las ancianas y las menos ancianas también yacían postradas. Las niñas y los jovencitos que aún no habían sido maleados esperaban a Gwani sentados en los umbrales de las chozas. Gwani avanzó erguido al son de su flauta de *dedegala*.

Primero Gwani bajó al río. Gwani se movió pausado y lento hacia la orilla del río seco; y lo acompañaban sus discípulos, sus allegados. Gwani volvió a surbanega; Gwani entró en la choza de las ceremonias. Todo estaba tenso, todo estaba sigiloso. El pueblo esperaba a Gwani llorando y angustiado. La choza de la ceremonia se llenó de gente que lloraba, de gente que tenía mucha sed, de gente que lo había perdido todo con la sequía.



Nele Gubiler, el gran nele, dijo entonces a Gwani:

— Yo seré tu avivador del fuego en los braseros. Al menos déjame ayudar en eso.

— Todo lo tengo previsto. No te preocupes –le respondió Gwani.

— Entonces déjame ponerme en un rincón para cuidar de las tinajas de la ceremonia –siguió diciéndole Gubiler a Gwani.

Gwani le respondió de nuevo que todo lo tenía previsto. Nele Gubiler insistía: "Seré el que conteste a tus cantos". Y Gwani le decía que todo lo tenía ya preparado. Gubiler era autoridad en la aldea y un gran nele, y era quien dirigía a la comunidad en ese tiempo.

Gwani empezó a cantar, empezó a invocar a Baba y a Nana, empezó a recitar los versos rituales. Gwani cantó entusiasmado, Gwani elevó los espíritus de las maracas de la ceremonia; y todos lo escuchaban.

Se oyó ruido de maracas a lo lejos; y fue acercándose. Luego se escuchó una voz. La voz del *darba*:

— Eres nele Gwani. Los grandes nergan te han marginado, se han burlado de ti, han proferido infamias, pero tu nombre es Gwani. Tú eres un gran nele –decía la voz entre el humo de cacao que subía en surbanega–. Los grandes nelegan dijeron de ti que eras un nele que se sahumaba con las semillas de algodón, que tu visión era de las basuras que tiran las mujeres en el fango, que eras un nele falso, ridículo y enfermo –siguió hablando el darba.

Todos los grandes nergan lo escuchaban.

Luego Gwani habló a los ancianos:

— Sólo en nombre de Baba y de Nana estamos reunidos; y en sus nombres lograremos la lluvia, lograremos que se aplaque el dolor de nuestros corazones. Sólo el gran Baba y la gran Nana de nuestros padres y abuelos nos darán la mano. Si este Baba y esta Nana nos dan su fuerza y su espíritu, dentro de cuatro días comenzarán ustedes a observar unas pequeñas llamitas de rayos en el horizonte; y al anochecer podrán ver diminutos

> zigzagueos de rayos junto a los cerros, y oirán el suave rumor de truenos. Ustedes observarán las nubecillas levantarse por allá lejos. Si así ocurre, vendrá la lluvia, vendrá el verdor de nuevo a nuestros ejidos.

Pasaron los cuatro días, y los ancianos oteaban, a cada rato el horizonte. Y empezaron a escuchar el ruido lejano del trueno; y allá, por donde se ocultaba el sol, los ancianos empezaron a ver las nubecillas rojizas y rayadas que salían en torno a los cerros. El pueblo seguía emocionado el canto de nele Gwani. Poco a poco las nubes, los rayos y los quejidos de los truenos se hicieron más persistentes. Y lentamente el ambiente fue cambiando e irrumpió la lluvia. Explotó una gran tormenta de lluvia; una lluvia de grandes gotas cayó sobre el pueblo sediento. Las ancianas tomaban sus totumitas para recoger el agua, como si al día siguiente no fuese a llover más.

Llovió y llovió mucho. Los ríos se salieron de sus cauces. Los pequeños islotes fueron arrasados. Los viejos y nuevos troncos fueron arrastrados a lo largo de los ríos y echados al mar. El mar se volvió rojizo por la tierra mojada y arcillosa. Los grandes y fuertes árboles fueron arrancados de cuajo por la violencia de las corrientes de los ríos. Areciaba la lluvia.

Así pasaron varios días. Y poco a poco el agua de los ríos se fue bajando, se fue calmando, hasta quedarse en sus lechos, en sus cauces.

Después de la calma de las aguas, el pueblo se reunió en torno a Gwani. La comunidad que había seguido toda la ceremonia, pedía a Gwani que hablara. Gwani reunió a la comunidad; Gwani habló al pueblo. Gwani se sentó en la mitad de la hamaca ritual; y contó así al pueblo el proceso de su ceremonia:

— Masaragban me llevó a los lugares secretos. Yo bajé varios niveles, y llegué a la cuarta capa. Me encontré con nana Ologwadule. Ella es la custodia de los grandes depósitos de agua (dibarisaglagan), de los grandes barriles de agua. Hablé con ella. Le dije que sus hijos sollozaban por falta de agua, que sus hijos suspiraban sobre la tierra. 'En Nabgwana se nos agotó el agua', dije. Ologwadule se quejó así: 'Hijo mío, ¿y quién ha provocado la sequía? ¿Acaso fui yo? Como ustedes han sido los causantes de sus mismos sufrimientos, no estoy dispuesta a dar el agua'.

»'Nana grande, ¿acaso no eres una mamá y no escuchas los quejidos de tus hijos que sufren?', le dije a Ologwadule. 'Sí, hijo mío', me dijo Ologwadule, 'pero yo no les sequé el agua. Han sido ustedes mismos'. Y ella no quería aceptar la *inna*. Entonces el gran Masaragban me vino a ayudar. Él le dijo a nana Ologwadule: 'Le trajimos la inna, y bien sabemos que le gusta, porque todos los guardianes del universo toman y les gusta la inna'.

»Entonces nana Ologwadule accedió a recibir la inna de mis manos. Ologwadule compartió la inna con sus hijos, guardianes de los grandes depósitos de agua».

Gwani habló largamente, informando al pueblo de su visión. Gwani cambió de tema y aconsejó al pueblo de esta manera:

— Baba ha dejado las verdes colinas, las oscuras llanuras, largas hileras de montañas; y entre sus arbustos trazó un hermoso camino. Y por ese camino ha puesto a los dirigentes para que su pueblo pueda avanzar sin riesgos de caer en los pantanos, ni de ser molestados por las alimañas. Los dirigentes deben amar a los pobres en su caminar, a las mujeres en su agotamiento, a todos por igual. Este es el camino recto bajo los arbustos de la colina, de las montañas. Los dirigentes son quienes van a

orientar al pueblo y guiarlos por la tierra plana, aunque ellos tendrán que ser molestados por las espinas del camino, y tendrán que llorar cuando algún animal los asalte.

»Baba dijo que tenemos que cuidar bien los cacahuales. Esos cacahuales están llenos de malezas, están llenos de enredaderas, y los dirigentes van llevando al pueblo por senderos llenos de espinas y barrancos, mientras ellos se quedan quietos y riendo. Baba nos dejó el onmaggednega, y en este negaogaryagunnega es donde nuestro pueblo nos va juzgando diariamente. Y los dirigentes o son de Baba o no son de Baba, de acuerdo a cómo guían al pueblo; si prefieren su placer o la tranquilidad del pueblo.

Gwani cantó largamente ante el pueblo, ante nele Gubiler. Cuando terminó de cantar, se levantó Gubiler y dijo:

— Baba me había puesto en la hamaca para dirigir a mi pueblo, y no pude cumplir debidamente, no pude llevar a mi pueblo por el camino recto entre las colinas. He preferido empujar a mi comunidad por el barranco, y no por la tierra plana. Me bajaré de la hamaca; me quedaré sentado en el tronco duro. Ya no seguiré haciendo sufrir a este pueblo.

Gwani siguió diciendo:

— Todo esto no es mensaje mío, sino de Baba y de Nana. Baba y Nana han dejado dicho que si alguien no quiere escuchar su palabra, tampoco debe vivir en su tierra.

Gubiler pidió perdón a la comunidad. Se sintió reclamado por Baba. Los grandes voceros, los grandes *sabbindummagan* habla-ron entonces de cambiar la autoridad.

Ogebib

Nergan, dulagi dodoali, na bengumalad igar oyonagusmala; dula ogwayiarsunna, doddogan wioali, eigana mesagwar imagleali.

Los nelegan se jactaban de saber más que otros y confundían a los más pequeños, a los más débiles, a los

Allá, detrás de esas montañas y cerros que vemos, corre un río muy hermoso y caudaloso. Nuestros abuelos llamaron al río, Duilewala. El río nace en Abiayala; y la riega. Los brazos del gran río llegan hasta galu Digun, Dinanagalu. Cerca de los brazos del río vivieron los nergan, nuestros abuelos, nuestras madres; y nuestras raíces están ahí.

Baglibe, nele muy reconocido por las aldeas gunas, tuvo una mujer, y de este matrimonio nació Ogebib. Ogebib es, pues, hijo de nele Baglibe. Ogebib era nele, nació nele. Desde que era bebé le ayudaron a capacitarse para una visión profunda. A medida que fue creciendo, se le fue cambiando la medicina, hasta el *adsagammu* de ocho tipos.

Cerca de Uggubnega había un cerro alto. Ogebib lo eligió para observar el sol, para acercarse más a la madre tierra mediante el sol. Desde el cerro estudió los movimientos del sol, las manchas

del sol, sus giros, su color y su ardor. Veía el reflejo del sol a través de su adsagammu; seguía el camino del sol hasta donde se le ocultaba.

En tiempos de Ogebib todavía vivían destacados abuelos: Mage, Dugge, Neba, Yala, Igwagunabbiler, Olosurgaliler, Olonaggi-gunabbiler, Baglagunabbiler, Ule, Ursidsiler, Masar, Galub, Oloagnaidule; abuelos que habían acogido a los nergan, abuelos que habían aprendido los distintos tratados de la boca de Orgun.

Las abuelas Agdiggili, Ogir, Inar, vivían también. Y a ellas les tocó acoger a nele Ogebib. Las grandes mujeres nelegan cuidaban de Nabgwana: Olonigdidili, Olonagegiryai, Buna Nelegwa Nelegwa, Buna Nelegwa. Y el río era Barsudiwala. Ellas eran autoridades que conocían los cambios de la naturaleza, el curso de nana Ologwadule, el secreto de la redondez de la tierra. Bajaban y subían por muchos galugan.

Es importante conocer un poco a los grandes nergan, antes de hablar de Ogebib. Algunos de ellos bajaron en Gudwadiwar, que es un brazo de Dagargundiwar. Diegun bajó en Gudwa; y Gubiler en Gabdi. Baglibe bajó en Abyogandi. Balibbiler en Ulubirdi. Nele Wagibler vino a uno de los brazos de Dagargundiwar. Nele Masardummi vino a Masarogediwar; y el pueblo era Yeyegun. Ner Sibu vivió en Agsibdiwar. Nele Ologanagungiler bajó en Uggubnega. Todo ellos bajaron en ologiggibadde.

Ologanagungiler conoció los secretos de la naturaleza. Llegó a identificar a hombres que vivían en otras grandes islas. Y este nele habló de la redondez de Olobibbirgunyai. Predijo que vendría un tiempo en que los hombres de otros mares llegarían a nuestras costas y ríos.

Vino también nele Balibbiler. A éste se le opuso Baglibe. Balibbiler empezó a engañar al pueblo, a no respetar los límites sagrados de los nergan; y se le opuso Baglibe.

También bajaron mujeres nelegan, nele Olonigdidili, que llegó hasta la curvatura de Olobibbirgunyai.

Olonagegiryai recorrió diversos galugan y conoció la historia antigua de los abuelos. Enseñó a diseñar la mola a las abuelas.

Bajó igualmente Buna Nelegwa Nelegwa, conocedora de los secretos ocultos de la tierra. Recorrió ocho galugan. Habló también de la redondez de la tierra.

Apareció otra mujer nele, a quien suelen llamar Buna Nelegua.

Nele Baglibe, papá de Ogebib, fue el nele de los espíritus de los huesos. Conoció el galu de los huesos de los muertos. Ogebib era hijo legítimo, y no de la oscuridad como su hermano Gwani.

Las ancianas de sabbibenega dijeron a Ogebib en su visión:

— Tus autoridades se han degenerado. Ya no dan buen ejemplo a los pequeños. Han abandonado el camino de Baba y de Nana; ellos arrastran a los niños a la corrupción. Baba está a punto de cambiar de ropa a su hijo sol. Baba va a poner *dablisamola* a su hijo sol, y le va a colocar *dablisagurgin*. Va a caer una terrible congoja sobre el pueblo, tiempo de lágrimas. El sol se va a poner *dillagurgin*, se va a vestir de rojo.

Ogebib habló al pueblo; despertó a los pequeños del pueblo. Los grandes nelegan se enteraron de la visión de Ogebib, de sus palabras. Se sintieron lastimados; y se defendieron:

—¡Qué nos va a decir ese chiquillo que nada sabe de los grandes galugan! Nosotros sí podemos prever los grandes acontecimientos, y detener las epidemias. Pero este pequeño nele no puede nada, no sabe nada, no es nadie.

Los nergan mayores estaban seguros de conocer la senda del sol, de medir el nivel de las aguas de los inmensos depósitos que Baba y Nana habían dejado al cuidado de las grandes madres. Se burlaban irritados de Ogebib. Sin embargo nele Baglibe estaba de acuerdo con su hijo.

Los nelegan, para ridiculizar a Ogebib, empezaron a exponer su sabiduría ante el pueblo. Reunían a la gente y exhibían su destreza ante la gente. Los nergan no eran coherentes. Instaban al pueblo a no acercarse sexualmente a las madres, a las abuelas; y afirmaban que se debía guardar distancia al respecto; que los saglagan y nelegan debían respetar a sus esposas; que no debían estar siempre cerca de ellas. Pero lo decían sólo de palabra, y no con el ejemplo ni con la vida. Ellos que enseñaban al pueblo a respetarse, a guardar distancia en el matrimonio, entre los primos, hermanos, tíos. Ellos que sabían de castigos que vendrían como consecuencia del incumplimiento de los preceptos que predicaban; se contradecían. Cuando alguno de ellos cometía una falta grave, se llenaban de justificaciones. Decían que no era para tanto, que sí estaban permitidas algunas cosas para los nergan, y no para la gente del pueblo. Así degeneraban al pueblo; las abuelas sufrían, los pequeños confundían los caminos, nacía el caos. Nadie obedecía a nadie; muchos se mostraban contra la armonía de la naturaleza.

Pero, sabemos cómo acabó nele Diegun, que tuvo ocho mujeres y se rodeó de tantos mensajeros que nadie podía hablar contra él. Otro caso es Balibbiler, que abrió grandes dominios de cucarachas contra su pueblo.

Los nelegan se jactaban de saber más que otros y confundían a los más pequeños, a los más débiles, a los niños. Cuando surgía un nele menor, o uno que defendía a los más débiles, lo denigraban, lo expulsaban de la aldea; y decían al pueblo que ese pequeño nele no sabía nada, que los engañaba, que ellos eran los únicos. Así sufrió nele Gwani, a quien apodaron nele Gayadodo.

Los nergan mayores afirmaban a las autoridades de las aldeas: "Solamente nosotros estamos capacitados y con derecho de dirigir al pueblo; somos los únicos que podemos guiar a la comunidad". Los ancianos habían aprendido muchas cosas de Ibeorgun y sabían cómo conducir al pueblo, pero los nergan querían arrebatarles la autoridad. Para los nergan, toda persona que hablaba de los dolores del pueblo, no venía de Baba y la excluían de la comunidad.

Poco a poco la naturaleza se rebeló. Ella comenzó a ir en contra de sus mismas normas. Las flores que abrían sus pétalos por la mañana, los abrieron al oscurecer, al caer el sol. Aquellas plantas que florecían en las altas horas de la noche, lo hicieron de día. Las aves que volaban por la noche, silbaron y revolotearon a pleno sol. Los murciélagos pasaron muy bajito, de día. Los animales que no se dejan ver, que se arrastran sobre sí mismos, se dejaron ver por las callejuelas de la aldea. Nele Ogebib lo veía todo; sentía el dolor de la comunidad.

Ogebib penetró los niveles profundos de Nabgwana. Llegó al reino de las cotorras, loros, papagayos. Podía interpretar sus chillidos, que anunciaban los diversos acontecimientos de la naturaleza. Sabía cuándo las aves emitían ruidos especiales para anunciar la oscuridad, la claridad, la lluvia, los vientos fuertes y débiles.

Ogebib es el nele que superó la oscuridad, el eclipse de sol. Sabía descifrar los signos que anunciaban el escarmiento para los varones y mujeres que iban contra la armonía de la naturaleza; que

se olvidaban de las normas de Baba y Nana. En el más allá de Nabgwana, las grandes madres diseñaban, coloreaban, pintaban el sombrero (inteligencia) a Ogebib; lo inspiraban; lo alentaban a actuar en favor de su pueblo. Este nele, Ogebib, conoció en su visión a nana Aleyai, nana Alesob, muu Sobia, muu Sobdule, muu Olodagigiyai. Ellas lo ayudaron a leer los signos de las reacciones de la naturaleza, de la cercanía de los correctivos que Baba estaba por aplicar.

Entonces las grandes abuelas le dijeron que tratara de convencer a la comunidad de que consiguiera tallos de jagua, tallos fuertes y fijos, para suavizar el enfado de la oscuridad que estaba a punto de precipitarse, porque la gente había provocado la ira de la naturaleza. Las abuelas (nana Aleyai…) instruyeron a Ogebib para buscar medicamentos variados para suspender las sombras que estaban a punto de robar la luz. Orientaron a Ogebib a ayudar a los más pobres, a los que no habían provocado la oscuridad.

Los más pequeños tomaron los ejemplos de los nelegan, porque ellos les decían que conocían mucho de babigala, que Baba y Nana los habían elegido para conocer los secretos ocultos de la madre tierra.

La naturaleza se agitó en contra de las leyes fijadas; y con eso anunciaba a nuestros padres que todo andaba mal, que debían corregirse, que se avecinaba un terrible escarmiento. Los nergan, sabiendo que los signos presagiaban grandes sucesos, insistían al pueblo en que no se alarmara, que no era nada extraño, que esto ocurría todos los años, que estaban viviendo los mejores momentos de la historia.

— Nosotros seremos los primeros en percibir el enfado de Baba, y el sufrimiento de Nabgwana –afirmaban.

— Este pequeño nele que no ha bajado en olobadde como nosotros, que sólo se sahúma con las pepitas de algodón, no puede conocer nada de la naturaleza. Ustedes sólo deben seguirnos a nosotros –reclamaban los nergan mayores.

— Este pequeño nele está provocando la ira de Baba; sembrando la confusión. Está contra Baba –enjuiciaban los nergan.

Hablaban mal de Baglibe, porque seguía a su hijo. Baglibe, siendo un gran nele, por seguir a su hijo, fue marginado. Lo desconocieron. Esto ocurría antes de la gran oscuridad.

El pequeño nele Ogebib no se cansaba. Seguía hablando a la gente, dirigiendo a los que sufrían.

El pueblo tomaba la chicha para las niñas, y los nergan entraban en gaibirnega seguidos por una enorme boa, un tigre, o rodeados de avispas. Entraban así para asustar a la gente pobre y sencilla; para que los tuviesen por grandes hombres y los obedecieran a ciegas. Nergan contra nergan, inventaban muchas técnicas de miedo. Trataban de hacer caer y de ridiculizar unos a otros. Todos los nelegan eran gamdurgan. Algunos de ellos provocaban temblores de tierra; hacían llorar a la comunidad. Se permitían hasta cosas deshonestas ante los ojos del pueblo.

Pero Baba y Nana envían, a su debido tiempo, a pequeños nergan para que estén cerca del pueblo que sufre. Baba ha enviado a ner Gwani, a ner Ogebib, ner Salubib, ner Yadibbiler, ner Niwe, ner Dii, ner Orwidule.

Nele Ogebib clamaba:

— Nana Ologwadule ha puesto a su hijo sol el sombrero de *dablisa* y lo ha vestido de *dablisamola*. Dentro de cuatro días las sombras nos van a golpear; va a venir el dolor.

Los nelegan se reían, se burlaban de Ogebib; y decían:

— ¡Cómo va a venir semejante cosa, si nosotros no hemos visto ningún signo! Nada puede suceder sin que lo sepamos nosotros.

El cielo se hizo muy claro, muy sereno; tomó un ardor muy especial. Ogebib prevenía al pueblo:

— No salgan al monte, no vayan lejos de la aldea. No vayan solos, sino en grupos, si es que la necesidad es muy grande. Nele Ogebib hablaba a su papá, y éste avisaba a sus mejores seguidores.

Amaneció otro nuevo día. El sol salió soberbio. Los nelegan salieron a sus trabajos. Baglibe se mantuvo fuerte, confiado en su hijo; y no permitió que sus allegados ni sus seguidores fueran al monte.

El sol se elevó redondo y no dio señal de eclipse. El sol quemaba, repartía su luz abundante. El sol intensificó su aureola de achiote, su aureola de *dilla*, su aureola de *dablisa*. La gente trabajaba en las fincas.

Poco más tarde, cuando el sol había subido casi a la mitad de su recorrido, una inmensa sombra lo siguió por el espacio y lo cerró completamente. Sobrevino una terrible oscuridad. Los fogones de las casas se apagaron como si se hubieran reventado grandes tinajas de agua sobre ellos. La oscuridad era tan densa que igualaba a cuatro veces cerrados los ojos. Se oyeron ruidos agudos y

crujidos de jaguares por el espacio. Aquellos que habían salido al monte a sus faenas se extraviaron por el camino. Muchos se perdieron en la selva. Los nergan que se habían burlado de Ogebib corrían chillando en la penumbra, perseguidos por los tapires, jaguares, serpientes. Mucha gente murió. Mucha gente ya no volvió a la aldea.

La gente que se había quedado en la aldea se reunió en la gran choza de onmaggednega. En el seno de la oscuridad aterradora se escuchaban los golpes de muerte, sacudidas terribles. Lloraban las abuelas, y los abuelos en la intensa sombra. Los abuelos Ulinia y Yermoga hablaban duro en la oscuridad. Las ancianas que habían seguido a los nergan corrían al centro de la choza para protegerse mejor, huyendo de los alaridos. Los ancianos las arrastraban hacia la puerta para que sufrieran por sus errores. A los niños, a las ancianas que no habían seguido los ejemplos de los nergan, los ponían en el centro de la choza.

El pueblo empezó a fumar para menguar la oscuridad, para atraer la luz. Los nelegan entraron en surbanega. Los grandes nergan fueron los primeros. No podían hacer nada. Salían llorando de surbanega, uno detrás de otro. Las maracas sagradas se silenciaban sin efecto. Los nelegan lloraban impotentes ante la oscuridad.

Ahí vivían también unas ancianas muy buenas, que habían aprendido muchas cosas de Giggadiryai, muu Inar, muu Agdiggili. Ellas fueron enviadas a Ogebib para convencerlo de que ayudara al pueblo que moría en la densa oscuridad. Las ancianas convencieron a Ogebib, pero éste dijo a las abuelas:

— ¿Qué se hicieron de los grandes nergan capaces de todo, de someter las avispas a sus caprichos, de pasear acompañados de tigres y bestias implacables? ¿Todos ellos no han podido hacer nada?

Ogebib entonces avanzó hacia la choza grande; y trajo consigo a sus mejores seguidores, a sus mejores inadurgan, a sus mejores atizadores de braseros. Empezó a cantar. No tardó mucho, cuando se escuchó el ruido suave de maracas, como si fuera el canto fino de arrullo de una niña con la sonaja de calabaza; y se escuchaba: "Ogebibi, Ogebibi". Por todo el recinto se escuchaba el ruido de la presencia de seres que no se veían. Ogebib hacía descender a muu Aleyai, muu Alesob. La fuerza de Ogebib era vigorosa, capaz de remover todo el recinto donde lloraba la gente. El espíritu guía de Ogebib no callaba, seguía llamando a Ogebib y su voz era fuerte y temible.

Ya iban cuatro días de oscuridad y Ogebib cantaba recio. Su espíritu guía habló y acusó a los grandes nergan:

—Nele Ogebib, los grandes nergan Gubiler, Wagibler– han hablado mal de ti. Han dicho que tú no eras nele, han dicho que tú no tenías ningún poder.

Todos los nergan escuchaban avergonzados la voz del espíritu guía de Ogebib. Toda la choza temblaba. Humeaba e invadía el olor a cacao. Los grandes nelegan gemían en la oscuridad. Lloraban, avergonzados de sus palabras.

Cuatro días sufrieron los abuelos bajo una larga y penosa noche. Lloraron. Cuatro días quedaron rodeados de un mar terrible de sombras que cubrieron la comarca.

Al canto de Ogebib poco a poco la luz fue llegando. El primer día el sol nació rojo, *dillagurgin sii*. Las nubes aparecieron rojas. Todo lo que tocaba el sol se volvía rojo. Al segundo día el sol se puso el *magebgurgin*, y aún era rojizo. Las nubes eran rojizas. La naturaleza se vistió rojiza como el sol. Al tercer día el sol se untó de achote. Ya no era tan rojizo, sino más de color de flama. Todas las cosas se

vistieron igual. Los ríos con sus aguas corrían color de llama; las aves, los insectos revoloteaban rojos y amarillos de fuego. Poco a poco el sol fue clarificándose; fue dorando todo lo que tocaba. Ocho días el sol se cambió de ropa. Ocho días los insectos, las moscas, las chicharras, las aves chillaron saludando al sol rojo, al sol rojizo, al sol amarillo intenso, al sol dorado.

Ogebib abrió la luz del sol; dejó descubierto el sol de nuevo. Nuestros abuelos volvieron a alegrarse. Y los nelegan callaron. Ogebib se llamó Ogebibi, porque encendió de nuevo el sol, *dada ogasadi.*

Igwasalibler

Muugan galaibegan na niggusamarbali. Yamo wagmar abegeyobi se warmagdemaloe, geb waliggusar sigudodo nuganiggadi, e sadergi yodabboe.

Tuvimos también abuelas muy valientes. Ellas se acercaban a los wagas engañándolos con sus mimos, y les incrustaban en el vientre flechitas fuertemente

Ologanagungiler bajó en Uggubnega, más allá de esos cerros, por el gran Duilewala. Por ese río se extendió nuestro pueblo. Los ancianos y ancianas recogían el oro; sacaban planchas de oro para las pecheras, o untaban de oro las cabecillas de sus bastones o lo usaban como botones.

Ologanagungiler fue un gran nele. Él profundizó los diversos niveles de Olobibbirgunyai; llegó a decirnos que, además de Abiayala, había otras cuatro tierras muy grandes, allá, por los mares que desconocían los abuelos. Allá, por esas grandes tierras, vivían otros hombres distintos de nosotros. Ologanagungiler dijo a los abuelos que había hombres del color de la balsa descortezada, barbudos; otros, del color de la leña tiznada; otros, amarillos como el color de la crecida de los ríos. Que esos hombres comían distinto que nosotros, se vestían distinto, vivían distinto. Ologanagungiler nos dijo que esos hombres se arrimarían a nuestras costas, a

nuestra Abiayala. Llegarían a molestarnos tanto, que ya no dormiríamos tranquilos. Y eso nos lo decía muchos años antes de que llegaran los europeos.

Después vino Igwasalibler a Uggubnega. Igwasalibler vino con su hermano Galib. En su tiempo vivían, Igwagunabbiler, Naggigunabbiler, Olosurgaliler, Masar, Ursidsiler, Galub, Ol0-oagnaidule. Los abuelos trabajaban el oro. En nuestra tierra había mucho *gungi*, y por eso nos llamamos *gungidule*.

Igwasalibler era un gran nele. Él traía de los galugan presas ahumadas de venado, de jabalí, de macho de monte, y convidaba a los ancianos. Él puso un gran jaguar negro, un enorme *sichagi* en la entrada de los recintos sagrados. Era un gran jaguar, del tamaño de un jabalí. La esposa de Igwasalibler permitía al animal que se apoyara en su regazo; ella acariciaba la cabeza del animal. El animal daba un salto y rugía al mínimo ruido, mientras Igwasalibler bajaba a los lugares sagrados. Llegaba Igwasalibler, y dejaba encerrado de nuevo al jaguar, mientras crujía la puerta como trueno.

En el tiempo de Igwasalibler vivían también el sagla Yagdar, Dunagalib, Dilla, Bila.

Por ese tiempo los abuelos vieron llegar a los hombres barbados. A los que traían fuego, cuchillos largos brillantes, perros cazadores de hombres. Nuestros abuelos fueron decapitados sobre esta madre tierra. Nuestras ancianas fueron violadas por los hombres velludos. Nuestros sembrados fueron robados; muchos de nuestros caseríos fueron quemados.

Pero nos cuentan que los abuelos también se defendieron. Un día los abuelos descubrieron que los wagas cruzaban el río apoyados en una soga muy gruesa. Eso sucedía por los afluentes de

Duilewala, por Uggubnega. Nuestros ancianos se adelantaron a los europeos y dejaron la soga medio cortada por el centro. Nuestra gente se distribuyó entre los matorrales con las flechas, los arcos y los palos bien preparados. No tardaron mucho; los hombres barbados cruzaron el río. Ellos cayeron a tierra, y los ancianos saltaron sobre ellos y mataron a muchos.

Ahí, en ese río, uno de los ancianos fue capturado. Un español le traspasó el vientre con su enorme machete. El abuelo cayó a tierra sangrando y murió. Los abuelos fueron tratados como plátanos maduros por las espadas largas de los extranjeros.

Tuvimos también abuelas muy valientes. Ellas se acercaban a los wagas engañándolos con sus mimos, y les incrustaban en el vientre flechitas fuertemente envenenadas. No se hacían esperar los otros wagas, que agarraban a las abuelas y las violaban para luego destrozarlas y echarlas a sus perros.

Igwasalibler era un gran sagla Igwasalibler buscaba la tranquilidad para su pueblo. Igwasalibler no podía dejar que su gente muriese, así sin más, por el antojo de los europeos. Entonces este gran sagla cantaba a nuestros abuelos las luchas de Ibeler. Él decía que su pueblo debía volver a las estrategias y tácticas que había utilizado Ibeler contra Biler.

Discurriendo y tratando de buscar un poco de paz, Igwasalibler envió a donde los europeos, allá donde hoy llamamos Bogotá, a su yerno Gamdurdumma con el intérprete José Guiñón, que ya había vivido un poco en casa de los wagas, por eso tenía ese nombre. Gamdurdumma y su intérprete se reunieron con los wagas. Luego volvieron. Y pasaron su mensaje:

—¡Los wagas quieren un lechón, un perro grande y granos de cacao! –dijeron los mensajeros–. Quieren que nosotros

> contemos todos nuestros árboles de cacao, de aguacate, de limón. Que les llevemos las cantidades precisas de todas nuestras cosas –dijeron los dos que habían estado en la casa de los europeos.

Nuestros ancianos empezaron a contar todo lo que tenían, porque ya estaban cansados de morir inútilmente. En la aldea también vivía alguien que entendía un poco a los españoles, José Wagun. Este también fue a contar sus árboles de fruta. De camino a sus sembrados Wagun recibió los mensajes fuertes de los pájaros (gigga), y volvió sin contar nada. Se opuso a seguir a los europeos. Y dijo al pueblo:

> —Los españoles nos dicen que les busquemos un lechón, un perro cazador; y que contemos los frutos de nuestro trabajo. ¿Qué nos quieren decir realmente con todo eso? Ellos quieren saber cuánto tiempo los vamos a resistir; ellos quieren acabar con todos nosotros –terminó diciendo Wagun a los abuelos reunidos en Uggubnega.

Entonces nuestra gente entendió la intención de los españoles.

Así, siempre con amenazas de muerte, con robos, con asaltos por las noches por parte de los wagas, el gran sagla Igwasalibler con su comunidad empezó a trasladarse hacia Nurdargana, Uggub-ginnid. Los abuelos vivieron en el terror y continuos sobresaltos. Les quitaban tierras, les quemaban los cañaverales para hacerlos huir. A pesar de eso, los valientes abuelos no dejaron que los trataran como bestias. Ellos respondieron al fuego, a la espada, a los perros. Poco a poco las abuelas empezaron a mezclarse, violentadas. Sus hijos malheridos y moribundos veían cómo sus madres eran arrastradas por el río, maltratadas.

Ahora vamos a hablar de los *gassigan*. Ellos tampoco faltaron en esa época. Los más renombrados eran Gabdan Babbelee, gassi Obi, gassi Dolman, gassi Dii, gassi Bee, gassi Gwilob. Ellos toleraban la entrada de los wagas en otras comunidades gunas; ocultaban las intenciones de los europeos. Hablaban un poco la lengua de los wagas y eran sus amigos. Nuestros abuelos los descubrieron. Los abuelos decidieron aniquilar a los gassigan.

Se presentaron cuatro jóvenes de la aldea. Ellos eran hijos de los gassigan. Los cuatro optaron por eliminar a sus mismos padres. Se alentaron mutuamente y se pusieron de acuerdo:

— Tú matarás a mi padre, y yo al tuyo –se dijeron los cuatro jóvenes hijos de los gassigan.

— Diremos que somos de Agla, que somos de Wala, que somos del río, –hablaron los jóvenes.

Era la única manera de liberarse de los wagas.

Como los gassigan eran amigos entrañables de los europeos, les habían entregado armas para que los defendieran. Los cuatro jóvenes ayudaban a sus padres a limpiar las armas de los wagas, y sabían empuñarlas. Los cuatro jóvenes esperaron la fiesta de los españoles, porque sabían que sus padres también serían invitados.

Así, en plena fiesta, los jóvenes gritaron:

— ¡Somos *agladola*, somos *waladola*, somos *diwardola*!

Apuntaron las armas contra sus padres. Los gassigan cayeron a tierra. Los españoles huyeron y dejaron por buen rato la

comunidad de Igwasalibler. Los abuelos veían a los europeos como sus más odiosos agresores. Trataban de eliminarlos.

Ahora pasamos a hablar de los *urigan*. ¿Quiénes eran ellos? Los urigan eran los abuelos que combatían contra los wagas, eran nuestros defensores. Como se trataba de muerte, de peligro, les decían urigan. Ellos eran seleccionados entre los mejores cazadores, entre los mejores flecheros, entre los que corrían más, entre los que conocían mejor las selvas tupidas, entre los que no tenían miedo a morir. Los urigan se sometieron a tratamientos medicinales para correr mejor, para esconderse rápido, para no perderse por las selvas. Llegaron a experimentar total rechazo hacia los wagas, hacia los europeos. Algunos se aislaban de la comunidad, y no querían saber nada de los wagas. Todo su cuerpo parecía estar contra todo lo que hacían los wagas. Uno de ellos vivió aislado de la comunidad, debajo de un igwawala. Los ancianos poco a poco lo integraron de nuevo a la aldea; le construyeron una choza en el centro de la comunidad.

Un día José Wagun dijo a nuestros ancianos:

—¡Tenemos que reformar nuestras flechas! Las hacemos demasiado largas de mango, y muy anchos los arcos. Así la maleza no nos permite correr.

Entonces José Wagun ayudó a elaborar los arcos y las flechas. Armar los arcos y las flechas quiere decir dar consejos, asesorar en tiempo de combate.

Nuestros antepasados también vivieron en Digle, por el sector Atlántico. Por ese mar se va a Ongi y se llega a Digle. Por ahí corre el Amuggadiwar. Por ahí es por donde llegaban los grandes barcos españoles. Nuestros padres que vivían en Digle fueron los

que tuvieron las primeras experiencias de robos, de invasión, de fuego. Y en ese lugar vivían también los mejores *urigan.*

Los abuelos siguieron las pautas de Ibeler. Ellos buscaban las medicinas. Recogían las huellas de los tigres; y empleaban el algodón para que sus pisadas no se percibieran. Recogían las avispas más venenosas de la comarca, igwabulu, molibulu, senbulu.

Desde Digle a Dagargunyala abrieron caminos de penetración y de refugio. Al camino por donde transitaban los urigan lo denominaron Bilaigar o Biligar. De allí llegaban a Baya. En Baya los expertos saglagan se reunían y cantaban recordando el amor a la madre tierra, la lucha de los abuelos. Seguían luego a Uggubnega, donde residían otros nelegan que les refrescaban la memoria de las luchas de Ibeler. Los saglagan alentaban a nuestros urigan. Muchos de ellos se caían de sueño y de fatiga.

— ¿Por qué se caen? –les reclamaban los saglagan.

— Estamos cazando ratones –se excusaban los urigan.

Luego, buscaban amplias piraguas. Ellos salían de Uggubnega por Duilewala, siguiendo la corriente del río en las duras pruebas que imponía también la naturaleza. Los abuelos recorrían todo el río, hasta su desembocadura. Ahí, en esa desembocadura del río, los urigan esperaban a los wagas que incursionaban por el río, buscando oro, quemando chozas, violando mujeres, matando niños.

Cuando veían alguna nave o piragua o balsa de los wagas, los urigan disparaban sus flechas y los eliminaban. Terminada la expedición, los combatientes volvían por el mismo río, remaban por varios días hasta Baya, hasta Uggubnega; y de ahí hasta Digle... Volvían a prepararse, y volvían a buscar los venenos más atroces una y otra vez.

Ellos recordaban continuamente todo lo que había hecho Bugasui en la lucha contra Biler. Así llegaban a Gunwadiwala, que tomó el nombre de Gudwa, cerca de las faldas de Dagargunyala. Esas expediciones las hacían muchas veces. Nuestros padres sabían que la madre tierra que pisaban era suya, y no estaban dispuestos a entregarla.

En una de esas expediciones ocurrió algo muy interesante. Salieron de Digle y, por el camino, los urigan se encontraron con un enorme búho muerto. Como conocedores profundos del lenguaje de la madre tierra, los combatientes se dijeron:

—Hermanos míos, esta vez vamos a tener un encarnizado choque de cuerpo a cuerpo con los enemigos. ¡Sabe Baba cómo nos irá!

Ellos siguieron subiendo por Biligar y llegaron a Baya. De Baya, a Uggubnega. Los saglagan les cantaron las grandes historias. Luego consiguieron piraguas y siguieron la corriente del Duilewala hasta la desembocadura. Esperaron la llegada de los españoles y se defendieron bien.

A mitad de camino del gran río, en una aldea llamada Aryar, había un grupo de wagas. Ellos habían preparado una emboscada por donde debían pasar los urigan. Habían amontonado estacas afiladas; habían cargado sus mosquetes contra nuestros padres. Ahí, en Aryar, también vivía un joven guna al que tenían los españoles como sirviente. El muchacho veía cómo los wagas se alistaban contra sus mayores, contra sus padres. El joven veía que todos los urigan quedarían eliminados como animales. Entonces él pidió al español, su patrón, que le permitiera ir a pescar río abajo, que iba a traer buenos pescados para los españoles. Como le tenían confianza, le dejaron ir. El muchacho remó hasta encontrar a los

urigan. Al amanecer el muchacho oyó ruido de piraguas. Y él, desde lejos, les gritó:

—¡Abuelos míos, escúchenme!

Nuestros abuelos creyeron que se trataba de los contrarios, y lo iban a matar con un flechazo, pero el muchacho siguió gritando:

—¡Abuelos míos, soy guna como ustedes; les traigo un gran mensaje!

Los urigan se calmaron un poco y arrimaron las piraguas hasta el muchacho. Entonces éste les anunció:

—Los wagas han preparado una emboscada en Aryar. Los wagas dicen que no piensan dejarles ni un hueso sano. Los wagas están armados hasta los dientes. No tomen este camino del río.

Por ahí cerca había un afluente de Duilewala que se llamaba Diurburwidi. Los urigan subieron por ese afluente. Nuestros guerreros dejaron sus piraguas, pero no las dejaron enteras, sino que las destrozaron una a una para no dejar ninguna ventaja a los enemigos. Ellos llamaron a ese río Urnunudi. Tomaron una nueva trocha hasta llegar a Uggubnega.

Nuestros combatientes sabían defenderse, ocultarse unos a otros, alentarse mutuamente, y no se dejaban descubrir. Entonces los wagas tomaban represalias salvajes contra nuestras comunida-des. Mataban a las mujeres, a los niños; quemaban nuestras chozas; torturaban a los más jóvenes y los llevaban para su servidumbre; los wagas los atormentaban para que les dijeran dónde se escondían los urigan. Unos caían en la trampa, otros preferían morir quemados; y otros aprovechaban la ocasión para conocer los modos de pelear de los extranjeros para informar a los urigan. Así luchaban nuestros padres.

Un día uno de nuestros combatientes dijo que había dejado olvidadas su mochila y sus flechas en un río, y llamaron al río Susbannunudi. Nuestros combatientes subían por las colinas, por los cerros, por las selvas de Abiayala, por las faldas de Dagargunyala y llegaban a Digle.

Pasaron varios años. Un día en Baya celebraron una gran chicha. Los de Baya invitaron a las comunidades aledañas, a los de Arquía, a los de Ongi, a los de Gudi, a los de Digle. Llegaron muchos urigan, mucha gente. Empezaron a danzar en la casa de la chicha. Danzaban con las flautillas, giraban pausadamente al ritmo de guli, de swara, de dolo, de dede, de gogge. Los urigan declaraban a la comunidad:

—¡He amontonado los cadáveres de los españoles al borde de los caminos como hacen las arrieras con las hojitas! –Y le daban el nombre de dada Igligan.

—¡He rajado por la mitad los cuerpos de los wagas, como se raja un virulí! –Y le daban el nombre de dad Masar.

—¡He traspasado con nabawala los cuerpos de los españoles! –Y le daban el nombre de dad Nabwar.

Uno se levantó, se dirigió a su mujer y le reclamó:

—Vete a traerme algo que está envuelto en tela blanca en el baúl.

La mujer lo trajo, y era un hueso de la pierna de un waga. El uri empezó a tocar la flauta con el hueso del enemigo. Así pasaban la celebración de gaibirnoga.

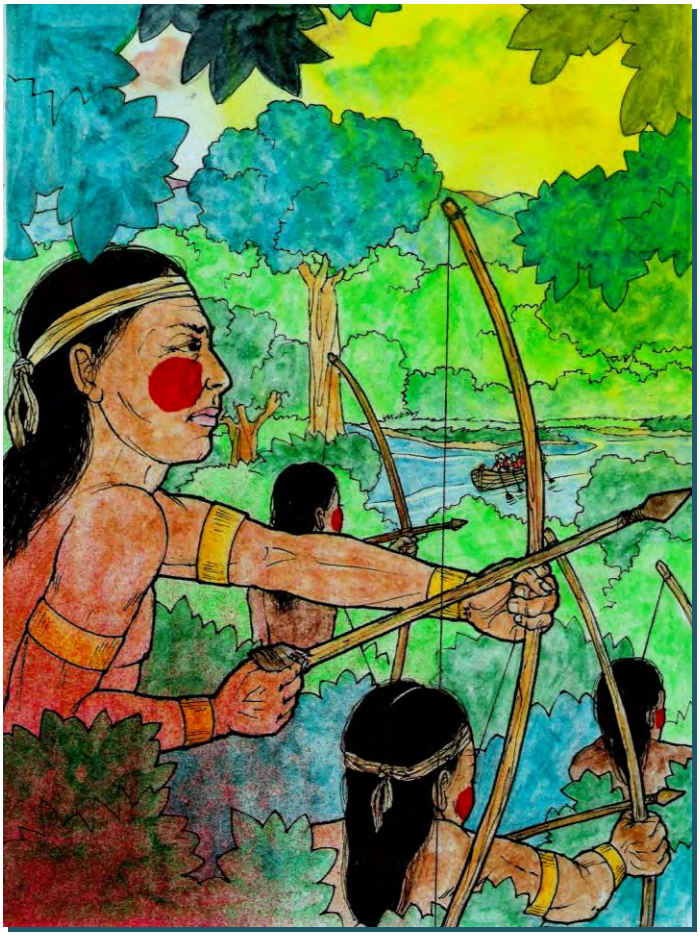
Los abuelos no improvisaron la lucha. Ellos pensaron mucho en los guerreros que habían liberado a nana Ologwadule, madre tierra, de la violencia de Biler, los ocho hermanos.

Ibeler nos enseñó a todos los hijos de Nabgwana que toda la naturaleza estaba vestida de ropa de guerra. Baba vistió las colinas, las cordilleras, los cerros, los árboles, los ríos con los atuendos de guerra, de lucha, de defensa.

Dad Ibe y sus hermanos nos entregaron la flecha, el arco, los palos de guerra. Los ocho pusieron veneno a las flechas, a nuestras flechas. Las hicieron afiladas para defender esta nuestra Nabgwana.

Bugasui fue un gran guerrero y él supo empuñar todas las armas que Baba y Nana le habían puesto en las manos. Ya Ibeler lo había hablado todo; y ya Ologanagungiler había predicho que tendríamos una invasión. Nuestros grandes saglagan nunca callaron estas historias. Nuestros saglagan cantaban en Sugnadi, en Amuggadiwar, en Digle. Los abuelos sabían muy bien que esta tierra era nuestra, que Baba nos la había dado para vivir y gozar de sus colinas, de sus llanuras, de sus cerros. Los abuelos no podían dejar que los españoles los mataran como animales; que les saquearan todo, que les despojaran de su historia, de su vida.

Las flechas, las cerbatanas, los arcos de Ibeler y de Bugasui, nos llegaron por medio de los abuelos y abuelas y los vamos a pasar a nuestros hijos, y esos, a sus nietos. Así no se acabará el vigor de nana Ologwadule.



Glosario

Las definiciones que ofrecemos, son como están referidas en el texto.

Abiayala. Nombre que dan los gunas al continente americano. La cultura guna mantiene que han pasado, hasta hoy, cuatro etapas históricas en la evolución de la tierra como madre. A cada etapa pertenece un nombre distinto del continente: Gwalagunyala, Dagargunyala, Yaladinguayala, Abiayala. El último nombre se define como: "territorio salvado, preferido, querido por Baba y Nana (yala abonosadi)", y en sentido extenso también significa: "tierra madura, tierra de sangre".

Adsagannir. Luz, lámpara, luz de cera de abeja; claridad, luminosidad.

Agge. Horqueta; palo que sirve de apoyo o sostén. En lenguaje figurado: Soporte, apoyo.

Aggwagwilesaglagan. Se refiere a una variedad de piedras del río. Piedras que emiten luz especial o que saltan al contacto con otras.

Aggwalele. Piedra lisa de río utilizada en la terapia guna. También se le conoce como *aggwanusa* | *aggwanele.*

Agladola, waladola, diwardola… Se refiere a la procedencia de los personajes (de Agla, de Wala…).

Ammamarye be nueganbi sogeye? "¿Ustedes, tías, están bien?" Una manera de saludar o de brindar el buen deseo a las mujeres de la comunidad. Su fórmula se le atribuye a Ibeorgun.

Ani buddudi guggudeye, meddedarggaye… "voló mi perdiz, pedazos de tinaja…" El fragmento sugiere la idea de ignorancia e incapacidad de expresar los sentimientos ante la muerte de una persona. Inanadili enseña a las ancianas mejores versos para manifestar el dolor.

Argar. Persona especializada para interpretar el lenguaje simbólico de los saglagan en la enseñanza de babigala. El argar actualiza, interpreta, hace asequible a la comunidad, el canto del sagla.

Asnugalamasi, wayaggir, aggilemasi, wagmadun… diversos tipos de plátano y de banano cultivados por los gunas.

Auduba. Hilo de roca. En el relato, expresa la dureza de las comisuras de la tierra y la firmeza de sus amarres.

Baba, Nana. Gran Padre, gran Madre, seres supremos, hacedores del mundo. La totalidad del universo, según los gunas, ha sido co-creado. En su creación conjugaron dos poderes (macho–hembra), y no ha surgido de un solo poder divino.

Babanega. La morada o el hogar de Baba y de Nana. Sitio donde llega el espíritu a gozar de su plenitud después de la muerte.

Babigala. Camino, vía, senda, trayecto, itinerario de Baba y de Nana. Camino por donde pasa Baba, por donde pasa

Nana. Tratado de Baba y de Nana. Se refiere a un sistema complejo de tratados que abarca desde la tentativa de describir a Baba y a Nana, la creación del universo, hasta la definición de hombre y su papel en el camino y en el desarrollo de la madre tierra.

Baggu. En la arquitectura guna es el palo que baja desde la parte más alta de la choza hacia abajo. Sirve para una mejor distribución de las pajas. Suelen ser varios.

Baliwiddur. Mensajero de Baba y de Nana; aliado del hombre, el que lo protege sobre la madre tierra; espíritu de Baba y de Nana que cuida del hombre y de la naturaleza.

Baluwala, igubwala, ubsanwala. Árbol de sal; simbología que representa el sistema de opresión que sufren los marginados y empobrecidos, y su liberación que surge de la tala del árbol por los mismos desposeídos.

Bela oloduddagibi… expresión de los saglagan para evocar, "todo lleno de flores, el ambiente de alegría e inundado de flores".

Biler, Olonaiggabaler**.** Personaje que simboliza el mal y el desorden en babigala; que había surgido de la mano de Baba y Nana para cuidar de la madre tierra...

Birbirgala. Huso, devanador de algodón.

Birya. Abismo; caos; torbellino fuerte de agua.

Bonigwasagla. Error de extrema gravedad, o enfermedad muy grave.

Bugasui, Igwaoginyabbiler. Hermano de Ibeler; el más osado y diestro en el manejo del arco y la flecha; venus, lucero.

Bugibugidulegan, narwasgadulegan, aggerbidulegan, sidsirdulegan, gommesdulegan, samudulegan... Apelativos que dan los gunas, en su historia, a diversos pueblos indígenas con quienes entraron en contacto cultural o comercial o bélico.

Burwa. Viento, brisa, aire, vendaval. *Burwa nusnana*, *niggeibegunburwa*, *gwaggwaibegun*, *saluibegun niggingwa burwa*: Tipología de tifones, huracanes, ciclones y tornados; se clasifican de acuerdo a los estragos que causan, y a sus diversas manifestaciones.

Buwar. Palo fuerte y resistente que se coloca vertical en la parte central de una choza. Su número depende de la amplitud y dimensión de la choza. En lenguaje figurado simboliza a la autoridad principal de la comunidad, al sagla.

Dada. Sol; abuelo, viejo, anciano.

Darba. Persona o algún ser de apoyo, espíritu aliado, protector.

Dedegala. Hueso de armadillo. Instrumento musical. Los instrumentos de música están tipificados de acuerdo con la forma, o material que se utiliza y los sonidos que producen: *Gangi*, *swara*, *gammu*, *dolo*, *subbe*, *dedgala*, *gogge*, *assunono*, *guli*...

Degii! Expresión que utilizan los saglagan en el canto de babigala para reafirmar el contenido de su enseñanza.

Didisdulegan, segadulegan, diordulegan… en el relato se refiere al reino de arañas, alacranes, tarántulas, escorpiones.

Diibarisaglagan. En babigala se trata de grandes depósitos de agua que custodian las mujeres.

Dillagurgin. Aureola roja del sol. En el lenguaje gráfico es el sombrero rojo de guerra que se pone el sol. También se suele utilizar *yolinagurgin*, o *dablisagurgin* que se refiere al mismo fenómeno.

Dinarsiggaled. Alimento seco que se sirve con jugo de plátano o de caña con cacao, corresponde al desayuno. Para el almuerzo es conocido el *masnugguled* que es con caldo, y para las horas de la tarde el *masogaled*, preferentemente plátano asado con carne seca.

Dior. Escorpión. El relato alude al palo corto, relativamente delgado que se amarra fuertemente en forma horizontal en la punta del palo central, *buwar* de la choza.

Dulawergunnega. Tierra donde vivimos. Da connotación de morada u hogar de tristezas y alegrías.

Edsarye! En la lengua clásica guna quiere decir ¡ven!, pero desde un ambiente de mucha confianza.

Eswar. Chuzo, punzón.

Gaburigar, muuigar, absogedigar, siaigar, burwaigar,… se refiere a diversos tratados terapéuticos gunas. Los gunas conocen varios tratados curativos y a cada uno lo

clasifica de acuerdo a la enfermedad, o a los elementos curativos utilizados.

Gaibir. Jugo de caña de azúcar o de banano maduro fermentado. Se consume en las ceremonias de pasaje de las niñas, y en los grandes acontecimientos de la comunidad. *Gaibirnoga*, totuma llena de gaibir.

Galaburbagan. Espíritus de los huesos. El guna admite no solo un burba (espíritu, aliento, fuerza, vigor) en la persona humana, sino varios, y catalogados de acuerdo a la fuerza que proporcionan en las partes del cuerpo humano.

Galu Ibaggi**.** Sitio sagrado, fortaleza. Hace referencia a la guerra de Ibeler contra Biler. Los ocho hermanos y sus aliados prepararon las armas y se entrenaron en galu Ibaggi, consecuentemente, fue de suma importancia la seguridad del sitio.

Galu. Espacio sagrado. Sitio que no se debe profanar; fortaleza; zona protegida.

Galunarmaggaled, sabbinarmaggaled... Espacio sagrado, espacio o rostro artístico de Nabgwana donde pudo llegar nele Olonagergiyai. De ahí sacó ella los diseños de las molas, de las hamacas, de los cestos...

Gamdur. Jefe de ceremonia de *innasuid.* Persona encargada de sonar la flauta y de invocar a Baba y Nana por la niña que recibe el nombre en la ceremonia. "hombre de la flauta".

Gammu. Flauta.

Gassi. Hamaca. El arte guna de tejidos clasifica las hamacas, y las denomina de acuerdo al material utilizado, al diseño y a los individuos de distintas categorías para quienes se asigna: ologassiweagigassi, ibedurwanagassi, ubsangassi, oloyardua gassi,...

Gassisobed. Persona experta tejedora y diseñadora de hamacas.

Gaubi. Picante en polvo, ají.

Gigilobdulegan, gwiblodulegan... Especie de aves migratorias parecidas a las golondrinas, vuelan muy alto en bandadas compactas.

Gilumarye bani nueganbi sogeye? ¿Tíos, están bien ustedes? Saludo de la mañana a varones de la comunidad atribuido a Ibeorgun.

Gunasnega. Llanura, sitio llano. De ahí le viene el apelativo de los gunas, hombre de la llanura (gunasdule o gunadule). En el texto, equivale también a *nabbanega*: Hogar o morada de la tierra.

Gunayala. Comarca establecida mediante la ley 16 de 19 de febrero de 1953 como comarca de San Blas. Por la decisión de los Congresos Generales Gunas se da el cambio de nombre a Kuna Yala, territorio guna, que fue ratificado por la ley 99 de 23 de diciembre de 1998.

Gungi. Oro. Es muy utilizado como símbolo de fortaleza y de perfección.

Gwala. Planta baja y fuerte, utilizada para barrer. En el lenguaje figurado del texto indica "barrer el dolor del pueblo".

Gwibadurba. Flor de coquillo (árbol de familia jatropha curcas).

Gwingwa. Plomo.

Ia. Hermano mayor.

Ibeler. Personaje central en babigala, simboliza el bien y la liberación de Olobibbirdili, madre tierra. Representa la unidad, el equilibrio cósmico, la defensa de Nabgwana, y la liberación de los desposeídos. También se le conoce como dad Ibe, massi Olowaibibbiler, Ibler.

Ibenua. Niño, niña, criatura, recién nacido.

Ibesia sago**,** siasibu, siaginnid…, variedad de cacao. Cacao pardo, cacao blanco, cacao rojo…, su uso depende de la importancia de cada ceremonia.

Iddogednega, onmaggednega, orgunnega, negaogaryagunnega… Casa grande y central donde se reúne la comunidad para orar o resolver los problemas sociales, políticos y económicos. Templo guna.

Igar. Camino, vía, senda, trayecto, itinerario. También significa tratado, estudio. Plural: Igargan.

Igwabulu, molibulu, nabbabulu, senbulu... Diversos tipos de avispas, clasificadas según la fuerza de veneno que poseen.

Igwawala. Almendro de monte, de madera dura, cuyas almendras deben ser hervidas por largo tiempo para que cedan las cáscaras.

Ila. Palma jira. Fue muy utilizada por el pueblo guna, ya sea como peine (ilamali), rallador de cocos, flechas y arcos.

Ilagwadule. En el relato de Ibeler se refiere a los aliados de Biler que obstaculizaban el proyecto de liberación y de rescate de la madre, que llevaban adelante los ocho hermanos. Se puede traducir como personas de trayectoria dudosa, enemigas del triunfo de los demás, espías, aquellas personas que atacan a traición. Plural: Ilagwadulegan.

Inaduled. Hombre de medicina o persona que cura; encargado de medicar a la comunidad tanto preventiva como curativamente. Plural: inadulegan / inadurgan.

Inanadili, Igwanadili, Maninadili, Olonadili. Las cuatro hijas de Bugasui. Según el sagla Igwanabiginya, la menor que se quedó en Gunasnega, debía llamarse Olonadili y no Inanadili. Mientras estaba con sus hermanas era Inanadili, pero cuando las tres hermanas mayores subieron de nuevo a Ologergeggadiwala, Inanadili quedó sola, y sus hermanas nunca formaron parte de la sociedad de los gunas, por lo tanto, en esta Gunasnega, a la hermana menor que se quedó como única entre los gunas, le correspondía el nombre de Olonadili. Sin embargo, en el texto, hemos puesto Inanadili, porque la mayoría de los saglagan actuales lo cantan con ese nombre, y la conocen con el nombre de las cuatro hermanas juntas, y no con el nombre de la que quedó sola, y formó parte de la sociedad guna.

Inanargigginele, be nana dosa, seggulii, mmm, Olodurgubibbinele be nana dosa… "Inanargigginele y Olodurgubibbinele han tragado a su madre…" Mensaje que recibían los ocho hermanos, de sus aliados, con relación a la suerte que había corrido su verdadera madre.

Inna muddiggid**.** Una de las ceremonias de pasaje de la mujer guna. Se celebra para una señorita, dura un solo día y se consume el gaibir.

Inna. Se refiere al mismo gaibir.

Isberwala, giawala, arawala, mogorwala, yansegiid... Variedad de árboles de madera preciosa y resistente.

Ised. No permitido tocar, límite, frontera de trato.

Mageb. Colorante rojo extraído de plantas, utilizado en ceremonias y en aplicación de ciertos medicamentos.

Magged. Parte importante de una choza. Palo que atraviesa a lo largo del esqueleto de una choza. Suelen ser varios en una choza y sirven para levantar y distribuir las guágaras.

Margoo. Tipo de piedra del río utilizada en la terapia guna.

Masar. Caña blanca. Según el relato, es la planta aliada de Ibeler en la guerra contra Biler, y la misma narración hace mención de varios tipos de la misma planta.

Masge. Palo delgado de palma de jira, doblado por la mitad que se utiliza como tenaza para asar plátanos al fuego o para recoger tizones.

Meddesorgiid. Indica la forma combada de la madre tierra, parecida a la base de un tinajón.

Mola. Ropa, atuendo, vestido, tela. Se refiere, aquí específicamente a la ropa diseñada y usada por las mujeres gunas. Mola o mornag guna de hoy, ha corrido un largo proceso de transformación: *Aramola*, *dabumola*, *disggelamola*, *abgimola*, *nisdalimola*, *ubsanmola*... Atuendos que corresponden a la etapa en que fueron utilizadas las plumas de distintas aves o hilos sacados de plantas como *disggela*, *abgi*, *ubsan*... Los gunas extraían fibras de distintas plantas y con ellas tejían tanto hamacas como telas para cubrirse. Mucho más tarde entraron los diseños y los dibujos actuales.

Molasumba inna. Gaibir que se celebra para una niña de meses. La comunidad festeja la llegada de una niña, en ella la niña recibe la perforación del septo nasal, por eso también se le llama *iggoinna*.

Mula. Gallinazo, buitre, ave de rapiña.

Musgwa, diammagwagwa. Copal. En el relato se refiere a collares hechos de semillas de copal y de otras plantas aromáticas.

Muu. Abuela, vieja, anciana.

Naa, degidde! ¡Hola!, cómo estás!

Naasagla. Planta medicinal que se utiliza para pescar en los ríos (tephrosia cinerea). Según el relato, Ibeler la utilizó para recoger los huesos de su madre esparcidos por los vientres de los peces.

Nabawala. Chunga (palmae astrocaryum).

Nabba (*nanba*, también mamá). Tierra, terreno, barro.

Nabgwana. Uno de los nombres que dan los gunas a la madre tierra. Madre que ofrece abundantes frutos y que manifiesta tristeza y gozo íntimo en los seres creados que crecen en ella.

Nabgwanadolarba. En el relato se refiere al grito de los frutos de la tierra que celebran el paso de sus defensores y custodios, "¡soy fruto de la madre tierra!"

Nagbe dodoggwa**.** Serpiente pequeña y venenosa.

Nagubir. Parte de la choza guna. Palo que atraviesa de parte a parte la anchura de la choza, y lo utilizan para guindar las sogas de las hamacas. Su número depende del tamaño de la choza y viene aparejado con el *buwar*.

Nainu. Ejido. Trozo de tierra trabajado para sembrar maíz o arroz o plátano, que después de la cosecha es abandonado para que se nutra, y pasados diez o más años se vuelve a utilizar para una nueva siembra.

Nana Gabsus**.** Noche, madre noche.

Negaduu. La casa combada, el firmamento.

Negagubyaled durudi. Se refiere a la oscuridad, y en el relato de la creación sugiere la nada, lo inhabitado, lo crudo, lo vacío.

Nele. Persona que diagnostica enfermedades, predice e interpreta acontecimientos. En este libro, indica también, a personas con cualidades de líder, de visión más allá del presente, de guía religioso, político y social. Plural: nergan / nelegan.

Nia. El mal, el maligno, el demonio. Plural: niagana.

Oa. Variedad de maguey. Fibra de maguey, *oagerggedduba.*

Olasu. Argolla de oro que utiliza la mujer guna como adorno nasal.

Oloaliginya, Ologugniggaliler, Olomurggibbiler. Olosiggaliler, Olowelibler... Nombres que da la cultura guna a los jefes de los animales–hombres. Siguiendo las pistas que nos dejan los relatos, podemos decir que aquí se hace referencia a jefes de pueblos indígenas que entraron en contacto con los gunadule.

Olobadde. Recipiente de oro. Hace referencia al nacimiento de los nergan. También suele decirse *oloogiggibadde.*

Olobibbirgunyai, Olobibbirdili, Olobibbirgunasob... Nombres de la madre tierra. *Bibbirmagged:* girar. La madre tierra que gira en sí misma, que se mueve, que avanza, que danza. Este nombre acentúa los distintos movimientos que da la tierra madre.

Olodule (dule: persona, individuo, hombre, ser humano). El guna se considera como *olodule* o *gungidule*, persona u hombre de oro. A los indígenas en general, también se les considera dule, verdaderos hombres o realmente personas.

Olodulinamedde, olomarsosomedde, olowiggunamedde, olour-siggamedde, olodenengwamedde, ologana-medde, oloibenamedde... Distintos tipos de tinajones conocidos en la cultura guna. Los tinajones son tipificados de acuerdo al material utilizado, a la forma y al uso que se les da...

Oloiiddirdili. Uno de los nombres de la madre tierra. *Iddired*, romperse, repartirse... Madre que dio vida a continentes, madre que se repartió y se dividió para hacer nacer grandes continentes, islas...

Olonabsaalinabilli. Dimensión o parte de la madre tierra donde se ubica la arcilla, el barro,… que sería lo constitutivo de su capa más visible. Olonab-saadulinanabsaa... En los relatos de la creación se emplea para indicar la materia privilegiada y elegida… que Baba y Nana utilizaron para dar vida al varón y a la mujer, defensores de la madre tierra. Está íntimamente ligada a la misma creación de la madre tierra y a su proceso de desarrollo y madurez.

Olonoo, ologoe, olonagbe, olonia. Sapo de oro, ciervo de oro, serpiente de oro y demonio de oro. En el relato de baluwala representan el mal, la mentira, el engaño, el egoísmo, el acaparamiento, la mezquindad, adversarios de la liberación de los desposeídos, son aliados de Biler.

Olordule. *Olor*, cigarra o chicharra; *ollor gole*: Suena a vacío. Persona que habla sin base, sin sentido ni contenido. Plural: Olordulegan.

Orsar. Utensilio de cocina de madera fina, utilizado para amasar el plátano maduro o en la elaboración de medicamentos.

Sabbibenega. Sitio o periodo de nuevas criaturas que, a su debido tiempo pueblan el universo; seno materno.

Sabgabilibiligwa. Modelo antiguo de la choza guna de una sola pieza inclinada. El modelo actual lo intro-dujo Ibeorgun.

Saddewala, giawala, arawala, mogorwala, yansegiid… Variedad de árboles de madera preciosa y resistente.

Saderbir. Parte de la choza guna.

Sagla. Guía religioso y administrador socio–político de una comunidad. Su función principal es la de enseñar a la comunidad el babigala. Cada comunidad guna cuenta con un sagla como primera autoridad y otros saglagan menores que le ayudan en la enseñanza de babigala (plural: Saglagan).

La Ley Fundamental de la Comarca Gunayala, promul-gada por el Congreso General Guna, consagra el término de *sagladummagan* para referirse a "caciques comarcales" de la comarca.

Sargi. Bejuco, liana.

Sidsagi. Jaguar negro y grande.

Siggwi. Ave, pájaro. Los gunas suelen llamar también *siggwi* a personas que saben leer y escribir y hablan el castellano y que prestan su servicio de secretarios o intérpretes de autoridades.

Sigli. Pavón silvestre. En el relato de Ibeler es el aliado de los ocho hermanos.

Signugar. Planta de espinas fuertes utilizada en la terapia. También se le aplica el nombre a caña blanca.

Subbe. Caña de azúcar; flauta.

Subbeinna. Gaibir hecho con el jugo de caña de azúcar.

Sui. Marido, esposo.

Sulub. Águila.

Sunnile. Recuerda el nombre de uno de los ocho hermanos, Olosunnibeler, que vino para paralizar a los enemigos, para enrollarlos y retorcerlos como se hace con una tela, *"sunnile, sunnile saegala"*.

Surbanega. Espacio o recinto cerrado donde se baña en medicina o se celebra una ceremonia, ya sea de pasaje para las niñas, o bien de rescate del equilibrio de la naturaleza...

Suwaribgan. Custodios o guardianes de la comunidad, personas encargadas de poner orden en las comunidades y de alertar a la gente que escucha a los saglagan en onmaggednega.

Uggurwala. Balsa. Árbol de balsa.

Uri. Nombre que se daba al que combatía contra los invasores. Grupo de personas entrenado por la comunidad para la defensa de la tierra en el periodo de la invasión de Abiayala, (plural: urigan).

Usor. Se refiere a palos fuertes y relativamente cortos que sostienen el esqueleto de una choza en la parte central y en los cuatro extremos de la casa guna.

Waga. Extranjero, ladino, no guna, no indígena.

Wega. Mono cariblanco.

Werwer. Tucán.

Wewe. Variedad de grillos pequeños que abundan por las costas.

Yoolina muswe. Velo o pañuelo rojo.

Notas

BAGLIBE

Fuente: Sagla Igwanabiginya. Usdub, 1979.

Utilizado: XXVIII Encuentro General de Dadnaggwe Dubbir, 20–23 de septiembre de 1994. Interpretado por el sagladummad Inakeliginya.

BALUWALA

Fuente: Sagla Igwanabiginya. Usdub, 1975.

Utilizado: XI Encuentro General de Gardi Sugdub, 10 – 13 de abril de 1986. XIX Encuentro General de Uwargandub, 4 – 7 de abril de 1995.

Publicado: Kuna Yargi 12. Gardi Sugdub, abril de 1986.

BILER Y BURSOB

Fuente: Sagla Igwanabiginya. Usdub, 1985.

Utilizado: XX Encuentro General de Aggwanusadub, 22–25 de marzo de 1990. XXVII Encuentro General de Mirya Ubgigandub, 15–18 de marzo de 1994. Intepretado por el sagladummad Inakeliginya

Publicado: Kuna Yargi 24. Dadnaggwe Dubbir, septiembre de 1990. Kuna Yargi 32. Gardi Sugdub, 1994.

BUNA NELEGWA NELEGWA

Fuente: Sagla Manidiniwiebinabbi. Usdub 1991.

Utilizado: VII Encuentro de Mujeres de Sasardi Muladub, 19–22 de septiembre de 1991. XXIII Encuentro General de Nusadub, 3–6 de octubre de 1991.

Publicado: Kuna Yargi 27. Sasardi Muladub, mayo de 1992 y Kuna Yargi 28. Gardi Sugdub, abril de 1992.

DIEGUN

Fuente: Sagla Igwanabiginya. Usdub, 1986.

Utilizado: XIV Encuentro General de Mirya Ubgigandub, 23–26 de julio de 1987.

Publicado: Kuna Yargi 17. Gardi Sugdub, septiembre de 1987. Interpretado por el sagladummad Inakeliginya.

DUIREN

Fuente: Sagla Igwanabiginya. Usdub, 1985.

Utilizado: IX Encuentro General de Usdub, 20–24 de marzo de 1985. XIX Encuentro General de Uwargandub, 23–26 de noviembre de 1989.

Publicado: Kuna Yargi 9. Usdub, abril de 1995. Kuna Yargi 23. Nargana, mayo de 1990.

GALIBE

Fuente: Sagla Manidiniwiebinabbi. Usdub, 1991.

Utilizado: XXII Encuentro General de Gardi Dubbir, 4–7 de abril de 1991.

Publicado: Kuna Yargi 26. Gardi Sugdub, noviembre de 1991.

GWANI
Fuente: Sagla Fred Green. Usdub, 1970.
Utilizado: XVI Encuentro General de Dadnaggwe Dubbir, 21–24 de abril de 1988.
Publicado: Kuna Yargi 19. Dadnaggwe Dubbir, abril de 1988.

GUBILER
Fuente: Sagla Manidiniwiebinabbi. Usdub, 1993.
Utilizado: XXV Encuentro General de Dadnaggwe Dubbir, 29 de abril 2 de mayo de 1993. Interpretado por el sagladummad Inakeliginya.
Publicado: Kuna Yargi 30. Usdub, julio de 1993.

GUBILER – I –
Fuente: Argar Miguel De León. Usdub, 1989.
Utilizado: Registrado en 1989; sintetizado y traducido en el año 2010.

GUBILER – III –
Fuente: Sagladummad Inakeliginya. Dadnaggwe Dubbir, 1993.
Utilizado: XXV Encuentro General de Dadnaggwe Dubbir, 29 de abril 2 de mayo de 1993

IBELER Y SUS HERMANOS
Fuente: Sagla Igwanabiginya. Usdub, 1986.

Utilizado: X Encuentro General de Usdub, 1–5 de agosto de 1985. XIII Encuentro General de Niadub, 26–29 de marzo de 1987.
Publicado: Kuna Yargi 11 y Kuna Yargi 15. Gardi Sugdub, octubre de 1985 y Nargana, 1988. (El relato publicado en Kuna Yargi N°15 que completa el publicado en Kuna Yargi N°11).

IBEORGUN Y GIKADIRYAI – I –
Fuente: Sagla Igwanabiginya. Usdub, 1986.
Utilizado: XV Encuentro General de Sasardi Muladub, 15–18 de octubre de 1987.
Publicado: Kuna Yargi 18. Sasardi Muladub, noviembre de 1987.

IBEORGUN Y GIKADIRYAI –II–
Fuente: Sagla Manidiniwiebinabbi. Usdub, 1989
Utilizado: XVIII Encuentro General de Usdub, 3–6 de abril de 1989.
Publicado: Kuna Yargi 22. Usdub, abril de 1989.

IGWASALIBLER
Fuente: Sagla Igwanabiginya. Usdub, 1986.
Utilizado: XII Encuentro General de Uggubseni, 5–8 de septiembre de 1986.
Publicado: Kuna Yargi 14. Uggubseni, noviembre de 1986.

INANADILI
Fuente: Sagla Igwanabiginya. Usdub, 1987.

Utilizado: III Encuentro de Mujeres de Usdub, 18–21 de junio de 1987. Interpretado por el sagladummad Inakeliginya.
Publicado: Kuna Yargi 16. Gardi Sugdub, julio de 1987.

MAGO Y OLOGWADULE
Fuente: Sagla Igwanabiginya. Usdub, 1986.
Utilizado: XIII Encuentro General de Niadub, 26–29 de marzo de 1987.

MASARDUMMI
Fuente: Sagla Manidiniwiebinabbi. Usdub, 1993.
Utilizado: XXVI Encuentro General de Usdub, 28 de septiembre al 1° de octubre de 1993
Publicado: Kuna Yargi 31. Usdub, febrero de 1994.

NER SIBU
Fuente: Sagla Igwanabiginya. Usdub, 1984.
Sagla Manidiniwiebinabbi. Usdub, 1993.
Utilizado: XXXII Encuentro General de Ogob-suggun, 7–10 de abril de 1997

NER DUMMAGAN
Fuente: Sagla Igwanabiginya. Usdub, 1984.
Utilizado: XXX Encuentro General de Digir, 13–16 de septiembre de 1995. (Se utilizó como material introductorio al relato de Nele Gwani).

OGEBIB
Fuente: Sagla Igwanabiginya. Usdub, 1986.

Utilizado: XVII Encuentro General de Mandi Ubgigandub, 10–13 de octubre de 1988.
Publicado: Kuna Yargi 21. Gardi Sugdub, diciembre de 1988.

OLOGANAGUNGILER
Fuente: Sagla Igwanabiginya. Usdub, 1988.
Utilizado: XXXI Encuentro General de Dad-naggwe Dubbir, 20–23 de septiembre de 1986. Interpretado por el sagladummad Inakeliginya.

OLOGWADULE
Fuente: Sagla Igwanabiginya. Usdub, 1985.
Utilizado: X Encuentro General de Usdub, 1–5 de agosto de 1985.
Publicado: Kuna Yargi 11. Gardi Sugdub, octubre de 1985.

NAGEGIRYAI
Fuente: Sagla Igwanabiginya. Usdub, 1988.
Utilizado: IV Encuentro de Mujeres de Dad-naggwe Dubbir, 11–14 de julio de 1988. IX Encuentro de Mujeres de Gardi Sugdub, 24–27 de junio de 1993.
Publicado: Kuna Yargi 20. Dadnaggwe Dubbir, octubre de 1988.

WAGIBLER
Fuente: Sagla Manidiniwiebinabbi. Usdub, 1992.
Utilizado: XXIV Encuentro General de Aridub, 22–25 de abril de 1992.

Publicado: Kuna Yargi 29. Gardi Sugdub, mayo de 1992.

WAGO

Fuente: Sagla Igwanabiginya. Usdub, 1985.

Publicado: La historia de mis padres, mi querida historia. Kuna Yala, 1995.

Anexos

Algunos detalles del libro

En defensa de la Vida y su Armonía toma los relatos del babigala, casi exclusivamente, desde la versión de los tres eminentes sagladummagan de la comarca Gunayala: Igwanabiginya, Usdub, 1897 – 1989; Manidiniwiebinabbi, Usdub, 1907 – 1993; Inakeliginya (Carlos López), Dadnaggwe Dubbir, 1913 – 2000. La opción que se hace por la versión de los tres saglagan, no significa desconocer a otros saglagan versados en babigala. El camino de acercamiento a la densa sabiduría de los abuelos y abuelas, es reciente, aún tenemos que recorrer muchos años de aproximación, y proceso de revisión, escucha y búsqueda de su estructura lingüística interna... En esta primera etapa tuvimos en cuenta los factores que siguen:

a. Los tres sagladummagan arriba mencionados, fueron maestros de amplia trayectoria de la última generación; muchos de los saglagan y argargan actuales que enseñan el babigala en la comarca Gunayala, algunos de Madungandi y de Wargandi los tuvieron como sus preceptores.
b. Los tres han marcado mucho prestigio comarcal, nacional e internacional por sus conocimientos del babigala, de los últimos cuarenta años. Uno de ellos, Igwanabiginya, llegó a grabar los relatos del babigala en varios discos (LP), y en un centenar de cassettes, que nos han permitido un análisis permanente hasta después de su muerte.
c. Los tres han aplicado un tratamiento lógico y sistemático a los relatos que han cantado y enseñado; se comple-mentan, y no presentan, internamente, contradicciones serias entre ellos.
d. Seguimos escuchando, preguntando y analizando las nuevas versiones de los relatos del babigala, cantados por

> los saglagan actuales, hasta el momento, no hemos encontrado diferencias de fondo con los relatos que han enseñando los tres saglagan maestros, pero sí aspectos complementarios, ampliaciones y nuevas luces para los tiempos actuales.

Los saglagan maestros han declarando sin ambages que: *Babigar duggusuli* (Babigala no tiene límite, no está concluido).

Queda aún una cantidad impresionante de material por escuchar, revisar, analizar. Esperamos que surjan nuevos investigadores para que la sabiduría de los abuelos y abuelas no muera congelada en los archivos, sino que se fortalezca en cada acción y corazón de los gunas, y que las futuras generaciones tengan oportunidad de apropiarse de esa misma riqueza, para ofrecer alternativas de solución a los problemas actuales, no sólo del pueblo guna, sino de todo el género humano.

De acuerdo a los relatos de los saglagan mencionados, trazamos algunos cuadros que, en parte, pueden ayudar a visualizar la estructura del babigala:

Cuadro I

Para entender el sistema simbólico guna, presentamos las etapas y niveles que se identifican en babigala *o anmar daniggid igala*. Hay que tener en cuenta que nos encontramos ante un lenguaje propio de simbolismos.

Personaje central y sus nombres	**Contexto**
I. Etapa **Baba y Nana** crean la madre tierra. Nace Oloiddirdili — Ologwadule — Oloiddirdili — Olobibbirgunyai — Nabgwana…	Dos fuerzas creadoras hacen surgir la totalidad de "lo que vemos y no vemos". Empieza el proceso de consolidación de la tierra como madre, que trae consigo al mismo hombre y a toda la naturaleza, igual que una semilla a la planta entera. El acento fuerte de los relatos de la creación recae en el nacimiento de Nabgwana, y no en el del hombre.
II. Etapa **Wago – Ologegebyai** — Olowagunanele — Olobendaggaliler — Olobengeggaliler	Primera criatura de Baba y Nana después de Nabgwana, *sabbi e baba* (reino vegetal).
III. Etapa **Olonaiggabaler – Olonailasob** –Olobilibeler – Nebagiryai –Biler – Nebayai – Olobursob	Primera pareja que Baba y Nana crean como guardianes y defensores de la madre tierra.

Hijos de Olonaiggabaler y Olonailasob: Gana, Gussugga, Ologunaliler, Dobbegga, Inue. Sus aliados: Olourgunaliler, muu Gewasdili, Ologuggurdili, olonoo, ologoe, olonagbe, olonia...	Olonaiggabaler, Olobursob y sus hijos rompen con las normas de Baba y Nana, y someten a Nabgwana a sus vejámenes. Empieza el caos, la confusión, el sufrimiento de la madre tierra. La situación se agrava con la presencia de los aliados con que cuenta Biler para su proyecto de muerte.
IV. Etapa **Mago** y **Ologwadule** - Olodilillisob - Ologwadiryai. Los dos hijos de Mago y Ologwadule: Olonidabibbiler (Olodualigibbiler), y Olomagiryai (Ologabayai, Ologabaryai). **Los ocho hermanos** ▪ Olowaibibbiler (Ibler, Ibeler, dad Ibe) ▪ Oller ▪ Olowigabibbiler ▪ Olosunnibeler ▪ Uudur (Buudur) ▪ Ologailibibbiler (Ologwadgwaddule) ▪ Igwaoginyabbiler (Bugasui) ▪ Olowagli (Olodagigiyai)	Comienza el proceso de liberación de Nabgwana. Mago y Ologwadule marcan un periodo nuevo en la creación y consolidación de la madre tierra. En este periodo aparece de nuevo Ologwadule, personificada en una mujer, y mediante esa figura, se explica el proceso de consolidación de la madre tierra. Mago y Ologwadule son abuelos de los ocho hermanos que liberan a Nabgwana, sometida a la crueldad de Biler, sus hijos y aliados. Las dos fuerzas (negativa y positiva) figuran la tensión entre el mal y el bien en toda la historia guna. Muchos de los saglagan y argargan actuales sostienen que en esta etapa es cuando aparece la verdadera pareja humana.
Post Ibeler	
• Dad Galibe	Este periodo corre, también, con las cuatro etapas marcadas por las cuatro

• Dad Garban • Dad Olodubyaliler • Dad Agban • Inanadili • Duiren…	catástrofes e intervenciones regenerativas respectivas de Baba y Nana. La historia guna, en esta etapa, pasa por periodos de grandes avances, y profundas decadencias sociales; tensión entre el bien y el mal, entre la fuerza liberadora de los hijos de Nabgwana y el sometimiento atroz de otros… (Cfr. Cuadro 2)
Periodo de **ORGUN Y GIGGADIRYAI**	De acuerdo a las intervenciones regenerativas de Baba y Nana sobre Nabgwana, este periodo llega hasta nuestros días. Siguiendo la lógica de la estructura que presentan los maestros, este periodo debía pasar, también, por las cuatro regenera-ciones curativas de Baba y Nana. Desde esta etapa histórica es donde conocemos el pasado, y los medios que tenemos para conocerlo son los nergan (Cfr. Cuadro 3).
Post Orgun, nuevo periodo	**NERGAN** Difunden el babigala y sus enseñanzas llegan hasta nosotros. Cada nele aborda y profundiza temas específicos.
Diegun	Realidad del mal y sus efectos en el universo. Al final de sus días, sembró terror en su pueblo, y éste se liberó eliminándolo.
Gubiler	Vida de las plantas, de los árboles... Es conocido como *sabbinele*; relaciones del

	hombre con los árboles (medio natural), su lenguaje, su organización, sus sentidos, sus necesidades... Nos habló del velo delicado que cubre a Olobibbirgunyai…; del hombre como parte integrante de la madre tierra y no su dueño; de nana Olowainasob, de nana Ologunasob... Galu Ibaggi y los defensores de Nabgwana...
Baglibe	Ética guna; camino de burba hacia Baba y Nana después de la muerte; normas de Baba y Nana dadas al hombre, su observancia y consecuente sanción o justificación.
Balibbiler	Baluwala. El mar y sus movimientos, su lenguaje y sus relaciones con el hombre y Nabgwana; límites entre el agua dulce y el agua salada…
Wagibler	Origen del hombre; muu Sobia, muu Sobnana, muu Binwegunsob. El comportamiento, la organización y el lenguaje de las aves y sus relaciones con otros componentes del cosmos. La diversidad de pueblos sobre la madre tierra; fraternidad cósmica desde la diversidad. La diversidad como riqueza de Nabgwana.
Masardummi	Creación del cosmos, nacimiento de Ologwadule, sus relaciones con Baba y Nana. Etapas de desarrollo de Nabgwana: Oloiiddirdili, Olobibbirdili, Nabgwana; huellas de Baba y de Nana sobre la madre tierra. El equilibrio de los elementos del cosmos…
Ner Sibu	Baba, Nana y la creación. La muerte,

	la vida, el gozo; camino hacia babanega. Categorías de plenitud del hombre de acuerdo a los esfuerzos puestos al servicio de la comunidad.
Ologanagungiler	El lenguaje de la luz del sol, de los astros; la redondez de la tierra. Distintos rostros de Olowainasob... Ibeler y sus hermanos en la defensa de Nabgwana. Predice la invasión europea a Abiayala, y la existencia de otros continentes además de Abiayala.
Olonagegiryai	Límites de Olobibbirdili, su redondez, su forma combada (meddesorgiid), su estructura. Analiza críticamente la política de las autoridades de su tiempo. Profundiza el arte como uno de los elementos dinamizadores de la sociedad. Llega a galu Deddorgalu, galu Dugbis. Incrementa y perfecciona los diseños de la mola, wini...
Olonigdidili	Estudia las capas profundas de Nabgwana; las mujeres en la historia y su papel en la estructura sociopolítica. El ser humano como microcosmos. Los componentes del ser humano: agua, fuego, aire, tierra, sal.
Buna Nelegwa Nelegwa	Profundiza la capa combada (negaduu) de Olobibbirdili. La mujer en la creación. El arcoíris y su significado sobre la madre tierra. Los siete tipos de vitalidad de Nabgwana. Enseñó que *Olobibbirdili solamente puede ser entendida desde la realidad de mamá.*
(Nombre desconocido)	Límites de Nabgwana. Los glaciares y la neblina que rodean a la madre

	tierra. Las capas que cubren el universo y su papel en la integridad de Ologwadule.

Cuadro 2

Baba y Nana han renovado a su creación cuatro veces, y a cada nueva regeneración de la tierra madre correspondió un nombre específico de territorio conocido, hasta entonces, por los gunas.

Administraba	**Cataclismo que sobrevino**	**El territorio conocido se llamó**
Dad Galibe	Ciclones	Gwalagunyala
Dad Garban	Oscuridad	Dagargunyala
Dad Olodubyaliler	Fuego	Dinguayala
Dad Agban	Diluvio – maremoto	Abiayala

IBEORGUN Y GIGGADIRYAI →

Cuadro 3

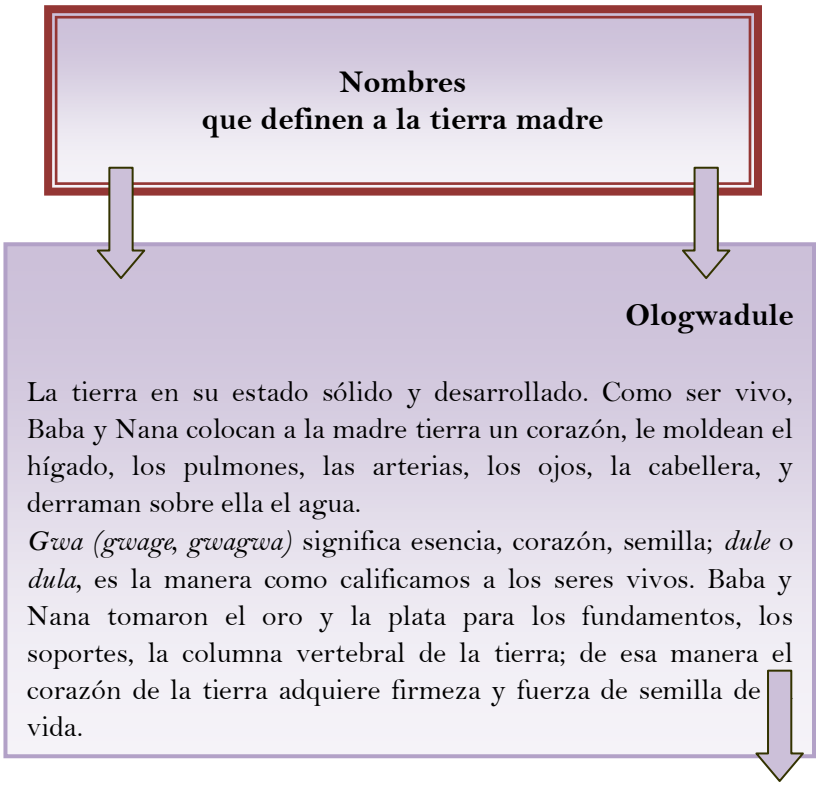
Centralidad de Orgun y Giggadiryai en la historia guna actual.

Para explicar la historia guna, los saglagan se sitúan en la etapa del gran acontecimiento de Ibeorgun y Giggadiryai, y aducen las siguientes razones:

1. Orgun y Giggadiryai reestructuran el sistema sociopolítico y religioso del pueblo y para eso siguen las "huellas de los abuelos…".
2. Orgun y Giggadiryai cortan la línea de los **dadgan** e inauguran la etapa de los **nergan**: *An sorba, siggwidulagan bemarse agdenonimalo, ga nue madundila mesmalo, melle diggasuli bemar idu guggumalaga* (Después de mí llegarán buenos mensajeros,…).
3. Orgun y Giggadiryai dan funcionalidad a *onmaggednega, iddogun-nega, nega ogaryagunnega*, y lo llenan de carga simbólica como estructura sociopolítica; por eso, también es conocido como *orgunnega.*
4. Según los saglagan cada cataclismo llevó consigo los avances y logros de los abuelos y abuelas, y fueron ubicados en *billigwengi, billibogi, billibaagi, billibaggegi.* Los nergan llegan a esos billigan, y de ahí les viene el nombre de **nele** (*neleguedi*, profundizar sobre un tema, llegar hasta los grados profundos del saber…).
5. Los nergan son quienes traen a flote, en Dubbanega, los tratados del babigala que conocemos. Ya el periodo de Olonaiggabaler y Olonailasob había pasado, pero los nergan estudian la creación y preguntan por el bien y el mal, por la causa de las rivalidades en *gunasnega*… y llegan, así, al mundo de los abuelos miles de años muertos. Los relatos, mediante un lenguaje simbólico, nos explican el por qué de Nabgwana, de la realidad de Baba y Nana, del bien, del mal, de la diversidad de pueblos, de distintas lenguas...

Cuadro 4

Algunos nombres que dan los gunas a la tierra madre. Aquí, a solicitud de nuestros consultores, no escribimos los nombres con recarga simbólica vital fuerte, los dejamos para una mayor profundización posterior.



Oloarbigidili

La madre tierra desde que nació ha ido creciendo (arbimai). "Baba le exclamó nana Oloarbigidili… y Nana le insistió, nana Maniarbigidili… entonces la madre tierra empezó a extenderse, a crecer…" Desde entonces, ella está en crecimiento continuo. Cuando se repartió en continentes, se consolidó más la madre tierra; y la vida fue posible en ella y gracias a ella; el viento, el agua, el fuego contribuyen a distribuir el soplo de vida.

Olobibbirgunyai

La madre tierra que gira y danza en el espacio (bibbirmagge). Cuando Baba y Nana la posaron en su *yarduagassi*, *dur-wanagassi*, *weagigassi*… ella comenzó a girar desde su propia raíz para la vida, desde entonces la madre tierra sigue danzando con los ojos fijos en sus hijos, y el corazón en la armonía de los astros, de las estrellas, de las piedras, de los gusanos, de los hombres...

También se le suele llamar Olobibbirdili, Olobibbirgunyai, Olobibbirgunasob…

Ologanagungiler es el nele que ha hablado más de la madre tierra como madre de gira, que danza en el espacio, y ve pasar a sus hijos (Ibeler, y sus hermanos).

Olowainasob

Se refiere a la actividad de la tierra madre de armonizar la vida. Ella misma se hace armonía y paz, que no es pasividad, sino equilibrio de fuerzas antagónicas desde la complementariedad de los seres. La armonía y el canto (waiiii) materno se hace luz desde la hamaca de la tierra madre. Por eso, hoy los saglagan siguen transmitiendo esta sabiduría desde las dos hamacas (complementariedad), porque nana Olowainasob está puesta en su hamaca de oro, en su hamaca de plata, y con ella la hamaca se convierte en el corazón de cada comunidad guna.

Nabgwana

Con el nombre *Nabgwana*, la tierra madre es considerada doble veces mamá: **Na**(n)–**b**(ba)–**gwa**(gwage–gwagwa) **na**(nana), significa, entonces, que la madre tierra manifiesta el corazón de Nana y de Baba; madre madura, capaz de ser semilla, y corazón (gwagwa–gwage) para todos sus hijos que son los gusanos, los hombres, las piedras, cosas que vemos y no vemos, de los que ya están y de los que, a su debido tiempo, llegarán… Madre que alimenta a todos sus hijos con sus siete tipos de vitalidad.

Olodurwanasob

Se refiere a la tierra madre que transforma los desechos para alimentar para hacer posible otras vidas. La madre que convierte, infatigablemente, la basura en luz, en lecho de nuevas vidas, en olor de las flores, en sabor de las frutas... El mar y la corriente de los ríos, el viento, el fango… ayudan a Olodurwanasob a limpiar los rincones. Ella convierte los desechos en la medida en que sus hijos e hijas cumplen con sus deberes para con ella. Pero ella se va a levantar contra sus propios hijos, cuando se le deje sola con los desperdicios. Entonces, la basura se va a levantar contra todos. Nana Olodurwanasob puede hacer hablar a los troncos, a la basura, a la inmundicia; la basura, entonces, se levantará y matará a todos, y los sepultará.

Oloiidili

Se refiere a la grandeza de la madre tierra. Ante ella nos sentimos pequeños. Nos da seguridad, y al mismo tiempo, miedo (iii: sacudida, miedo). Por un lado, sabemos que ella es madre generosa, y por otro lado, nos equilibra y exige el cumplimiento de los deberes para con ella y con los demás hermanos, y que a falta de eso, nos puede sepultar sin piedad bajo los mismos escombros que producimos.

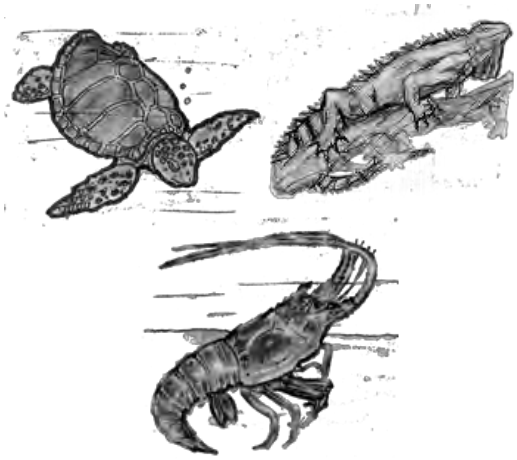
Ologunasob

Se refiere a la madre tierra que ofrece a sus hijos su regazo, sus llanuras, sus fincas,... Describe, específicamente al lugar donde estamos viviendo, y lo vamos a dejar al término de nuestros días como "una guanábana madura que cae al suelo".

Cuadro 5

Algunos nombres de *hombres–animales* en babigala.

Los nombres que siguen son los que se refieren a hombres–animales. Desde la lógica del babigala pueden indicar a distintos pueblos que han podido entrar en contacto con los gunas por distintas vías, bélico, comercial, laboral o de amistad. En el relato de Mago y Ologwadule aparecen como jornaleros en el territorio de los dos hermanos (Olodualigibbiler y Ologabayai); mientras que en el relato que nos ofrece nele Balibbiler, específicamente, en el de baluwala, en su mayoría, son aliados de Biler que rodean el tronco de igubwala y frenan desde ahí el proyecto de Ibeler; cuando cae el árbol de sal, algunos de estos personajes son colaboradores de Ibeler.



Nuga Nombre	**Ibdurgan** Animal de referencia
Olobagdiginya	Sulu
Olowirgiggagiler	Usu
Olodionabbiler	Sagbag
Olobiobbiler	Nidirbi
Ologibyaggiler	Suggu
Olodiwegiginyabbiler	Yaugswerswered
Olowieliginyabbiler	Suga
Olodugurbibbiler	Dugu
Ologindibibbiler	Mila
Olonagdiginyabbiler	Nali
Oloagbiggaliler	Dimoli
Oloarwaliler	Dain
Olodommogigiler (Olodiginyaliler)	Dias
Olowelibler	Yannu
Oloseggginyaler	Wasa
Olodurgubibbiler	Sule
Ologurggibbiler (Olowirggiginya)	Usu
Manibalibeler (Esabalibeler)	Gwili
Olosigsiggaliler (Olosiggaliler)	Dasi
Oloduggurginyaliler	Uma
Inaugungualiler	Ulur
Ologisbbaggwaler	Ari
Olobalieginyabbiler	Dabgala
Olobuligdiginya (Olosaggiliginya)	Dodo
Igwadigdiliginya	Sinnaginnid
Igwadigdiliginya (Olobudiginya)	Bansus
Olonadduliler	Buddu

Ologugniggaliler	Sigli
Oloaliginya	Moli
Olodiwilibibbiler	Niggingwa
Olodibaliginyabbiler	Ansu
Olodeengabibbiler	Dabu
Oloibyabbiler	Yaug
Olowiggebiginyabbiler	Yaugninniled
Olowidoeginyabbiler	Dulub, basgwa
Oloagloabibbiler	Nalu
Oloaiwinabbiler (Olobindibibbiler)	Uagi
Olodinalibibbiler	Nalimummud
Oloyagbiggaliler	Yarbi – Baggadubaled
Oloyagdar	Diiassu
Olodinagabaler	Bagga
Olomoiggaliler (Olomurggibbiler)	Wedar
Olobeaggiler	Goe
Oloburwaggiler	Sulegaglu
Oloseibbiler	Seus
Ologerggelaliler	Asban
Olodibibiginya	Asdubin
Olosualiginya	Sulu
Olobaiggaler	Surwega
Oloegibbiler (Idsigardule)	Isgar
Olonigdiliginya	Sinna
Olonegaidiginya	Doggor
Ologiggaginyaliler	Nuu
Baramaris	Gwama
Olodobinyabbiler	Werwer

Indice

Aclaración previa	10
Anexos	339
Baglibe	188
Baluwala	69
Biler y Bursob	20
Buna Nelegwa Nelegwa	271
Diegun	150
Duiren	102
Este es nuestro libro	6
Galibe	82
Glosario	315
Gubiler – II –	175
Gubiler – III–	183
Gubiler	160
Gwani	278
Ibeler y sus hermanos	41
Ibeorgun y Giggadiryai –I–	115
Ibeorgun y Giggadiryai –II–	128
Igwasalibler	303
Inanadili	92
Indice	357
Mago y Ologwadule	30
Masardummi	218
Ner Sibu	228
Nerdummagan	140
Notas	332
Ogebib	292
Ologanagungiler	242
Ologwadule	12
Olonagegiryai	263
Wagibler	203
Wago	17

CONSULTORES DE LA EBI GUNA
Sagladummagan:
Gilberto Arias
Inocencio Martínez
Héctor Smith
Aníbal Escala
Quintero Campiu
Eriberto González
Carlos Hernández
Argardummagan:
Alberto Vásquez
Rafael Harris
Andrés Martínez

EQUIPO TECNICO DE LA EBI GUNA
Coordinador:
Artinelio Hernández
Cuerpo técnico:
Aiban Wagua
Adela Tejada
Kikadir Orán
Anelio Merry
Reuter Orán
Administración:
Maria Boyd